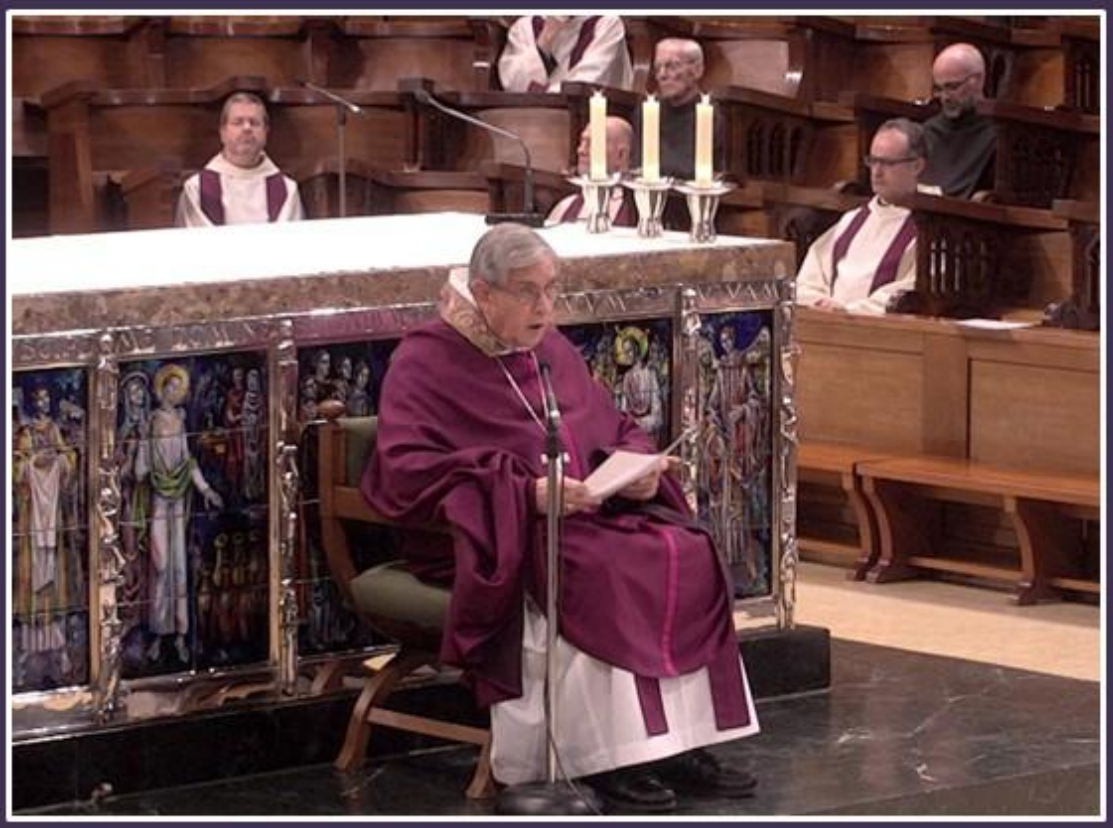
RECURSOS PARA PREPARAR LA HOMILÍA DOMINICAL

Tiempo de Cuaresma



Liturgia de la Misa, Padres de la Iglesia, Santos, Romano Pontífice, Directorio Homilético, Autores espirituales.

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

ÍNDICE GENERAL

- Miércoles de Ceniza
- Domingo I de Cuaresma (ciclo A)
- Domingo II de Cuaresma (ciclo A)
- Domingo III de Cuaresma (ciclo A)
- Domingo IV de Cuaresma (ciclo A) - Domingo Laetare
- Domingo V de Cuaresma (ciclo A)

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

TODAS LAS HOMILÍAS DEL AÑO EN LA APP "COR ARDENS"

Google Play App Store

App de Espiritualidad Sacerdotal

(Nuestras redes sociales)

Miércoles de Ceniza

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **HOMILÍA PREPARADA POR FRANCISCO VARO (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (Homilías sobre el evangelio de San Mateo)**
- **FRANCISCO – Homilías 2014, 2015 y 2020 - Catequesis 2014**
- **BENEDICTO XVI – Homilía y Catequesis 2010**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Pbro. D. Luis A. GALA Rodríguez (Campeche, México)**
- **Rev. D. Manel VALLS i Serra (Barcelona, España)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

NUNCA ES TARDE

Jl 2, 12-18; Sal 50; Mt 6, 1-6, 16-18

El profeta Joel vivió en una época en que escaseaba la esperanza. Los Israelitas habían vuelto hace años de su exilio en Babilonia, pero nada salió bien. El territorio de su nación fue reducida a proporciones irrisoriamente limitadas. El Templo de Jerusalén, reconstituido, era decepcionante. La gente se dividió entre sí. Hambrunas y langostas afligieron la nación. Parecía que Dios había abandonado a su pueblo. No obstante, Joel creyó en la posibilidad de segundas oportunidades y alentó a los Israelitas a volverse a Dios con prácticas penitenciales. Quizá Dios se volvería hacia ellos. De manera análoga, en el Evangelio, Jesús se dirige a sus discípulos que tal vez eran tentados por la hipocresía religiosa. Los alienta a cambiar y volver a Dios sinceramente. El Padre

los recompensará. En resumen, las lecturas del Miércoles de Ceniza proclaman que nunca es tarde; siempre podemos cambiar.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sab 11, 24-25. 27**

Tú, Señor te compadeces de todos y no aborreces nada de lo que has creado, aparentas no ver los pecados de los hombres, para darles ocasión de arrepentirse, porque tú eres el Señor, nuestro Dios.

Se omite el acto penitencial, que es sustituido por el rito de la imposición de la ceniza.

ORACIÓN COLECTA

Que el día de ayuno con el que iniciamos, Señor, esta Cuaresma, sea el principio de una verdadera conversión a ti, y que nuestros actos de penitencia nos ayuden a vencer el espíritu del mal. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Enluten su corazón y no sus vestidos.

Del libro del profeta Joel: 2, 12-18

Esto dice el Señor: "Todavía es tiempo. Vuélvanse a mí de todo corazón, con ayunos, con lágrimas y llanto; enluten su corazón y no sus vestidos.

Conviértanse al Señor su Dios, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en clemencia, y se conmueve ante la desgracia.

Quizá se arrepienta, se compadezca de nosotros y nos deje una bendición, que haga posibles las ofrendas y libaciones al Señor, nuestro Dios.

Toquen la trompeta en Sión, promulguen un ayuno, convoquen la asamblea, reúnan al pueblo, santifiquen la reunión, junten a los ancianos, convoquen a los niños, aun a los niños de pecho. Que el recién casado deje su alcoba y su tálamo la recién casada.

Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes, ministros del Señor, diciendo: 'Perdona, Señor, perdona a tu pueblo. No entregues tu heredad a la burla de las naciones. Que no digan los paganos: ¿Dónde está el Dios de Israel?' ".

Y el Señor se llenó de celo por su tierra y tuvo piedad de su pueblo.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 50, 3-4. 5-6a. 12-13. 14 y 17.

R/. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Por tu inmensa compasión y misericordia, Señor, apiádate de mí y olvida mis ofensas. Lávame bien de todos mis delitos y purifícame de mis pecados. ***R/.***

Puesto que reconozco mis culpas, tengo siempre presentes mis pecados. Contra ti solo pequé, Señor, haciendo lo que a tus ojos era malo. ***R/.***

Crea en mí, Señor, un corazón puro, un espíritu nuevo para cumplir tus mandamientos. No me arrojes, Señor, lejos de ti, ni retires de mí tu santo espíritu. ***R/.***

Devuélveme tu salvación, que regocija, y mantén en mí un alma generosa. Señor, abre mis labios y cantará mi boca tu alabanza. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Aprovechen este tiempo favorable para reconciliarse con Dios.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los corintios: 5, 20-6, 2

Hermanos: Somos embajadores de Cristo, y por nuestro medio, es Dios mismo el que los exhorta a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios.

Al que nunca cometió pecado, Dios lo hizo "pecado" por nosotros, para que, unidos a él, recibamos la salvación de Dios y nos volvamos justos y santos.

Como colaboradores que somos de Dios, los exhortamos a no echar su gracia en saco roto. Porque el Señor dice: En el tiempo favorable te escuché y en el día de la salvación te socorrí. Pues bien, ahora es el tiempo favorable; ahora es el día de la salvación.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Sal 94, 8

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Hagámosle caso al Señor, que nos dice: "No endurezcan su corazón". ***R/.***

EVANGELIO

Tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 6, 1-6. 16-18

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Tengan cuidado de no practicar sus obras de piedad delante de los hombres para que los vean. De lo contrario, no tendrán recompensa con su Padre celestial.

Por lo tanto, cuando des limosna, no lo anuncies con trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, para que los alaben los hombres. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes hagan oración, no sean como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente.

Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora ante tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como esos hipócritas que descuidan la apariencia de su rostro, para que la gente note que están ayunando. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y

lávate la cara, para que no sepa la gente que estás ayunando, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará".

Palabra del Señor.

Bendición de la ceniza

Después de la homilía, el sacerdote, de pie y con las manos juntas, dice:

Queridos hermanos, pidamos humildemente a Dios Padre que bendiga con su gracia esta ceniza que, en señal de penitencia, vamos a imponer sobre nuestra cabeza.

Y después de un breve momento de oración en silencio, prosigue:

Señor Dios, que te apiadas de quien se humilla y te muestras benévolo para quien se arrepiente, inclina piadosamente tu oído a nuestras súplicas y derrama la gracia de tu bendición † sobre estos siervos tuyos, que van a recibir la ceniza, para que, perseverando en las prácticas cuaresmales, merezcan llegar, purificada la conciencia, a la celebración del misterio pascual de tu Hijo. Él que vive y reina por los siglos de los siglos. R. Amén.

O bien:

Señor, Dios, que no quieres la muerte del pecador sino su conversión, escucha bondadosamente nuestras súplicas y dígnate bendecir † esta ceniza, que vamos a imponer sobre nuestra cabeza, sabiendo que somos polvo y al polvo hemos de volver y concédenos que, por nuestro esfuerzo en las prácticas cuaresmales, *obtengamos el perdón de nuestros pecados y una vida renovada a imagen de tu Hijo resucitado. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.*

Y rocía la ceniza con agua bendita, sin decir nada.

Imposición de la ceniza

En seguida, el sacerdote impone la ceniza a todos los presentes que se acercan con él, y dice a cada uno:

Conviértete y cree en el Evangelio. Mc 1, 15

O bien:

Recuerda que eres polvo y al polvo has de volver. Cfr. Gn 3, 19

Mientras tanto, se entona un canto apropiado. Terminada la imposición de la ceniza, se concluye con la oración universal.

RESPONSORIO Cfr. Bar 3, 2; Sal 78, 9

R/. Renovemos y mejoremos nuestra vida, pues por ignorancia hemos pecado; no sea que, sorprendidos por el día de la muerte, busquemos un tiempo para hacer penitencia, y ya no sea posible encontrarlo. *Escúchanos, Señor y ten piedad, porque hemos pecado contra ti.

V/. Ven en nuestra ayuda, Dios salvador nuestro; por el honor de tu nombre, líbranos Señor.

R/. Escúchanos, Señor, y ten piedad, porque hemos pecado contra ti.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al ofrecer el sacrificio con el que iniciamos solemnemente la Cuaresma, te rogamos, Señor, que por nuestras obras de penitencia y de caridad nos veamos libres de los vicios y los malos deseos, para que, purificados de todo pecado, merezcamos celebrar con fervor la pasión de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 1, 2-3

El que día y noche medita la ley del Señor, al debido tiempo dará su fruto.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que nos auxilien, Señor, los sacramentos que recibimos, para que nuestro ayuno sea de tu agrado y nos aproveche como remedio saludable. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Infunde benignamente, Señor Dios, en quienes, postrados, te adoramos, un espíritu de contrición y que, por nuestro arrepentimiento, merezcamos alcanzar el premio que misericordiosamente nos volviste a prometer. Por Jesucristo, nuestro Señor.

La bendición e imposición de la ceniza pueden hacerse también sin misa. En este caso, conviene celebrar antes la liturgia de la Palabra, usando el canto de entrada, la oración colecta y las lecturas con sus cánticos, como en la misa. Enseguida se tienen la homilía y la bendición e imposición de la ceniza. El rito se concluye con la oración universal, la bendición y la despedida de los fieles.

HOMILÍA PREPARADA POR FRANCISCO VARO (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Homilía pronunciada en la Universidad de Navarra comentando los textos bíblicos.

Hoy comenzamos la Cuaresma, un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, renovemos nuestro camino de fe y redescubramos la alegría de vivir siguiendo los pasos de Jesús. Tenemos por delante un camino marcado por la oración y el compartir, por el silencio y el ayuno, en espera de vivir la alegría de la Pascua.

Hemos escuchado en la primera lectura un texto del profeta Joel que nos llama a la conversión: «Ahora –oráculo del Señor– convertíos a mí de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto. Rasgad los corazones y no las vestiduras; convertíos al Señor, Dios vuestro, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad; y se arrepiente de las amenazas» (Jl 2, 12-13)

Son palabras pronunciadas por el profeta cuando Judá se encontraba sumida en una crisis profunda. Su territorio estaba desolado. Había pasado una plaga de

saltamontes, que había arrasado todo: se habían comido todo lo que crecía en el campo, hasta los brotes de las viñas. Habían perdido por completo todas las cosechas y los frutos del año. Ante esas desgracias Joel invita al pueblo a reflexionar sobre su modo de vivir en los años anteriores. Cuando todo les iba bien, se habían olvidado de Dios, no rezaban, y se habían olvidado del prójimo. Contaban con que la tierra daba sus frutos por sí misma y les parecía que no le debían nada a nadie. Estaban cómodos haciendo lo que hacían y no se planteaban que fuera necesario vivir la vida de otra forma.

La crisis que estaban padeciendo, les sugiere Joel, debía hacerlos caer en la cuenta de por sí mismos, de espaldas a Dios, nada podían hacer. Si tenían paz y comida, no era por sus propios méritos. Todo eso es un don de Dios, que es necesario agradecer. De ahí la llamada urgente a que cambien: convertíos de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto, rasgad los corazones: ¡cambiad!

Al escuchar esas palabras tan fuertes del profeta, tal vez podemos pensar: Vale, vale, que cambien los habitantes de Judea, pero yo no tengo que cambiar: ¡estoy muy a gusto como estoy! Hace mucho tiempo que no he visto ni un saltamontes, tengo cosas ricas que comer y beber todos los días, tengo varias pelis pendientes de ver, esta semana tengo varios partidos que voy a ganar, … y no tengo prisa porque todavía los finales están muy lejos y ya estudiaré en serio cuando lleguen.

No sé a vosotros, pero a mí siempre me da mucha pereza ponerme en serio a cambiar algo en cuaresma. La verdad, de suyo no es un tiempo especialmente simpático como, por ejemplo, la Navidad.

Al escuchar el Salmo responsorial tal vez hemos pensado algo parecido: «Por tu inmensa compasión y misericordia, Señor, apiádate de mí y olvida mis ofensas. Lávame bien de todos mis delitos y purifícame de mis pecados». E incluso al repetir «Misericordia, Señor, hemos pecado», tal vez se nos ocurría por dentro decir: Pero si yo no tengo pecados, … en todo caso «pecadillos». No le hago mal a nadie, no he robado ningún banco, no he matado a nadie, en todo caso, sólo «cosillas» de poca importancia. Y, además, no tengo nada contra Dios, no he querido ofenderlo. ¿Por qué voy a decir que he pecado ni a mendigar su misericordia?

Si vemos así las cosas, las palabras de San Pablo en la segunda lectura, nos pueden sonar a repetitivas, pero subiendo el tono, presionando: «Hermanos: Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios».

¿Tan importante soy y tanta importancia tiene lo que yo haga, que hoy todos vienen contra mí: el profeta Joel, David con su Salmo, y San Pablo presionando?

Pues la verdad es que sí, para el Señor soy importante. Ninguno de nosotros le resulta indiferente a Dios, no somos un número más de los millones de personas que hay en el mundo. Soy yo, eres tú. Alguien en quien está pensando, a quien echa un poco de menos, con quiere hablar.

¿No te ha dado alegría alguna vez, al salir cansado de clase, recibir un mensaje en el móvil de alguien que te cae bien y que te pregunta: ¿Tienes algún plan esta tarde?

¡Bien! ¡por fin! ¡alguien que piensa en mí! En general, una de las cosas que dan más gusto es comprobar que hay gente que nos quiere, que piensa en nosotros, y nos llama para que nos veamos y pasemos juntos un rato agradable.

Esta semana me encontré leyendo la Biblia unas palabras de amor humano, que son divinas. Son el estribillo de una canción del Cantar de los Cantares que le canta el amado a su amada. Dicen así: «¡Vuélvete, vuélvete, Sulamita! Date la vuelta, date la vuelta que te quiero ver» (Cant 7, 1).

En realidad parece que más que cantar invitan a bailar: «¡Vuélvete, vuélvete, Sulamita! Date la vuelta, date la vuelta, que te quiero ver». En hebreo suena bien: *šubi, šubi šulamit, šubi, šubi*… hasta tiene su ritmo. El verbo *šub* significa «volver, darse la vuelta», pero es el verbo que en la Biblia Hebrea también significa «convertirse».

Esas palabras del Cantar nos ayudan a comprender lo que está pasando hoy. Dios, el amado, nos invita a cada uno a bailar diciéndonos: «conviértete, date la vuelta, que te quiero ver».

La invitación a la conversión no es la riña de alguien exigente que está enfadado con lo que hacemos, sino una llamada amorosa a que demos media vuelta para encontrarnos cara a cara con el Amor. Nadie nos empuja para reñirnos. Alguien que nos quiere se ha acordado de nosotros y nos envía un mensaje para que nos veamos y hablemos a fondo, abriendo el corazón.

Bien. Pero, en cualquier caso, «no tengo pecados» ¿de qué me voy a convertir?

Hay muchos modos de explicar lo que es el pecado, pero me parece que también la Sagrada Escritura nos ayuda a aclararnos con lo que es.

En hebreo «pecado» se dice *jattat*. ¿Sabéis cuál es en la Biblia el antónimo, la palabra que expresa el concepto apuesto a *jattat*? En español tal vez diríamos que lo contrario de pecado es «buena acción», o algún teólogo diría que «gracia». En hebreo, el antónimo de *jattat* es *šalom*, paz. Esto quiere decir que para la Biblia ni «pecado» ni «paz» son exactamente lo mismo que para nosotros.

En el libro de Job se dice que aquel hombre al que Dios invita a reflexionar y cambia, experimentará *šalom* (la paz) en su tienda y cuando revisen su morada, no habrá *jattat* (no faltará nada) (cfr. Jb 5, 24). Eran nómadas y para ellos la tienda era su casa. Una casa está en «pecado» cuando falta algo necesario o cuando lo que hay está desordenado. Está en «paz» cuando da gusto verla y estar allí: todo bien instalado, limpio y en su sitio.

Cuando nos miramos por dentro, tal vez nuestra alma y nuestro corazón están como nuestra habitación o como el piso en que vivimos: con la cama si hacer, la mesa sin quitar los restos de la cena, con unos periódicos tirados por encima del sofá, o el fregadero lleno de platos esperando que alguien los lave. ¡Qué a gusto se queda el alma y el corazón cuando limpiamos los cacharros, y ponemos orden! Por eso en la confesión, cuando hacemos zafarrancho de limpieza en el *jattat* que llevamos por dentro, nos dan la absolución y nos dicen «vete en paz (*šalom*)», estás en orden.

Hoy, que comenzamos la cuaresma, el Señor nos llama con amor: *šubi, šubi šulamit, šubi, šubi…* «vuélvete, date la vuelta que te quiero ver». Él nos quiere y nos conoce bien. Sabe que a veces somos un poco descuidados, y quiere ayudarnos a hacer limpieza para que recuperemos la serenidad, la paz y la alegría.

Por eso es por lo que San Pablo nos insiste con tanta con fuerza: «en nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios», y ¿para qué retrasarlo? ¿por qué dejarlo para otro día? San Pablo también nos conoce y nos mete prisa: «mirad, ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación». Hoy. 22 de febrero de 2012. Miércoles de ceniza. Aquí mismo tenemos confesores, ahí arriba, que en cinco minutos nos ayudarán a ponernos en forma.

Y, una vez, con todo en orden, ¿cómo recorrer bien estos días de Cuaresma?

En el Evangelio de la Misa hemos escuchado que Jesús mismo nos da unas pistas interesantes para concretar unos propósitos que nos ayuden a redescubrir la alegría de amar a Dios y a los demás.

Lo primero que nos sugiere es que nos demos cuenta de que hay mucha gente necesitada a nuestro alrededor, cerca y lejos de nosotros, y no podemos quedar indiferentes ante quienes sufren.

En la primera lectura recordábamos que, ante la crisis de los saltamontes en Judea, Joel decía que es necesario rasgarse el corazón, compartir el sufrimiento con los que padecen.

Hoy día estamos viviendo en una profunda crisis económica. Más de cinco millones y medio de personas están en paro en España. Muchos sufren, sufrimos con ellos, la falta de trabajo y todas las necesidades que esto trae consigo. No podemos desentendernos de sus problemas, como si no pasara nada, ni cerrar nuestro corazón. Deben notar que estamos con ellos.

También en otros lugares del mundo la vida diaria es todavía más difícil que aquí, y necesitan ayuda urgente. «Cuando hagas limosna –dice Jesús–, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará» (Mt 6, 3-4). Generosidad: este es un primer buen propósito para la Cuaresma.

Hoy, el dinero que recaudemos en la colecta será para ayudar a terminar la construcción y equipamiento del Centro Médico Monkole, en Kinshasa, al que ya hemos procurado ayudar en otras ocasiones. Está prestando un gran servicio a muchas personas necesitadas de atención médica. Necesitan ayuda para disponer de cosas tan elementales como agua y electricidad durante todo el día. No los dejemos solos.

También hay otro tipo de «limosna», que no lo parece, porque es muy discreta, pero es muy necesaria. En su mensaje para la Cuaresma de este año, Benedicto XVI nos hace notar que «hoy somos generalmente muy sensibles al aspecto del cuidado y la caridad en relación al bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos. No era así en la Iglesia de los primeros tiempos».

Ese modo eficaz de «limosna» al que se refiere el Papa es la corrección fraterna: ayudarnos unos a otros a descubrir lo que no va bien en nuestras vidas, o lo que puede ir mejor. Algo que tal vez no hacemos mucho hasta ahora, pero que es bien necesario y útil. «Pienso aquí –dice el Papa– en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien».

Aunque debamos superar la impresión de que nos estamos metiendo en la vida de los demás, no podemos olvidar que, sigo citando a Benedicto XVI, «es un gran servicio ayudar y dejarse ayudar a leer con verdad dentro de uno mismo, para mejorar nuestra vida y caminar cada vez más rectamente por los caminos del Señor. Siempre es necesaria una mirada que ame y corrija, que conozca y reconozca, que discierna y perdone (cfr. Lc 22, 61), como ha hecho y hace Dios con cada uno de nosotros».

Junto a la limosna, la oración. «Tú –nos dice Jesús–, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará» (Mt 6, 6). La oración no es la mera recitación mecánica de unas palabras que aprendimos de pequeños, es tiempo de diálogo amoroso con quien tanto nos quiere. Son conversaciones íntimas donde el Señor nos anima, nos conforta, nos perdona, nos ayuda a poner orden en nuestra vida, nos sugiere en qué podemos ayudar a los demás, nos llena de ánimos y alegría de vivir.

Y, en tercer lugar, junto a la limosna y la oración, el ayuno. No tristes, sino alegres, como Jesús nos sugiere también en el Evangelio de hoy: «Tú cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará» (Mt 6, 17-18).

Actualmente mucha gente ayuna, se priva de cosas apetecibles, y no por motivos sobrenaturales, sino por guardar la línea o mejorar su forma física. Está claro que ayunar es bueno para el bienestar físico, pero para los cristianos es, en primer lugar, una «terapia» para curar todo lo que nos dificulta ajustar nuestra vida a la voluntad de Dios.

En una cultura en la que no nos falta de nada, pasar algún día un poco de hambre es muy bueno, y no sólo para la salud del cuerpo. También de la del alma. Nos ayuda a hacernos cargo de lo mal que lo pasan tantas personas que no tienen que comer.

Es verdad que ayunar es abstenerse de comer, pero la práctica de piedad recomendada en la Sagrada Escritura, comprende también otras formas de privaciones que ayudan a llevar una vida más sobria.

Por eso, también es bueno que ayunemos de otras cosas que no son necesarias pero que nos cuesta prescindir de ellas.

Por ejemplo, podríamos hacer un ayuno de Internet limitándonos a usar la red lo necesario para el trabajo, y prescindiendo de navegar sin rumbo. Nos vendría bien para tener la cabeza despejada, leer libros y pensar en cosas interesantes.

También podríamos hacer ayuno de salir de copas en el fin de semana, le vendría bien a nuestro bolsillo, y estaríamos más frescos para hablar tranquilamente con los amigos.

O podríamos ayunar de ver películas y series en días entre semana, le vendría muy bien a nuestro estudio.

¿Pasaría algo si ayunásemos todo un día de mp3 y formatos parecidos, y fuésemos por la calle sin auriculares, escuchando el viento y el canto de los pájaros?

Privarse del alimento material que nutre el cuerpo, del alcohol que alegra el corazón, del ruido que llena los oídos y las imágenes que se suceden rápidamente sobre la retina, facilita una disposición interior a mirar a los demás, a escuchar a Cristo y a nutrirse de su palabra de salvación. Con el ayuno le permitimos que venga a saciar el hambre más profunda que experimentamos en lo íntimo de nuestro corazón: el hambre y la sed de Dios.

Dentro de unos momentos, los sacerdotes y diáconos impondrán la ceniza sobre nuestras cabezas mientras dicen: «Acuérdate que eres polvo y al polvo volverás». No son palabras para asustarnos haciéndonos pensar en la muerte, sino para ponernos en la realidad y ayudarnos a encontrar la felicidad. Solos no somos nada: polvo y ceniza. Pero Dios ha diseñado para cada una y cada uno una historia de amor para hacernos felices. Como decía el poeta Francisco de Quevedo, refiriéndose a aquellos que han vivido cerca de Dios en su vida, que mantendrán su amor constante más allá de la muerte, «polvo serán, mas polvo enamorado».

Comenzamos el tiempo de cuaresma. Un tiempo alegre y festivo de dar la vuelta para dirigirnos al Señor y verlo cara a cara. *šubi, šubi šulamit, šubi, šubi…* «¡Vuélvete, vuélvete –nos dice una vez más–, date la vuelta, date la vuelta, que te quiero ver». No son días tristes. Son días para dejar paso al Amor.

A la Santísima Virgen, Madre del Amor Hermoso, nos acogemos para que al contemplar la realidad de nuestra vida, aunque sean patentes nuestras limitaciones y defectos, veamos la realidad: «polvo seremos, mas polvo enamorado».

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Oración, ayuno y limosna

1. Un año más ha vuelto la cuaresma, tiempo en que es mi obligación dirigiros una exhortación, porque tenéis el deber de ofrecer a Dios obras que vayan de acuerdo con estos días del calendario; obras que, sin embargo, sólo pueden seros útiles a vosotros, no a él. También en las restantes épocas del año debe entregarse el cristiano con ardor a la oración, al ayuno y a la limosna; pero esta solemnidad debe estimular incluso a quienes de ordinario son perezosos al respecto; y aquellos que ya se aplican con esmero a tales ocupaciones deben realizarlas ahora con mayor intensidad. La vida

en este mundo es el tiempo de nuestra humillación; no otra cosa simbolizan estos días. La repetición anual de la solemnidad equivale a una repetición de lo que Cristo el Señor sufrió por nosotros en su única muerte. Lo que tuvo lugar una sola vez en la historia para la renovación de nuestra vida, se celebra todos los años para perpetuar su memoria. Por tanto, si debemos ser humildes de corazón y estar llenos del afecto de la verdadera piedad durante toda nuestra peregrinación que transcurre en medio de tentaciones, ¡cuánto más en estos días, en que no sólo se vive, sino que también se simboliza en la celebración este tiempo de nuestra humillación! La humildad de Cristo nos enseña a ser humildes, porque él al morir cedió ante los impíos; su excelsitud nos hace excelsos, porque él al resucitar precedió a los justos. *Si hemos muerto con Cristo,* dice el Apóstol, *también viviremos con él; si con él sufrimos, reinaremos también con él.*

Con la debida veneración celebramos una de estas dos cosas ahora pensando en la cercanía de su pasión; la otra después de Pascua, pensando en su resurrección ya efectuada. Entonces, pasados los días de nuestra humillación, llegará el tiempo de nuestra excelsitud; aunque aún no en el descanso de la visión, sí en la satisfacción de contemplarlo en las celebraciones que lo simbolizan. Ahora, pues, recobren intensidad los gemidos de nuestra oración; entonces exultaremos con mayor gozo llenos de alabanza.

2. Añadamos a nuestras oraciones la limosna y el ayuno, cual alas de la piedad con las que puedan llegar más fácilmente hasta Dios. A partir de aquí puede comprender la mente cristiana cuán lejos debe mantenerse de robar lo ajeno, si advierte que es una especie de robo el no dar al necesitado lo que le sobra. Dice el Señor: *Dad, y se os dará; perdonad, y seréis perdonados.* Entreguémonos con fervor a estos dos modos de limosna: el dar y el perdonar, nosotros que pedimos al Señor que nos otorgue sus bienes y no nos pida cuenta de nuestros males. *Dad,* dice, *y se os dará.* ¿Hay cosa más auténtica y más justa que quien se niega a dar, él mismo se defraude y no reciba nada? Si se comporta con desfachatez el agricultor que va a buscar la cosecha donde sabe que no sembró, ¡cuánto mayor no es la desfachatez de quien busca la riqueza de Dios para que le dé, después de que él no quiso escuchar al pobre que le pedía a él! Dios, que no sufre hambre, quiso, no obstante, ser alimentado en la persona del pobre. Por tanto, no despreciemos a nuestro Dios necesitado en la persona del pobre, para que, cuando nos sintamos necesitados, nos saciemos en quien es rico. Se nos presentan personas necesitadas, y también nosotros lo somos; demos, pues, para recibir. Pero ¿qué es lo que damos? Y ¿qué es lo que deseamos recibir en cambio de esas pequeñas cosas visibles, temporales y terrenas? *Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó jamás al corazón humano.* Si él no lo hubiera prometido, ¿no sería propio de desvergonzados dar estas cosas y querer recibir aquellas otras? ¿Y el no querer dar ni siquiera éstas? Tanto más que ni unas ni otras tendríamos si no nos las hubiera dado aquel que nos exhorta a dar. ¿Con qué cara esperamos que nos dé unas cosas u otras, si le despreciamos cuando nos manda dar auténticas menudencias? *Ver donad, y seréis perdonados;* es decir, otorgad perdón, y recibiréis perdón. Que el siervo se reconcilie con el consiervo para no ser castigado con justicia por el Señor. Para este

tipo de limosnas nadie es pobre y puede hacer que viva eternamente quien no tiene con qué vivir temporalmente. Se da gratuitamente; a base de dar se acumulan riquezas que sólo se consumen cuando no se dan. Sean confundidas y perezcan las enemistades, de quien sean, que hayan resistido hasta estas fechas. Déseles muerte, para que no la causen ellas; sean dominadas, para que no dominen ellas; elimínelas el que redime, para que no eliminen ellas a quien las retiene.

3. Vuestros ayunos no sean como los que condena el profeta al decir: *No he sido yo quien eligió este ayuno, dice el Señor*. Fustiga el ayuno de la gente pendenciera; busca el de los piadosos. Condena a quienes aprietan y busca quienes aflojen. Acusa a los cizañeros, busca libertadores. Este es el motivo por el que en estos días refrenáis vuestros deseos de cosas lícitas, para no sucumbir ante lo ilícito. Nunca se emborrache ni adultere quien en estos días se abstiene del matrimonio. De esta forma, nuestra oración, hecha con humildad y caridad, con ayuno y limosnas, templanza y perdón, practicando el bien y no devolviendo mal por mal, alejándonos del mal y entregándonos a la virtud, busca la paz y la consigue. La oración, en efecto, ayudada con las alas de tales virtudes, vuela y llega más fácilmente al cielo, adonde nos precedió Cristo, nuestra paz.

(*Sermón 206, 1-3, o.c. (XXIV),* BAC, Madrid, 1983, pp. 106-110)

***

SAN JUAN CRISÓSTOMO (Homilías sobre el evangelio de San Mateo, 19-20)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Estad atentos a no hacer vuestras limosnas delante de los hombres para que os vean. (Mt 6, 1)

DESARRAIGA por Cristo la más tiránica de todas las enfermedades. Me refiero a la rabiosa locura y furor de la vanagloria, que aun a los justos acomete. Al principio del discurso nada dijo de ella Cristo. Habría sido en vano antes de persuadir a los oyentes a que se entreguen a las buenas obras enseñarles cómo las habían de hacer y trabajar en ellas. Pero una vez que ya los instruyó en la virtud, ahora empieza y se esfuerza por extirpar la enfermedad que suele subintroducirse y dañarla. Porque esta peste no se engendra así como quiera, sino una vez que hemos cumplido egregiamente en muchas cosas con los preceptos. Se hacía, pues, necesario primeramente injertar en el ánimo la virtud, para luego arrancar esa afección del alma que le echa a perder su fruto espiritual.

Advierte por dónde comienza: por la oración, el ayuno y la limosna. Sobre todo en estas buenas obras suele andar. De aquí se hinchaba el fariseo aquel que decía: *Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo* (Lc 18, 12). En la oración misma se llenaba de vanagloria y oraba por ostentación. Y por no haber ahí otros hacía referencia al publicano y decía: No soy como los demás hombres, ni como este publicano.

Advierte cómo el Salvador da principio como si tratara de una fiera astuta y difícil de cazar; y tal que puede atrapar a quien no esté muy vigilante. Porque dice: Estad atentos a no hacer. Lo mismo decía Pablo a los filipenses: *¡Ojo a los perros!* (Flp 3, 2). Es fiera que ocultamente se introduce y todo lo llena, y sin ruido arrebata cuanto hay dentro en el interior, sin que el paciente lo sienta. Pues había Cristo disertado largamente acerca de la limosna y traído al medio a Dios que hace salir su sol sobre buenos y malos; y había declarado ser esclarecidos los generosos en dar, y por todos los medios había exhortado a la limosna, finalmente ahora escombra el campo de cuanto puede dañar este olivo. Por esta razón dice: Estad atentos a no hacer vuestra limosna delante de los hombres. Es que la limosna de que trató antes, es limosna de Dios.

Una vez que dijo: No la hagáis delante de los hombres, añadió: para que os vean. A primera vista, parecería que esto ya estaba dicho. Pero si cuidadosamente se considera, no es lo mismo. Una clase de limosna es ésta y otra clase es aquélla. Y hay en esto mucha precaución, muy alta providencia y perdón. Puesto que puede, quien hace limosnas delante de los hombres, hacerla no para ser visto; y también puede, quien la hace en oculto, hacerla para ser visto. Por tal motivo Cristo no premia ni castiga la obra sencilla, sino la voluntad del que la hace. Si no hubiera Cristo usado de esta distinción cuidadosa, habría entorpecido a muchos en el ejercicio de dar limosna, ya que esto no siempre se puede hacer a ocultas. Pues bien: para librarte de esa confusión, señala el premio y el castigo y los adjudica no a la finalidad de la obra en sí misma, sino al propósito de la voluntad.

Ni vayas a decir: ¿qué me interesa a mí que otros me vean? Dice Cristo: no es eso lo que yo examino, sino tu intención y. el modo con que haces la obra. Trata él de plasmar tu alma y librarla de toda enfermedad. Por eso, una vez que decretó que no se haga por vana ostentación y advirtió el daño resultante si se procede sin reflexión y a la ventura, enseguida levanta los ánimos de los oyentes, recordándoles al Padre y el cielo, para no conmoverlos únicamente con los daños; y al mismo tiempo los reprime con la memoria del Padre. Pues dice: No tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos. Y no se detiene aquí, sino que pasa adelante y más profundamente inculca el odio a este vicio de la vanagloria.

Así como antes mencionó a los publicanos y gentiles con el objeto de avergonzar mediante la comparación en la condición de las personas, a quienes imitaban, del mismo modo aquí recuerda a los hombres hipócritas.

Dice, pues: Cuando hagas limosna no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas. No dice esto porque aquéllos tuvieran trompetas; sino que, para dar a entender su extrema locura, los burla mediante esta metáfora y los pone de manifiesto. Justamente los llama hipócritas, pues la limosna les servía de capuchón y larva, mientras que su pensamiento maquinaba barbaridades y crueldades. Porque no lo hacían porque tuvieran compasión con los pobres, sino para gozarse ellos y ser glorificados. Y es cosa llena de crueldad eso de que mientras uno perece de hambre, ande el otro captando honores y no trate de aliviar la pobreza. En conclusión, que la

verdadera limosna no consiste en dar, sino en dar como conviene y con el fin de aliviar la miseria.

Habiéndose ya suficientemente burlado de los hipócritas y habiéndolos ya desenmascarado, para avergonzar a los oyentes, luego corrigió la intención de quienes andaban enfermos de semejante vicio; y tras de haberles declarado cómo no debe hacerse la limosna, pasó a decir el modo como debe hacerse. ¿Cuál es? No sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha. Tampoco aquí habla de la mano material, sino que esto lo dice por metáfora y hablando con hipérbole. Como si dijera: si fuera posible que tú mismo lo ignoraras, lo habías de procurar. Si fuera posible, al dar la limosna aun las manos debían ocultarse. No se entiende esto, como algunos creen, en el sentido de que la limosna haya de ocultarse a los malvados solamente, pues Cristo ordenó que se ocultara a todos.

Considera, por otra parte, cuán grande es la recompensa. Tras de decretar la pena, muestra ahora la honra que se ha de alcanzar, empujando por ambos medios a los oyentes y llevándolos a la más sublime doctrina. Porque aquí les enseña a conocer que Dios está presente en todas partes y que nuestros asuntos no están circunscritos a los límites de la vida presente, sino que nos aguardan más terribles tribunales y que tenemos que dar cuenta de todos nuestros actos, de donde se nos derivarán honores o castigos; y que ninguna obra grande ni chica quedará oculta, aun cuando así lo parezca a los hombres.

Todo esto dejó entender cuando dijo: Tu Padre que ve en lo oculto te premiará públicamente. Grande y honroso teatro le pone delante Cristo, en donde le dará con abundancia lo que desea. Ahí le dirá: ¿qué es lo que deseas? ¿no es por cierto, tener cantidad grande de espectadores? Aquí los tienes. Y no únicamente a los ángeles y arcángeles, sino al Dios de todos. Y si anhelas tener como espectadores a los hombres, ni aun este deseo quedará infructuoso a su debido tiempo: más aún, se te concederá con mayores multitudes. Por ahora, si te haces ver, será de diez, de veinte, de cien hombres solamente. Pero si procuras ocultarte, en aquel día Dios mismo te proclamará estando presente el orbe entero.

Por otra parte, quienes ahora te vean, te condenarán como ambicioso de vanagloria; pero allá cuando te vean coronado, no sólo no te condenarán, sino que todos te admirarán. Si pues está la recompensa preparada y serás objeto de admiración, con tal de que esperes un poco de tiempo, piensa cuán gravísima necedad sería perder juntamente ambas cosas, cuando el premio se exige de Dios, y los hombres todos en la presencia de Dios son convocados como espectadores de tus buenas obras. Si queremos ostentarnos, conviene ante todo ostentarnos ante el Padre: sobre todo porque el Padre es señor de castigos y premios.

A la verdad, aun cuando semejante vicio ningún daño trajera consigo, en modo alguno convendría que quien codicia la gloria abandonara ese teatro celeste para anhelar acá el humano teatro. ¿Quién hay tan infeliz que, mientras el rey se apresura a contemplar el cuadro de sus buenas obras, él, abandonando al rey, se procure un auditorio de pobres y mendigos? Por esto ordena no sólo que no nos demos a la

ostentación, sino que procuremos ocultarnos. Porque es cosa distinta no tener deseos de ostentarse y francamente buscar el ocultamiento y la sombra.

Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo: ya recibieron su recompensa. Tú, cuando orares, entra en tu cámara y cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto. También a éstos los llama hipócritas y con razón; porque simulando que oran a Dios, están mirando en torno a los hombres, no con el hábito de suplicantes, sino de ridículos. Puesto que quien se prepara a suplicar, dejando a un lado a todos los demás, sólo clava la vista en aquel que puede concederle lo que pide. Si a éste lo abandonas y andas al rededor dando vueltas y mirando a todas partes, saldrás con las manos vacías. Pero en verdad, tú te lo quisiste.

Por eso no dijo que tales hombres tendrían premio, sino que ya lo han recibido; es decir, lo recibirán, pero será de aquellos de quienes lo anhelaban. No era eso lo que Dios quería, sino darles su propia recompensa. Pero ellos, anhelando el premio de los hombres, no merecen recibir el de aquel por quien nada hicieron. Considera la bondad de Dios, pues nos promete recompensa por las mismas cosas que le pedimos. De manera que, reprendiendo a quienes no cumplen bien con el deber de orar, una vez que por las circunstancias del lugar y de la interior disposición demostró que son dignos de risa en gran manera, finalmente indica el mejor modo para hacer oración, diciendo: Entra en tu cámara.

Preguntarás: entonces ¿no se ha de orar en la iglesia? Sí se ha de orar, pero con la disposición dicha. Dios en todas partes atiende a la finalidad con que se obra. Si entras en tu cámara y cierras sobre ti las puertas, pero lo haces por ostentación, ninguna utilidad te trae. Y observa aquí cuán estricta distinción puso al decir: Para ser visto por los hombres. De modo que aun cuando eches llave a tus puertas, quiere El que, antes de cerrarlas, rectifiques tu intención y lo hagas precisamente para mejor cerrar las puertas de tu mente. Estar libre de la vanagloria siempre es lo más excelente, pero sobre todo cuando oramos. Si aun libres de este vicio, todavía divagamos y andamos con la mente de un lado para otro, entrando con semejante vicio ¿cuándo oiremos nosotros mismos lo que decimos? Y si nosotros, que somos los suplicantes, no lo oímos ¿cómo rogamos a Dios que lo escuche?

Y sin embargo, hay quienes después de tantos y tan apretados mandatos, se portan en la oración tan feamente, que aun cuando con el cuerpo se encuentren ocultos, con las voces se hacen oír de todos lanzando clamores al modo de los payasos y mostrándose ridículos en la postura y en la voz. ¿No observas cómo aun en la plaza, si alguien así se porta y ruega con clamores, aparta de sí aun a aquel a quien ruega? Pero si está quieto y en postura decente, sobre todo entonces atrae a quien puede socorrerlo. Oremos, pues, no con las posturas del cuerpo ni con gritos y voces, sino con el afecto de la voluntad. No lo hagas con ruidos estrepitosos para no alejar de nosotros a quienes no están vecinos, sino con plena modestia, con ánimo contrito, con lágrimas interiores.

¿Es que te dueles íntimamente en tu ánimo y no puedes callar? Pero, como dije, es propio de quien de verdad se duele, orar del modo expuesto y así suplicar. Dolíase

Moisés, y así oraba y era escuchado. Por lo cual le dijo Dios: *¿Por qué clamas a mí?* (Ex 14, 15). También Anna alcanzó lo que pedía sin que se oyera su voz, porque su corazón era el que clamaba. Y en cuanto a Abel, no sólo sin hablar, sino muerto ya rogaba, y su sangre clamaba más alto que una trompeta. Gime, pues, tú al modo de los santos: ¡no te lo impido! *Desgarra tu corazón*, como lo ordena el profeta, *y no tus vestidos* (Jl 2, 13). Invoca a tu Dios de lo íntimo de tu alma, pues dice: De lo profundo clamé a ti Señor. Saca tu voz de lo íntimo de tu corazón y haz que tu oración sea misteriosa y oculta.

¿No has observado cómo en los palacios de los reyes se omite todo tumulto y por todas partes reina un silencio absoluto? Pues tú también, como quien entra en un palacio no terreno, sino mucho más tremendo, como es el celeste, procede con pleno recogimiento. Tratas con los coros de los ángeles; compañero eres de los arcángeles; cantas en unión de los serafines. Y todos estos órdenes angélicos se presentan en plena paz, y entonan con misterioso pavor el cántico sagrado y los himnos del Rey de todos. Únete a ellos cuando oras e imita su comportamiento maravilloso. Porque no ruegas a hombres, sino a Dios presente en todas partes; y que te oye aun antes de que pronuncies las palabras y conoce los secretos de tu corazón.

Si de este modo oras, recibirás grandes mercedes. Porque dice: Tu Padre que ve en lo escondido te recompensará públicamente. Y no dice te dará, sino te pagará. Se constituye deudor tuyo, y por eso que haces te pagará con grandes honores. Por ser El invisible, quiere que también tu oración lo sea. Y tras de esto, pone las palabras mismas con que has de orar. Dice: Cuando orareis no multipliquéis las palabras como lo hacen los gentiles. Cuando habló de la limosna únicamente condenó la vanagloria, y nada más añadió, ni dijo en dónde convenía hacer limosna: si de lo adquirido con el honorable trabajo y no de las rapiñas ni de la avaricia, porque era cosa clara para sus oyentes. Aparte de que ya lo había condenado al predicar las bienaventuranzas de los que tienen hambre y sed de justicia.

En cambio ahora, al tratar de la oración, añadió algunas cosillas. O sea que se debe evitar la multitud de las palabras. Así como allá se burló de los hipócritas, así acá de los gentiles; y en ambos casos avergüenza al oyente mostrando la vileza de todas esas personas. Los aparta del vicio comparándolos con hombres abyectos, cosa que de ordinario es la que más escuece y adolora, y a la multitud de palabras llama locuacidad. Tales son, por ejemplo, cuando pedimos a Dios lo que no conviene, como poder, gloria, victoria de nuestros enemigos, riquezas abundantes y todo lo que para nada nos traerá utilidad. Porque dice El conoce las cosas de que tenéis necesidad.

***

Cuando ayunéis no aparezcáis tristes, como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan (Mt 6, 16).

CONVIENE que nosotros en este pasaje gimamos y lloremos; pues no sólo imitamos a los hipócritas sino que los superamos. Sé, por cierto, sé de muchos que no sólo ayunan por ostentación, sino que aun sin ayunar, se presentan como ayunantes y aprontan una excusa peor aún que el pecado. Lo hago, dicen, para no escandalizar a

muchos. ¿Qué dices? Es ley divina la que lo manda ¿y tú te escudas con el escándalo? ¿Crees que hay escándalo si la guardas y que no lo hay si la quebrantas? Pero ¿habrá cosa peor que semejantes necedades? ¿Dejarás acaso de ser peor que los hipócritas y de no estar echando mano de una doble hipocresía ni de llegar a las más extremas alturas del crimen? ¿Puedes, sin avergonzarte, percibir la fuerza de la sentencia leída?

Porque no dice simulan, sino que, para más picarlos, y con mayor vehemencia, dice: Exterminan su rostro y lo demudan; es decir, lo estropean, lo destruyen. Pues si mostrarse pálido por vanagloria es exterminar el rostro ¿qué se habrá de decir de las mujeres que destrozan su cara mediante coloretes y polvos, todo para ruina de los jóvenes impúdicos? Porque los ayunantes que eso practican sólo a sí mismos se dañan; pero tales mujeres se dañan a sí mismas y a los que las miran. Es pues conveniente huir de ambas enfermedades. Puesto que Cristo ordena no únicamente no hacer ostentación, sino incluso esconderse, como de antemano lo hizo él mismo.

Hablando de la limosna, no ordenó simplemente; sino que, tras de haber dicho: Estad atentos a no hacer vuestra limosna delante de los hombres, añadió: para ser vistos. En cambio, acá nada añadió al precepto del ayuno y la oración. ¿Por qué? Porque la limosna no puede ocultarse, mientras que la oración y el ayuno sí pueden ocultarse. De manera que así como dijo: No sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, no hablando de las manos materiales, sino de que es necesario ocultarse; y así como dijo aquello de entrar en el aposento, no quiso decir que ahí es en donde debemos orar y no en otra parte, aunque dejó entender que ahí sobre todo; así en este pasaje, al ordenar que quien ayuna se unja con óleo, no manda precisamente la material unción, pues todos nos hallaríamos reos de traspasar semejante precepto y antes que nadie los que por regla deben aplicarse al ayuno, o sea las multitudes de monjes que viven en las montañas.

En resumidas cuentas, que no es eso lo que ordena el Señor, sino que, como fue costumbre entre los antiguos ungirse con óleo cuando estaban alegres y gozosos -como claramente se ve en David y en Daniel- por eso dijo Cristo que convenía ungirse con óleo, no para que materialmente lo hagamos, sino para que con todo empeño y diligencia, conservemos el bien que por el ayuno nos viene. Y para que veas que este es el sentido, Cristo mismo, que dio el precepto, lo llevó a la práctica; pues ayunó durante cuarenta días y se ocultó para ayunar, pero no se ungió con óleo ni se bañó. Y a pesar de que nada de eso hizo, nadie llevó a la práctica como él todo el precepto, libre ya, absolutamente libre de toda vanagloria. Esto fue, pues, lo que nos ordenó, cuando trajo al medio a los hipócritas y retrajo de los procederes contrarios a los oyentes, mediante el doble precepto.

Pero algo dejó también entender con la palabra aquella *hipócritas*. De manera que aparta de semejante perversa inclinación no sólo ridiculizándola, ni sólo indicando el gravísimo daño que causa, sino porque es un engaño que está muy a la mano. El hipócrita sólo aparece resplandeciente mientras está en el teatro; y aun entonces no para todos. Porque la mayor parte de los espectadores sabe, quién siendo él, qué cosas representa. Por lo demás, acabada la función, los representadores quedan al descubierto para todos. Pues bien: necesariamente padecen eso mismo los que

ambicionan la vanagloria; y aun para muchos es cosa manifiesta que no son lo que parecen y que únicamente se encubren tras de un disfraz. Sin embargo, mucho más se les conoce cuando después de terminada la representación queda todo en claro.

Por otro camino aparta también Cristo a los ayunantes de la hipocresía, demostrando no ser gravoso su mandato. No insiste en que el ayuno se extienda y prolongue, sino en que no se pierda su premio. Que el ayuno parezca gravoso, cosa es común a nosotros y a los hipócritas, pues también ellos ayunan; pero lo que Cristo ordenó es facilísimo de suyo y exclusivo de quienes correctamente ayunan, para que no pierdan su corona y trabajo. Como si dijera Cristo: yo nada añado al trabajo, sino que recojo para vosotros cuidadosísimamente las recompensas y no dejo que os vayáis sin coronas, como suelen marcharse quienes no quieren imitar a los que en los juegos olímpicos compiten.

Los competidores, estando presentes tanta multitud y tantos príncipes que los miran, no se dedican sino a complacer a uno solo, al que los ha de coronar, aun cuando éste sea un particular y con mucho inferior a los príncipes. Y sin embargo, tú, que tienes un doble motivo para demostrar a Cristo tu victoria -puesto que es El quien atribuye los premios y además está muy por encima de los demás espectadores sin comparación alguna-, andas haciendo ostentación delante de otros que para nada pueden aprovecharte y sí grandemente dañarte.

A pesar de todo, dice Cristo, ni eso te impido. Pues si quieres hacer ostentación delante de los hombres, espera un poco: yo te proporcionaré eso con grande ventaja. Ahora semejante os, tentación te aparta de la gloria que yo tengo y te doy, así como el despreciarla te une a mí. Pero en aquel día con plena libertad gozarás de todo; y aun acá lograrás no pequeño fruto, como es el quedar libre de una servidumbre si conculcas toda humana gloria; y podrás entregarte al ejercicio de la verdadera virtud, En cambio, si ansías la vanagloria, aun cuando estés en pleno desierto andarás vacío de todas las virtudes y esto aunque no tengas espectadores.

Aparte de que es grande injuria la que haces a la virtud, si la buscas no por ella y lo que es, sino por los fabricantes de cuerdas y los herreros y el demás vulgo de la plaza; y para que te admiren los perversos y los que andan muy lejos de la virtud; y llamas al espectáculo de tu ostentación a los enemigos de la virtud. Es como si alguno quisiera proceder púdicamente no por el bien que en sí misma encierra la pudicia, sino para agradar a los impúdicos. De manera que tú nunca habrías echado por el camino de la virtud sino para agradar a los enemigos de la virtud; siendo así, que a la virtud aun por esto conviene admirarla: porque aun sus enemigos la alaban. Es menester que la alabemos y la admiremos como conviene; o sea, no por otros, sino por sí misma. Aun nosotros, cuando se nos ama no por lo que somos sino para agradar a otros, lo tenemos por injuria.

Piensa pues así de la virtud, y no la cultives por respeto de otros. No sirvas a Dios por respeto de los hombres, sino al revés: a los hombres por respeto a Dios. Si procedes al contrario, aun cuando parezca que ejercitas la virtud, harás que el Señor se irrite como contra quien en absoluto no la ejercita. Porque así como éste no ejercitándola desobedece, así tú desobedeces al ejercitarla de modo no conveniente.

No alleguéis tesoros en la tierra. Sanada ya la enfermedad de la vanagloria, oportunamente pasa a tratar del desprecio de las riquezas. Pues nada como la ambición de la gloria excita el amor de las riquezas. Por semejante ambición los hombres inventan las greyes de siervos, los ejércitos de eunucos, los corceles brillantes con sus jaeces de oro, las mesas de plata y otras cosas aún más ridículas. No son ellas para satisfacer necesidades ni para disfrutar un placer, sino para ostentarse delante de muchos.

Anteriormente Jesús solamente dijo que era necesario ser misericordioso. Pero aquí nos enseña hasta dónde ha de llegar la misericordia, con estas palabras: No alleguéis tesoros en la tierra. No era tan fácil al comienzo del discurso declarar la doctrina del desprecio de las riquezas, a causa de la fuerza de la enfermedad de la codicia; pero una vez que poco a poco cortó semejante vicio y volvió a los hombres su libertad, finalmente pone esto en el pensamiento de los oyentes, de modo que ya con mayor facilidad lo acepten. Por tal motivo, al principio dijo: Bienaventurados los misericordiosos. Luego añadió: Si alguno quiere litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto.

Pero ahora dice algo más perfecto. Allá decía: si ves que hay litigio, haz como sigue. Porque es mejor no retener y estar libre de litigio, que retener y litigar. Aquí, en cambio, sin traer a cuento ni al adversario y ni al litigio, y sin recordar nada semejante, enseña con sencillez el desprecio de las riquezas. Con esto demuestra que establece estas leyes no tanto en bien de quienes son auxiliados por la misericordia de otros, cuanto por el bien de los que dan. De modo que aun cuando nadie nos haga injusticia ni nos arrastre a los tribunales, despreciemos los bienes presentes y los demos a los necesitados.

Sin embargo, no puso aquí todo en montón, sino poco a poco. Aunque El allá en el desierto sostuvo grandes batallas en este campo y con extremo valor, pero aquí no lo pone todo ni lo presenta en montón, porque aún no era tiempo de revelarlo. Lo que hace es presentar ciertos raciocinios, ejercitando más bien el oficio de consejero que el de legislador. Por eso, habiendo dicho: No alleguéis tesoros en la tierra, añadió: donde la polilla y el orín los corroen y en donde los ladrones horadan las paredes y los roban. Manifiesta con esto el daño del tesoro terreno y la utilidad del celestial, tanto por la circunstancia de lugar como por la de los que dañan. Y no se detiene en esto, sino que aduce otro raciocinio. Y en primer lugar exhorta a los hombres apoyándose en lo que más temen ellos. Como si dijera: ¿qué temes? ¿que se te acaben los dineros si das limosna? Pues más aún: no sólo no se consumirán si das limosna, sino que se acrecentarán en grande, pues se les añadirán los bienes del cielo. Aunque esto aún no lo dice, pero lo va a decir enseguida.

Por de pronto trata de lo que mejor podía exhortarlos; o sea, de conservar intactos sus tesoros. Y a esto los atrae por dos caminos. Pues no dice únicamente: si haces limosna, tu dinero queda guardado; sino que, por el contrario, amenaza y dice: si no lo das, lo pierdes. Observa su inefable prudencia. Porque no dijo: lo dejarás para otros, aunque esto muchas veces les gusta a los hombres, sino que por otro lado les mete el temor al demostrarles que con las riquezas ni siquiera eso lograrían. Pues aun en el

caso de que no las dañaran los hombres, tienen ellas otros enemigos, como son la polilla y la carcoma. Aunque parezca que fácilmente se puede evitar este daño, ciertamente es inexpugnable y no puede impedirse: por más medios que busques no podrás apartarlo.

Preguntarás: pero ¿es que la polilla carcome el oro? Pues si la polilla no lo carcome, cierto es que se lo llevarán los ladrones. Dirás: pues qué ¿acaso todos los hombres han sido despojados por los ladrones? Si no todos, sí muchos. Mas, como ya dije, por este motivo apartó Cristo otro argumento y dijo: *Donde está tu tesoro ahí estará tu corazón*. Como si dijera: aunque nada de eso otro aconteciera, no será pequeño el daño que recibas si te apegas a lo terreno y de libre te tornas esclavo y ya nada puedes pensar de las cosas de allá arriba, sino sólo y siempre de dineros, de usuras, de réditos, de lucros, de asuntos de vulgares tabernas o innobles taberneros. Pero ¿qué hay más mísero que esto? Semejante hombre será más miserable que cualquier esclavo, ya que tal tiranía se ha impuesto; y lo más funesto es que lo ha hecho traicionando su nobleza y libertad de hombre. Aunque mil cosas te digan, si tu pensamiento está clavado en las riquezas, no tendrás oídos para escuchar nada que te aproveche, sino que a la manera de un can atado al borde de un hoyo, ceñido con la tiranía de los dineros más duramente que con cualquier cadena, ladrarás contra todos los transeúntes sin otra empresa que realizar, sino conservar aquel depósito enterrado para otros.

Mas como estas cosas eran más altas de lo que alcanzaban las mentes del auditorio; y muchos ni iban a entender fácilmente el daño de las riquezas nacido, ni abarcar el lucro del desprecio de los dineros, sino que necesitaban de más instrucción y virtud para poder captar todo eso, Cristo pasó más adelante, después de estas cosas oscuras y después de las que eran más manifiestas, diciendo: Donde está tu tesoro ahí estará tu corazón. Y luego, más claramente, elevándose de lo sensible a lo espiritual en su discurso, diciendo: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Que significa: no ocultas bajo tierra el oro ni otra riqueza semejante, ya que para la polilla, la carcoma y los ladrones la amontonas.

Y aun cuando evitaras esos daños, no evitarás que tu corazón quede aprisionado y apegado a lo terreno. Porque donde está tu tesoro ahí estará tu corazón. Si pones tu tesoro en el cielo, no sólo conseguirás ese fruto, sino que además disfrutarás de los premios preparados para quienes así obran; aparte de que desde acá recibirás la recompensa, como trasladado al cielo, gustando las cosas de allá y solicito y cuidadoso de ellas: porque es claro que habrás llevado tu ánimo allá a donde depositaste tu tesoro. Por lo demás, si lo depositas en la tierra, experimentarás todo lo contrario.

Y si lo ya dicho te resulta oscuro, escucha lo que sigue: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si pues tu ojo estuviere sano, todo el cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Pues si la luz que hay en ti es tinieblas ¿qué tales serán las tinieblas? Vuelve Cristo su discurso a cosas que están más cercanas a los sentidos. Habiendo hablado ya de la mente, como de sierva y reducida a esclavitud, cosa que muchos no podrían fácilmente entender, razona ahora sobre las cosas exteriores y sujetas a las miradas, con el objeto de que por éstas puedan

entenderse aquellas otras. Como si dijera: si no has captado lo que es ese daño de la mente, entiéndelo por la comparación con el del cuerpo. Pues lo que el ojo es para el cuerpo, eso es la mente respecto del alma.

Así como nunca desearás que te adornen el cuerpo y te vistan de seda, pero al mismo tiempo te saquen los ojos, sino que juzgas que a todo ese ornato se ha de anteponer la incolumidad de los ojos, puesto que si pierdes la vista nada podrá aprovecharte durante el resto de tu vida -ya que ciegos los ojos queda imposible casi la operación de los demás miembros y del mismo modo, corrompida la mente, la vida toda queda repleta de males sin cuento-, digo pues, que así como en lo corporal antes que nada cuidamos de que estén sanos los ojos, así debemos cuidar de la salud de la mente. Si a ésta le arrancamos los ojos que son los que han de suministrar luz a los demás ¿cómo podremos en adelante ver? Así como quien seca una fuente, seca el río que de ella nace, así quien oscurece su mente, ensombrece juntamente todas las operaciones propias en esta vida.

Por tal motivo dice: Si la luz que en ti hay es tinieblas, las tinieblas ¿cuáles serán? Cuando el patrón de la nave se hunde y la lámpara se apaga y es ciego el capitán ¿qué esperanza les queda a los súbditos? Dejando, pues, a un lado las asechanzas que ponen las riquezas y las luchas y las querellas -porque tales cosas ya las indicó antes al decir: el adversario te entregará al juez y el juez al alguacil-, ahora pasa a cosas más severas, y aparta por este medio de las malas concupiscencias. Mucho peor es que la mente sea esclava de esta enfermedad que no el vivir en la cárcel. Esto segundo no siempre sucede; mientras que lo otro siempre acompaña a la codicia de las riquezas. Por lo cual pone esto después de aquello otro, como cosa más terrible y que sin remedio se sigue.

Como si dijera: Dios nos ha dado la mente para que disipemos la ignorancia y formemos recto juicio de las cosas de la tierra y para que estemos en seguridad, usando de esta luz a la manera de un dardo contra todo lo molesto y dañino. Pero nosotros traicionamos este don a trueque de cosas inútiles y vanas. ¿De qué sirven los soldados cargados de oro cuando el jefe de ellos está cautivo?, ¿qué ganancia se saca de que la nave esté admirablemente exornada cuando se ha ahogado el patrón? ¿Qué ganas con que tu cuerpo sea admirablemente formado y proporcionado si se le han arrancado los ojos? Así como si alguno a un médico, que ha de ser el primero en curar las enfermedades y que por lo mismo ha de estar él sano, lo enferma y lo obliga a yacer en una silla de plata y en una cama de oro, lo inutiliza para atender a los demás enfermos en absoluto, del mismo modo si enfermas tu mente que es la que puede curar las enfermedades del alma, después, aun cuando procures que se asiente sobre un tesoro, para nada le habrás ayudado, sino que le has causado un mal gravísimo y a toda ella la habrás dañado.

¿Has observado cómo Cristo, por aquellas mismas cosas que arrastran al hombre a causa de la codicia, por esas los aparta de ésta y los vuelve al camino de la virtud? Les dice: ¿por qué codiciáis el dinero? ¿para gozar de placeres y delicias? Pues bien: éstas no te vendrán por ahí, sino todo lo contrario.

Así como arrancados los ojos, nada suave percibimos ya, a causa de semejante calamidad, así también y mucho más sufriremos lo mismo con la corrupción de la

mente y su ceguera. ¿Por qué ocultas el dinero bajo tierra? ¿para tenerlo seguro? Pues Cristo dice que también esto te acontecerá al revés. Así como al que por vanagloria ayuna o da limosna u ora, Cristo lo aparta de la vanagloria partiendo de las cosas mismas que anhela (porque le dice: ¿con qué objeto oras así o das limosna? ¿no es para agradar a los hombres? pues no ores así y entonces conseguirás esa gloria, a saber en el siglo venidero), del mismo modo al codicioso de dineros lo caza mediante aquello mismo que tantísimo desea. Le dice: ¿qué es lo que quieres? ¿conservar tu riqueza y gozar de deleites? Pues yo te daré todo eso abundantísimamente, con tal de que deposites tu oro en el sitio que yo te señalaré.

Todavía más claramente, tiempo después declaró el daño que de la codicia se origina para la mente, al hacer mención de las espinas; pero entre tanto aquí mismo y no a la ligera, lo dejó entender al demostrar que anda ciego quien por las riquezas se enloquece y apasiona. Así como los que andan en tinieblas nada distinguen con claridad; sino que si acaso ven una soga piensan que es una serpiente, y si ven montes o valles, mueren de pavor, así sucede con aquéllos, pues sospechan aun de lo que para quienes ven no tiene nada de formidable; y así temen la pobreza y no sólo la pobreza sino aun la más leve pérdida de dinero. Si pierden un poco, lo lloran y se atormentan más que quienes están necesitados del diario sustento.

Y aún hay muchos de semejantes ricos que no pudiendo soportar el dicho infortunio, acuden a un lazo corredizo. Las injurias y daños les parecen tan intolerables que por tal motiva muchos han dejado esta vida. Las riquezas los volvieron muelles para todo, excepto para servirlas. Porque cuando ellas los obligan a que les sirvan, entonces se tornan audacísimos y se arrojan a peligros de muerte, a los azotes, a los oprobios y a todo género de ignominias. Linaje es esto de suma, de extrema miseria, que nos obliga a pensar que son ellos muellísimos: en lo que habían de mostrarse piadosos y recatados, en eso se muestran impudentísimos y cruelísimos. Les sucede lo mismo que a quienes habiendo vergonzosamente dilapidado sus bienes todos, luego la pasan mal. Porque ésos, cuando sobreviene el tiempo en que son necesarios los gastos, como no pueden ya gastar nada, sufren lo indecible, por haberlo consumido todo malamente.

Al modo como los actores enseñados en malas artes, sufren luego por ello grandes peligros, mientras que en las cosas útiles y necesarias se muestran en absoluto ineptos y ridículos, igualmente les acontece a estos de que tratamos. Aquellos actores caminan sobre una cuerda y muestran en eso grande fortaleza; en cambio, en las cosas ordinarias que requieren audacia y fortaleza, ni siquiera atinan con lo que se ha de pensar. Lo mismo los ricos que se atreven a todo por el dinero, para la virtud no tienen fuerzas ni para sufrir mucho ni poco. Como los dichos actores ejercitan un arte peligroso y resbaladizo, pero sin utilidad, así los ricos estos toleran grandes peligros y se arrojan a recios precipicios, cosas todas que terminan en un acabamiento sin provecho. Envueltos están en doble oscuridad, así porque están ciegos de la mente, como porque, a causa de la engañosa sobrecarga de los cuidados, se encuentran oprimidos por .las tinieblas. Y el resultado es que a la verdad ya ni siquiera pueden fácilmente ver.

La razón es que quien solamente yace en tinieblas, cuando llega el sol y lo ilumina, queda libre de ellas; pero quien tiene ciegos los ojos, ni aunque el sol lo alumbre puede ver, cosa que le causa terrible padecimiento. Ni aun fulgurando el Sol de justicia y exhortándolo, ve ni oye, porque las riquezas le tienen los ojos totalmente cerrados. Por esto sufren doble ceguera: una que nace de sí mismos, otra de que no atienden al Maestro. Pues atendamos nosotros con diligencia a sus palabras a fin de que, aun cuando sea tardíamente, veamos. Y ¿cómo podemos ver? Sabiendo cómo viniste a cegar. Entonces ¿cómo cegaste? Por tu mala codicia. Porque así como un humor maligno influyendo en la limpia pupila del ojo, echa en ella una nube, así ha hecho en tu mente el amor a las riquezas.

Pero es cosa fácil disipar y desgarrar semejante nube, con tal que recibamos los rayos de la enseñanza de Cristo; con tal que lo oigamos cuando dice: No alleguéis tesoros en la tierra. Preguntarás: ¿de qué me sirve escuchar la doctrina si ya estoy enredado en la codicia? Ciertamente el continuo escuchar la doctrina puede ir disolviendo la codicia. Y si notas que a pesar de todo permaneces enredado, advierte que eso ya no es la codicia y el anhelo. Porque ¿qué anhelo puede haber de estar sujeto a durísima servidumbre y yacer bajo el pie de una tiranía y estar de todos lados encadenado y andar en tinieblas y lleno de desasosiego y entregado a trabajos inútiles y atesorando para otros y muchas veces precisamente para los enemigos? ¿De qué anhelo son dignas, cosas semejantes? Más aún: ¿con qué precipitada fuga y carrera no deben abandonarse? ¿Qué anhelo es depositar los tesoros para los ladrones? Si en realidad tienes anhelo de riquezas, transpórtalas allá a donde pueden permanecer integras y seguras. Lo que ahora haces no es propio de quien anhela dineros, sino servidumbre, daño, penas pecuniarias, dolores perpetuos.

Si alguno te mostrara en la tierra un sitio inviolable y te prometiera seguridad para tus riquezas, aun cuando te llevara al desierto, no vacilarías ni te negarías, sino que confiadamente allá depositarías tus caudales. Y cuando no es un hombre sino un Dios quien te lo promete y te lo propone, y no un desierto sino el cielo, tú haces todo lo contrario; y esto a pesar de que aun estando tus riquezas lo más seguras posible, tú nunca estarás libre de cuidados: aunque no las pierdas no te verás libre del temor de perderlas. En cambio, poniéndolas allá en el cielo, no tendrás temor. Y lo que es más aún: no sepultas tus tesoros bajo tierra, sino que en realidad los siembras. Porque en ese caso, simiente y tesoro se equiparan; pero la resultante es aún mejor, pues la simiente no dura para siempre, mientras que el tesoro de allá, sí. El tesoro acá no germina, mientras que allá te produce frutos eternos.

Y si me alegas el tiempo que eso tarda y la dilación en devolvértelo, yo puedo demostrarte cuán grandes bienes recibes aun de la dilación. Pero intentaré refutarte por las cosas mismas del siglo y hacerte ver cómo en vano me presentas semejantes objeciones. Tú preparas para esta vida muchas cosas que no vas a disfrutar. Y sin embargo, si alguien te pone delante el futuro de tus hijos y de los hijos de tus hijos, te parece que eso es suficiente para consolarte de tus superfluos trabajos. Por ejemplo, cuando ya en la extrema vejez te construyes suntuosas y magníficas mansiones que con frecuencia no se terminan antes de tu muerte, y plantas árboles que tras de muchos

años darán sus frutos; y cuando pones en filas esos árboles en tus campos, y compras predios y heredades en cuyo dominio no entrarás hasta pasado mucho tiempo y preparas muchas otras cosas de que nunca disfrutarás ¿lo haces todo pensando en ti o en tus sucesores?

Entonces ¿cómo no va a ser el colmo de la locura esto de no llevar pesadamente la dilación, aquí, aun cuando por su causa veamos que no hemos de gozar de la recompensa de nuestros trabajos, y en cambio, tratándose del cielo emperezar por causa de la dilación; y más cuando la misma dilación fructifica para ti más abundantemente y no pasa tus bienes a otro, sino que los guarda para entregártelos oportunamente? Aparte de que la dilación ya no será mucha, 151 el éxito final está a la puerta e ignoramos si todo lo nuestro acabará en esta misma generación y llegará aquel día tremendo en que aparecerá el temible tribunal, ante el cual no hay apelación ni acepción de personas.

Porque la mayor parte de las señales ya se han verificado. Ya el evangelio se ha predicado por todo el orbe; ya acontecieron hambres, guerras y terremotos; de manera que no queda ya gran intervalo. ¿No adviertes las señales? Pues eso mismo es una gran señal. Tampoco los que vivían en tiempo de Noé advirtieron los prenuncios de la catástrofe; sino que, entre tanto, dados al juego, a las comilonas, a los casamientos y entregados a todas sus acostumbradas ocupaciones, los alcanzó aquella temible venganza. Lo mismo pasó con los sodomitas dados a los deleites, que ni siquiera sospecharon lo que iba a suceder y fueron fulminados con los rayos que bajaron del cielo sobre ellos.

Meditando en esto, emprendamos el camino de regreso y démonos a prepararnos aquí con una vida perfecta. Y aun cuando no esté inminente aquel día de la común consumación, el término de cada uno sí está a las puertas, ya sea un anciano ya sea un joven. Y no habrá entonces posibilidades de ir a comprar aceite para nuestras lámparas, ni para alcanzar perdón, aun cuando rueguen por nosotros Abraham, Noé, Job o Daniel. Así pues, mientras tenemos tiempo preparémonos para estar entonces con gran confianza. Acopiemos mucha cantidad de óleo; transportemos al cielo todos nuestros tesoros, a fin de que a su tiempo y cuando más lo necesitemos podamos disfrutarlos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

FRANCISCO – Homilías 2014, 2015 y 2020 - Catequesis 2014

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

2014

Homilía

«Rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos» (Jl 2, 13).

Con estas penetrantes palabras del profeta Joel, la liturgia nos introduce hoy en la Cuaresma, indicando en la conversión del corazón la característica de este tiempo de gracia. El llamamiento profético constituye un desafío para todos nosotros, ninguno excluido, y nos recuerda que la conversión no se reduce a formas exteriores o a vagos propósitos, sino que implica y transforma toda la existencia a partir del centro de la persona, desde la conciencia. Estamos invitados a emprender un camino en el cual, desafiando la rutina, nos esforzamos por abrir los ojos y los oídos, pero sobre todo, abrir el corazón, para ir más allá de nuestro «huertecito».

Abrirse a Dios y a los hermanos. Sabemos que este mundo cada vez más artificial nos hace vivir en una cultura del «hacer», de lo «útil», donde sin darnos cuenta excluimos a Dios de nuestro horizonte. Pero excluimos también el horizonte mismo. La Cuaresma nos llama a «espabilarnos», a recordarnos que somos creaturas, sencillamente que no somos Dios. Cuando veo en el pequeño ambiente cotidiano algunas luchas de poder por ocupar sitios, pienso: esta gente juega a ser Dios creador. Aún no se han dado cuenta de que no son Dios.

Y también en relación con los demás corremos el riesgo de cerrarnos, de olvidarlos. Pero sólo cuando las dificultades y los sufrimientos de nuestros hermanos nos interpelan, sólo entonces podemos iniciar nuestro camino de conversión hacia la Pascua. Es un itinerario que comprende la cruz y la renuncia. El Evangelio de hoy indica los elementos de este camino espiritual: la oración, el ayuno y la limosna (cf. *Mt* 6, 1-6.16-18). Los tres comportan la necesidad de no dejarse dominar por las cosas que aparentan: lo que cuenta no es la apariencia. El valor de la vida no depende de la aprobación de los demás o del éxito, sino de lo que tenemos dentro.

El primer elemento es la oración. La oración es la fuerza del cristiano y de cada persona creyente. En la debilidad y en la fragilidad de nuestra vida, podemos dirigirnos a Dios con confianza de hijos y entrar en comunión con Él. Ante tantas heridas que nos hacen daño y que nos podrían endurecer el corazón, estamos llamados a sumergirnos en el mar de la oración, que es el mar inmenso de Dios, para gustar su ternura. La Cuaresma es tiempo de oración, de una oración más intensa, más prolongada, más asidua, más capaz de hacerse cargo de las necesidades de los hermanos; oración de intercesión, para interceder ante Dios por tantas situaciones de pobreza y sufrimiento.

El segundo elemento significativo del camino cuaresmal es el ayuno. Debemos estar atentos a no practicar un ayuno formal, o que en verdad nos «sacia» porque nos hace sentir satisfechos. El ayuno tiene sentido si verdaderamente menoscaba nuestra seguridad, e incluso si de ello se deriva un beneficio para los demás, si nos ayuda a cultivar el estilo del Buen Samaritano, que se inclina sobre el hermano en dificultad y se ocupa de él. El ayuno comporta la elección de una vida sobria, en su estilo; una vida que no derrocha, una vida que no «descarta». Ayunar nos ayuda a entrenar el corazón en la esencialidad y en el compartir. Es un signo de toma de conciencia y de responsabilidad ante las injusticias, los atropellos, especialmente respecto a los pobres y los pequeños, y es signo de la confianza que ponemos en Dios y en su providencia.

Tercer elemento, es la limosna: ella indica la gratuidad, porque en la limosna se da a alguien de quien no se espera recibir algo a cambio. La gratuidad debería ser una

de las características del cristiano, que, consciente de haber recibido todo de Dios gratuitamente, es decir, sin mérito alguno, aprende a donar a los demás gratuitamente. Hoy, a menudo, la gratuidad no forma parte de la vida cotidiana, donde todo se vende y se compra. Todo es cálculo y medida. La limosna nos ayuda a vivir la gratuidad del don, que es libertad de la obsesión del poseer, del miedo a perder lo que se tiene, de la tristeza de quien no quiere compartir con los demás el propio bienestar.

Con sus invitaciones a la conversión, la Cuaresma viene providencialmente a despertarnos, a sacudirnos del torpor, del riesgo de seguir adelante por inercia. La exhortación que el Señor nos dirige por medio del profeta Joel es fuerte y clara: «Convertíos a mí de todo corazón» (*Jl* 2, 12). ¿Por qué debemos volver a Dios? Porque algo no está bien en nosotros, no está bien en la sociedad, en la Iglesia, y necesitamos cambiar, dar un viraje. Y esto se llama tener necesidad de convertirnos. Una vez más la Cuaresma nos dirige su llamamiento profético, para recordarnos que es posible realizar algo nuevo en nosotros mismos y a nuestro alrededor, sencillamente porque Dios es fiel, es siempre fiel, porque no puede negarse a sí mismo, sigue siendo rico en bondad y misericordia, y está siempre dispuesto a perdonar y recomenzar de nuevo. Con esa confianza filial, pongámonos en camino.

***

Catequesis 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Comienza hoy, miércoles de Ceniza, el itinerario cuaresmal de cuarenta días que nos conducirá al Triduo pascual, memoria de la pasión, muerte y resurrección del Señor, corazón del misterio de nuestra salvación. La Cuaresma nos prepara para este momento tan importante, por ello es un tiempo «fuerte», un momento decisivo que puede favorecer en cada uno de nosotros el cambio, la conversión. Todos nosotros necesitamos mejorar, cambiar para mejor. La Cuaresma nos ayuda y así salimos de las costumbres cansadas y de la negligente adicción al mal que nos acecha. En el tiempo cuaresmal la Iglesia nos dirige dos importantes invitaciones: tomar más viva conciencia de la obra redentora de Cristo y vivir con mayor compromiso el propio Bautismo.

La consciencia de las maravillas que el Señor actuó para nuestra salvación dispone nuestra mente y nuestro corazón a una actitud de gratitud hacia Dios, por lo que Él nos ha donado, por todo lo que realiza en favor de su pueblo y de toda la humanidad. De aquí parte nuestra *conversión*: ella es la *respuesta agradecida al misterio estupendo del amor de Dios*. Cuando vemos este amor que Dios tiene por nosotros, sentimos ganas de acercarnos a Él: esto es la conversión.

Vivir en profundidad el Bautismo —he aquí la segunda invitación— significa también *no acostumbrarnos a las situaciones de degradación y de miseria* que encontramos caminando por las calles de nuestras ciudades y de nuestros países. Existe el riesgo de aceptar pasivamente ciertos comportamientos y no asombrarnos ante las tristes realidades que nos rodean. Nos acostumbramos a la violencia, como si fuese una noticia cotidiana descontada; nos acostumbramos a los hermanos y

hermanas que duermen en la calle, que no tienen un techo para cobijarse. Nos acostumbramos a los refugiados en busca de libertad y dignidad, que no son acogidos como se debiera. Nos acostumbramos a vivir en una sociedad que pretende dejar de lado a Dios, donde los padres ya no enseñan a los hijos a rezar ni a santiguarse. Yo os pregunto: vuestros hijos, vuestros niños, ¿saben hacer la señal de la cruz? Pensadlo. Vuestros nietos, ¿saben hacer la señal de la cruz? ¿Se lo habéis enseñado? Pensad y responded en vuestro corazón. ¿Saben rezar el Padrenuestro? ¿Saben rezar a la Virgen con el Ave María? Pensad y respondeos. Este habituarse a comportamientos no cristianos y de comodidad nos narcotiza el corazón.

La Cuaresma llega a nosotros como tiempo providencial para cambiar de rumbo, para recuperar la capacidad de reaccionar ante la realidad del mal que siempre nos desafía. La Cuaresma es para vivirla como tiempo de conversión, de renovación personal y comunitaria mediante el acercamiento a Dios y la adhesión confiada al Evangelio. De este modo nos permite también mirar con ojos nuevos a los hermanos y sus necesidades. Por ello la Cuaresma es un momento favorable para convertirse al amor a Dios y al prójimo; un amor que sepa hacer propia la actitud de gratuidad y de misericordia del Señor, que «se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (cf. *2 Cor* 8, 9). Al meditar los misterios centrales de la fe, la pasión, la cruz y la resurrección de Cristo, nos daremos cuenta de que el don sin medida de la Redención se nos ha dado por iniciativa gratuita de Dios.

Acción de gracias a Dios por el misterio de su amor crucificado; fe auténtica, conversión y apertura del corazón a los hermanos: son elementos esenciales para vivir el tiempo de Cuaresma. En este camino, queremos invocar con especial confianza la protección y la ayuda de la Virgen María: que sea Ella, la primera creyente en Cristo, quien nos acompañe en los días de oración intensa y de penitencia, para llegar a celebrar, purificados y renovados en el espíritu, el gran misterio de la Pascua de su Hijo.

***

2015

Homilía

Como pueblo de Dios comenzamos el camino de Cuaresma, tiempo en el que tratamos de unirnos más estrechamente al Señor para compartir el misterio de su pasión y su resurrección.

La liturgia de hoy nos propone, ante todo, el pasaje del profeta Joel, enviado por Dios para llamar al pueblo a la penitencia y a la conversión, a causa de una calamidad (una invasión de langostas) que devasta la Judea. Sólo el Señor puede salvar del flagelo y, por lo tanto, es necesario invocarlo con oraciones y ayunos, confesando el propio pecado.

El profeta insiste en la conversión interior: «Volved a mí de todo corazón» (2, 12).

Volver al Señor «de todo corazón» significa emprender el camino de una conversión no superficial y transitoria, sino un itinerario espiritual que concierne al

lugar más íntimo de nuestra persona. En efecto, el corazón es la sede de nuestros sentimientos, el centro en el que maduran nuestras elecciones, nuestras actitudes. El «volved a mí de todo corazón» no sólo implica a cada persona, sino que también se extiende a toda la comunidad, es una convocatoria dirigida a todos: «Reunid a la gente, santificad a la comunidad, llamad a los ancianos; congregad a los muchachos y a los niños de pecho, salga el esposo de la alcoba y la esposa del tálamo» (v. 16).

El profeta se refiere, en particular, a la oración de los sacerdotes, observando que va acompañada por lágrimas. Nos hará bien a todos, pero especialmente a nosotros, los sacerdotes, al comienzo de esta Cuaresma, pedir el don de lágrimas, para hacer que nuestra oración y nuestro camino de conversión sean cada vez más auténticos y sin hipocresía. Nos hará bien hacernos esta pregunta: «¿Lloro? ¿Llora el Papa? ¿Lloran los cardenales? ¿Lloran los obispos? ¿Lloran los consagrados? ¿Lloran los sacerdotes? ¿Está el llanto en nuestras oraciones?». Precisamente este es el mensaje del Evangelio de hoy. En el pasaje de Mateo, Jesús relee las tres obras de piedad previstas en la ley mosaica: la limosna, la oración y el ayuno. Y distingue el hecho externo del hecho interno, de ese llanto del corazón. A lo largo del tiempo estas prescripciones habían sido corroídas por la herrumbre del formalismo exterior o, incluso, se habían transformado en un signo de superioridad social. Jesús pone de relieve una tentación común en estas tres obras, que se puede resumir precisamente en la hipocresía (la nombra tres veces): «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos… Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta por delante como hacen los hipócritas… Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie para que los vea la gente… Y cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas» (*Mt* 6, 1. 2. 5. 16). Sabed, hermanos, que los hipócritas no saben llorar, se han olvidado de cómo se llora, no piden el don de lágrimas.

Cuando se hace algo bueno, casi instintivamente nace en nosotros el deseo de ser estimados y admirados por esta buena acción, para tener una satisfacción. Jesús nos invita a hacer estas obras sin ninguna ostentación, y a confiar únicamente en la recompensa del Padre «que ve en lo secreto» (*Mt* 6, 4. 6. 18).

Queridos hermanos y hermanas: El Señor no se cansa nunca de tener misericordia de nosotros, y quiere ofrecernos una vez más su perdón —todos tenemos necesidad de Él—, invitándonos a volver a Él con un corazón nuevo, purificado del mal, purificado por las lágrimas, para compartir su alegría. ¿Cómo acoger esta invitación? Nos lo sugiere san Pablo: «En nombre de Cristo os pedimos: ¡que os reconciliéis con Dios» (*2 Co* 5, 20). Este esfuerzo de conversión no es solamente una obra humana, es *dejarse* reconciliar. La reconciliación entre nosotros y Dios es posible gracias a la misericordia del Padre que, por amor a nosotros, no dudó en sacrificar a su Hijo unigénito. En efecto, Cristo, que era justo y sin pecado, fue hecho pecado por nosotros (v. 21) cuando cargó con nuestros pecados en la cruz, y así nos ha rescatado y justificando ante Dios. «En Él» podemos llegar a ser justos, en Él podemos cambiar, si acogemos la gracia de Dios y no dejamos pasar en vano este «tiempo favorable» (6, 2). Por favor, detengámonos, detengámonos un poco y dejémonos reconciliar con Dios.

Con esta certeza, comencemos con confianza y alegría el itinerario cuaresmal. Que María, Madre inmaculada, sin pecado, sostenga nuestro combate espiritual contra el pecado y nos acompañe en este momento favorable, para que lleguemos a cantar juntos la exultación de la victoria el día de Pascua. Y en señal de nuestra voluntad de dejarnos reconciliar con Dios, además de las lágrimas que estarán «en lo secreto», en público realizaremos el gesto de la imposición de la ceniza en la cabeza. El celebrante pronuncia estas palabras: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás» (cf. *Gn* 3, 19), o repite la exhortación de Jesús: «Convertíos y creed el Evangelio» (cf. *Mc* 1, 15). Ambas fórmulas constituyen una exhortación a la verdad de la existencia humana: somos criaturas limitadas, pecadores siempre necesitados de penitencia y conversión. ¡Cuán importante es escuchar y acoger esta exhortación en nuestro tiempo! La invitación a la conversión es, entonces, un impulso a volver, como hizo el hijo de la parábola, a los brazos de Dios, Padre tierno y misericordioso, a llorar en ese abrazo, a fiarse de Él y encomendarse a Él.

***

2020

Homilía

Comenzamos la Cuaresma recibiendo las cenizas: "Recuerda que eres polvo y al polvo volverás" (cf. *Gn* 3, 19). El polvo en la cabeza nos devuelve a la tierra, nos recuerda que procedemos de la tierra y que volveremos a la tierra. Es decir, somos débiles, frágiles, mortales. Respecto al correr de los siglos y los milenios, estamos de paso; ante la inmensidad de las galaxias y del espacio, somos diminutos. Somos polvo en el universo. Pero somos el *polvo amado por Dios*. Al Señor le complació recoger nuestro polvo en sus manos e infundirle su aliento de vida (cf. *Gn* 2, 7). Así que somos polvo precioso, destinado a vivir para siempre. Somos la tierra sobre la que Dios ha vertido su cielo, el polvo que contiene sus sueños. Somos la esperanza de Dios, su tesoro, su gloria.

La ceniza nos recuerda así el trayecto de nuestra existencia: *del polvo a la vida*. Somos polvo, tierra, arcilla, pero si nos dejamos moldear por las manos de Dios, nos convertimos en una maravilla. Y aun así, especialmente en las dificultades y la soledad, solamente vemos nuestro polvo. Pero el Señor nos anima: lo poco que somos tiene un valor infinito a sus ojos. Ánimo, nacimos para ser amados, nacimos para ser hijos de Dios.

Queridos hermanos y hermanas: Al comienzo de la Cuaresma, necesitamos caer en la cuenta de esto. Porque la Cuaresma no es el tiempo para cargar con moralismos innecesarios a las personas, sino para reconocer que nuestras pobres cenizas son amadas por Dios. Es un tiempo de gracia, para acoger la mirada amorosa de Dios sobre nosotros y, sintiéndonos mirados así, *cambiar de vida*. Estamos en el mundo para caminar de las cenizas a la vida. Entonces, no pulvericemos la esperanza, no incineremos el sueño que Dios tiene sobre nosotros. No caigamos en la resignación. Y te preguntas: "¿Cómo puedo confiar? El mundo va mal, el miedo se extiende, hay

mucha crueldad y la sociedad se está descristianizando…". Pero, ¿no crees que Dios puede transformar nuestro polvo en gloria?

La ceniza que nos imponen en nuestras cabezas sacude los pensamientos que tenemos en la mente. Nos recuerda que nosotros, hijos de Dios, no podemos vivir para ir tras el polvo que se desvanece. Una pregunta puede descender de nuestra cabeza al corazón: "Yo, ¿para qué vivo?". Si vivo para las cosas del mundo que pasan, vuelvo al polvo, niego lo que Dios ha hecho en mí. Si vivo sólo para traer algo de dinero a casa y divertirme, para buscar algo de prestigio, para hacer un poco de carrera, vivo del polvo. Si juzgo mal la vida sólo porque no me toman suficientemente en consideración o no recibo de los demás lo que creo merecer, sigo mirando el polvo.

No estamos en el mundo para esto. Valemos mucho más, vivimos para mucho más: para realizar el sueño de Dios, para amar. La ceniza se posa sobre nuestras cabezas para que el fuego del amor se encienda en los corazones. Porque somos ciudadanos del cielo y el amor a Dios y al prójimo es el pasaporte al cielo, es nuestro pasaporte. Los bienes terrenos que poseemos no nos servirán, son polvo que se desvanece, pero el amor que damos —en la familia, en el trabajo, en la Iglesia, en el mundo— nos salvará, permanecerá para siempre.

La ceniza que recibimos nos recuerda un segundo camino, el opuesto, el que va *de la vida al polvo*. Miramos a nuestro alrededor y vemos polvo de muerte. Vidas reducidas a cenizas. Ruinas, destrucción, guerra. Vidas de niños inocentes no acogidos, vidas de pobres rechazados, vidas de ancianos descartados. Seguimos destruyéndonos, volviéndonos de nuevo al polvo. ¡Y cuánto polvo hay en nuestras relaciones! Miremos en nuestra casa, en nuestras familias: cuántos litigios, cuánta incapacidad para calmar los conflictos. ¡Qué difícil es disculparse, perdonar, comenzar de nuevo, mientras que reclamamos con tanta facilidad nuestros espacios y nuestros derechos! Hay tanto polvo que ensucia el amor y desfigura la vida. Incluso en la Iglesia, la casa de Dios, hemos dejado que se deposite tanto polvo, el polvo de la mundanidad.

Y mirémonos dentro, en el corazón: ¡cuántas veces sofocamos el fuego de Dios con las cenizas de la hipocresía! *La hipocresía* es la inmundicia que hoy en el Evangelio Jesús nos pide que eliminemos. De hecho, el Señor no dice sólo hacer obras de caridad, orar y ayunar, sino cumplir todo esto sin simulación, sin doblez, sin hipocresía (cf. *Mt* 6, 2.5.16). Sin embargo, cuántas veces hacemos algo sólo para ser estimados, para aparentar, para alimentar nuestro ego. Cuántas veces nos decimos cristianos y en nuestro corazón cedemos sin problemas a las pasiones que nos esclavizan. Cuántas veces predicamos una cosa y hacemos otra. Cuántas veces aparentamos ser buenos por fuera y guardamos rencores por dentro. Cuánta doblez tenemos en nuestro corazón… Es polvo que ensucia, ceniza que sofoca el fuego del amor.

Necesitamos limpiar el polvo que se deposita en el corazón. ¿Cómo hacerlo? Nos ayuda la sincera llamada de san Pablo en la segunda lectura: "¡Dejaos reconciliar con Dios!". Pablo no lo sugiere, lo pide: «En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (*2 Co* 5, 20). Nosotros habríamos dicho: "¡Reconciliaos con Dios!". Pero no, usa el pasivo: *Dejaos reconciliar*. Porque la santidad no es asunto nuestro, sino es gracia. Porque nosotros solos no somos capaces de eliminar el polvo

que ensucia nuestros corazones. Porque sólo Jesús, que conoce y ama nuestro corazón, puede sanarlo. La Cuaresma es tiempo de curación.

Entonces, ¿qué debemos hacer? En el camino hacia la Pascua podemos dar dos pasos: el primero, *del polvo a la vida*, de nuestra frágil humanidad a la humanidad de Jesús, que nos sana. Podemos ponernos delante del Crucifijo, quedarnos allí, mirar y repetir: "Jesús, tú me amas, transfórmame... Jesús, tú me amas, transfórmame...". Y después de haber acogido su amor, después de haber llorado ante este amor, se da el segundo paso, para no volver a caer *de la vida al polvo*. Se va a recibir el perdón de Dios, en la confesión, porque allí el fuego del amor de Dios consume las cenizas de nuestro pecado. El abrazo del Padre en la confesión nos renueva por dentro, limpia nuestro corazón. Dejémonos reconciliar para vivir como hijos amados, como pecadores perdonados, como enfermos sanados, como caminantes acompañados. Dejémonos amar para amar. Dejémonos levantar para caminar hacia la meta, la Pascua. Tendremos la alegría de descubrir que Dios nos resucita de nuestras cenizas.

BENEDICTO XVI – Homilía y Catequesis 2010

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Homilía

«Tú amas a todas tus criaturas, Señor, y no odias nada de lo que has hecho;
cierras los ojos a los pecados de los hombres,
para que se arrepientan. Y los perdonas,
porque tú eres nuestro Dios y Señor» (Antífona de entrada)

Venerados hermanos en el episcopado;

queridos hermanos y hermanas:

Con esta conmovedora invocación, tomada del *Libro de la Sabiduría* (cf. *Sb* 11, 23-26), la liturgia introduce en la celebración eucarística del miércoles de Ceniza. Son palabras que, de algún modo, abren todo el itinerario cuaresmal, poniendo en su fundamento la omnipotencia del amor de Dios, su señorío absoluto sobre toda criatura, que se traduce en indulgencia infinita, animada por una constante y universal voluntad de vida. En efecto, perdonar a alguien equivale a decirle: no quiero que mueras, sino que vivas; quiero siempre y sólo tu bien.

Esta certeza absoluta sostuvo a Jesús durante los cuarenta días que pasó en el desierto de Judea, después del bautismo recibido de Juan en el Jordán. Ese largo tiempo de silencio y de ayuno fue para él un abandonarse completamente en el Padre y en su proyecto de amor; también fue un "bautismo", o sea, una "inmersión" en su voluntad, y en este sentido un anticipo de la pasión y de la cruz. Adentrarse en el desierto y permanecer allí largamente, solo, significaba exponerse voluntariamente a los asaltos del enemigo, el tentador que hizo caer a Adán y por cuya envidia entró en el mundo la muerte (cf. *Sb* 2, 24); significaba entablar con él la batalla en campo

abierto, desafiarle sin otras armas que la confianza ilimitada en el amor omnipotente del Padre. Me basta tu amor, me alimento de tu voluntad (cf. *Jn* 4, 34): esta convicción habitaba la mente y el corazón de Jesús durante aquella "cuaresma" suya. No fue un acto de orgullo, una empresa titánica, sino una elección de humildad, coherente con la Encarnación y el bautismo en el Jordán, en la misma línea de obediencia al amor misericordioso del Padre, quien "tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito" (*Jn* 3, 16).

Todo esto el Señor Jesús lo hizo por nosotros. Lo hizo para salvarnos y, al mismo tiempo, para mostrarnos el camino para seguirlo. La salvación, de hecho, es don, es gracia de Dios, pero para tener efecto en mi existencia requiere mi asentimiento, una acogida demostrada con obras, o sea, con la voluntad de vivir como Jesús, de caminar tras él. Seguir a Jesús en el desierto cuaresmal es, por lo tanto, condición necesaria para participar en su Pascua, en su "éxodo". Adán fue expulsado del Paraíso terrenal, símbolo de la comunión con Dios; ahora, para volver a esta comunión y por consiguiente a la verdadera vida, la vida eterna, hay que atravesar el desierto, la prueba de la fe. No solos, sino con Jesús. Él –como siempre– nos ha precedido y ya ha vencido el combate contra el espíritu del mal. Este es el sentido de la Cuaresma, tiempo litúrgico que cada año nos invita a renovar la opción de seguir a Cristo por el camino de la humildad para participar en su victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

Desde esta perspectiva se comprende también el signo penitencial de la ceniza, que se impone en la cabeza de cuantos inician con buena voluntad el itinerario cuaresmal. Es esencialmente un gesto de humildad, que significa: reconozco lo que soy, una criatura frágil, hecha de tierra y destinada a la tierra, pero hecha también a imagen de Dios y destinada a él. Polvo, sí, pero amado, plasmado por su amor, animado por su soplo vital, capaz de reconocer su voz y de responderle; libre y, por esto, capaz también de desobedecerle, cediendo a la tentación del orgullo y de la autosuficiencia. He aquí el pecado, enfermedad mortal que pronto entró a contaminar la tierra bendita que es el ser humano. Creado a imagen del Santo y del Justo, el hombre perdió su inocencia y ahora sólo puede volver a ser justo gracias a la justicia de Dios, la justicia del amor que –como escribe san Pablo– "se ha manifestado por medio de la fe en Cristo" (*Rm* 3, 22). En estas palabras del Apóstol me he inspirado para mi *Mensaje*, dirigido a todos los fieles con ocasión de esta Cuaresma: una reflexión sobre el tema de la justicia a la luz de las Sagradas Escrituras y de su cumplimiento en Cristo.

En las lecturas bíblicas del miércoles de Ceniza también está presente el tema de la justicia. Ante todo, la página del profeta Joel y el salmo responsorial –el *Miserere*– forman un díptico penitencial que pone de relieve cómo en el origen de toda injusticia material y social se encuentra lo que la Biblia llama "iniquidad", esto es, el pecado, que consiste fundamentalmente en una desobediencia a Dios, es decir, una falta de amor. "Sí –confiesa el salmista–, reconozco mi culpa, / tengo siempre presente mi pecado. / Contra ti, contra ti sólo pequé, / cometí la maldad que aborreces" (*Sal* 50, 5-6). El primer acto de justicia es, por tanto, reconocer la propia iniquidad, y reconocer que está enraizada en el "corazón", en el centro mismo de la persona humana. Los

"ayunos", los "llantos", los "lamentos" (cf. *Jl* 2, 12) y toda expresión penitencial sólo tienen valor a los ojos de Dios si son signo de corazones sinceramente arrepentidos. Igualmente el Evangelio, tomado del "Sermón de la montaña", insiste en la exigencia de practicar la "justicia" –limosna, oración, ayuno– no ante los hombres, sino sólo a los ojos de Dios, que "ve en lo secreto" (cf. *Mt*6, 1-6.16-18). La verdadera "recompensa" no es la admiración de los demás, sino la amistad con Dios y la gracia que se deriva de ella, una gracia que da paz y fortaleza para hacer el bien, amar hasta a quien no lo merece, perdonar a quien nos ha ofendido.

La segunda lectura, el llamamiento de san Pablo a dejarse reconciliar con Dios (cf. *2 Co* 5, 20), contiene uno de los célebres pasajes paulinos que reconduce toda la reflexión sobre la justicia hacia el misterio de Cristo. Escribe san Pablo: "Al que no había pecado –o sea, a su Hijo hecho hombre–, Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que viniéramos a ser justicia de Dios en él" (*2 Co* 5, 21). En el corazón de Cristo, esto es, en el centro de su Persona divino-humana, se jugó en términos decisivos y definitivos todo el drama de la libertad. Dios llevó hasta las consecuencias extremas su plan de salvación, permaneciendo fiel a su amor aun a costa de entregar a su Hijo unigénito a la muerte, y una muerte de cruz. Como escribí en el *Mensaje* cuaresmal, "aquí se manifiesta la justicia divina, profundamente distinta de la humana... Gracias a la acción de Cristo, nosotros podemos entrar en la justicia "mayor", que es la del amor (cf. *Rm* 13, 8-10)" (*L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 7 de febrero de 2010, p. 11).

Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma ensancha nuestro horizonte, nos orienta hacia la vida eterna. En esta tierra estamos de peregrinación, "no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro", dice la carta a los Hebreos (*Hb* 13, 14). La Cuaresma permite comprender la relatividad de los bienes de esta tierra y así nos hace capaces para afrontar las renuncias necesarias, nos hace libres para hacer el bien. Abramos la tierra a la luz del cielo, a la presencia de Dios entre nosotros. Amén.

***

Catequesis

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, miércoles de Ceniza, comenzamos el camino cuaresmal: un camino que dura cuarenta días y que nos lleva a la alegría de la Pascua del Señor. En este itinerario espiritual no estamos solos, porque la Iglesia nos acompaña y nos sostiene desde el principio con la Palabra de Dios, que encierra un programa de vida espiritual y de compromiso penitencial, y con la gracia de los Sacramentos.

Las palabras del Apóstol san Pablo nos dan una consigna precisa: "Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios... Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de salvación" (*2 Co* 6, 1-2). De hecho, en la visión cristiana de la vida habría que decir que cada momento es favorable y cada día es día de salvación, pero la liturgia de la Iglesia refiere estas palabras de un modo totalmente especial al tiempo de Cuaresma. Que los cuarenta días de preparación de la Pascua son tiempo favorable y

de gracia lo podemos entender precisamente en la llamada que el austero rito de la imposición de la ceniza nos dirige y que se expresa, en la liturgia, con dos fórmulas: "Convertíos y creed en el Evangelio", "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás".

La primera exhortación es a la conversión, una palabra que hay que considerar en su extraordinaria seriedad, dándonos cuenta de la sorprendente novedad que implica. En efecto, la llamada a la conversión revela y denuncia la fácil superficialidad que con frecuencia caracteriza nuestra vida. Convertirse significa cambiar de dirección en el camino de la vida: pero no con un pequeño ajuste, sino con un verdadero cambio de sentido. Conversión es ir contracorriente, donde la "corriente" es el estilo de vida superficial, incoherente e ilusorio que a menudo nos arrastra, nos domina y nos hace esclavos del mal, o en cualquier caso prisioneros de la mediocridad moral. Con la conversión, en cambio, aspiramos a la medida alta de la vida cristiana, nos adherimos al Evangelio vivo y personal, que es Jesucristo. La meta final y el sentido profundo de la conversión es su persona, él es la senda por la que todos están llamados a caminar en la vida, dejándose iluminar por su luz y sostener por su fuerza que mueve nuestros pasos. De este modo la conversión manifiesta su rostro más espléndido y fascinante: no es una simple decisión moral, que rectifica nuestra conducta de vida, sino una elección de fe, que nos implica totalmente en la comunión íntima con la persona viva y concreta de Jesús. Convertirse y creer en el Evangelio no son dos cosas distintas o de alguna manera sólo conectadas entre sí, sino que expresan la misma realidad. La conversión es el "sí" total de quien entrega su existencia al Evangelio, respondiendo libremente a Cristo, que antes se ha ofrecido al hombre como camino, verdad y vida, como el único que lo libera y lo salva. Este es precisamente el sentido de las primeras palabras con las que, según el evangelista san Marcos, Jesús inicia la predicación del "Evangelio de Dios": "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio" (*Mc* 1, 15).

El "convertíos y creed en el Evangelio" no está sólo al inicio de la vida cristiana, sino que acompaña todos sus pasos, sigue renovándose y se difunde ramificándose en todas sus expresiones. Cada día es momento favorable y de gracia, porque cada día nos impulsa a entregarnos a Jesús, a confiar en él, a permanecer en él, a compartir su estilo de vida, a aprender de él el amor verdadero, a seguirlo en el cumplimiento diario de la voluntad del Padre, la única gran ley de vida. Cada día, incluso cuando no faltan las dificultades y las fatigas, los cansancios y las caídas, incluso cuando tenemos la tentación de abandonar el camino del seguimiento de Cristo y de encerrarnos en nosotros mismos, en nuestro egoísmo, sin darnos cuenta de la necesidad que tenemos de abrirnos al amor de Dios en Cristo, para vivir la misma lógica de justicia y de amor. En el reciente *Mensaje para la Cuaresma* he querido recordar que "hace falta humildad para aceptar tener necesidad de Otro que me libere de lo "mío", para darme gratuitamente lo "suyo". Esto sucede especialmente en los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. Gracias al amor de Cristo, nosotros podemos entrar en la justicia "mayor", que es la del amor (cf. *Rm* 13, 8-10), la justicia de quien en cualquier caso se siente siempre más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que se

pueda esperar" (*L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 7 de febrero de 2010, p. 11).

El momento favorable y de gracia de la Cuaresma también nos muestra su significado espiritual mediante la antigua fórmula: "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás", que el sacerdote pronuncia cuando impone sobre nuestra cabeza un poco de ceniza. Nos remite así a los comienzos de la historia humana, cuando el Señor dijo a Adán después de la culpa original: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado; porque eres polvo y al polvo volverás" (*Gn* 3, 19). Aquí la Palabra de Dios nos recuerda nuestra fragilidad, más aún, nuestra muerte, que es su forma extrema. Frente al miedo innato del fin, y más aún en el contexto de una cultura que de muchas maneras tiende a censurar la realidad y la experiencia humana de la muerte, la liturgia cuaresmal, por un lado, nos recuerda la muerte invitándonos al realismo y a la sabiduría; pero, por otro, nos impulsa sobre todo a captar y a vivir la novedad inesperada que la fe cristiana irradia en la realidad de la muerte misma.

El hombre es polvo y al polvo volverá, pero a los ojos de Dios es polvo precioso, porque Dios ha creado al hombre destinándolo a la inmortalidad. Así la fórmula litúrgica "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás" encuentra la plenitud de su significado en referencia al nuevo Adán, Cristo. También Jesús, el Señor, quiso compartir libremente con todo hombre la situación de fragilidad, especialmente mediante su muerte en la cruz; pero precisamente esta muerte, colmada de su amor al Padre y a la humanidad, fue el camino para la gloriosa resurrección, mediante la cual Cristo se convirtió en fuente de una gracia donada a quienes creen en él y de este modo participan de la misma vida divina. Esta vida que no tendrá fin comienza ya en la fase terrena de nuestra existencia, pero alcanzará su plenitud después de "la resurrección de la carne". El pequeño gesto de la imposición de la ceniza nos desvela la singular riqueza de su significado: es una invitación a recorrer el tiempo cuaresmal como una inmersión más consciente e intensa en el misterio pascual de Cristo, en su muerte y resurrección, mediante la participación en la Eucaristía y en la vida de caridad, que nace de la Eucaristía y encuentra en ella su cumplimiento. Con la imposición de la ceniza renovamos nuestro compromiso de seguir a Jesús, de dejarnos transformar por su misterio pascual, para vencer el mal y hacer el bien, para hacer que muera nuestro "hombre viejo" vinculado al pecado y hacer que nazca el "hombre nuevo" transformado por la gracia de Dios.

Queridos amigos, mientras nos disponemos a emprender el austero camino cuaresmal, invoquemos con particular confianza la protección y la ayuda de la Virgen María. Que ella, la primera creyente en Cristo, nos acompañe en estos cuarenta días de intensa oración y de sincera penitencia, para llegar a celebrar, purificados y completamente renovados en la mente y en el espíritu, el gran misterio de la Pascua de su Hijo.

¡Feliz Cuaresma a todos!

MÁS HOMILÍAS DE BENEDICTO XVI

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

La intimidad con Dios

Orar es permanecer en silencio, en la intimidad de una oración, en la que totalmente se entrega el alma a Dios, y en la que Dios se le revela al alma y se da.

Es un encuentro de amor en la intimidad del corazón, en donde no hay nadie más que el alma y Dios. Eso es la oración perfecta.

Es bueno también rezar en comunidad, pero cuidando la intención, para que sea una oración agradable a Dios, no para que los demás nos vean, sino "cerrando la puerta, " es decir, desde la intimidad del corazón, con devoción, poniendo la atención a quien se dirige la oración, en aquel a quien estamos adorando, a quien estamos suplicando, a quien estamos agradeciendo, a quien estamos agradando, a quien estamos alabando.

Cada individuo es un ser auténtico e irrepetible, distinto uno del otro, individual, único, y cada uno tiene una intimidad personal con Dios.

Esa intimidad sólo la conocen el alma y Dios. Nadie puede entrar al corazón ni a la conciencia de otro.

Pero esa relación se nota por las obras, las acciones, la actitud de la persona, lo que hace, lo que provoca, porque es la manera en que Dios manifiesta externamente esa experiencia íntima de amor. Los frutos son el reflejo de la experiencia del alma con Dios.

Cuida la intención de tu corazón y la intimidad con Dios, procurando rezar en lo secreto, para alabarlo y glorificarlo, para que Él te escuche, no para que los demás te vean.

Y deja que Él te mire y corresponda a tus oraciones, por la intención con la que rezas, por el amor con el que rezas. No por todo lo que dices, sino por el amor con que lo dices, el amor que sientes, lo que con tu alma expresas.

Aprende de los santos, que tienen todos una característica en común: fueron almas de oración, tuvieron un intimidad perfecta con Dios y, aunque se ven muchos frutos en el mundo por sus méritos, hay cosas que sólo sabe su alma y Dios, y son dichosos, porque confiaron en Dios, que ve lo secreto y que los recompensa eternamente en el cielo».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Para Dios la vida

Hacemos oración, ahora como siempre, porque vivimos en la profunda persuasión de ser para Dios. Nos llena considerar que nuestro Creador y Señor de todo cuanto existe, nos ha destinado a Sí. Nuestra vida, de hecho, puede y debe ser un permanente fluir nuestro hacia Él y de Dios a nosotros. La tarea nuestra en la oración, en su sentido más amplio y verdadero, es fomentar esa corriente que no queremos que se detenga.

Hoy, que comenzamos otra vez el tiempo de Cuaresma, es muy oportuno considerar expresamente ese convencimiento tan básico y tan del fundamento de nuestra vida. A partir de él y guiados por el Espíritu Santo –**dulce huésped del alma, luz beatísima**–, brotarán en cada uno consecuencias eficaces, propósitos de mejora. Porque no debemos conformarnos con sabernos iluminados por la claridad de Dios, que colma de sentido y seguridad nuestra existencia. La plenitud que, gracias a Él, sentimos debe ser punto de partida, además de motivo de alegría y agradecimiento. Dios se nos ha mostrado y nos ha revelado lo que somos y podemos por Él.

En esta nueva Cuaresma nos encomendamos al auxilio de Dios nuestro Señor, para ser capaces de esa vida a la que estamos destinados en libertad por el amor de Dios. Necesitamos su auxilio, porque una y otra vez sentimos también la tentación de ignorar a Dios, aunque no sea de modo expreso. De tal manera tendemos a metemos en nuestras cosas, que en ocasiones no actuamos por Él en el transcurso de la jornada. Y hasta es posible que alguna vez nos cueste encontrar momentos para la meditación: ese tiempo de reflexión personal acerca de Dios y de nuestra vida en Él, que nunca debemos abandonar.

Arrepentidos de los defectos que reconocemos, con deseos sinceros de agradar más a Dios y suplicando confiados su auxilio, iremos concretando propósitos que serán eficaces en la medida de nuestra humildad. Porque no hay más remedio que proponerse de intento "desaparecer de la escena"; ante nosotros y ante los demás: *ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca*, decía san Josemaría. De otro modo podría sucedernos como a aquél que, satisfecho por fin –contaba, bromeando, monseñor Escrivá–, declaraba: *treinta años llevo luchando por ser humilde y ya puedo descansar porque, por fin, lo he conseguido*.

Es claro que debemos mejorar y que sólo es verdadero el progreso si se manifiesta en la conducta –**por sus obras los conoceréis**–; pero ni el crecimiento en virtud ni el prestigio alcanzado, que es manifestación de perfección, pueden ser el fin último de nuestros deseos de mejora. Debemos ser santos, y el santo vive para Dios en el sentido más radical de la expresión. Únicamente busca su gloria**: todo lo demás se os dará por añadidura**, asegura Nuestro Señor. De ahí que el cristiano que busca la santidad –y por eso la perfección– luchando contra sus defectos y exigiéndose más y más en virtud, no aparta sus ojos de Dios. Sólo por Él se esfuerza. También por Dios procura que su buena conducta sea conocida, siguiendo aquel otro consejo de Jesús: **Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos.** Porque, en el fondo, siempre es la gloria de Dios lo que busca el discípulo de Cristo.

Es lo mismo que, con ejemplos prácticos, expone Jesús en este otro pasaje de san Mateo que hoy contemplamos al comenzar la Cuaresma: **Guardaos bien de hacer vuestra justicia delante de los hombres con el fin de que os vean; de otro modo no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos.** E insiste el Señor en que hagamos el bien sólo para nuestro Padre Dios, sin caer en farsas de dobles intenciones; como sería buscar su amor y su premio, y además un aplauso humano a modo de anticipo.

Vigilemos, con la luz del Paráclito, para descubrir intenciones torcidas que puedan desviar de Dios la eficacia de nuestros esfuerzos por ser mejores. Y tengamos confianza en su amor generoso, ¡espléndido!, de Padre con sus hijos buenos.

María es siempre luz animante, también cuando las cosas cuestan, como en esta Cuaresma en que nos hemos decidido por Dios –más "decididamente"–, y notamos también más la fatiga al negarnos en tantas cosas.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por san Juan Pablo II

Homilía del Miércoles de Ceniza, en Santa Sabina (20-II-1985)

– Interioridad

"Rasgad los corazones, no las vestiduras" (Joel 2, 13).

La Iglesia pronuncia hoy las palabras del Profeta Joel anunciando al mismo tiempo el comienzo de la Cuaresma.

En un tiempo, la invitación al ayuno tenía que ir unida a la advertencia de no rasgar las vestiduras, sino el corazón.

Era el tiempo de Joel.

Y parecido a éste fue el tiempo de Jesús de Nazaret: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos...

"Por tanto, cuando hagas limosnas, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas...

"Cuando recéis, no estéis en las esquinas para que os vea la gente...

"Y cuando ayunéis, no andéis cabizbajos para hacer ver a la gente que ayunáis" (cfr. Mt 6, 1.2.5.16).

Hubo un tiempo en que al anunciar la Cuaresma, la Iglesia debía poner en guardia respecto a la ostentación: de la hipocresía del ayuno, de la oración y de la limosna.

Hoy no parece que hay peligro de ello.

El riesgo está en otro factor: en el hecho de que la proclamación de la Cuaresma pueda ser para muchos "voz del que clama en el desierto" (cfr. por ejemplo Mc 1, 3).

Sí. hoy se rechaza la ostentación, se rechaza lo que expresa (o simula) el ayuno por fuera; pero con frecuencia los hombres no descubren en sí mismos lo que es el ayuno "por dentro" ni procuran descubrirlo: lo que es el contenido y sustancia de la Cuaresma según el Evangelio.

Falta ahora la "celda" interior en la que se debe entrar para estar a solas con Dios que es santidad, amor y misericordia. Con Dios que es realidad que penetra.

– Amor de Dios al hombre

"Que el Señor sienta celos por su tierra y perdone a su pueblo" (Joel 2, 18).

La Cuaresma es una llamada a actuar: oración, limosna y ayuno; pero es más, es una llamada a descubrir el amor celoso" de Dios, que va unido a la misericordia.

El amor de Dios está celoso de la criatura, del hombre, a causa del pecado que es traición al amor y a quien ama. Pero al mismo tiempo el amor es misericordia a causa del pecado...

Comenzar la Cuaresma, acoger la llamada de la ceniza, quiere decir recobrar la sensibilidad respecto de todo lo que es pecado...

Recobrar esta sensibilidad quiere decir exactamente "rasgar el corazón", según las palabras del Profeta.

Negación de la Cuaresma es que el corazón humano se cierre en sí mismo hasta la saturación; es conciencia insensible, falsa.

Este "rasgar el corazón" -o sensibilidad de la conciencia- debe imitar la conversión de David:

"Reconozco mi culpa, / tengo siempre presente mi pecado./ Contra ti, contra ti sólo pequé -Tibi solo peccavi!-, / lo que es malo a tus ojos/ yo lo he hecho" (Sal 50/51, 5-6).

El amor de Dios es celoso a causa del pecado disfrazado al que no se llama por su nombre, escondido en los meandros de la conciencia para no encontrarse ante Dios en pecado.

El amor de Dios sólo quiere la sinceridad y la verdad interior de la confesión de David porque ésta es capaz de "crear en el hombre (en el pecador) un corazón puro" y de "renovar con espíritu firme..., afianzar con espíritu generoso" (Sal 50/51, 12.14).

Es fuerte este amor, es omnipotente ante el pecado, porque precisamente este amor hace que "al que no conocía pecado (a Cristo, Hijo de la misma sustancia del Padre), le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios" (2 Cor 5, 21).

Esta omnipotencia del amor de Dios se llama redención. Al comenzar la Cuaresma, la Iglesia recuerda todo el misterio de la redención. Manifiesta la inmensidad de la gracia que se encierra en ella.

Sólo de una cosa tiene cuidado, por una cosa únicamente tiembla como administrador celoso de su deber; como madre amorosa está atenta a "no recibir en vano la gracia de Dios" (2 Cor 6, 1).

A no desperdiciarla.

– "Rasgar el corazón"

De aquí nace el signo litúrgico de hoy -precristiano, veterotestamentario, perenne-: la "ceniza" que impone la Iglesia en la cabeza de todos sus hijos e hijas.

Este signo contiene en sí toda esta invitación profunda y penetrante: "Rasgad los corazones, no las vestiduras…", para que se revele en cada uno de nosotros hasta el fin, hasta el fondo, la realidad de la redención. La verdad del amor celoso de Dios que abraza la cruz y la muerte para vencer la muerte y el pecado, para hacer florecer la vida.

¿Incluso la cruz va a ser la voz del que clama en el desierto? Con la liturgia de la ceniza la Iglesia suplica que el "desierto" sea tierra fértil, que los hijos e hijas de esta tierra descubran otra vez la Cuaresma "Cual tiempo de salvación".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El rito de la imposición de la ceniza y las palabras que lo acompañan tomadas de la Sagrada Escritura: Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás, son un recordatorio de que nuestra existencia terrena es inevitablemente corta, un sueño del que despertaremos para disfrutar eternamente del encuentro con nuestro Padre-Dios o para sufrir por su pérdida definitiva.

Es, pues, una advertencia maternal de la Iglesia para que no pongamos todas nuestras esperanzas en los asuntos temporales, convirtiéndolos en metas absolutas, sino que, iluminados por la esperanza en Jesucristo, trasciendan la provisionalidad de las cosas de este mundo. Porque, como dice San Josemaría Escrivá: "Quizá no exista nada más trágico en la vida de los hombres que los engaños padecidos por la corrupción o por la falsificación de la esperanza, presentada con una perspectiva que no tiene como objeto el Amor que sacia sin saciar."

Sin embargo, la esperanza no es sinónimo de pasividad, una suerte de asidero para vivir sin el empeño de trabajar por la extensión del Reino de Dios, que está ya en este mundo –*intra vos est*-, dentro de nosotros, poniendo en juego los talentos que Dios nos ha concedido a cada uno. Ese interés por mejorar personalmente y extender también esa mejora a la sociedad, estará atravesado por una serena alegría, ya que la vida eterna dependerá del esfuerzo por rectificar –con la ayuda de Dios- lo que de torcido haya en nuestra conducta; por alcanzar metas nobles, y sobre todo, por identificarnos con el querer de Dios. En pocas palabras, practicando ese espíritu de penitencia que la Iglesia nos propone en este inicio de la Cuaresma.

Espíritu de penitencia, sobre todo, en la vida corriente, sin descartar otros modos más propios de quienes han consagrado su vida a Dios en un monasterio, un convento, etc. Como enseña San Josemaría Escrivá: "La penitencia está en saber compaginar tus

obligaciones con Dios, con los demás y contigo mismo..., es tratar siempre con la máxima caridad a los otros, empezando por los tuyos. Es atender con la mayor delicadeza a los que sufran, a los enfermos, a los que padecen. Es contestar con paciencia a los cargantes e inoportunos... La penitencia consiste en soportar con buen humor las mil pequeñas contrariedades de la jornada; en no abandonar la ocupación, aunque de momento se te haya pasado la ilusión con que la comenzaste; en comer con agradecimiento lo que te sirven, sin importunar con caprichos. Penitencia para los padres y, en general para los que tienen una misión de gobierno o educativa, es corregir cuando hay que hacerlo, de acuerdo con la naturaleza del error y con las condiciones del que necesita esa ayuda, por encima de subjetivismos necios y sentimentales."

Naturalmente, no se trata de olvidar las grandes penitencias, sino de saber que todas se hacen grandes por el amor con que se ejercen, y que cuando se practican las del día a día en la familia, en los lugares de trabajo, en cualquier circunstancia, eso supone una penitencia constante que lleva a vivir la caridad con todos.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Conversión y penitencia

– Fomentar la conversión del corazón, especialmente durante este tiempo.

I. Comienza la Cuaresma, tiempo de penitencia y de renovación interior para preparar la Pascua del Señor. La liturgia de la Iglesia nos invita sin cesar a purificar nuestra alma y a recomenzar de nuevo.

Dice el Señor Todopoderoso: Convertíos a mí de todo corazón: con ayuno, con llanto, con luto. Rasgad los corazones, no las vestiduras, convertíos al Señor Dios nuestro, porque es compasivo y misericordioso..., leemos en la Primera lectura de la Misa de hoy. Y, en el momento de la imposición de la ceniza sobre nuestras cabezas, el sacerdote nos recuerda las palabras del Génesis, después del pecado original: *Memento homo, quia pulvis es... Acuérdate, hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir*.

Memento homo... Acuérdate... Y, sin embargo, a veces olvidamos que sin el Señor no somos nada. "De la grandeza del hombre no queda, sin Dios, más que este montoncito de polvo, en un plato, a un extremo del altar, en este Miércoles de Ceniza, con el que la Iglesia nos marca en la frente como con nuestra propia substancia".

Quiere el Señor que nos despeguemos de las cosas de la tierra para volvernos a Él, y que dejemos el pecado, que envejece y mata, y retornemos a la Fuente de la Vida y de la alegría: "Jesucristo mismo es la gracia más sublime de toda la Cuaresma. Es Él mismo quien se presenta ante nosotros en la sencillez admirable del Evangelio".

Volver el corazón a Dios, convertirnos, significa estar dispuestos a poner todos los medios para vivir como Él espera que vivamos, ser sinceros con nosotros mismos, no intentar *servir a dos señores*, amar a Dios con toda el alma y alejar de nuestra vida cualquier pecado deliberado. Y eso, en medio de las circunstancias de trabajo, salud, familia, etc., propias de cada cual.

Jesús busca en nosotros un corazón contrito, conocedor de sus faltas y pecados y dispuesto a eliminarlos. *Os acordaréis de vuestros malos caminos, de vuestros días que no fueron buenos…*. El Señor desea un dolor sincero de los pecados, que se manifestará ante todo en la Confesión sacramental, y también en pequeñas obras de mortificación y penitencia hechas por amor: "Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el Sacramento de la reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día".

Para fomentar nuestra contrición la Iglesia nos propone, en la liturgia del día de hoy, el Salmo en que el Rey David expresó su arrepentimiento, y con el que tantos santos han suplicado perdón al Señor. También nos ayuda a nosotros en estos momentos de oración: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa*, le decimos a Jesús.

Lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra ti, contra ti solo pequé.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. *Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza.*

El Señor nos atenderá si en el día de hoy le repetimos de corazón, a modo de jaculatoria: *Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme.*

– Obras de penitencia: Confesión frecuente, mortificación, limosna…

II. La verdadera conversión se manifiesta en la conducta. Los deseos de mejorar se han de expresar en nuestro trabajo o estudio, en el comportamiento con la familia, en las pequeñas mortificaciones ofrecidas al Señor, que hacen más grata la convivencia a nuestro alrededor y más eficaz el trabajo; y además en la preparación y cuidado de la Confesión frecuente.

El Señor también nos pide hoy una mortificación un poco más especial, que ofrecemos con alegría: la abstinencia y el ayuno, que "fortifica el espíritu, mortificando la carne y su sensualidad; eleva el alma a Dios; abate la concupiscencia, dando fuerzas para vencer y amortiguar sus pasiones, y dispone al corazón para que no busque otra cosa distinta de agradar a Dios en todo".

Durante la Cuaresma, nos pide la Iglesia esas muestras de penitencia (la abstinencia de carne a partir de los 14 años, y el ayuno entre los 18 y los 59 cumplidos), que nos acercan al Señor y dan al alma una especial alegría; también, la limosna que, ofrecida con corazón misericordioso, desea llevar un poco de consuelo al que está

pasando una necesidad o contribuir según nuestros medios en una obra apostólica para bien de las almas. "Todos los cristianos pueden ejercitarse en la limosna, no sólo los ricos y pudientes, sino incluso los de posición media y aun los pobres; de este modo, quienes son desiguales por su capacidad de hacer limosna son semejantes en el amor y afecto con que la hacen".

El desprendimiento de lo material, la mortificación y la abstinencia purifican nuestros pecados y nos ayudan a encontrar al Señor en nuestro quehacer diario. Porque "quien a Dios busca queriendo continuar con sus gustos, lo busca de noche y, de noche, no lo encontrará". La fuente de esta mortificación estará principalmente en la labor diaria: en el orden, en la puntualidad al comenzar el trabajo, en la intensidad con que lo realizamos, etc.; en la convivencia con los demás encontraremos ocasiones de mortificar nuestro egoísmo y de contribuir a crear un clima más grato en nuestro entorno. *Y la mejor mortificación es la que combate -en pequeños detalles, durante todo el día-, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Mortificaciones que no mortifiquen a los demás, que nos vuelvan más delicados, más comprensivos, más abiertos a todos, Tú no serás mortificado si eres susceptible, si estás pendiente sólo de tus egoísmos, si avasallas a los otros, si no sabes privarte de lo superfluo y, a veces, de lo necesario; si te entristeces, cuando las cosas no salen según las habías previsto. En cambio, eres mortificado si sabes hacerte* todo para todos, para ganar a todos *(1* Cor *9, 22)*. Cada uno debe hacerse un plan concreto de mortificaciones que ofrecer al Señor diariamente en esta Cuaresma.

– La Cuaresma, un tiempo para acercarnos más al Señor.

III. No podemos dejar pasar este día sin fomentar en nuestra alma un deseo profundo y eficaz de volver una vez más, como el hijo pródigo, para estar más cerca del Señor. San Pablo, en la Segunda lectura de la Misa, nos dice que éste es un tiempo excelente que debemos aprovechar para una conversión: *Os exhortamos*, dice, *a no echar en saco roto la gracia de Dios (...). Mirad: ahora es el tiempo de la gracia; ahora es el día de la salvación*. Y el Señor nos repite a cada uno, en la intimidad del corazón: *Convertíos. Volved a Mí de todo corazón*.

Ahora se nos presenta un tiempo en el cual este recomenzar de nuevo en Cristo va a estar sostenido por una particular gracia de Dios, propia del tiempo litúrgico que hemos comenzado. Por eso, el mensaje de la Cuaresma está lleno de alegría y de esperanza, aunque sea un mensaje de penitencia y de mortificación.

"Cuando uno de nosotros reconoce que está triste, debe pensar: es que no estoy suficientemente cerca de Cristo. Cuando uno de nosotros reconoce en su vida, por ejemplo, la inclinación al mal humor, al mal genio, tiene que pensar eso; no echar la culpa a las cosas de alrededor, que es una manera de equivocarnos, es una manera de desorientar la búsqueda". A veces, cierta apatía o tristeza espiritual puede estar motivada por el cansancio, por la enfermedad..., pero más frecuentemente se fragua por la falta de generosidad en lo que el Señor nos pide, en la poca lucha por mortificar los sentidos, en no preocuparse por los demás. En definitiva, por un estado de tibieza.

Junto a Cristo encontramos siempre el remedio a una posible tibieza y las fuerzas para vencer en aquellos defectos que de otra manera nos resultarían insuperables. "Cuando alguien diga: "Yo tengo una pereza irremediable, yo no soy tenaz, yo no puedo terminar las cosas que emprendo", debería pensar (hoy): "Yo no estoy lo suficientemente cerca de Cristo".

"Por eso, aquello que cada uno de nosotros reconozca en su vida como defecto, como dolencia, debería ser inmediatamente referido a este examen íntimo y directo: "No tengo yo perseverancia, no estoy cerca de Cristo; no tengo alegría, no estoy cerca de Cristo". Voy a dejar ya de pensar que la culpa es del trabajo, que la culpa es de la familia, de los padres o de los hijos... No. La culpa íntima es de que yo no estoy cerca de Cristo. Y Cristo me está diciendo: ¡Vuélvete! *"Volveos a Mí de todo corazón"*.

"(...) Tiempo para que cada uno se sienta urgido por Jesucristo. Para que los que alguna vez nos sentimos inclinados a aplazar esta decisión sepamos que ha llegado el momento. Para que los que tengan pesimismo, pensando que sus defectos no tienen remedio, sepan que ha llegado el momento. Comienza la Cuaresma; mirémosla como un tiempo de cambio y de esperanza".

Pbro. D. Luis A. GALA Rodríguez (Campeche, México) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos

Hoy comenzamos nuestro itinerario hacia la Pascua, y el Evangelio nos recuerda los deberes fundamentales del cristiano, no sólo como preparación hacia un tiempo litúrgico, sino en preparación hacia la Pascua Eterna: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial» (Mt 6, 1). La justicia de la que habla Jesús consiste en vivir conforme a los principios evangélicos, sin olvidar que «si vuestra justicia no supera la justicia de los doctores de la ley y de los fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 5, 20).

La justicia nos lleva al amor, manifestado en la limosna y en obras de misericordia: «Cuando hagas limosna que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha» (Mt 6, 3). No es que se deban ocultar las obras buenas, sino que no debe pensarse en la alabanza humana al hacerlas, ni desear algún otro bien. En otras palabras, debo dar limosna de tal modo que ni yo tenga la sensación de estar haciendo una cosa buena que merece una recompensa por parte de Dios y elogio por parte de los hombres.

Benedicto XVI ha insistido en que socorrer a los necesitados es un deber de justicia, aun antes que un acto de caridad: «La caridad va más allá de la justicia (...),

pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es "suyo", lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar». No debemos olvidar que no somos propietarios absolutos de los bienes que poseemos, sino administradores. Cristo nos ha enseñado que la auténtica caridad es aquella que no se limita a "dar" la limosna, sino que lleva a "darse" uno mismo, a ofrecerse a Dios como culto espiritual (cf. Rom 12, 1). Ése sería el verdadero gesto de justicia y caridad cristiana, «y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6, 4).

***

Rev. D. Manel VALLS i Serra (Barcelona, España)

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos

Hoy iniciamos la Cuaresma: «He aquí el día de la salvación» (2Cor 6, 2). La imposición de la ceniza —que debiéramos recibir— es acompañada por una de estas dos fórmulas. La antigua: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás»; y la que ha introducido la liturgia renovada del Concilio: «Conviértete y cree en el Evangelio». Ambas fórmulas son una invitación a contemplar de manera diversa —normalmente tan superficial— nuestra vida. El papa san Clemente I nos recuerda que «el Señor quiere que todos los que ama se conviertan».

En el Evangelio, Jesús pide practicar la limosna, el ayuno y la oración alejados de toda hipocresía: «No lo vayas trompeteando por delante» (Mt 6, 2). Los hipócritas, enérgicamente denunciados por Jesucristo, se caracterizan por la falsedad de su corazón. Pero, Jesús advierte hoy no sólo de la hipocresía subjetiva sino también de la objetiva: cumplir, incluso de buena fe, todo lo que manda la Ley de Dios y la Escritura Santa, pero realizándolo de manera que quede en la mera práctica exterior, sin la correspondiente conversión interior.

Entonces, la limosna —reducida a "propina"— deja de ser un acto fraternal y se reduce a un gesto tranquilizador que no cambia la mirada sobre el hermano ni hace sentir la caridad de prestarle la atención que se merece. El ayuno, por otra parte, queda limitado al cumplimiento formal, que ya no recuerda en ningún momento la necesidad de moderar nuestro consumismo compulsivo ni la necesidad que tenemos de ser curados de la "bulimia espiritual". Finalmente, la oración —reducida a estéril monólogo— no llega a ser auténtica apertura espiritual, coloquio íntimo con el Padre y escucha atenta del Evangelio del Hijo.

La religión de los hipócritas es una religión triste, legalista, moralista, de una gran estrechez de espíritu. Por el contrario, la Cuaresma cristiana es la invitación que cada año nos hace la Iglesia a una profundización interior, a una conversión exigente, a una penitencia humilde, para que dando los frutos pertinentes que el Señor espera de nosotros, vivamos con la máxima plenitud de alegría y el gozo espiritual de la Pascua.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE MIÉRCOLES DE CENIZA

Ayuno, Sacrificio, Oración

***«Conviértanse y crean en el Evangelio»* (Mc *1, 15*).**

Eso dice Jesús.

Y tú eres polvo, y en polvo te convertirás, aunque seas sacerdote.

Conversión, sacerdote, conversión.

Eso es lo que te pide tu Señor.

Humildad y disposición, para que Él pueda actuar en tu corazón.

Y también te pide que conduzcas a las almas a la conversión de su corazón.

Pero no basta, sacerdote, con tu arrepentimiento.

No basta, sacerdote, con tu llanto y tu vergüenza.

No basta, sacerdote, con que creas todo lo que tú leas.

Y no basta con escuchar la Palabra que profesas.

Tienes que pedir perdón, sacerdote, y tú no puedes ser juez y parte.

Él los ha enviado de dos en dos, para que se pidan perdón, para que se perdonen, para que cumplan bien con su misión.

Humíllate, sacerdote, ante otro que, como tú, ha recibido el sacramento del Orden, y tiene el mismo poder que tú, y aun mayor, porque tú no puedes perdonarte a ti mismo.

Reconoce, sacerdote, tus limitaciones y tus debilidades, y pídele a tu Señor fortaleza y humildad. Humíllate a sus pies y pídele perdón, porque Él es la verdad, y Él sabe que no puedes arrepentirte de lo que no sabes que has hecho mal, pero, tú sí sabes, sacerdote, porque a ti se te ha revelado esa verdad.

Oración, sacerdote, oración.

Es así, como descubres lo que hay en tu corazón.

Honestidad, sacerdote: ¿dónde está tu fidelidad, si la única verdad la profesas, exiges que otros la cumplen, la presumes, la proclamas, y de ella vives, pero no la vives, no la practicas, porque no eres libre, estás atado, sacerdote, a los apegos del mundo, alejado del amor que manifiesta la congruencia de la unidad de vida, que te exige hacer lo que predicas, cumpliendo en tus obras con esa verdad que lees, que proclamas y que escuchas, que es tu ley, porque es Palabra de tu Rey, y que es su Evangelio?

Pide, sacerdote, para ti la gracia del verdadero arrepentimiento, y del verdadero conocimiento del Evangelio, para que des tu vida con alegría, unido a aquel que por ti ha dado su vida, y que te ha llamado, que te ha elegido, y que te ha hecho sacerdote como Él, para derramar su misericordia sobre las almas que Él mismo ha venido a buscar, porque Él no ha venido a buscar a justos sino a pecadores.

A ti, sacerdote, ha venido a buscarte primero.

Conviértete, sacerdote, y cree en el Evangelio.

Ama a tu Señor y agradécele porque Él te amó primero.

Sacrificio, sacerdote, sacrificio.

Para que tengas los mismos sentimientos de Cristo.

Mortifica tu cuerpo, tus deseos y tus pasiones, para que compadezcas el dolor de tu Señor, y participes en su mismo y único sacrificio, porque no hay otro sacrificio agradable al Padre que está en el cielo que el sacrificio eterno de su Hijo, su Cordero.

Tiempo de ayuno, de sacrificio, de pedir perdón y de oración.

Sacerdote, no desprecies la oportunidad de configurarte totalmente con tu Señor.

Rema mar adentro en soledad, en silencio, cerrando la puerta, para que seas tú y sea Él, los que participen en un verdadero encuentro.

Sólo a Él le debes, sólo a Él acude, sólo a Él adora, sólo a Él pide, sólo a Él llama con el grito arrepentido de tu alma y un corazón contrito.

Sólo ante Él humíllate para pedir perdón, sólo Él tiene que saber lo que le quiere decir tu corazón.

Eso, sacerdote, se llama intimidad, y tu intimidad solo pertenece a tu Señor.

Y luego ve, y cumple con tu misión, consiguiendo para Él la conversión de cada corazón.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 1)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

Domingo I de Cuaresma (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Homilías en Santa Marta**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Mn. Antoni BALLESTER i Díaz (Camarasa, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

COMO EL DÍA Y LA NOCHE

Gén 2, 7-9; 3, 1-7; Rom 5, 12-19; Mt 4, 1-11

El conocido relato de la caída nos devuelve una imagen de nuestra propia historia. Cada vez que nos endiosamos con nuestros propios logros, terminamos siendo víctimas del egoísmo y la autoafirmación desmesurada. El relato lo plantea de forma un tanto cruda: basta con acatarlas prohibiciones de Dios, aprendiendo a decir no a

nuestros deseos egoístas. Estos deseos nos desquician y deslumbran —el árbol era una delicia a la vista— y hasta después de haber cometido el pecado se nos abren los ojos y descubrimos nuestra desnudez personal y moral. El Evangelio de san Mateo nos presenta otra historia completamente distinta: Jesús no se deja enredar por las medias verdades y "las cuentas de vidrio" de Satanás. El Señor Jesús experimentó el atractivo de la fama y la seducción de la fuerza, pero supo resistir. Aunque estaba presionado por la urgencia de comer, no vendió su alma por un "plato de lentejas".

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 90, 15-16

Me invocará y yo lo escucharé; lo libraré y lo glorificaré; prolongaré los días de su vida.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Dios todopoderoso, que por las prácticas anuales de esta celebración cuaresmal, progresemos en el conocimiento del misterio de Cristo, y traduzcamos su efecto en una conducta irreprochable. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Creación y pecado de nuestros primeros padres.

Del libro del Génesis: 2, 7-9; 3, 1-7

Después de haber creado el cielo y la tierra, el Señor Dios tomó polvo del suelo y con él formó al hombre; le sopló en la nariz un aliento de vida, y el hombre comenzó a vivir. Después plantó el Señor un jardín al oriente del Edén y allí puso al hombre que había formado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, de hermoso aspecto y sabrosos frutos, y además, en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

La serpiente era el más astuto de los animales del campo que había creado el Señor Dios. Un día le dijo a la mujer: "¿Es cierto que Dios les ha prohibido comer de todos los árboles del jardín?"

La mujer respondió: "Podemos comer del fruto de todos los árboles del jardín, pero del árbol que está en el centro, dijo Dios: 'No comerán de él ni lo tocarán, porque de lo contrario, habrán de morir'".

La serpiente replicó a la mujer: "De ningún modo. No morirán. Bien sabe Dios que el día que coman de los frutos de ese árbol, se les abrirán a ustedes los ojos y serán como Dios, que conoce el bien y el mal".

La mujer vio que el árbol era bueno para comer, agradable a la vista y codiciable, además, para alcanzar la sabiduría. Tomó, pues, de su fruto, comió y le dio a su marido, que estaba junto a ella, el cual también comió. Entonces se les abrieron los ojos a los dos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Entrelazaron unas hojas de higuera y se cubrieron con ellas.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 50, 3-4. 5-6a. 12-13. 14 y 17

R/. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Por tu inmensa compasión y misericordia, Señor, apiádate de mí y olvida mis ofensas. Lávame bien de todos mis delitos y purifícame de mis pecados. **R/.**

Puesto que reconozco mis culpas, tengo siempre presentes mis pecados. Contra ti solo pequé, Señor, haciendo lo que a tus ojos era malo. **R/.**

Crea en mí, Señor, un corazón puro, un espíritu nuevo para cumplir tus mandamientos. No me arrojes, Señor, lejos de ti, ni retires de mí tu santo espíritu. **R/.**

Devuélveme tu salvación, que regocija, mantén en mí un alma generosa. Señor, abre mis labios y cantará mi boca tu alabanza. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El don de Dios supera con mucho al delito.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 5, 12-19

Hermanos: Así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado entró la muerte, así la muerte llegó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Antes de la ley de Moisés ya había pecado en el mundo y, si bien es cierto que el pecado no se imputa cuando no hay ley, sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir.

Ahora bien, con el don no sucede como con el delito, porque si por el delito de uno solo murieron todos, ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos! Y con el don no sucede como con las consecuencias del pecado de uno solo, porque ciertamente la sentencia, partiendo de uno solo, lleva a la condenación, pero la obra de la gracia, partiendo de muchos delitos, se resuelve en justificación.

En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte, por un solo hombre, ¡con cuánta más razón los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, Jesucristo!

Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo procura para todos los hombres la justificación, que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 4

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. ***R/.***

EVANGELIO

El ayuno y las tentaciones de Jesús.

Del santo Evangelio según san Mateo: 4, 1-11

En aquel tiempo, Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer y, al final, tuvo hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: "Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes". Jesús le respondió: "Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios".

Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en la parte más alta del templo y le dijo: "Si eres el Hijo de Dios, échate para abajo, porque está escrito: Mandará a sus ángeles que te cuiden y ellos te tomarán en sus manos, para que no tropiece tu pie en piedra alguna". Jesús le contestó: "También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios".

Luego lo llevó el diablo a un monte muy alto y desde ahí le hizo ver la grandeza de todos los reinos del mundo y le dijo: "Te daré todo esto, si te postras y me adoras". Pero Jesús le replicó: "Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás". Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles para servirle. **Palabra del Señor.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te pedimos, Señor, que nos hagas dignos de estos dones que vamos a ofrecerte, ya que con ellos celebramos el inicio de este venerable misterio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

Las tentaciones del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque El mismo, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, consagró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal y, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a superar la seducción del pecado, para que, después de celebrar con espíritu renovado el misterio pascual, pasemos finalmente a la Pascua eterna.

Por eso, con los coros de los ángeles y santos, te cantamos el himno de alabanza, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 4, 4

No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados, Señor, de este pan celestial que nutre la fe, hace crecer la esperanza y fortalece la caridad, te suplicamos la gracia de aprender a sentir hambre de aquel que es el pan vivo y verdadero, y a vivir de toda palabra que procede de su boca. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Derrama sobre tu pueblo, Señor, la abundancia de tu bendición para que su esperanza crezca en la adversidad, su virtud se fortalezca en la tentación, y alcance la redención eterna. Por Jesucristo nuestro Señor

---

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Creación y pecado (Gn 2, 7-9; 3, 1-7)

1ª lectura

El hombre, en su corporeidad, pertenece a la tierra. Para afirmarlo así, el autor sagrado ha tenido seguramente presente el hecho de que el cuerpo humano al morir se convierte en polvo, como dirá más adelante en Gn 3, 19. Quizá este modo de narrar (peculiar, como todo el género literario de estos capítulos) se apoya en el parecido que existe entre la palabra *adam*, que designa al hombre en general, y la palabra *adamah* que significa tierra rojiza. Pero el que el hombre pertenezca a la tierra no es su peculiaridad más importante: también los animales, en la perspectiva del autor, serán formados de la tierra. Lo específico e importante en el hombre es que recibe la vida de Dios. La vida se representa en el aliento, pues es un hecho evidente que sólo los animales vivos respiran. Que Dios infunda de esa forma la vida al hombre significa que éste, aunque por su corporeidad participa de la materia, su existencia como ser vivo proviene directamente de Dios, es decir, está animado por un principio vital —el alma o espíritu— que no proviene de la tierra. Este principio de vida recibido de Dios hace que también el cuerpo del hombre adquiera una dignidad propia y se sitúe en un orden distinto al de los animales.

La representación de Dios como un alfarero que modela el cuerpo del hombre significa que éste está destinado a vivir según un principio de vida superior al que procede de la tierra. Por otra parte, la imagen de Dios alfarero indica que el hombre, todo él, está en las manos de Dios como el barro en manos del que lo modela, sin ofrecer resistencia ni oponerse a sus decisiones (cfr Is 29, 16; Jr 18, 6; Rm 9, 20-21).

La escena del jardín del Edén refleja una situación de amistad entre Dios y el hombre en la que no existe ningún mal, ni siquiera la muerte. El jardín es descrito con los rasgos de un frondoso oasis, con la peculiaridad de que en el centro hay dos árboles, el de la vida y el del conocimiento del bien y del mal, que simbolizan el poder de dar la vida y el ser punto último de referencia del actuar moral del hombre. Además, del jardín brotan los cuatro ríos más importantes conocidos por el autor, que riegan y fecundan toda la tierra. De esta forma la Biblia nos enseña que el hombre fue creado para ser feliz, gozando de la vida y del bien que proceden de Dios. «La Iglesia, interpretando de manera auténtica el simbolismo del lenguaje bíblico a la luz del Nuevo Testamento y de la Tradición, enseña que nuestros primeros padres Adán y Eva

fueron constituidos en un estado "de santidad y de justicia original" (Conc. de Trento, *De peccato originali*). Esta gracia de la santidad original era una "participación de la vida divina" (*Lumen gentium,* n. 2)» (*Catecismo de la Iglesia Católica,* n. 375).

«El relato de la caída (Gn 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar *al comienzo de la historia del hombre*. La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 390). La Biblia nos enseña aquí el origen del mal, de todos los males que padece la humanidad, y especialmente de la muerte. El mal no viene de Dios, que creó al hombre para que viviese feliz y en amistad con Él, sino del pecado, es decir, del hecho de que el hombre quebrantó el mandamiento divino, destruyendo así la felicidad para la que fue creado y la armonía con Dios, consigo mismo, y con la creación. «El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su Creador (cfr Gn 3, 1-11), y, abusando de su libertad *desobedeció* el mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cfr Rm 5, 19). En adelante todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad» (*ibidem,* n. 397).

En la descripción de ese pecado de origen y de sus consecuencias el autor sagrado se sirve del lenguaje simbólico —así el jardín, el árbol, la serpiente— para expresar una gran verdad de orden histórico y religioso: que el hombre al comienzo de su andadura en la tierra desobedeció a Dios, y que ésa es la causa de que exista el mal. Se descubre, al mismo tiempo, el proceso y las consecuencias de todo pecado, en el que *los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios. Es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el "seréis como dioses" (*Gn *3, 15) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 6).

La serpiente (Gn 3, 1) representa al diablo, un ser personal que intenta torcer los designios de Dios y perder al hombre. En efecto, «tras la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (cfr Gn 3, 1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cfr Sb 2, 24). La Escritura y la tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satanás o diablo (cfr Jn 8, 44; Ap 12, 9). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. "El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos" (Conc. de Letrán IV)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 391).

En Gn 3, 2-5 se presenta, con un realismo excepcional, la táctica del diablo en la tentación: falsea la verdad de lo que Dios ha dicho, introduce la sospecha sobre las intenciones y planes divinos, y, finalmente, presenta a Dios como enemigo del hombre.

«El análisis del pecado en su dimensión originaria indica que, por parte del "padre de la mentira" *se dará a lo largo de la historia de la humanidad una constante*

presión al rechazo de Dios por parte del hombre, hasta llegar al odio: "*Amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios*" como se expresa San Agustín (cfr *De civitate Dei* 14, 28). El hombre será propenso a ver en Dios ante todo una propia limitación, y no la fuente de su liberación y la plenitud del bien. Esto lo vemos confirmado en nuestros días, en los que las ideologías ateas intentan *desarraigar la religión* basándose en el presupuesto de que determina la radical "*alienación" del hombre*, como si el hombre fuera expropiado de su humanidad cuando, al aceptar la idea de Dios, le atribuye lo que pertenece al hombre y exclusivamente al hombre. Surge de aquí una forma de pensamiento y una praxis histórico-sociológica donde el rechazo de Dios ha llegado hasta la declaración de su "muerte". Esto es un absurdo conceptual y verbal» (Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, n. 38).

Ambos, el hombre y la mujer, desobedecieron el mandato de Dios (Gn 3, 6). El Génesis no habla de una manzana, sino de un fruto misterioso que tiene un valor simbólico. El pecado de Adán y Eva fue de desobediencia.

El hagiógrafo nos va llevando al desenlace con una magistral descripción psicológica de la tentación: entretenimiento con el tentador, duda acerca de la veracidad de Dios, cesión ante las apetencias de los sentidos. Este pecado, comenta también Juan Pablo II, «constituye *el principio y la raíz* de todos los demás. Nos encontramos ante la realidad originaria del pecado en la historia del hombre y, a la vez, en el conjunto de la economía de la salvación. (...) Esta desobediencia originaria presupone el rechazo o, por lo menos, *el alejamiento de la verdad contenida en la palabra* de Dios, que crea el mundo. (...) La desobediencia significa, precisamente, pasar aquel límite que permanece insuperable para la voluntad y la libertad del hombre como ser creado. El hombre no puede decidir por sí mismo lo que es bueno y malo, no puede "conocer el bien y el mal" como si fuera Dios. Sí, en el mundo creado Dios es la fuente primera y suprema *para decidir sobre el bien y el mal*, mediante la íntima verdad del ser, que es reflejo *del Verbo*, el eterno Hijo, consustancial al Padre. Al hombre, creado a imagen de Dios, el Espíritu Santo da como don la *conciencia*, para que la imagen pueda reflejar fielmente en ella su modelo, que es sabiduría y ley eterna, fuente del orden moral en el hombre y en el mundo. La "desobediencia" como dimensión originaria del pecado, significa *rechazo de esta fuente* por la pretensión del hombre de llegar a ser fuente autónoma y exclusiva en decidir sobre el bien y el mal» (Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, nn. 33-36).

El pecado original (Rom 5, 12-19)

2ª lectura

El Apóstol enseña lo que ha sido cumplido por medio de Cristo con los descendientes de Adán. Gracia y vida se contrastan con pecado y muerte. A diferencia de la transgresión de Adán, que llevó a todos a la condenación, la obediencia y justicia de Cristo conduce a todos a la justificación y a la vida.

Dos enseñanzas sobresalen en el pasaje: l) el pecado de Adán y sus consecuencias, entre ellas, la muerte, que afecta a todos los hombres (vv. 12-14); y 2) el contraste entre los efectos del pecado original y los frutos de la Redención de Cristo (vv. 15-19).

Este pasaje es básico para la teología cristiana del pecado original. San Pablo nos revela que, a la luz de la muerte y resurrección de Cristo, podemos conocer que todos estamos implicados en el pecado de Adán, «que se trasmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación y que se halla como propio en cada uno» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 419). Así como el pecado entró en el mundo por obra de quien representaba a toda la humanidad, así también la justicia nos llega a todos por un solo hombre, por el «nuevo Adán», Jesucristo, «el primogénito de toda criatura», «cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 15.18). Cristo, por su obediencia a la voluntad del Padre, se contrapone a la desobediencia de Adán, devolviéndonos con creces la felicidad y la vida eterna que habíamos perdido. Porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rm 5, 20).

La existencia del pecado original es verdad de fe. El Papa Pablo VI lo volvió a proclamar: «Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa (…). Así pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado» (*Credo del Pueblo de Dios*, n. 16).

Las tentaciones de Jesús (Mt 4, 1-11)

Evangelio

Antes de comenzar su obra mesiánica y de promulgar la Nueva Ley en el Discurso dela Montaña, Jesús se prepara con oración y ayuno en el desierto. Moisés había procedido de modo semejante antes de promulgar, en nombre de Dios, la Antigua Ley del Sinaí (cfr Ex 34, 28), y Elías había caminado cuarenta días en el desierto para llevar a cabo su misión de renovar el cumplimiento de la Ley (cfr 1 Re 19, 5-8). También la Iglesia nos invita a renovarnos interiormente con prácticas penitenciales durante los cuarenta días de la Cuaresma, para que «la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal» (Misal Romano*, Miércoles de Ceniza, Oración colecta*).

Con el episodio de las tentaciones Mateo presenta a Jesús como el nuevo Israel, en contraste con el antiguo. Jesús es tentado, como lo fueron Moisés y el pueblo elegido en su peregrinar durante cuarenta años por el desierto. Los israelitas cayeron en la tentación: murmuraron contra Dios al sentir hambre (Ex 16, 1ss.), exigieron un milagro cuando les faltó agua (Ex 17, 1-7), adoraron al becerro de oro (Ex 32). Jesús, en cambio, vence la tentación y, al vencerla, manifiesta la manera que tiene de ser Mesías: no como quien busca una exaltación personal, o un triunfo entre los hombres, sino con el cumplimiento abnegado de la voluntad de Dios manifestada en las Escrituras.

Las acciones de Jesús son también ejemplo para la vida de cada cristiano. Ante las dificultades y tentaciones, no debemos esperar en triunfos fáciles o en intervenciones inmediatas y aparatosas por parte de Dios; la confianza en el Señor y la

oración, la gracia de Dios y la fortaleza, nos llevarán, como a Cristo, a la victoria: «Si el Señor permitió que le visitase el tentador, lo hizo para que tuviéramos nosotros, además de la fuerza de su socorro, la enseñanza de su ejemplo. (...) Venció a su adversario con las palabras de la Ley, no con el vigor de su brazo. (...) Triunfó sobre el enemigo mortal de los hombres no como Dios, sino como hombre. Ha combatido para enseñarnos a combatir en pos de Él. Ha vencido para que nosotros seamos vencedores de la misma manera» (S. León Magno, *Sermo 39 de Quadragesima*).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Las tentaciones de Jesús en el desierto

***Entonces fue llevado Jesús al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo* (Mt 4, l)**

ENTONCES. ¿Cuándo? Después de haber descendido el Espíritu Santo; después de aquella voz venida de las alturas, que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias. Y lo que es más estupendo: fue llevado por el Espíritu Santo, porque fue el Espíritu mismo quien lo llevó al desierto. Venía Cristo a enseñarnos y para esto hacía y padecía todo. Por esto quiso ser llevado allá y entrar en esta batalla con el demonio, para que cada uno de los bautizados, si tras del bautismo padece mayores tentaciones, no se perturbe, como si experimentara lo inesperado; sino que permanezca firme en padecer, pues todo le sucede conforme al recto orden de las cosas. Para esto tomaste las armas; no para estarte ocioso, sino para combatir.

Dios no impide las tentaciones que se nos echan encima, en primer lugar para que veas que te has hecho mucho más fuerte. Además, para que no te estimes en exceso y no te ensoberbezcas por la grandeza del don que se te ha conferido, puesto que las tentaciones te mantienen en humildad. Añádese para que el demonio maligno que duda si es verdad que has renunciado a él, por la experiencia de las tentaciones se confirme en que del todo te le has apartado. En cuarto lugar, para que así te forjes más duro que el hierro y más fuerte. En quinto lugar, para que tengas con esto la demostración del gran tesoro que te ha sido confiado. No te acometería el demonio si no te viera colocado en los más altos honores.

Tal fue el motivo por el que allá a los principios se levantó contra Adán, pues lo veía disfrutando de suma dignidad. Por igual razón se levantó contra Job, al verlo premiado y alabado por el Dios de todos. ¿Por qué dice: *Orad para que no caigáis en la tentación*? (Mt 26, 41). Por eso no nos presenta a Jesús yendo espontáneamente a la tentación, sino llevado según una razonable providencia, dándonos a entender que no debemos exponernos, pero que, si somos llevados a la tentación, la resistamos con fortaleza.

Considera a dónde lo llevó el Espíritu Santo: no a la ciudad, ni a la plaza, sino al desierto. Como el demonio quería halagarlo y atraerlo, el Espíritu Santo le presenta la ocasión, no únicamente por el lado del hambre sino también por el sitio mismo. El demonio especialmente nos acomete cuando nos ve solos y que andamos aparte de los demás. Así acometió a la mujer allá a los principios, llegándose a ella cuando estaba sola, sin su marido. Cuando ve a varios reunidos, no se atreve a acometer. Por esto conviene que con frecuencia nos congreguemos, para que no seamos presa fácil del diablo.

Encontró, pues, el demonio a Jesús en el desierto y en una región sola y sin caminos. Que así fuera aquel paraje lo significa Marcos diciendo: *Y moraba entre las fieras* (Mc 1, 13). Pero advierte con cuánta astucia y perversidad se le acerca y qué ocasión escoge. No acomete a Jesús mientras éste ayuna, sino cuando tuvo hambre. Para que aprendas cuán grande bien es el ayuno y qué arma tan poderosa contra el demonio; y que después del bautismo no te has de entregar a los placeres ni a la embriaguez ni a los manjares, sino al ayuno. Por esto ayunó Jesús, no porque él lo necesitara, sino para instruirnos. Pues la crápula, antes del bautismo, había inducido al pecado, Jesús procedió como el que a un enfermo, ya vuelto a la salud, le ordena no volver a lo mismo de que la enfermedad le provino. Por esto tras del bautismo ayunó.

La intemperancia echó a Adán del paraíso; y en tiempo de Noé acarreó el diluvio; y arrojó sobre los sodomitas los rayos del castigo. Pues aun cuando en estos dos últimos casos el pecado fue de fornicación, pero la raíz del castigo brotó de la intemperancia. Así lo indicó Ezequiel al decir: *Mira cuál fue la impiedad de Sodoma: tuvo grande soberbia, hartura de pan y mucha ociosidad* (Ez 16, 49). Y lo mismo fue con los judíos: obraron la maldad en gran escala y cayeron en la perversidad a causa de la embriaguez y de las delicias del alimento.

Por esto Jesús ayuna cuarenta días, declarándonos así cuál es el remedio para la salvación. Ni pasa de los cuarenta días, no sea que el exceso del milagro obste a la fe en la nueva economía divina. Ahora ya no hay que temer aquello del Antiguo Testamento, cuando Moisés y Elías, sostenidos por el poder divino, pudieron llegar a tan largo ayuno. Si Jesús lo hubiera prolongado a muchos más días, sin duda que a muchos les habría parecido por esto increíble el misterio de la Encarnación.

Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre, dando así ocasión al demonio para acercársele; y para darnos en el encuentro el modo con que hay que superarlo y vencerlo. Esto mismo hacen los atletas, pues para enseñar a sus discípulos cómo han de vencer, espontáneamente traban luchas con otros en la palestra, mostrándoles en otros la forma, para que aprendan la manera de obtener la victoria. Así sucedió acá. Quería Jesús atraer al demonio al combate, y por esto le dejó ver su hambre y no lo esquivó cuando se le acercaba; y habiéndolo enfrentado una y dos y tres veces, lo venció con la facilidad que le convenía.

Mas, no sea que pasando de ligero sobre semejantes victorias algo quitemos a vuestra utilidad espiritual, comencemos por el primer encuentro, y enseguida examinaremos los otros dos con toda diligencia. Y pues Jesús sufría el hambre, acercándose el tentador le dijo: *Si eres hijo de Dios di a estas piedras que se conviertan*

en pan. Como había oído la voz del cielo que decía: *Este es mi Hijo muy amado*; y había escuchado a Juan que tan grandes cosas testificaba; y luego lo ve hambriento, al fin quedó en duda. No lo podía creer solo hombre por lo que de él se había dicho; pero tampoco admitía que fuera el Hijo de Dios, pues lo veía padecer hambre. Dudoso en su ánimo, traduce sus dudas en sus palabras. Y al modo como acercándose a Adán allá al principio fingió lo que no había para cerciorarse de lo que en realidad había, así ahora, ignorando el secretísimo misterio de la nueva economía y no sabiendo en concreto quién era el que ahí presente se encontraba, procura fabricar nuevas redes, mediante las cuales creía poder llegar a saber lo que en la oscuridad estaba escondido.

¿Qué dice, pues? *Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*. No le dijo: puesto que tienes hambre, sino: si eres el Hijo de Dios, pensando que así lo halagaría. Calló lo del hambre para que no pareciera que se lo echaba en cara y lo avergonzaba. Ignorando la alteza de las cosas que se iban llevando a cabo, pensaba que hablarle del hambre le sonaría a injuria; por lo cual, al modo de los que adulan, única pero dobladamente se refiere a su dignidad. Y ¿qué hace Cristo? Humillándole su hinchazón y demostrándole que de ninguna manera resultaba vergonzoso lo que le acontecía, ni era indigno de su sabiduría, echa por delante precisamente lo que el diablo había callado y le dice: *No de solo pan vive el hombre*.

Comienza, pues, por la necesidad del vientre. Pero, considera la astucia maligna del demonio y por dónde da principio al combate y cómo no se olvida de sus artes. Teje su engaño con lo mismo con que había derrotado al primer hombre hasta rodearlo de calamidades sin cuento. Es decir, con la intemperancia. Actualmente oímos a muchos decir que por el vientre nos han venido males sin número. Pero Cristo, demostrando que a quienes están dotados de virtud, semejante tiranía no puede obligarlos hasta el punto de imitar algo que sea contra la decencia, por una parte sufre el hambre y por otra no obedece al mandato del demonio; con lo que además nos enseña a no obedecer en nada al demonio. Y pues el primer hombre por este camino había ofendido a Dios y le había quebrantado su ley, ahora Cristo te enseña a pasar más adelante: de modo que aun cuando lo que el diablo ordena no sea pecado, ni aun así se le ha de obedecer.

Pero ¿qué digo pecado? Ni aun cuando ordenen los demonios algo útil, dice Cristo, se les ha de obedecer ni dar oídos. Por este motivo, a los demonios que lo predicaban y decían que Él era el Hijo de Dios, El mismo les prohibió que hablaran. Y Pablo a su vez increpó a los demonios a pesar de que lo que decían le resultaba útil. Al revés, más y más humillándolos y apartando de nosotros sus asechanzas, los rechazó aun cuando ellos predicaban verdades saludables; y les cerraba la boca y les imponía silencio. Tal es el motivo de que ahora Cristo no obedezca. Pues ¿qué es lo que responde?: *No de solo pan vive el hombre*. Como si dijera: puede Dios alimentar al hambriento aun con una palabra; y trae para ello el testimonio del Antiguo Testamento y nos enseña que aun oprimidos por el hambre o por otra cosa cualquiera que suframos, jamás debemos dejar de recurrir a Dios.

Y si alguno alegara que sería conveniente haberle demostrado eso mismo al demonio, le responderé: ¿Por qué? ¿Por cuál motivo? Pues a Jesús no se lo dijo para que lo creyera, sino para, según él pensaba, acusarlo y convencerlo de incrédulo.

Habiendo el demonio engañado por este camino a los primeros hombres, demostró así que ellos no le creían suficientemente a Dios. Porque él les prometió exactamente todo lo contrario de lo que Dios les había dicho, hinchándolos con una vana esperanza y arrojándolos a la incredulidad, con lo que incluso los hizo perder los bienes que ya poseían.

Cristo, por su parte, no se muestra anuente a lo que el diablo quiere, ni tampoco a los judíos que anhelaban lo mismo que el diablo; enseñándonos por doquiera que aun cuando nos sea lícito hacer alguna cosa, sin embargo, no debemos proceder a la ventura y sin motivo; y que aun en el caso de que la necesidad nos apriete, no debemos obedecer al demonio. ¿Qué hace, pues, aquel execrable vencido? Una vez que no pudo persuadir a Cristo de que lo obedeciera, aun oprimido por el hambre, ataca por otro lado y le dice: *Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos*.

¿Por qué el demonio en cada una de las tentaciones echa por delante eso de: si eres el Hijo de Dios? Lo hizo antes y lo repite ahora. Porque ya antes había difamado a Dios, al decir aquellas palabras: *El día en que de él comiereis se os abrirán los ojos* (Gn 3, 5), con las que les daba a entender que Dios los había engañado y que ningún beneficio habían recibido... Y subindicando lo mismo, dice ahora: en vano Dios te ha llamado hijo suyo y te ha engañado con ese don. Y si esto no es verdad, entonces es necesario que demuestres que ciertamente posees ese poder. Luego, como Cristo lo había refutado con un texto de la Escritura, ahora él aduce a su vez el testimonio de un profeta.

Y ¿por qué Cristo, ni indignado ni exasperado, le responde con gran mansedumbre y acudiendo de nuevo a las Sagradas Escrituras? Le dice: *No tentarás al Señor tu Dios*. Para enseñarnos que al demonio no se le ha de vencer mediante milagros, sino con la paciencia; y que nada debe hacerse por vana ostentación. Pero advierte la necedad del demonio, aun por el texto mismo que alega. Porque los textos aducidos por el Señor, ambos son oportunísimos para el caso; mientras que los alegados por el demonio, se disparan a la ventura y fuera de propósito y no cuadran con la cosa de que se trata.

El texto que dice: *Pues escrito está: a sus ángeles encargará que te tomen*, de ninguna manera es para persuadir a nadie a echarse de cabeza al precipicio, ni se profetizó tal cosa acerca de Cristo. Sin embargo, aunque el diablo lo usó así fraudulentamente, Jesús no lo contradijo; y eso que el diablo lo usaba en un sentido del todo contrario al verdadero. Semejante cosa, nadie la pide al Hijo de Dios. El echarse de cabeza al abismo es consejo del diablo y de los demonios. En cambio, lo propio de Dios es levantar al caído. Y si era cuestión de manifestar su poder, lo habría hecho no precipitándose él, ni echando abajo a otros, sino salvándolos. Eso de lanzarse uno a despeñaderos y precipicios es propio de las legiones diabólicas. Pero así suele proceder en todo ese antiguo engañador.

A pesar de todo, Cristo no le revela su naturaleza, sino que en todo le habla como si fuera simple hombre. Porque aquello de: *No de solo pan vive el hombre* y aquello de: *No tentarás al Señor tu Dios*, no eran tales palabras como para manifestar Cristo

demasiadamente su divinidad, sino más bien para declararse como uno de tantos hombres. Ni te extrañes de que el demonio, hablando con Cristo, se vuelva a una parte y a otra. Procede como los púgiles cuando han recibido heridas mortales que aun chorreando sangre por todos lados, llevados como de un vértigo, voltigean sin parar. Del mismo modo el diablo, oscurecida su mente con la primera y la segunda herida, ya simplemente profiere lo primero que se le ocurre; y así avanza para el tercer encuentro.

Y habiéndolo llevado a un monte muy alto y habiéndole mostrado todos los reinos del mundo, le dijo: *Todo esto te lo daré si de hinojos me adoras*. Entonces le dijo Jesús: *Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto* (Dt 6, 13). Como el diablo pecaba ya contra el Padre, al decir que todas las cosas le pertenecían, como si fuera el Creador del universo, finalmente Jesús lo rechaza, y no con airadas expresiones, sino sencillamente ordenándole: Apártate, Satanás. Era esto más una orden que no una reprensión.

Preguntarás: ¿Cómo es que Lucas dice: acabado todo género de tentaciones? Yo pienso que fue para abarcar en resumen, por lo que dijo: todo género. Es decir, como abarcando en esto todas las demás. Puesto que las dichas abarcan otras innumerables: es decir, el estar sujeto a la gula, el obrar por vanagloria y el estar atado por el loco amor a los dineros. Como ese malvado sabía muy bien esto, puso al fin la más poderosa de las tentaciones, que es la codicia insaciable de riquezas. Ya desde el principio andaba tras de ésta, pero vino a sacarla a luz hasta el fin y para entonces la guardó, como la más fuerte que las otras. Porque es ley de esta clase de certámenes: que los medios que se consideran mejores para vencer se reservan para el fin. Así procedió el demonio en el caso de Job; y lo mismo hizo aquí. Habiendo comenzado por lo que le parecía más débil, avanzó luego a lo más poderoso.

Pero ¿cómo se podrá vencer esta pasión y mal? Como nos enseñó Cristo: recurriendo a Dios. De manera que ni por el hambre desfallezcamos, confiados en Aquel que con sola una palabra nos puede apacentar; ni con los bienes que hemos recibido tentemos al dador; sino que contentos con la gloria de allá arriba, despreciemos la humana y en todo rechacemos lo superfluo. Nada hay que mejor nos sujete al demonio como la avaricia y la insaciable codicia de poseer. Y podemos verlo por lo que actualmente sucede. Hay quienes nos digan: todo esto te lo daré si postrándote me adoras. Hombres son los que lo dicen según su naturaleza, pero se han convertido en instrumentos del diablo.

Porque en aquel tiempo el demonio no acometió a Cristo únicamente por sí mismo, sino también por medio de otros instrumentos, como lo indicó Lucas al decir: *Se apartó de él hasta el tiempo determinado* (Lc 4, 13). Da a entender de este modo que más tarde acometió de nuevo mediante sus propios instrumentos. Y llegaron los ángeles y le servían. Mientras duraba el combate, no permitió que ellos se presentaran, para que no aterrorizaran al que él iba luego a vencer; pero una vez que en todo y por todo lo hubo derrotado y puesto en fuga, entonces se presentan los ángeles. Esto fue para que conozcas que también a ti, una vez que a ejemplo de Cristo hayas vencido, te recibirán con aplausos los ángeles y te rodearán por todas partes. Así a Lázaro, después del horno de la pobreza, el hambre y las aflicciones, los ángeles lo tomaron y lo llevaron

consigo. Pues como ya lo tengo dicho, Cristo ahora va declarando muchos de los bienes de que luego disfrutaremos.

Y, puesto que todo se hizo por tu bien, imita, emula semejante victoria. Si se te acerca alguno de esos ministros del demonio con siniestras intenciones, y se burla de ti, y te dice: Tú eres grande, tú eres admirable, haz que este monte pase a otro lugar, no te turbes, no te impresiones, sino que con toda calma respóndele como has oído que le respondió Cristo: *No tentarás, al Señor tu Dios*. Y si te ordena que lo adores y te ofrece gloria, poder, riquezas inmensas, permanece firme. Porque el demonio ha procedido así no únicamente con el común Señor de todos nosotros, sino que cada día mueve contra cada uno de los siervos de Cristo esta clase de armas; y esto no sólo en los montes, y en los desiertos, sino también en las ciudades, en las plazas, en los tribunales; y no lo hace únicamente por sí solo, sino además por medio de hombres que son nuestros parientes.

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer? No creerle, no prestarle oídos, aborrecerlo como adulador que es; y cuanto mayores cosas promete, tanto más conviene que nos le opongamos. A. Eva precisamente cuando mayor promesa le hacía, fue cuando la derribó y le causó el daño más terrible. Es en realidad un enemigo inexorable y ha emprendido contra nosotros una guerra implacable. No nos empeñamos nosotros tanto en nuestra, salvación, como él en nuestra perdición. Apartémoslo, pues, y aborrezcámoslo, no sólo con las palabras, sino con las obras; no, con sólo el pensamiento, sino con los hechos. Nada hagamos de cuanto a él le da gusto; y así en cambio haremos todo lo que a Dios agrada. Muchas cosas promete el demonio, pero no es para dárnoslas, sino para sacar su ganancia.

El demonio promete dar de lo que no es suyo, para arrebatarnos el reino y la virtud. Promete en la tierra tesoros, o por mejor decir lazos y redes, para privarnos de los tesoros tanto de acá como de los celestiales: quiere que acá seamos ricos para que en la vida futura no lo seamos. Y si no puede despojarnos de la herencia del cielo mediante las riquezas, lo intenta mediante la pobreza, esperando lograr por este otro camino la victoria. Pero ¿qué podrá haber más necio? Pues quien es capaz de llevar las riquezas sin caer en intemperancia, también sabrá llevar la pobreza con ánimo firme. Quien no anhela las riquezas presentes sin duda que no buscará las ausentes, como lo hizo el bienaventurado Job, quien por la pobreza resultó más esclarecido.

Pudo el Maligno despojarlo de sus riquezas, pero en cambio respecto de la caridad con Dios, no sólo no pudo arrancársela, sino que se la devolvió más ardiente; y sólo logró que aquel varón, despojado de todo, brillara con bienes de todo género. Ante semejante resultado, no sabía ya el demonio qué camino tomar. Pues cuanto más graves heridas le causaba, tanto más valeroso lo encontraba. Y como tras de intentarlo todo en nada aprovecha, recurrió a su arma antigua, es decir a la mujer de Job. Esta, ocultando bajo la apariencia de providencia de Dios el ataque, describe en forma dolorosa y trágica sus desgracias y finge un consejo dañino con el que, según ella, se libraría Job de todos sus males. Pero ni aun así venció el demonio. Porque aquel varón admirable cayó en la cuenta del cebo que le tendía y con gran prudencia cerró la boca de su mujer, que hablaba movida por el demonio.

Es lo que conviene que hagamos nosotros. Aunque nos hable y diga lo que no nos conviene disfrazado de hermano, o amigo o esposa, es necesario que lo rechacemos, no por razón de la persona que nos habla, sino por razón del mal consejo que nos da. Porque actualmente en muchas cosas procede así: se disfraza bajo el título de conmiseración; y apareciendo como benévolo deja caer palabras peores que cualquier veneno. Es propio del demonio adular y engañar y dañar; y es propio de Dios corregir para mejorar. No nos dejemos engañar y no busquemos a cualquier precio una vida de comodidades; pues dice la Escritura: *Al que Dios ama, lo corrige* (Pr 3, 12).

Debemos dolernos sobre todo cuando vivimos permanentemente y disfrutamos en todo de prosperidad; pues quien vive en pecado ha de estar en constante temor; pero de modo especial cuando no sufre ningún pesar. Cuando Dios va imponiendo la pena, por partes, es señal de que quiere aminorar el castigo. Pero cuando aguanta con paciencia cada pecado, nos reserva, si en pecar perseveramos, grandes castigos. Si los pesares son necesarios para los buenos, lo son mucho más para los pecadores.

Advierte la gran paciencia que tuvo Dios con el Faraón; y cómo finalmente hubo éste de soportar extremos castigos por todos sus pecados; y también de cuántos crímenes se hizo reo Nabucodonosor, pero al fin llevó la pena de todos ellos. Lo mismo sucedió al rico Epulón: puesto que en esta vida no había tenido sufrimientos, en la otra cayó en extrema miseria. Lleno de delicias en la vida presente, fue a pagar la pena de todas allá en donde no le era posible conseguir consuelo alguno para sus males.

Pero hay algunos tan necios y frívolos, que siempre andan buscando las cosas presentes únicamente; y aun profieren expresiones tan ridículas como éstas: Por ahora gocemos de todo lo presente y ya después veremos acerca de esos futuros inciertos; por ahora me daré a la gula, a los deleites y agotaré los placeres de esta vida. Deja en mi mano el día presente, que ese otro futuro yo te lo regalo. ¡Oh necedad sin término! Los que tal dicen ¿en qué se diferencian de los chivos y de los cerdos? Si el profeta no permite que a quienes anhelan en pos de la mujer de su prójimo se les dé el nombre de hombres ¿quién podrá acusarnos si nosotros los tenemos por estultos chivos y más que éstos, y por cerdos y asnos? Lo que es más claro que las cosas que vemos con los ojos lo juzgan dudoso e incierto.

Si a nadie quieres dar crédito, acércate a los demonios mientras son azotados: a esos que nada dejan por hacer en tratándose de nuestro daño. Porque no negarás que ellos hacen cuanto pueden por acrecentar nuestra desidia, quitarnos el temor de la *gehenna* y lograr que no creamos en el juicio futuro. Y sin embargo, ellos que tal desean, muchas veces gimiendo y lamentándose anuncian acá los tormentos que allá en la *gehenna* se usan. Mas ¿por qué los anuncian, y aun contra su voluntad los dicen? No por otro motivo sino porque son atormentados con más grandes castigos. Pues cierto que voluntariamente no querrían confesar que son atormentados por hombres que ya murieron; y ni aun siquiera decir que algo grave padecen.

¿Por qué motivo he dicho lo que acabo de decir? Porque esos mismos demonios que no quieren que creamos en la *gehenna*, la anuncian; y en cambio, tú, que tan grandes honores has recibido, y te haces partícipe de los divinos misterios, ni siquiera los imitas en eso, sino que te has vuelto peor que ellos. Preguntarás: pero ¿es que

alguien ha venido del infierno para anunciárnoslo? Respondo: ¿acaso ha venido alguien y ha dicho que Dios todo lo ha creado? Pero bueno: ¿cómo se prueba que tenemos alma? Yo digo que, si sólo has de creer lo que cae bajo los sentidos y dudas de la existencia de Dios, de los ángeles, del pensamiento y del alma, entonces se han hundido todos los dogmas. Ahora bien, si sólo quieres creer en las cosas que caen bajo los sentidos, lo razonable es que des más crédito a lo que no se ve que a lo sensible.

Si te parece paradójico lo que acabo de decir, sin embargo, es verdadero y manifiesto para quienes tienen entendimiento. Porque los ojos con frecuencia se engañan no únicamente respecto de lo invisible (pues esto ni siquiera lo conocen), sino en las cosas mismas que les parece que ven. Los imposibilitan la distancia, el aire interpuesto, la distracción, la ira, los cuidados y mil obstáculos que les impiden el fijarse bien. En cambio, el ojo del alma, si lo ilustra la luz de las Sagradas Escrituras, juzga más certeramente y con mayor exactitud de las cosas que el ojo corporal. No nos engañemos, pues, en vano, ni además del castigo que lleva consigo la desidia originada de semejantes opiniones, acumulemos sobre nosotros un castigo y fuego mayor, proveniente de sostener proposiciones tan falsas. Cierto es que de no haber juicio, tampoco seremos castigados ni premiados. Pero advertid hasta dónde apuntan vuestros blasfemos principios, pues llegáis a decir que Dios justo y manso en nada tiene tan grandes trabajos y sudores. Ahora bien: semejantes dislates ¿cómo pueden ser conformes con la recta razón?

Pero en fin, si por otras fuentes no, a lo menos por lo que en tu casa misma sucede, pondera esas afirmaciones y verás hasta qué punto son absurdas. Aunque seas el hombre más inhumano y cruel y aún más feroz que las fieras mismas, no querrás morir sin premiar a un criado que te ha servido bien, sino que le darás la libertad y aun le añadirás dineros; y puesto que tú vas a morir, ya no podrás en adelante hacerle beneficios; pero lo procuras mediante tus herederos y suplicas de todas maneras que tu siervo no quede sin paga. Ahora bien: si tú, hombre perverso, tan humano y benévolo te muestras con tu criado ¿la bondad inmensa de Dios, su inefable benignidad, su gran mansedumbre, a siervos suyos como Pedro, Pablo, Santiago y Juan, que día por día padecieron hambres, estuvieron encadenados, fueron azotados, padecieron naufragios, a éstos los dejará sin coronas?

Al vencedor en los juegos olímpicos, el que los preside lo proclama y lo corona; el señor a su siervo; el rey a sus soldados los colman de honores; y en fin quienquiera que es bien servido al que bien lo sirvió con los dones que puede lo remunera: ¿y sólo Dios, tras de tan abundantes sudores y grandes trabajos, no dará a sus siervos premio alguno ni grande ni pequeño; sino que esos excelentes y piadosos varones que acometieron toda clase de virtudes, habrán de quedar en la condición misma que los adúlteros, los parricidas, los homicidas y los violadores de sepulcros? ¿Es esto razonable? Si nada hay tras de la partida de este mundo; si todo lo nuestro está circunscrito a los límites de la vida presente, aquellos justos y estos pecadores se encuentran en la misma situación. Pero ¡no! ¡ni siquiera en la misma! Aunque según tú, tras de esta vida estarían en la misma situación, pero no lo estuvieron acá, pues unos pasaron su vida en perpetua tranquilidad, mientras los otros vivían en perpetuos suplicios. Pero ¿hay

algún tirano monstruoso, hay alguien tan cruel, tan inhumano que así trate a sus siervos?

¿Adviertes lo enorme de semejante absurdo? ¿Ves a dónde conduce tu raciocinio? En consecuencia, si no convencido por otras razones, a lo menos por ésta, rechaza tan pésimas opiniones, huye de su malicia, emprende el trabajo de la virtud: verás luego cómo nuestras cosas no están circunscritas a los límites de la vida presente. Y si alguno te pregunta si alguien vino de la otra vida a comunicarnos esto, respóndele: De los hombres, nadie; pues si un hombre hubiera venido, muchos no le habrían dado crédito, puesto que dirían: exagera, amplifica. Pero ahora es el Señor de los ángeles quien vino para anunciárnoslo. ¿Qué necesidad tenemos, pues, de un hombre, cuando aquel mismo que te ha de imponer el castigo, diariamente clama que ha preparado la *gehenna* y que premiará con el reino y nos ha dado claras pruebas de que así son las cosas? A la verdad si nunca hubiera de entrar en juicio, tampoco acá hubiera amenazado castigos.

Por otra parte ¿cómo es lógico que de entre los criminales a unos se les castigue y a otros no en absoluto? Si Dios no es aceptador de personas, como no lo es ¿por qué a uno lo castigó y a otro lo dejó vivir en la impunidad? Esto presenta una dificultad mayor que las ya enumeradas. Pero si quieres oírme con benevolencia, también a esta dificultad responderemos. ¿Qué solución tiene? Que ni castiga aquí a todos para que no pierdas la esperanza de la resurrección y el juicio futuro, como si durante la vida todos hubieran ya sido castigados, ni los deja a todos impunes para que no pienses que las cosas proceden sin providencia alguna. La realidad es que hace ambas cosas: castiga y deja de castigar.

Cuando castiga, demuestra que aun a los que aquí castigó allá de nuevo los castigará. Cuando deja impune, es para llevarte a creer que hay, tras del apartamiento de esta vida, un tribunal terrible. De manera que, si en absoluto no hiciera caso de las obras de acá, a nadie castigaría en esta vida, a nadie haría beneficios. Mas, por el contrario, observas cómo en beneficio tuyo desplegó los cielos, encendió el sol, afirmó la tierra, derramó los mares, expandió los aires, dispuso los giros de la luna, estableció leyes firmes para las estaciones del año e hizo que todos los demás seres llevaran a cabo, bajo su mirada e impulso, con exactitud, sus evoluciones.

Nuestra naturaleza y la de los irracionales, como las serpientes, los semovientes, los volátiles, los peces, los que viven en los estanques, en las fuentes, en los ríos, en los montes, en los barrancos, en los bosques, en las casas, en los aires, en los campos, las plantas, las simientes, los árboles ya silvestres ya cultivados, los que llevan fruto y los que no, en una palabra todos los seres, movidos por la incansable mano de Dios, ayudan para nuestra vida, y no sólo para lo necesario, sino para lo abundante, y nos ofrecen sus servicios a la manera de siervos. Pues quien ve tan excelente orden en todas las cosas, aun cuando nosotros apenas hayamos indicado una pequeñísima parte de ellas, ¿se atreverá a decir que Aquel que por nosotros hizo tantas y, tan excelentes obras, allá al fin nos olvidará y nos dejará hechos cadáveres, confundidos con los asnos y los, cerdos?

El que te honró con un don excelentísimo como es la religión y la piedad y con ello te igualó a los ángeles ¿te abandonará tras de haber tú sufrido infinitos trabajos y sudores? ¿Hay algo más ilógico? Si nosotros lo calláramos, las piedras lo gritarían ¡tan claro, tan manifiesto es, mucho más que los rayos del sol! Pensando estas cosas y estando firmísimos en nuestro ánimo acerca de que tras del término de la vida tendremos que presentarnos delante del terrible tribunal para dar cuenta de todo lo nuestro y recibir el castigo y experimentar la divina venganza si permanecemos en nuestros pecados, ó por el contrario, recibir el premio de las coronas y bienes inefables, con tal de que durante este breve tiempo tengamos temperancia, cerremos la boca de quienes se atreven a asegurar lo contrario. Tomemos el camino de la verdad para que con la conveniente confianza nos acerquemos al dicho tribunal y consigamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo, XIII

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Homilías en Santa Marta

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Ángelus 2014

Jesús sabe bien que con Satanás no se puede dialogar

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma presenta cada año el episodio de las tentaciones de Jesús, cuando el Espíritu Santo, que descendió sobre Él después del bautismo en el Jordán, lo llevó a afrontar abiertamente a Satanás en el desierto, durante cuarenta días, antes de iniciar su misión pública.

El tentador busca apartar a Jesús del proyecto del Padre, o sea, de la senda del sacrificio, del amor que se ofrece a sí mismo en expiación, para hacerle seguir un camino fácil, de éxito y de poder. El duelo entre Jesús y Satanás tiene lugar a golpes de citas de la Sagrada Escritura. El diablo, en efecto, para apartar a Jesús del camino de la cruz, le hace presente las falsas esperanzas mesiánicas: el bienestar económico, indicado por la posibilidad de convertir las piedras en pan; el estilo espectacular y milagrero, con la idea de tirarse desde el punto más alto del templo de Jerusalén y hacer que los ángeles le salven; y, por último, el atajo del poder y del dominio, a cambio de un acto de adoración a Satanás. Son los tres grupos de tentaciones: también nosotros los conocemos bien.

Jesús rechaza decididamente todas estas tentaciones y ratifica la firme voluntad de seguir la senda establecida por el Padre, sin compromiso alguno con el pecado y con la lógica del mundo. Mirad bien cómo responde Jesús. Él no dialoga con Satanás, como había hecho Eva en el paraíso terrenal. Jesús sabe bien que con Satanás no se puede dialogar, porque es muy astuto. Por ello, Jesús, en lugar de dialogar como había hecho

Eva, elige refugiarse en la Palabra de Dios y responde con la fuerza de esta Palabra. Acordémonos de esto: en el momento de la tentación, de nuestras tentaciones, nada de diálogo con Satanás, sino siempre defendidos por la Palabra de Dios. Y esto nos salvará. En sus respuestas a Satanás, el Señor, usando la Palabra de Dios, nos recuerda, ante todo, que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mt* 4, 4; cf. *Dt* 8, 3); y esto nos da fuerza, nos sostiene en la lucha contra la mentalidad mundana que abaja al hombre al nivel de las necesidades primarias, haciéndole perder el hambre de lo que es verdadero, bueno y bello, el hambre de Dios y de su amor. Recuerda, además, que «está escrito también: "No tentarás al Señor, tu Dios"» (v. 7), porque el camino de la fe pasa también a través de la oscuridad, la duda, y se alimenta de paciencia y de espera perseverante. Jesús recuerda, por último, que «está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto"» (v. 10); o sea, debemos deshacernos de los ídolos, de las cosas vanas, y construir nuestra vida sobre lo esencial.

Estas palabras de Jesús encontrarán luego confirmación concreta en sus acciones. Su fidelidad absoluta al designio de amor del Padre lo conducirá, después de casi tres años, a la rendición final de cuentas con el «príncipe de este mundo» (*Jn* 16, 11), en la hora de la pasión y de la cruz, y allí Jesús reconducirá su victoria definitiva, la victoria del amor.

Queridos hermanos, el tiempo de Cuaresma es ocasión propicia para todos nosotros de realizar un camino de conversión, confrontándonos sinceramente con esta página del Evangelio. Renovemos las promesas de nuestro Bautismo: renunciemos a Satanás y a todas su obras y seducciones —porque él es un seductor—, para caminar por las sendas de Dios y llegar a la Pascua en la alegría del Espíritu (cf. *Oración colecta del* IV *Domingo de Cuaresma*, Año A).

***

Ángelus 2017

La palabra de Dios tiene la fuerza para derrotar a satanás

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo de Cuaresma, el Evangelio nos introduce en el camino hacia la Pascua, mostrando a Jesús que permanece durante cuarenta días en el desierto, sometido a las tentaciones del diablo (cf *Mateo* 4, 1-11). Este episodio se coloca en un momento preciso de la vida de Jesús: justo después del bautismo en el río Jordán y antes del ministerio público. Él acaba de recibir la investidura solemne: el Espíritu de Dios ha descendido sobre Él, el Padre del Cielo lo ha declarado: «Este es mi Hijo amado» (*Mateo* 3, 17). Jesús ya está preparado para empezar su misión; y ya que esta tiene un enemigo declarado, es decir Satanás, Él lo afronta enseguida, "cuerpo a cuerpo". El diablo hace presión precisamente en el título de "Hijo de Dios" para alejar a Jesús del cumplimiento de su misión: «Si eres Hijo de Dios…», lo repite (vv. 3.6), y le propone hacer gestos milagrosos —hacer el "mago"— como trasformar las piedras en pan para saciar su hambre, y tirarse abajo desde el muro del templo y hacerse salvar

por los ángeles. A estas dos tentaciones, sigue la tercera: adorarle a él, el diablo, para tener el dominio sobre el mundo (cf v. 9).

Mediante esta triple tentación, Satanás quiere desviar a Jesús del camino de la obediencia y de la humillación –porque sabe que así, por este camino, el mal será derrotado— y llevarlo por el falso atajo del éxito y de la gloria. Pero las flechas venenosas del diablo son todas "paradas" por Jesús con el escudo de la Palabra de Dios (vv. 4.7.10) que expresa la voluntad del Padre. Jesús no dice ninguna palabra propia: responde solamente con la Palabra de Dios.

Y así el Hijo, lleno de la fuerza del Espíritu Santo, sale victorioso del desierto.

Durante los cuarenta días de la Cuaresma, como cristianos estamos invitados a seguir las huellas de Jesús y afrontar el combate espiritual contra el maligno con la fuerza de la Palabra de Dios. No con nuestra palabra, no sirve. La Palabra de Dios: esa tiene la fuerza para derrotar a satanás. Por esto es necesario familiarizarse con la Biblia: leerla a menudo, meditarla, asimilarla. La Biblia contiene la Palabra de Dios, que es siempre actual y eficaz. Alguno ha dicho: ¿qué sucedería si usáramos la Biblia como tratamos nuestro móvil? ¿Si la llevásemos siempre con nosotros, o al menos el pequeño Evangelio de bolsillo, qué sucedería?; si volviésemos atrás cuando la olvidamos: tú te olvidas el móvil —¡oh!—, no lo tengo, vuelvo atrás a buscarlo; si la abriéramos varias veces al día; si leyéramos los mensajes de Dios contenidos en la Biblia como leemos los mensajes del teléfono, ¿qué sucedería? Claramente la comparación es paradójica, pero hace reflexionar. De hecho, si tuviéramos la Palabra de Dios siempre en el corazón, ninguna tentación podría alejarnos de Dios y ningún obstáculo podría hacer que nos desviáramos del camino del bien; sabríamos vencer las sugestiones diarias del mal que está en nosotros y fuera de nosotros; nos encontraríamos más capaces de vivir una vida resucitada según el Espíritu, acogiendo y amando a nuestros hermanos, especialmente a los más débiles y necesitados, y también a nuestros enemigos.

La Virgen María, icono perfecto de la obediencia a Dios y de la confianza incondicional a su voluntad, nos sostenga en el camino cuaresmal, para que nos pongamos en dócil escucha de la Palabra de Dios para realizar una verdadera conversión del corazón.

***

La tentación es el pan nuestro de cada día

31 de enero de 2014

Cuando la presencia de Dios entre los hombres viene a menos, "se pierde el sentido del pecado" y de esta manera puede suceder de hacer pagar a otros el precio de nuestra "mediocridad cristiana". Pidamos a Dios, exhortó el Papa, la gracia que en nosotros no disminuya jamás la presencia "de su Reino".

Un pecado grave, como por ejemplo el adulterio, disminuido a un "problema de resolver". La elección que cumple el rey David, narrada en la primera Lectura de hoy, se convierte en el espejo ante el cual el Papa colocó la conciencia de todo cristiano.

David se encapricha de Betsabé, mujer de Urías, un general suyo, se la trajo y envió al marido al frente de batalla, causándole la muerte y de hecho perpetrando un asesinato. Sin embargo, adulterio y homicidio no lo impresionan tanto. "David se encuentra ante un gran pecado, pero él no lo percibe como un pecado", observó el Pontífice. "No le viene a la mente pedir perdón. Aquello que le viene a la mente es: '¿Cómo resuelvo esto?'":

"A todos nos puede pasar esto. Todos somos pecadores y todos estamos tentados y la tentación es el pan nuestro de cada día. Si alguno de nosotros dijese: 'Pero yo jamás he tenido tentaciones', o eres un querubín o eres un poco tonto, ¿no? Se entiende... En la vida es normal la lucha y el diablo no está tranquilo, él quiere su victoria. Pero el problema –el problema más grave en este pasaje– no es tanto la tentación y el pecado contra el noveno mandamiento, sino cómo reacciona David. Y aquí David no habla de pecado, habla de un problema que debe resolver. ¡Esto es una señal! Cuando el Reino de Dios viene a menos, cuando el Reino de Dios disminuye, uno de los signos es que se pierde el sentido del pecado".

Cada día, rezando el "Padre Nuestro", pedimos a Dios "Venga Tu Reino...", lo que quiere decir "crezca Tu Reino". Cuando en cambio se pierde el sentido del pecado, se pierde también "el sentido del Reino de Dios" y en su lugar surge una "visión antropológica súper potente", aquella por la cual "yo puedo todo":

"La potencia del hombre en lugar de la gloria de Dios! Éste es el pan de cada día. Por eso la oración de todos los días a Dios 'Venga tu Reino, crezca tu Reino', porque la salvación no vendrá de nuestras picardías, de nuestras astucias, de nuestra inteligencia para hacer negocios. La salvación vendrá de la gracia de Dios y del entrenamiento diario que hacemos de esta gracia en la vida cristiana".

"El pecado más grande de hoy es que los hombres han perdido el sentido del pecado". Francisco citó esta célebre frase de Pío XII y después dirigió la mirada a Urías, el hombre inocente mandado a la muerte por culpa de su rey. Urías, dice el Papa, se convierte entonces en el emblema de todas las víctimas de nuestra inconfesable soberbia:

"Les confieso, cuando veo estas injusticias, esta soberbia humana, también cuando veo el peligro de que a mí mismo me suceda esto, el peligro de perder el sentido del pecado, me hace bien pensar en los tantos Urías de la historia, en los tantos Urías que también hoy sufren nuestra mediocridad cristiana, cuando nosotros perdemos el sentido del pecado, cuando nosotros dejamos que el Reino de Dios disminuya... Estos son los mártires de nuestros pecados no reconocidos. Hoy nos hará bien rezar por nosotros, para que el Señor nos dé siempre la gracia de no perder el sentido del pecado, para que el Reino no disminuya en nosotros. También llevar una flor espiritual a la tumba de estos Urías contemporáneos, que pagan la cuenta del banquete de los seguros, de aquellos cristianos que se sienten seguros".

***

Cuando somos tentados, sólo la Palabra de Dios nos salva.

18 de febrero de 2014

Resistir a la seducción de las tentaciones es posible solamente "cuando se escucha la Palabra de Jesús". No obstante nuestras debilidades, repitió el Papa, Cristo nos da siempre "confianza" y nos abre un horizonte más amplio de nuestros límites.

La tentación se manifiesta como una atracción inocua y termina por transformarse en una jaula, de la que a menudo más que buscar evitarla se intenta minimizar su esclavitud, sordos a la Palabra de Dios. En su homilía, el Papa reafirmó una verdad y una secuencia descritas por Santiago en un pasaje de su Epístola, propuesta por la liturgia. La verdad es que jamás es Dios quien tienta al hombre, sino sus pasiones. La secuencia es aquella producida por las mismas pasiones las cuales, dice el Apóstol, "conciben y generan el pecado. Y el pecado, una vez cometido, produce la muerte":

"La tentación, ¿de dónde viene? ¿Cómo actúa dentro de nosotros? El apóstol nos dice que no viene de Dios, sino de nuestras pasiones, de nuestras debilidades interiores, de las heridas que ha dejado en nosotros el pecado original: las tentaciones vienen de allí, de estas pasiones. Es curioso, la tentación tiene tres características: crece, contagia y se justifica. Crece: comienza como si nada, y crece... El mismo Jesús decía esto, cuando habló de la parábola del grano y de la cizaña: el grano crecía, pero también la cizaña sembrada por el enemigo. Y la tentación crece: crece, crece... Y si uno no la detiene, ocupa todo".

Además, la tentación "busca otro para hacerse compañía, contagia" y "en este crecer y contagiar, la tentación nos encierra en un ambiente de donde no se puede salir con facilidad". Es la experiencia de los Apóstoles narrada en el Evangelio del día, que ve a los Doce culparse unos a otros bajo los ojos del Maestro por no haber traído pan a bordo de la barca. Jesús, quizás sonriendo por aquel altercado, los invita a estar "atentos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes." Pero los Apóstoles que por un poco insisten, sin escucharlo, "tan cerrados en el problema de quién tuviese la culpa por no haber traído pan no tenían lugar, no tenían tiempo, no tenían luz para la Palabra de Dios":

"Y así, cuando estamos tentados, no escuchamos la Palabra de Dios: no escuchamos. No entendemos. Y Jesús ha debido recordar la multiplicación de los panes para hacerlos salir de aquel ambiente, porque la tentación nos encierra, nos quita toda capacidad de previsión, nos cierra todo horizonte, y así nos lleva al pecado. Cuando estamos tentados, solo la Palabra de Dios, la Palabra de Jesús nos salva. Escuchar aquella Palabra que nos abre el horizonte... Él siempre está dispuesto a enseñarnos cómo salir de la tentación. Y Jesús es grande porque no solo nos hace salir de la tentación, sino que nos da más confianza".

Esta confianza es "una fuerza grande, cuando somos tentados: el Señor nos espera", "se fía de nosotros tentados, pecadores", "abre siempre horizontes". Por el contario, el diablo con "la tentación, encierra, cierra, cierra" y hace "crecer" un ambiente parecido a la barca de los Apóstoles. No dejarse "encarcelar" por este tipo de ambiente es posible sólo "cuando se escucha la Palabra de Jesús":

"Pidamos al Señor que siempre, como hizo con los discípulos, con su paciencia, cuando somos tentados nos diga: 'Detente, estate tranquilo. Acuérdate que hice contigo en aquel momento, en aquel tiempo: acuérdate. Alza los ojos, mira el horizonte, no cerrar, no te cierres, va adelante'. Y esta Palabra nos salvará de caer en el pecado en el momento de la tentación".

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

2008

Mirar el mal cara a cara y luchar contra sus causas y efectos

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el ayuno y el rito de imposición de la ceniza, hemos entrado en la Cuaresma. Pero, ¿qué significa "entrar en la Cuaresma"? Significa iniciar un tiempo de particular empeño en el combate espiritual que nos opone al mal presente en el mundo, en cada uno de nosotros y en torno a nosotros. Quiere decir mirar el mal cara a cara y disponerse a luchar contra sus efectos, sobre todo contra sus causas, hasta la causa última, que es Satanás. Significa no descargar el problema del mal en los demás, en la sociedad o en Dios, sino reconocer las propias responsabilidades y afrontarlo conscientemente. A este propósito, resuena con mucha urgencia, para nosotros cristianos, la invitación de Jesús a que cada uno tome su "cruz" y lo siga con humildad y confianza (cf. *Mt* 16, 24). La "cruz", por pesada que sea, no es sinónimo de desventura, de desgracia que hay que evitar lo más posible, sino de oportunidad para seguir a Jesús y así adquirir fuerza en la lucha contra el pecado y el mal. Por tanto, entrar en la Cuaresma significa renovar la decisión personal y comunitaria de afrontar el mal junto con Cristo. En efecto, el camino de la cruz es el único que conduce a la victoria del amor sobre el odio, del compartir con los demás sobre el egoísmo, de la paz sobre la violencia. Vista así, la Cuaresma es en verdad una ocasión de fuerte empeño ascético y espiritual, fundado en la gracia de Cristo.

Este año, el inicio de la Cuaresma coincide providencialmente con el 150° aniversario de las apariciones de Lourdes. Cuatro años después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por parte del beato Pío IX, María se apareció por primera vez el 11 de febrero de 1858 a santa Bernardita Soubirous en la gruta de Massabielle. Siguieron luego otras apariciones, acompañadas de acontecimientos extraordinarios, y al final la Virgen santísima se despidió revelando a la joven vidente, en el dialecto local: "Yo soy la Inmaculada Concepción". El mensaje que la Virgen sigue difundiendo en Lourdes recuerda las palabras que Jesús pronunció precisamente al inicio de su misión pública, y que volvemos a escuchar muchas veces durante estos días de Cuaresma: "Convertíos y creed en el Evangelio", rezad y haced penitencia. Acojamos la invitación de María, que hace eco a la de Cristo, y pidámosle que nos

obtenga "entrar" con fe en la Cuaresma, para vivir con alegría interior y empeño generoso este tiempo de gracia.

***

2011

Ponerse cada vez del lado de Cristo contra el pecado

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy es el primer domingo de Cuaresma, el tiempo litúrgico de cuarenta días que constituye en la Iglesia un camino espiritual de preparación para Pascua. Se trata, en definitiva, de seguir a Jesús, que se dirige decididamente hacia la Cruz, culmen de su misión de salvación. Si nos preguntamos: ¿por qué la Cuaresma? ¿Por qué la Cruz? La respuesta, en términos radicales, es ésta: porque existe el mal, es más, el pecado, que según las Escrituras es la causa profunda de todo mal. Pero esta afirmación no es algo que se puede dar por descontado, y la misma palabra "pecado" no es aceptada por muchos, pues presupone una visión religiosa del mundo y del hombre. De hecho, es verdad: si se elimina a Dios del horizonte del mundo, no se puede hablar de pecado. Al igual que cuando se esconde el sol desaparecen las sombras –la sombra sólo parece cuando hay sol–, del mismo modo el eclipse de Dios comporta necesariamente el eclipse del pecado. Por este motivo, el sentido del pecado –que es algo diferente al "sentido de culpa", como lo entiende la psicología–, se alcanza redescubriendo el sentido de Dios. Lo expresa el Salmo *Miserere*, atribuido al rey David con motivo de su doble pecado de adulterio y de homicidio: "Contra ti –dice David dirigiéndose a Dios–, contra ti sólo he pecado" (*Salmo*51, 6).

Ante el mal moral, la actitud de Dios es la de oponerse al pecado y salvar al pecador. Dios no tolera el mal, pues es Amor, Justicia, Fidelidad; y precisamente por este motivo no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Para salvar a la humanidad, Dios interviene: lo vemos en toda la historia del pueblo judío, a partir de la liberación de Egipto. Dios está determinado a liberar a sus hijos de la esclavitud para conducirles a la libertad. Y la esclavitud más grave y profunda es precisamente la del pecado. Por este motivo, Dios ha enviado a su Hijo al mundo: para liberar a los hombres del dominio de Satanás, "origen y causa de todo pecado". Lo ha enviado a nuestra carne mortal para que se convirtiera en víctima de expiación, muriendo por nosotros en la cruz. Contra este plan de salvación definitivo y universal, el Diablo se ha opuesto con todas sus fuerzas, como lo demuestra en particular el Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, que es proclamado cada año en el primer domingo de Cuaresma. De hecho, entrar en este período litúrgico significa ponerse cada vez del lado de Cristo contra el pecado, afrontar –ya sea como personas ya sea como Iglesia– el combate espiritual contra el espíritu del mal (Miércoles de Ceniza, oración colecta).

Por este motivo, invocamos la ayuda maternal de María Santísima para el camino cuaresmal que acaba de comenzar para que esté lleno de frutos de conversión.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

II. LOS DOMINGOS DE CUARESMA

57. Si el Triduo Pascual y los sucesivos cincuenta días son el centro radiante del año litúrgico, la Cuaresma es el tiempo que prepara las mentes y los corazones del pueblo cristiano a la digna celebración de estos días. Es, también, el tiempo de la preparación última de los catecúmenos que serán bautizados en la Vigilia Pascual. Su camino ha de ser acompañado de la fe, la oración y el testimonio de toda la comunidad eclesial. Las lecturas bíblicas del Tiempo de Cuaresma encuentran su sentido más profundo en relación al Misterio Pascual, para el que nos disponen. Ofrecen, por ello, evidentes ocasiones para poner en práctica un principio fundamental presentado en este ***Directorio***: llevar las lecturas de la Misa a su centro, que es el Misterio Pascual de Jesús, en el que entramos de modo más profundo mediante la celebración de los Sacramentos pascuales. Los ***Praenotanda*** señalan, para los dos primeros domingos de Cuaresma, el uso tradicional de las narraciones de los Evangelios de la Tentación y de la Transfiguración, hablando de ellos en relación con las otras lecturas: «Las lecturas del Antiguo Testamento se refieren a la Historia de la Salvación, que es uno de los temas propios de la catequesis cuaresmal. Cada año hay una serie de textos que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza. Las lecturas del Apóstol se han escogido de manera que tengan relación con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento y haya, en lo posible, una adecuada conexión entre las mismas» (OLM 97).

A. El Evangelio del I domingo de Cuaresma

58. No es difícil para los fieles relacionar los cuarenta días transcurridos por Jesús en el desierto con los días de la Cuaresma. Sería conveniente que el homileta explicitara esta conexión, con el fin de que el pueblo cristiano comprenda cómo la Cuaresma, cada año, hace a los fieles misteriosamente partícipes de estos cuarenta días de Jesús y de lo que él sufrió y obtuvo, mediante el ayuno y el haber sido tentado. Mientras es costumbre para los católicos empeñarse en diversas prácticas penitenciales y de devoción durante este tiempo, es importante subrayar la realidad profundamente ***sacramental*** de toda la Cuaresma. En la oración colecta del I domingo de Cuaresma aparece, de suyo, esta significativa expresión: «…per annua quadragesimalis exercitia sacramenti». El mismo Cristo está presente y operante en la Iglesia en este tiempo santo, y es su obra purificadora en los miembros de su Cuerpo la que da valor salvífico a nuestras prácticas penitenciales. El prefacio asignado para este domingo afirma maravillosamente esta idea, diciendo: «El cual, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal…». El lenguaje del prefacio hace de puente entre la Escritura y la Eucaristía.

59. Los cuarenta días de Jesús evocan los cuarenta años de peregrinación de Israel por el desierto; toda la historia de Israel se recrea en él. Por ello aparece como una escena

en la que se concentra uno de los mayores temas de este ***Directorio***: la historia de Israel, que corresponde con la historia de nuestra vida, encuentra su sentido definitivo en la Pasión sufrida por Jesús. La Pasión se inicia, en un cierto sentido, en el desierto, al comienzo, metafóricamente hablando, de la vida pública de Jesús. Desde el principio, por tanto, Jesús va al encuentro de la Pasión y aquí encuentra significado todo lo que sigue.

60. Un párrafo del ***Catecismo de la Iglesia Católica*** puede revelarse útil en la preparación de las homilías, en particular para afrontar temas doctrinales enraizados en el texto bíblico. A propósito de las tentaciones de Jesús, el ***Catecismo*** afirma: «Los evangelios indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto, Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha "atado al hombre fuerte" para despojarle de lo que se había apropiado. La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre» (CEC 539).

61. Las tentaciones a las que Jesús se ve sometido representan la lucha contra una comprensión equivocada de su misión mesiánica. El diablo le impulsa a mostrarse un Mesías que despliega los propios poderes divinos: «Si tú eres Hijo de Dios…» iniciaba el tentador. El que profetiza la lucha decisiva que Jesús tendrá que afrontar en la cruz, cuando oirá las palabras de mofa: «¡Sálvate a ti mismo bajando de la cruz!». Jesús no cede a las tentaciones de Satanás, ni se baja de la cruz. Es exactamente de esta manera como Jesús da prueba de entrar verdaderamente en el desierto de la existencia humana y no usa su poder divino en beneficio propio. Él acompaña verdaderamente nuestra peregrinación terrena y revela el poder real de Dios, el de amarnos «hasta el extremo» (Jn 13, 1).

62. El homileta debería subrayar que Jesús está sometido a la tentación y a la muerte por solidaridad con nosotros. Pero la Buena Noticia que el homileta anuncia, no es solo la solidaridad de Jesús con nosotros en el sufrimiento; anuncia, también, la victoria de Jesús sobre la tentación y sobre la muerte, victoria que comparte con todos los que creen en él. La garantía decisiva de que tal victoria sea compartida por todos los creyentes será la celebración de los Sacramentos Pascuales en la Vigilia pascual, hacia la que ya está orientado el primer domingo de Cuaresma. El homileta se mueve en la misma dirección.

63. Jesús ha resistido a la tentación del demonio que le inducía a transformar las piedras en pan, pero, al final y de un modo que la mente humana no habría nunca podido imaginar, con su Resurrección, Él transforma la «piedra» de la muerte en «pan» para nosotros. A través de la muerte, se convierte en el pan de la Eucaristía. El homileta tendría que recordar a la asamblea que se alimenta de este pan celeste, que la victoria de Jesús sobre la tentación y sobre la muerte, compartida por medio del Sacramento, transforma sus «corazones de piedra en corazones de carne», como lo prometido por el Señor mediante el profeta, corazones que se esfuerzan en hacer

tangible, en sus vidas cotidianas, el amor misericordioso de Dios. De este modo, la fe cristiana puede transformarse en levadura en un mundo hambriento de Dios, y las piedras serán de verdad transformadas en alimento que llene el vivo deseo del corazón humano.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La tentación de Jesús

394. La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama "homicida desde el principio" (Jn 8, 44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4, 1-11). "El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo" (1 Jn 3, 8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.

538. Los Evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto inmediatamente después de su bautismo por Juan: "Impulsado por el Espíritu" al desierto, Jesús permanece allí sin comer durante cuarenta días; vive entre los animales y los ángeles le servían (cf. Mc 1, 12-13). Al final de este tiempo, Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios. Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, y el diablo se aleja de él "hasta el tiempo determinado" (Lc 4, 13).

539. Los evangelistas indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto (cf. Sal 95, 10), Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha "atado al hombre fuerte" para despojarle de lo que se había apropiado (Mc 3, 27). La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre.

540. La tentación de Jesús manifiesta la manera que tiene de ser Mesías el Hijo de Dios, en oposición a la que le propone Satanás y a la que los hombres (cf Mt 16, 21-23) le quieren atribuir. Es por eso por lo que Cristo venció al Tentador a favor nuestro: "Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4, 15). La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto.

2119. La acción de tentar a Dios consiste en poner a prueba de palabra o de obra, su bondad y su omnipotencia. Así es como Satán quería conseguir de Jesús que se arrojara del templo y obligase a Dios, mediante este gesto, a actuar (cf Lc 4, 9). Jesús le opone las palabras de Dios: "No tentarás al Señor tu Dios" (Dt 6, 16). El reto que contiene este tentar a Dios lesiona el respeto y la confianza que debemos a nuestro Criador y Señor. Incluye siempre una duda respecto a su amor, su providencia y su poder (cf 1 Co 10.9; Ex 17, 2-7; Sal 95, 9).

"No nos dejes caer en la tentación"

2846. Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos "deje caer" en ella. Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa "no permitas entrar en" (cf Mt 26, 41), "no nos dejes sucumbir a la tentación". "Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie" (St 1, 13), al contrario, quiere librarnos del mal. Le pedimos que no nos deje tomar el camino que conduce al pecado, pues estamos empeñados en el combate "entre la carne y el Espíritu". Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza.

2847. El Espíritu Santo nos hace discernir entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (cf Lc 8, 13-15; Hch 14, 22; 2 Tm 3, 12) en orden a una "virtud probada" (Rm 5, 3-5), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte (cf St 1, 14-15). También debemos distinguir entre "ser tentado" y "consentir" en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es "bueno, seductor a la vista, deseable" (Gn 3, 6), mientras que, en realidad, su fruto es la muerte.

Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres... En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrirnos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado (Orígenes, or. 29).

2848. "No entrar en la tentación" implica una decisión del corazón: "Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores" (Mt 6, 21-24). "Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu" (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este "dejarnos conducir" por el Espíritu Santo. "No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito" (1 Co 10, 13).

2849. Pues bien, este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio (cf Mt 4, 11) y en el último combate de su agonía (cf Mt 26, 36-44). En esta petición a nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya (cf Mc 13, 9. 23. 33-37; 14, 38; Lc 12, 35-40). La vigilancia es "guarda del corazón", y Jesús pide al Padre que "nos guarde en su Nombre" (Jn 17, 11). El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia (cf 1 Co 16, 13; Col 4, 2; 1 Ts 5, 6; 1 P 5, 8). Esta petición adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la perseverancia final. "Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela" (Ap 16, 15).

Cristo nos libra del mal

1505. Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: "Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8, 17; cf Is 53, 4). No curó a todos los enfermos. Sus

curaciones eran signos de la venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal (cf Is 53, 4-6) y quitó el "pecado del mundo" (Jn 1, 29), del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con él y nos une a su pasión redentora.

LA CAIDA

385. Dios es infinitamente bueno y todas sus obras son buenas. Sin embargo, nadie escapa a la experiencia del sufrimiento, de los males en la naturaleza -que aparecen como ligados a los límites propios de las criaturas-, y sobre todo a la cuestión del mal moral. ¿De dónde viene el mal? "Quaerebam unde malum et non erat exitus" ("Buscaba el origen del mal y no encontraba solución") dice S. Agustín (conf. 7, 7.11), y su propia búsqueda dolorosa sólo encontrará salida en su conversión al Dios vivo. Porque "el misterio de la iniquidad" (2 Ts 2, 7) sólo se esclarece a la luz del "Misterio de la piedad" (1 Tm 3, 16). La revelación del amor divino en Cristo ha manifestado a la vez la extensión del mal y la sobreabundancia de la gracia (cf. Rm 5, 20). Debemos, por tanto, examinar la cuestión del origen del mal fijando la mirada de nuestra fe en el que es su único Vencedor (cf. Lc 11, 21-22; Jn 16, 11; 1 Jn 3, 8).

I. DONDE ABUNDO EL PECADO, SOBREABUNDO LA GRACIA

La realidad del pecado

386. El pecado está presente en la historia del hombre: sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres. Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el vínculo profundo del hombre con Dios, porque fuera de esta relación, el mal del pecado no es desenmascarado en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios, aunque continúe pesando sobre la vida del hombre y sobre la historia.

387. La realidad del pecado, y más particularmente del pecado de los orígenes, sólo se esclarece a la luz de la Revelación divina. Sin el conocimiento que ésta nos da de Dios no se puede reconocer claramente el pecado, y se siente la tentación de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad sicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada, etc. Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente.

El pecado original - una verdad esencial de la fe

388. Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la Muerte y de la Resurrección de Jesucristo (cf. Rm 5, 12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-

Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino "a convencer al mundo en lo referente al pecado" (Jn 16, 8) revelando al que es su Redentor.

389. La doctrina del pecado original es, por así decirlo, "el reverso" de la Buena Nueva de que Jesús es el Salvador de todos los hombres, que todos necesitan salvación y que la salvación es ofrecida a todos gracias a Cristo. La Iglesia, que tiene el sentido de Cristo (cf. 1 Cor 2, 16) sabe bien que no se puede lesionar la revelación del pecado original sin atentar contra el Misterio de Cristo.

Para leer el relato de la caída

390. El relato de la caída (Gn 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar al comienzo de la historia del hombre (cf. GS 13, 1). La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres (cf. Cc. de Trento: DS 1513; Pío XII: DS 3897; Pablo VI, discurso 11 Julio 1966).

III. EL PECADO ORIGINAL

La prueba de la libertad

396. Dios creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad. Criatura espiritual, el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma de libre sumisión a Dios. Esto es lo que expresa la prohibición hecha al hombre de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, "porque el día que comieres de él, morirás" (Gn 2, 17). "El árbol del conocimiento del bien y del mal" evoca simbólicamente el límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza. El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad.

El primer pecado del hombre

397. El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. Gn 3, 1-11) y, abusando de su libertad, desobedeció al mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cf. Rm 5, 19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad.

398. En este pecado, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. El hombre, constituido en un estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente "divinizado" por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso "ser como Dios" (cf. Gn 3, 5), pero "sin Dios, antes que Dios y no según Dios" (S. Máximo Confesor, ambig.).

399. La Escritura muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original (cf. Rm 3, 23). Tienen miedo del Dios (cf. Gn 3, 9-10) de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas (cf. Gn 3, 5).

400. La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se

quiebra (cf. Gn 3, 7); la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones (cf. Gn 3, 11-13); sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio (cf. Gn 3, 16). La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil (cf. Gn 3, 17.19). A causa del hombre, la creación es sometida "a la servidumbre de la corrupción" (Rm 8, 21). Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia (cf. Gn 2, 17), se realizará: el hombre "volverá al polvo del que fue formado" (Gn 3, 19). La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad (cf. Rm 5, 12).

Adán, el Pecado Original; Cristo el nuevo Adán

359. "Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22, 1):

San Pablo nos dice que dos hombres dieron origen al género humano, a saber, Adán y Cristo…El primer hombre, Adán, fue un ser animado; el último Adán, un espíritu que da vida. Aquel primer Adán fue creado por el segundo, de quien recibió el alma con la cual empezó a vivir… El segundo Adán es aquel que, cuando creó al primero, colocó en él su divina imagen. De aquí que recibiera su naturaleza y adoptara su mismo nombre, para que aquel a quien había formado a su misma imagen no pereciera. El primer Adán es, en realidad, el nuevo Adán; aquel primer Adán tuvo principio, pero este último Adán no tiene fin. Por lo cual, este último es, realmente, el primero, como él mismo afirma: "Yo soy el primero y yo soy el último". (S. Pedro Crisólogo, serm. 117).

Consecuencias del pecado de Adán para la humanidad

402. Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán. S. Pablo lo afirma: "Por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores" (Rm 5, 19): "Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron…" (Rm 5, 12). A la universalidad del pecado y de la muerte, el Apóstol opone la universalidad de la salvación en Cristo: "Como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo (la de Cristo) procura a todos una justificación que da la vida" (Rm 5, 18).

403. Siguiendo a S. Pablo, la Iglesia ha enseñado siempre que la inmensa miseria que oprime a los hombres y su inclinación al mal y a la muerte no son comprensibles sin su conexión con el pecado de Adán y con el hecho de que nos ha transmitido un pecado con que todos nacemos afectados y que es "muerte del alma" (Cc. de Trento: DS 1512). Por esta certeza de fe, la Iglesia concede el Bautismo para la remisión de los pecados incluso a los niños que no han cometido pecado personal (Cc. de Trento: DS 1514).

404. ¿Cómo el pecado de Adán vino a ser el pecado de todos sus descendientes? Todo el género humano es en Adán "sicut unum corpus unius hominis" ("Como el cuerpo único de un único hombre") (S. Tomás de A., mal. 4, 1). Por esta "unidad del género humano", todos los hombres están implicados en el pecado de Adán, como todos están implicados en la justicia de Cristo. Sin embargo, la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente. Pero sabemos por la Revelación que Adán había recibido la santidad y la justicia originales no para él solo sino para

toda la naturaleza humana: cediendo al tentador, Adán y Eva cometen un pecado personal, pero este pecado afecta a la naturaleza humana, que transmitirán en un estado caído (cf. Cc. de Trento: DS 1511-12). Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales. Por eso, el pecado original es llamado "pecado" de manera análoga: es un pecado "contraído", "no cometido", un estado y no un acto.

405. Aunque propio de cada uno (cf. Cc. de Trento: DS 1513), el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "concupiscencia"). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.

406. La doctrina de la Iglesia sobre la transmisión del pecado original fue precisada sobre todo en el siglo V, en particular bajo el impulso de la reflexión de S. Agustín contra el pelagianismo, y en el siglo XVI, en oposición a la Reforma protestante. Pelagio sostenía que el hombre podía, por la fuerza natural de su voluntad libre, sin la ayuda necesaria de la gracia de Dios, llevar una vida moralmente buena: así reducía la influencia de la falta de Adán a la de un mal ejemplo. Los primeros reformadores protestantes, por el contrario, enseñaban que el hombre estaba radicalmente pervertido y su libertad anulada por el pecado de los orígenes; identificaban el pecado heredado por cada hombre con la tendencia al mal ("concupiscentia"), que sería insuperable. La Iglesia se pronunció especialmente sobre el sentido del dato revelado respecto al pecado original en el II Concilio de Orange en el año 529 (cf. DS 371-72) y en el Concilio de Trento, en el año 1546 (cf. DS 1510-1516).

Un duro combate...

407. La doctrina sobre el pecado original -vinculada a la de la Redención de Cristo- proporciona una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo. Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña "la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo" (Cc. de Trento: DS 1511, cf. Hb 2, 14). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social (cf. CA 25) y de las costumbres.

408. Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de S. Juan: "el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Mediante esta expresión se significa también la influencia negativa que ejercen sobre las personas las situaciones comunitarias y las estructuras sociales que son fruto de los pecados de los hombres (cf. RP 16).

409. Esta situación dramática del mundo que "todo entero yace en poder del maligno" (1 Jn 5, 19; cf. 1 P 5, 8), hace de la vida del hombre un combate:

. A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo (GS 37, 2).

IV. "NO LO ABANDONASTE AL PODER DE LA MUERTE"

410. Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. Gn 3, 9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. Gn 3, 15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado "Protoevangelio", por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta.

411. La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del "nuevo Adán" (cf. 1 Co 15, 21-22.45) que, por su "obediencia hasta la muerte en la Cruz" (Flp 2, 8) repara con sobreabundancia la descendencia de Adán (cf. Rm 5, 19-20). Por otra parte, numerosos Padres y doctores de la Iglesia ven en la mujer anunciada en el "protoevangelio" la madre de Cristo, María, como "nueva Eva". Ella ha sido la que, la primera y de una manera única, se benefició de la victoria sobre el pecado alcanzada por Cristo: fue preservada de toda mancha de pecado original (cf. Pío IX: DS 2803) y, durante toda su vida terrena, por una gracia especial de Dios, no cometió ninguna clase de pecado (cf. Cc. de Trento: DS 1573).

Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia

615. "Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (Rm 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en expiación", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará" (Is 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Cc de Trento: DS 1529).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Cristo ha vencido al demonio

Con el primer Domingo de Cuaresma se inicia para la Iglesia el segundo de los así llamados «tiempos fuertes» del año. «Fuerte» porque es grande el misterio, que nos viene recordado, la muerte-resurrección de Cristo; «fuerte» igualmente por el empeño mayor que se le pide a todo creyente en su lucha contra el mal y en su solidaridad con los necesitados.

Yo quisiera hacer de este tiempo la ocasión para profundizar en nuestro conocimiento de la persona de Jesús. Hasta ahora le hemos dado la precedencia a los problemas existenciales del hombre: el dolor, la pobreza y la familia. Jesús cada vez nos daba su palabra iluminadora sobre los diversos problemas; pero, él no era el centro de la disertación. Ahora, quisiéramos que fuese él mismo el sujeto primario de nuestro interés. Mas, incluso hablando de Jesús, no nos alejaremos del terreno concreto de la vida, que hemos seguido hasta aquí, porque de él nos interesará no tanto lo que él «es» en sí y en abstracto, cuanto lo que él «es» y «hace» por nosotros.

El Evangelio de este primer Domingo nos permite tocar un primer punto importante en este sentido. Jesús es aquel que libero a la humanidad de las potencias demoníacas, de la angustia y del miedo del demonio.

«Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo».

Con estas palabras comienza el incidente de las tentaciones de Jesús en el desierto. Al inicio y al fin de la frase, son puestos en fuerte realce los dos protagonistas del suceso: Jesús y el diablo. El demonio, el satanismo y otros fenómenos interrelacionados son hoy de gran actualidad e inquietan no poco a nuestra sociedad. Nuestro mundo tecnológico e industrializado abunda de magos, hechiceros de ciudad, ocultismo, espiritismo, declaradores de horóscopos, vendedores de hechizos, de amuletos e incluso de sectas satánicas propias y verdaderas. Arrojado fuera por la puerta, el diablo ha vuelto a entrar por la ventana. Esto es, habiendo sido arrojado por la fe ha vuelto a entrar con la superstición.

Planteémonos algunas preguntas sobre este asunto. Primero: ¿existe el demonio? Esto es, ¿la palabra demonio en verdad indica una realidad personal cualquiera, dotada de inteligencia y voluntad, o es simplemente un símbolo, un modo de decir, para indicar la suma del mal moral del mundo, el inconsciente colectivo, la alienación colectiva, etc.?

Muchos, entre los intelectuales, no creen en el demonio, entendido en este primer sentido. Pero, se debe hacer notar que grandes escritores y pensadores, como Goethe y Dostoevskij han tomado bastante en serio la existencia de Satanás. Baudelaire, que no tenía ciertamente ni una pequeña cana de santo, ha dicho que «la mayor astucia del demonio es hacer creer que él no existe».

En el Evangelio se habla larga y difusamente de la liberación de endemoniados. Pero, la prueba principal de la existencia del demonio no está aquí, porque al interpretar estos hechos sin más pueden haber influido, a veces, las antiguas creencias sobre el origen de ciertas enfermedades. La epilepsia, por ejemplo, contrariamente a cuanto se pensaba en la antigüedad, no tiene nada que ver con el demonio: es una enfermedad como las demás que hoy, entre otras cosas, llega a curarse o al menos a tenerla bajo control.

No, la verdadera prueba no está en los posesos sino en los santos. En ellos Satanás está obligado a presentarse al descubierto, a ponerse «contra la luz». Jesús que fue tentado en el desierto por el demonio, ésta es la prueba. La prueba son asimismo tantos santos, que han luchado en la vida con el príncipe de las tinieblas. Ellos no son unos

«don Quijotes» que han peleado contra molinos de viento. Al contrario, eran hombres muy concretos y de una psicología sanísima. San Francisco de Asís confió una vez a un compañero: «Si los hermanos supieran cuántas y qué tribulaciones yo sufro de los demonios no habría ni uno que no se pusiera a llorar por mí».

Entonces, ¿por qué tantos encuentran un absurdo creer en el demonio? Yo tendría al respecto una explicación. Es porque ellos se basan en libros, pasan la vida en las bibliotecas o en las mesas de consulta, mientras que al demonio no le interesan los libros sino las personas, especial y precisamente, las que se deciden a tomar en serio a Dios y a los santos. ¿Qué puede saber sobre Satanás quien no ha tenido nunca nada que ver con la *realidad* de Satanás sino sólo con su *idea,* esto es, con las tradiciones culturales, religiosas, etnológicas sobre Satanás? Por costumbre, éstos tratan de este argumento con gran seguridad y superioridad liquidándolo todo como si se tratara de un «oscurantismo medieval». Pero, ésta es una falsa seguridad. Es igual como quien se vanagloriase de no tener miedo alguno a un león, aduciendo como prueba el hecho de que lo ha visto muchas veces pintado o fotografiado y nunca se ha asustado. Por otra parte, es del todo normal y coherente que no crea en el diablo quien no cree en Dios. Sería hasta trágico si alguno que no cree en Dios creyese en el diablo.

Segunda pregunta: ¿qué tiene que decimos la fe cristiana acerca del demonio? La cosa más importante no es que el demonio existe sino que Cristo ha vencido al demonio. Un pasaje de la Escritura dice:

«Por tanto, (Jesús ha venido) para reducir a la impotencia mediante su muerte al que tenía el dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (*Hebreos* 2, 14-15).

En rigor de términos, ni siquiera es justo decir que nosotros creemos «en el» demonio, ya que «creer» significa tener confianza o confiarse y nosotros no tenemos ciertamente confianza en él. Creemos «al» demonio, en su existencia, no creemos «en el» demonio. Cristo y el demonio no son para los cristianos dos principios iguales y contrarios como en ciertas religiones dualísticas. Jesús es el único Señor; Satanás no es más que una criatura «que ha ido al mal». Si a él se le ha concedido poder sobre los hombres es para que los hombres tengan la posibilidad de poder hacer en libertad una elección de campo y asimismo para que «no se monten en la soberbia» creyéndose autosuficientes sin necesidad de algún Redentor.

Satanás es «aquella potencia que quiere siempre el mal y, a pesar suyo, realiza el bien» (Goethe). Sirve en efecto para castigar a los malos y para purificar a los buenos. «El viejo Satanás está loco, dice un canto *espiritual* negro. Ha disparado un dardo para destruir mi alma; pero, ha errado el punto de mira y ha destruido por el contrario mi pecado» . Cree separar a una persona de Dios y, por el contrario, separa muchas veces el pecado de aquella persona.

Con Cristo no tenemos nada que *temer*. Nada ni nadie puede hacemos mal, si nosotros mismos no lo queremos. Satanás, decía un antiguo padre de la Iglesia, después de la venida de Cristo es como un perro atado en la era: puede ladrar y

abalanzarse contra uno cuantas veces quiera; pero, si no somos nosotros los que nos acercamos, no puede morder.

En fin, una tercera pregunta: en la práctica ¿cómo regularse en un campo como éste, en el que reina tanta confusión y facilidad? Ésta es una materia delicada en la que es fácil ilusionarse y confundirse. Se *ilusiona* cuando se le atribuye directamente al demonio cada error nuestro sin tomar en serio nuestras responsabilidades y sin afrontar la raíz del mal, que está en nosotros. Se imita a Eva: «La serpiente me sedujo» (*Génesis* 3, 13). Se *confunde* cuando se comienza a atribuirle al demonio todo género de fenómenos y estorbos morales o físicos viéndole actuando por todas partes.

Un sano discernimiento de los espíritus debe servir también para no hacemos representaciones grotescas y materialistas del demonio, que la sana conciencia moderna no podría y con razón más que refutar. Yo dudo de la casi totalidad de los casos de posesión diabólica que terminan en los periódicos. Satanás es mucho más «discreto» y gusta del anonimato. Los verdaderos casos en que se encuentra en serio su presencia son frecuentemente los que permanecen escondidos, son las batallas subterráneas. En la mayoría de los casos se trata de «infestación» más que de «posesión» diabólica, esto es, de estorbos inducidos desde el exterior, no de un dominio sobre el alma de una persona.

Por lo tanto, nada de exorcismos fáciles. Y, sobre todo, nada de exorcismos facilones. Jesús ha dicho que los demonios «no se arrojan si no es con la oración» (*Marcos* 9, 29) Y el mundo está hoy lleno de gente que cree arrojarlos por profesión y por especiales poderes de los que dispondrían. Naturalmente, con espléndidas compensaciones. A veces se pueden obtener por esta vía beneficios momentáneos. Satanás, si se trata de él, es capaz hasta de alejarse, hacer el gesto como de rendirse para engañar. Se llega a hacer creer que hay alguno, fuera de Cristo, que lo puede dominar, que ha obtenido ya un resultado importantísimo.

Esto no quiere decir que no se deba tener cuidado de muchas personas que sufren molestias en este campo o por incautos contactos con el mundo de las tinieblas o por maldad, especialmente después de que se han intentado en vano todos los remedios de la medicina y de la psiquiatría. Pero, esto no puede ser abandonado a la iniciativa de cada uno. Ciertamente, todos pueden pedirle a Dios (como, de hecho, lo hacemos en el *Padre nuestro*) para que nos libre «del maligno» (*Mateo* 6, 13). Pero, sólo los sacerdotes, encargados por el obispo, tienen la potestad de realizar verdaderos y propios exorcismos en la Iglesia católica. Yo tengo gran respeto por quien se dedica con seriedad a este ministerio de la misericordia, porque me imagino cuán duro pueda ser ello.

Debo apuntar, antes de concluir, a un triste fenómeno del que deben tener conocimiento los padres. En ciertas escuelas, especialmente en las grandes ciudades o por juego o por voluntad de desobedecer los muchachos son iniciados en prácticas y ritos turbios, a estipular pactos así llamados satánicos, por algún compañero más escéptico. Muchos están en el juego sólo para no pasar como miedosos. El resultado es que frecuentemente los muchachos salen de estas experiencias traumatizados, llenos

de terror, especialmente nocturno, gravemente dañados en su equilibrio y en su mismo rendimiento escolástico.

Si por cualquier comportamiento extraño sospecháis que una cosa del género le puede haber sucedido a alguno de vuestros hijos, no dramaticéis. Buscad más bien hacerle hablar. Si habla, ha roto el chantaje del que era víctima. Tranquilizadle, diciéndole que Jesús le ama, que ya ha perdonado su inexperiencia, y no permitirá nunca que alguien pueda hacerle mal. Invitadle a orar ya acercarse al sacramento de la reconciliación.

Pero, repito, no debemos tener miedo. ¡Jesús en el desierto se ha liberado de Satanás para liberamos a nosotros de Satanás! Es la alegre noticia con que iniciamos nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Resistir a la tentación

Los hombres necesitan conversión todos los días, porque todos los días caen en tentación, y cometen pecado. Deben pedir perdón.

Pero, para que la conversión sea eficiente, deben ser conscientes del mal cometido, examinando sus conciencias, comprometiéndose a luchar, y pidiendo la gracia para resistir a la tentación.

Esto quiere decir acudir todos los días al silencio interior de la oración, del sacrificio, sometiendo los deseos de la carne a la propia voluntad, decidida a nunca pecar, y dirigiendo todo acción e intención, al único bien, que es Dios.

La conversión es una constante renovación del alma que fortalece el espíritu y perfecciona al hombre que, viviendo en amistad con Cristo, alcanza la plenitud y la paz en esta vida, y la gracia para resistir a toda tentación y caminar en libertad hacia la vida eterna.

Acude tú cotidianamente a la oración, y haz un buen examen de conciencia, pidiendo perdón, y la gracia para resistir a las tentaciones y ganar todas las batallas contra el diablo, que es el enemigo de Dios.

Acude al auxilio de la Madre de Dios, que pisa la cabeza del enemigo. Te cubrirá con su manto y te protegerá.

Reconoce tu fragilidad y no te pongas en ocasión, porque tu carne es débil y caes en la tentación, cometes pecado y pierdes la batalla, y el único que gana es el diablo. No dialogues con él, porque es astuto y sabe cómo vencer. Es importante reconocer que existe, para poder defenderse de él. La mejor estrategia es tratarlo con indiferencia, alejándose de toda tentación y ocasión de pecado.

Pero, si un día perdieras la batalla, reconoce tu pecado, arrepiéntete, pide perdón, conviértete y cree en el Evangelio. Acude al sacramento de la reconciliación y vuelve a la amistad con Cristo, para que, ayudado por su gracia, resistas ante las acechanzas del enemigo, y permanezcas en el buen camino, viviendo en la alegría de alcanzar un día la vida eterna en el Paraíso.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Las tentaciones

Los versículos de san Mateo que, en este primer domingo de Cuaresma, nos ofrece la Liturgia de la Palabra, muestran a Jesús tentado por el diablo y, como explica el pasado Concilio Ecuménico, nos recuerdan la contienda que, desde el principio de la existencia humana, tenemos entablada con satanás: **A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final. Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo.**

No nos dejes caer en la tentación, nos enseña a rezar Jesucristo. Que aprovechemos, pues, el recuerdo que nos hace la Iglesia este día para suplicar con insistencia el auxilio divino necesario, ya que, sin esa ayuda seremos siempre derrotados. Sería clara manifestación de debilidad sentirnos seguros, capaces con nuestras solas fuerzas para vencer en esta contienda. Recordemos, además, las palabras de san Pedro a los primeros cristianos, poniéndoles en guardia en previsión de los ataques del enemigo humano por excelencia: **Humillaos bajo la poderosa mano de Dios para que, llegada la ocasión, os ensalce; confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros. Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismos sufrimientos.**

De tres modos contemplamos hoy que trata el diablo de apartar a Jesús de su misión. Le presenta primero el atractivo de satisfacer su apetito. Es, en efecto, la primera de las tentaciones, la más primaria podríamos decir: buscar satisfacción a partir de los bienes materiales. Nos bastarían –sí– para sentirnos en cierto modo satisfechos, y así se nos plantea no pocas veces la plenitud personal: como posesión de cosas, como dominio material. A menudo se trata de lo que satisface la sensibilidad, el gusto, el tacto, etc. La comodidad, el confort como objetivo en la vida, podrían encuadrarse en este apartado: el simple “no tener problemas”.

Para muchos triunfar en la vida consiste, en efecto, en vivir lujosamente y sin problemas, y asegurado materialmente el futuro. En esto consistiría la primera

tentación, que se puede presentar con tantas variantes como individuos, dependiendo de los gustos de cada cual. Pero, si nos quedamos en satisfacer la sensibilidad nos equiparamos a los animales, que conocen únicamente la ley del gusto sensible. "Lo fundamental es que haya salud…", dicen algunos. Y se olvidan de que es compatible tener deficiencias corporales con un espíritu poderoso, y el bienestar material con la mezquindad. No se trata, desde luego, de sufrir sin sentido; sin embargo, bastantes veces el dolor es una buena escuela para valorar lo propio, genuino y exclusivo de la vida humana: la mente libre con inteligencia y voluntad, conocer y amar.

Arrójate abajo, sugiere el tentador a Jesús en segundo lugar. Y le muestra, además, una poderosa razón "revelada" para consentir con el espectáculo: **Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra.** Es lo que sucede cuando se tienen en cuenta, ante todo, las consecuencias –buenas en algún aspecto– que tendrá haber actuado mal. La acción, mala de suyo, que propicia las buenas consecuencias, desde nuestro punto de vista, queda "olvidada", como irrelevante en su maldad, entre el conjunto de consecuencias que nos parecen buenas. Pero el fin no justifica los medios.

Debemos estar prevenidos, pues siempre tendremos motivos "razonables" para caer en la tentación, disculpas para consentir en lo que es menos grato a Dios. Tal vez sin pretenderlo, tendemos a buscar alguna razón positiva que justifique actuar contrariamente a como se debe, pues, nadie quiere propiamente el mal. Cuando optamos por él, lo hacemos siempre buscando la apariencia de bien presente en toda conducta mala. Como, por ejemplo, el descanso que logra el perezoso. Pero el mal es malo siempre: **Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.** Que sería como decir: "¡Basta ya, que eres una criatura y no puedes dar lecciones al Creador; te corresponde someterte!"

Por último: **lo llevó de nuevo el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras**. Es una tentación de madurez. Es el deseo de acaparar, para garantizar seguridad o para sentirse superior. Pero, para el hombre, ni la seguridad ni la superioridad dependen de las cosas, que siempre serán ajenas a la persona, como un accesorio prescindible porque no influye en el valor del individuo. Valemos más cuanto más fieles somos a Dios.

Conscientes de ello, y con la luz que para descubrir el engaño pedimos al Espíritu Santo, nos encomendamos a Jesús para responder como Él: **Apártate Satanás, pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto. Entonces lo dejó el diablo, y los ángeles vinieron y le servían.**

¡Reina de los Ángeles, ruega por nosotros!, aclamamos confiados.

El misterio del pecado

Ten piedad de mí, Señor, por tu bondad, por tu gran compasión ¡borra mis faltas! ¡Lávame totalmente de mi culpa y *purifícame de mi pecado! Porque yo reconozco mis faltas y mi pecado está siempre ante mí. Contra ti, contra ti solo pequé e hice lo que es malo a tus ojos.*

Con estas palabras del salmo responsorial, la liturgia nos ha introducido hoy en el clima espiritual de la Cuaresma. ¡Un cambio tan brusco! Hemos llegado a este punto del año litúrgico meditando más que nada acerca de los "misterios jubilosos" del cristianismo: la espera, el nacimiento y la infancia de Jesús; luego, después de la Epifanía, los primeros pasos de su ministerio público. Estábamos invitados a escuchar con alegría las palabras que salían de su boca. Pero ahora todo cambia. Baja una especie de velo oscuro. Comienzan los "misterios dolorosos". Jesús se dirige al desierto, es tentado, enfrenta la contradicción. Se siente que hay un poder oscuro en el mundo con el cual él deberá luchar. El episodio de las tentaciones es el primer acto de un drama que se anuncia duro y cruento. Al final de las tentaciones, Satanás *lo dejó,* pero, agrega el evangelista Lucas, *hasta el momento oportuno* (Lc 4, 13). En efecto, más tarde volverá a aparecer cuando, en lugar de llevarlo al pináculo del templo, lo lleve al pináculo de la cruz y le diga: *¡Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz!* (Mt 27, 40).

Nos encontramos entonces a punto de revivir el gran giro en la vida de Jesús, y en este giro la liturgia ubica una meditación acerca del pecado. ¿Por qué? Porque sin haber aprehendido la existencia del pecado en el mundo, su insondable profundidad, no entenderíamos nada de aquello que sigue en el Evangelio. Dolor, pasión y muerte de Cristo: todo esto es la respuesta de Dios al pecado del hombre; es el "sí" del segundo Adán que corrige el "no" del primer Adán. Si no fuera así, todo parecería de una crueldad inútil. Por eso, ya no podemos seguir retrasando el momento de mirar de frente esta realidad del mal, aun cuando nos atemorice.

Las lecturas bíblicas nos han ofrecido una sabia pista para reflexionar. En tres cuadros figura toda la historia de la salvación: creación-pecado-redención. En todos, los mismos personajes: Dios, el hombre, Satanás. Las lecturas primera y tercera se corresponden perfectamente según el esquema de un paralelismo antitético: allá, un jardín ameno, fresco, exuberante, donde todo habla de felicidad y de placer, aquí, un desierto sin agua, sin víveres: un escenario salvaje y alucinante; allá, un hombre, Adán, es puesto a prueba, su libertad se rebela y responde "no" a Dios, prestando oídos al diablo; aquí, otro hombre, Jesucristo, es puesto a prueba, pero se resiste ante Satanás y dice "sí" a Dios.

En la lectura intermedia, san Pablo reflexiona sobre estos dos eventos y nos ofrece su insuperable síntesis. *Así como la falta de uno solo* (Adán) *causó la condenación de todos, también el acto de justicia de uno solo* (Cristo) *producirá para todos los hombres la justificación que conduce a la Vida.* Y *de la misma manera que por la desobediencia de un solo hombre, todos* se *convirtieron en pecadores, también por la obediencia de uno solo, todos se convertirán* en *justos.* A lo que sabíamos por las dos

lecturas, Pablo agrega entonces algo importante y nuevo: Adán no cayó sólo para sí mismo; Cristo no venció sólo para sí mismo. La desobediencia de uno involucró a todos en la culpa, la obediencia del otro involucra a todos en la gracia.

El hombre se encuentra hoy entre estos dos polos de atracción; se encuentra en posición de elegir entre dos solidaridades: o con Adán o con Cristo; o con el pecado o con la salvación. La primera tiene lugar en un jardín de delicias, en medio de la euforia y del placer, pero luego, enseguida, hace encontrar "espinas y aflicciones". La segunda —la salvación— se realiza en el desierto, es decir, en el esfuerzo y en el sufrimiento, pero conduce al jardín de la alegría, donde los ángeles vienen a servir al vencedor.

Por lo tanto, la liturgia no nos llama a reflexionar sobre cosas y sucesos lejanos, extraños a nosotros, sino sobre cosas que nos tocan muy de cerca, cosas que responden al porqué que se encuentra en el fondo de todos los demás porqués de nuestra existencia.

Entonces, el pecado: miremos ahora de cerca a este "mal oscuro" de nuestra vida. Se extiende alrededor de nosotros. A través de los pasos que Adán le abrió —dice Pablo—, se ha volcado sobre el mundo como una oleada de bárbaros que, a través de un paso estratégico, invade una llanura o un pueblo y allí se asienta, reduciendo a la esclavitud a los habitantes que lo ocupaban. Sólo que el pecado no se asienta alrededor de nosotros, sino dentro de nosotros. *Sé* —es la confesión de san Pablo— *que nada bueno hay en mí, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo. Y así no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero cuando hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí* (Rom. 7, 18, 21). El pecado se ha asentado como un parásito sobre nuestra libertad; como un tumor, consume nuestras energías, se agranda a nuestras expensas y nos destruye. Al hombre no le queda otra cosa sino gemir como David: *Ten misericordia de mí Dios, borra mi pecado,* o suspirar con Pablo: *¿Quién podrá librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte?* (Rom. 7, 24).

A la pregunta: ¿por qué todo esto?, el cristiano, a través del catecismo, aprendió a responder con una palabra: el pecado original. El pecado de Adán fue transmitido a nosotros con el nacimiento y. junto con él, la concupiscencia y el desorden que nos arrastran al mal. Esto es verdad, pero debe ser perfectamente integrado. Nosotros no pecamos sólo porque otro pecó antes (incluso las Escrituras dicen que Dios no castiga en los hijos el pecado de los padres: Ez. 18. 20); pecamos también libremente, imitando por nuestra cuenta a Adán. Él dio inicio a una situación de pecado con la cual nos solidarizamos. Juan habla de un "pecado del mundo" y Pablo, de un poder personificado: el Pecado-muerte. Cada hombre agrega algo suyo a esta especie de fondo común que heredó y que, a su vez, transmite a la posteridad. Es como una enorme avalancha de la cual el pecado de Adán fue como el primer puñado de nieve en ponerse en movimiento, pero que se hizo masa con toda la otra nieve que encontró en su camino.

Al pecar, cada uno de nosotros contagia y contamina, en cierto sentido, el ambiente moral de la humanidad; corroe los valores, crea condicionamientos, haciendo así cada vez más fuerte la "ley de pecado" que predomina en el mundo. Se

puede decir: yo soy para quienes vengan después de mí lo que Adán fue para mí: yo soy Adán; yo puedo condicionar el futuro, hacer que los hombres sean más esclavos o más libres después de mí y alrededor de mí.

Esta masa de mal y de negatividad no llega al hombre sólo a través de la generación, cuando nace, sino por todos lados, a lo largo de infinitos canales y tentáculos: costumbres y leyes injustas, mentalidad depravada, estructuras y situaciones de opresión. ¡Incluso los malos pensamientos contaminan el aire! A aquello que un gran escritor moderno —ateo— llamó "la peste" (A. Camus), nosotros lo llamamos el pecado.

Esto es el verdadero pecado original. En el Bautismo, Cristo lo venció de raíz y nos puso en condiciones de luchar y de triunfar contra él. Pero permanece todavía allí, con todos sus reclamos y consecuencias. Las tentaciones de la vida parten de ese fondo tenebroso que está dentro de nosotros. Sólo en el caso de Jesús, ellas venían exclusivamente desde afuera: desde otros hombres y desde Satanás.

Hoy debemos completar esta comprensión del pecado sin desviar la mirada; dejar a lo que siga a la Cuaresma y al resto del año que nos digan cómo vencer al pecado, a liberarnos de él. Debemos plantearnos, en lugar de eso, la pregunta decisiva que nunca nos planteamos: pero ¿qué es en realidad el pecado? ¿Por qué Dios lo detesta hasta el punto de sacrificar al hijo con tal de sacarla del mundo? ¿Qué mal nos hace el pecado?

No es fácil decírselo al hombre de hoy, habituado por los medios de comunicación —con el cine a la cabeza— a acariciarlo, a guiñarle los ojos con ternura y malicia: "pecados carnales", "pecado venial", "malicia": son títulos de otras tantas películas recientes.

El pecado es, en su intención profunda, un intento de matar a Dios, de negarlo como Dios para ponerse él mismo en su lugar en calidad de valor absoluto. "Serán como Dios", susurró la serpiente. Querer ser como Dios, es decir, sin tener a nadie por encima de uno a quien obedecer, ser dueño absoluto del propio destino y de la propia libertad: he aquí la intención oculta del pecado. Oculta para nuestro espíritu, pero no para Dios. Por el contrario, él la denunció repetidas veces: *Tú que decías en tu corazón: "¡seré semejante al Altísimo!" … ¡Pero cómo te han hecho bajar al Abismo, a las profundidades de la Fosa!* (Is. 14, 13-15). ¿Qué tienes que no hayas recibido de mí, comprendida tu libertad? Y si la has recibido, ¿por qué te vanaglorias de ella y te sirves de ella en mi contra, como si no la hubieras recibido? (cfr. 1 Cor. 4, 7). He aquí por qué Dios debe reaccionar ante el pecado: es la mentira por excelencia; dejarlo pasar, para Dios sería renegar de sí mismo.

¿Pero es sólo a Dios a quien el pecado ofende y amenaza, o es también al hombre? Es sobre todo al hombre. El hombre no puede existir fuera de esta relación con Dios que lo sostiene en la vida y en el ser; rebelarse significa volverse hacia la inexistencia, arrojarse al no sentido. El pecado es replegarse sobre uno mismo, es decir, ir hacia la nada; es perderse: *Todos los que te abandonan quedarán confundidos* (Jer. 27, 13). Perdición, fracaso: son las palabras claves de las Escrituras para comprender el pecado. Fracaso radical. Un hombre, de hecho, puede fracasar como esposo, como

padre, como hombre de negocios, como político, como madre, si es una mujer: siempre hay una posibilidad de resarcimiento. Con el pecado se fracasa como criatura, sin apelación.

Después de estas consideraciones, podemos acercarnos con el pensamiento a Cristo que en el desierto inicia su lucha contra el pecado y contra Satanás, su instigador, y comprender verdaderamente qué está haciendo. Él está creando para nosotros, los hombres, una posibilidad nueva: la de vencer al pecado. Él es la antítesis de Adán. Él, hombre, quería ser como Dios; Cristo, *que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor... se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz* (Flp. 2, ssq.). La tentación del Edén no ha cesado, todavía está en acto en la historia. Son muchas las serpientes que susurran todavía al hombre: "¿Qué haces? ¿Por qué no te liberas de tus lazos religiosos? ¿No sabes lo que te espera? ¡Serás libre, autónomo, como Dios!" El diálogo del paraíso terrestre está, por consiguiente, siempre en acto en la tierra. Jesús ha venido para que nosotros podamos darle una resolución distinta: lo que él mismo le dio en el desierto de las tentaciones.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de S. Juan Bautista de los Florentinos, en Roma (8-III-1981)

– Debilidad del hombre y llamada de Dios

"Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él sólo darás culto" (Mt 4, 10).

Estas categóricas palabras, dirigidas por nuestro Señor Jesucristo a Satanás, tentador, y colocadas por la liturgia en los umbrales de la Cuaresma, son un programa incisivo y perenne de vida para el hombre, llamado por la fuerza del Amor eterno al servicio de Dios y sólo de Dios, y sin embargo, desde el comienzo de su existencia contingente y durante toda su vida, tan expuesto y susceptible a todas las "tentaciones", a las que le impulsan continuamente el "reino" de este mundo y el "príncipe de este mundo" (cfr. Jn. 12, 31; 14, 30; 16, 11), que hacen todo lo posible para dominar y manipular al hombre tratando de ponerle en oposición a Dios.

Frente a Satanás, que le promete incluso "todos los reinos del mundo y su esplendor", en contrapartida de la adoración, Jesús responde con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, el cual había puesto en guardia al pueblo elegido contra la fascinante y peligrosa tentación de la idolatría: "Guárdate de olvidarte de Yavé, que te

sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. Teme a Yavé, tu Dios; sírvele a Él… haz lo que es recto y bueno a los ojos de Yavé" (Dt. 6, 12-13.18).

La Cuaresma, tiempo litúrgico privilegiado, es tiempo de conversión interior. La Sagrada Escritura presenta la vida del hombre en sus relaciones con Dios como una continua conversión interior, en cuanto que Dios, en su infinito amor, llama al hombre a vivir en comunión con El. Pero el hombre es frágil, débil, pecador; por lo tanto, para ponerse en comunión con Dios, tiene necesidad de una actitud de humildad y de penitencia; debe orientarse hacia Dios, "buscar el rostro de Dios" (cfr. Os. 5, 15; Sal 24, 6); debe invertir el camino que lo lleva hacia el mal; cambiar el propio comportamiento ético; cambiar incluso concepciones y modos de pensar individuales, que estén en oposición a la voluntad y a la palabra de Dios.

Y Jesús, el Hijo de Dios encarnado, ya desde el comienzo de su ministerio mesiánico lanza a los hombres su llamada a la conversión: "El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cercano; convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1, 15; cfr. Mt 4, 17).

La Cuaresma representa en la vida de la Iglesia como un grito a la conversión: "¡ojalá escuchéis hoy su voz; no endurezcáis vuestro corazón!" (Sal 94(95), 8). Este "hoy" se refiere precisamente a la Cuaresma, que en la extraordinaria riqueza evocativa de sus textos litúrgicos es una continua, apremiante llamada a la urgencia de la auténtica conversión interior.

– Alejarse del pecado mortal y venial con la gracia

La conversión es fundamentalmente un alejarse del pecado, y un dirigirse, un retornar al Dios viviente, al Dios de la Alianza. "Venid y volvamos a Yavé; Él desgarró, Él nos curará; Él hirió, Él nos vendará" (Os. 6, 1): es la invitación del profeta Oseas, que insiste sobre el carácter interior de la auténtica conversión, que siempre debe estar animada e inspirada por el amor y por el conocimiento de Dios. Y el Profeta Jeremías, el gran maestro de la religiosidad interior, anuncia de parte de Dios una extraordinaria transformación espiritual de los miembros del Pueblo elegido: "Les daré un corazón capaz de conocerme, de saber que yo soy Yavé; y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues se convertirán a mí de todo corazón" (Jer. 24, 7).

La conversión es un don de Dios, que el hombre debe pedir con ferviente oración y que nos ha merecido Cristo "nuevo Adán". Esto es lo que la liturgia de hoy nos ha hecho meditar en el pasaje de la Carta de San Pablo a los Romanos: por la desobediencia del primer Adán el pecado y la muerte entraron en el mundo y dominan al hombre. Pero si es verdad que "por la culpa de aquél, que era uno solo (es decir Adán), la muerte inauguró su reino, mucho más los que reciben a raudales el don gratuito de la amnistía vivirán y reinarán gracias a uno solo, Jesucristo" (cfr. Rom 5, 17).

El cristiano, fuerte con la fuerza que le viene de Cristo, se aleja cada vez más del pecado, de los pecados concretos, mortales o veniales, superando las malas inclinaciones, los vicios, el pecado habitual y, al obrar así, hará cada vez más débil el "fomes" del pecado, esto es, la triste herencia de la desobediencia originaria. Esto

ocurre en la medida en que abunda en nosotros cada vez más la gracia, don de Dios, concedido por los méritos "de un solo hombre, Jesucristo" (cfr. Rom 5, 15). De este modo, la conversión es un paso casi gradual, eficaz, continuo, del "viejo" Adán, al "nuevo", que es Cristo. Este exaltante proceso espiritual, en el período de la Cuaresma, debe hacerse en cada cristiano particularmente consciente e incisivo.

– Tentaciones

Pero la conversión sólo es posible basándose en la superación de las tentaciones, como pone en clara evidencia la Liturgia de la Palabra de este primer domingo de Cuaresma.

La pluralidad y multiplicidad de las tentaciones encuentran su fundamento en esa triple concupiscencia, de la que habla la primera carta de San Juan: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas no viene del Padre, sino del mundo (1 Io 2:15-16)".

Como es sabido, en la concepción de San Juan, el "mundo" del que debe alejarse el cristiano, no es la creación, la obra de Dios, que ha sido confiada al dominio del hombre; sino que es el símbolo y el signo de todo lo que nos separa de Dios o que quiere excluir a Dios, esto es, lo opuesto al "Reino de Dios".

Por tanto, son tres los aspectos del mundo del que debe mantenerse alejado el cristiano para ser fiel al mensaje de Jesús: los apetitos sensuales; el ansia excesiva de los bienes terrenos, sobre los cuales el hombre cree ilusoriamente poder construir toda su vida; y finalmente la autosuficiencia orgullosa en relación con Dios (cfr 1 Jn 2, 15 las tres concupiscencias).

En las tres "tentaciones" con las que Satanás incita a Cristo en el desierto, se pueden encontrar fácilmente las "tres concupiscencias" ya mencionadas; son las tres grandes tentaciones, a las cuales también el cristiano será sometido en el curso de su vida terrena.

Pero en la base de esta triple tentación encontramos de nuevo la primitiva y omnicomprensiva tentación, dirigida por el mismo Satanás a nuestros progenitores: "Seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal" (cfr. Gen 3, 5). Satanás promete al hombre la Omnipotencia y la Omnisciencia de Dios, es decir, la total autosuficiencia e independencia. Ahora bien, el hombre no es así sino por su posibilidad de "elegir" a Dios, a cuya imagen fue creado. Pero el mismo Adán se elige a sí mismo en lugar de Dios; cede a la tentación y se encuentra miserable, frágil, débil, "desnudo", "esclavo del pecado" (cfr. Jn 8, 34). El segundo Adán, Cristo, en cambio, afirma de nuevo contra Satanás la fundamental, estructural y ontológica dependencia del hombre en relación con Dios. El hombre -nos dice Cristo- no es humillado, sino más bien exaltado en su misma dignidad cada vez que se postra para adorar al Ser infinito, su Creador y Padre: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto" (Mt 4, 10).

Esta llamada cuaresmal a la conversión comporta un continuo y paciente trabajo sobre sí mismo, trabajo que llega al conocimiento de los motivos escondidos y de los resortes ocultos del amor propio, de la sensualidad, del egoísmo.

A este trabajo, que requiere empeño y constancia, estamos llamados todos y cada uno, sin excepción, tanto a nivel personal, como a nivel comunitario, a fin de que podamos ayudarnos mutuamente en el camino de la conversión, la cual es siempre fruto de "volver a encontrar" a Dios Padre, rico en misericordia. "El auténtico conocimiento de Dios -he escrito en mi segunda Encíclica-, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo "ven" así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven, pues, *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre en la tierra *in statu viatoris*" (Dives in misericordia, 13).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Cristo fue tentado en el desierto. Todo hombre prueba alguna vez la aridez y monotonía del desierto; en su hogar, cuyas tareas pueden cansarle; en el trabajo que puede aburrirle...; la vida misma, que es un regalo y una tarea ilusionante, puede antojársele insípida. Y lo mismo ocurre con la vida cristiana. Es, en alguna medida, la noche oscura de los santos.

El Diablo aprovecha el hambre de Jesús para sugerirle que convierta las piedras en pan. Pero Él respondió que "no sólo de pan vive el hombre". Fue una respuesta magnífica. No sólo de lo que nos ofrece este mundo vive el hombre. Hay algo más que lo que hace temporalmente risueña y dichosa la vida. También a nosotros, en horas de cansancio o de tedio, nos incita el Diablo a convertir la piedra de la monotonía de los días iguales en pan que calme el hambre de una dicha que parece ausente. Es la tentación, el ofrecimiento para que cambiemos el rigor de una vida cristiana honrada, por otra más "libre", más "humana".

En esas embestidas de la comodidad, el egoísmo, la sensualidad..., no debemos dialogar con el señuelo de ofrecer un alivio a nuestro quebranto interior; no debemos dialogar, porque el Diablo nos supera en inteligencia y astucia. "Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra... los dominadores de las tinieblas" (Ef 6, 2).

Podemos hacer frente a la tentación porque "fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas" (1 Cor 10, 12), y "donde el diablo asedia, allí está presente Cristo" (S. Ambrosio, Sermo 20). Podemos, como Jesús, responder en esas horas de especial acoso, que no sólo de pan se vive y que hay que adorar a Dios y sólo a Él servirle.

¡Qué gran cosa sería que Dios pudiera decirnos cuando nos presentemos ante Él al final del trayecto: "Me acuerdo de tu fidelidad, de tu amor hacia mí, de tu seguirme a través del desierto, tierra donde no se siembra" (Jer 2, 2). "Al que venciere, le

concederé sentarse conmigo en mi trono" (Apoc 3, 21)! Como aquellos ángeles que sirvieron a Jesús, seremos premiados un día. Ésta será nuestra recompensa a una fidelidad sostenida con la ayuda de los Sacramentos y del consuelo y apoyo, si no lo rehuimos, de todos en la Iglesia.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El desierto, escenario de la tentación y comienzo de la victoria de la Pascua»

I. LA PALABRA DE DIOS

Gn 2, 7-9;3, 1-7: «Creación y pecado de los primeros padres»

Sal 50, 3-6.12-14.17: «Misericordia, Señor, hemos pecado»

Rm 5, 12-19: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»

Mt 4, 1-11: «Jesús ayuna durante cuarenta días y es tentado»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El yavista introduce a la serpiente como símbolo de un poder hostil al hombre. Eva es engañada. El pecado comienza siempre con un falseamiento de la verdad.

Tener pan, tener poder, tener a Dios a mano para utilizarlo; he aquí una trilogía de tentaciones con un solo vencedor: Jesucristo, porque eligió la libertad. El que «es», siempre es libre; el que «tiene», casi nunca. Frente a toda tentación que, para presentarse ante el hombre se disfraza de verdad, Cristo se ha llamado la «Verdad», sin disfraces de ninguna clase. Así, la victoria sobre el pecado es segura.

El camino de Cristo hacia la Pascua comienza con el desierto. La Iglesia, configurándose con su Señor, inicia en este tiempo el largo itinerario cuaresmal con una convicción que la llena de ánimo: Cristo saldrá vencedor. De ello tiene un anticipo hoy.

III. SITUACIÓN HUMANA

La postmodernidad nos ha traído la confirmación de un hombre prometéico con afán de considerarse único dios de sí mismo, porque antes ha «arrebatado» el poder a Dios. Pero la tentación es tan vieja como el hombre mismo. Y el fracaso del hombre será creerse medida de todas las cosas.

La libertad es hoy para el hombre un horizonte buscado y deseado. Inventa caminos, arbitra métodos, imagina maneras de alcanzarla. Y sin embargo acaba perdiéndose en ella.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Las tentaciones de Jesús: "Los evangelistas indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel:

al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto, Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha «atado al hombre fuerte» para despojarle de lo que se había apropiado (Mc 3, 27). La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre" (539; cf 538, 540).

– Victoria sobre el pecado («No lo abandonaste al poder de la muerte»): 410. 2853.

La respuesta

– «No nos dejes caer en la tentación»: "Al decir: «No nos dejes caer en la tentación», pedimos a Dios que no nos permita tomar el camino que conduce al pecado. Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza; solicita la gracia de la vigilancia y la perseverancia final" (2863; cf 2846-2849).

– Formas de penitencia en la vida cristiana: 1438. 1439.

El testimonio cristiano

– «El alma que hubiera de vencer su fortaleza no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin mortificación y sin humildad. Que por eso dice S. Pablo avisando a los fieles estas palabras: «Vestíos de las armas de Dios, para que podáis resistir contra las astucias del enemigo, porque esta lucha no es como contra la carne y sangre» entendiendo por sangre el mundo, y por las armas de Dios, la oración y cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho» (San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual, 9).

Cristo, al rechazar las tentaciones del enemigo nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado; de este modo, celebrando con sinceridad el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Las tentaciones de Jesús

– El Señor permite que seamos tentados para que crezcamos en las virtudes.

I. *La Cuaresma conmemora los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto, como preparación de esos años de predicación, que culminan en la Cruz y en la gloria de la Pascua. Cuarenta días de oración y de penitencia. Al terminar, tuvo lugar la escena que la liturgia de hoy ofrece a nuestra consideración, recogiéndola en el Evangelio de la Misa: las tentaciones de Cristo (Cfr.* Mt *4, 1-11).*

Una escena llena de misterio, que el hombre pretende en vano entender –Dios que se somete a la tentación, que deja hacer al Maligno–, pero que puede ser meditada, pidiendo al Señor que nos haga saber la enseñanza que contiene.

Es la primera vez que interviene el diablo en la vida de Jesús, y lo hace abiertamente. Pone a prueba a Nuestro Señor; quizá quiere averiguar si ha llegado ya la hora del Mesías. Jesús se lo permitió para darnos ejemplo de humildad y para enseñarnos a vencer las tentaciones que vamos a sufrir a lo largo de nuestra vida: "como el Señor todo lo hacía para nuestra enseñanza –dice San Juan Crisóstomo–, quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate con el demonio, a fin de que los bautizados, si después del bautismo sufren mayores tentaciones, no se turben por eso, como si no fuera de esperar". Si no contáramos con las tentaciones que hemos de padecer abriríamos la puerta a un gran enemigo: el desaliento y la tristeza.

Quería Jesús enseñarnos con su ejemplo que nadie debe creerse exento de padecer cualquier prueba. "Las tentaciones de Nuestro Señor son también las tentaciones de sus servidores de un modo individual. Pero su escala, naturalmente, es diferente: el demonio no va a ofreceros a vosotros ni a mí –dice Knox– todos los reinos del mundo. Conoce el mercado y, como buen vendedor, ofrece exactamente lo que calcula que el comprador tomará. Supongo que pensará, con bastante razón, que la mayor parte de nosotros podemos ser comprados por cinco mil libras al año, y una gran parte de nosotros por mucho menos. Tampoco nos ofrece sus condiciones de modo tan abierto, sino que sus ofertas vienen envueltas en toda especie de formas plausibles. Pero si ve la oportunidad no tarda mucho en señalarnos a vosotros y a mí cómo podemos conseguir aquello que queremos si aceptamos ser infieles a nosotros mismos y, en muchas ocasiones, si aceptamos ser infieles a nuestra fe católica".

El Señor, como se nos recuerda en el Prefacio de la Misa de hoy, nos enseña con su actuación cómo hemos de vencer las tentaciones y además quiere que saquemos provecho de las pruebas por las que vamos a pasar. Él "permite la tentación y se sirve de ella providencialmente para purificarte, para hacerte santo, para desligarte mejor de las cosas de la tierra, para llevarte a donde Él quiere y por donde Él quiere, para hacerte feliz en una vida que no sea cómoda, y para darte madurez, comprensión y eficacia en tu trabajo apostólico con las almas, y... sobre todo para hacerte humilde, muy humilde". *Bienaventurado el varón que soporta la tentación* –dice el Apóstol Santiago– *porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman*.

– Las tentaciones de Jesús. El demonio nos prueba de modo parecido.

II. El demonio tienta aprovechando las necesidades y debilidades de la naturaleza humana.

El Señor, después de haber pasado cuarenta días y cuarenta noches ayunando, debe encontrarse muy débil, y siente hambre como cualquier hombre en sus mismas circunstancias. Este es el momento en que se acerca el tentador con la proposición de que convierta las piedras que allí había en el pan que tanto necesita y desea.

Y Jesús *no sólo rechaza el alimento que su cuerpo pedía, sino que aleja de sí una incitación mayor: la de usar del poder divino para remediar, si podemos hablar así, un problema personal (...).*

Generosidad del Señor que se ha humillado, que ha aceptado en pleno la condición humana, que no se sirve de su poder de Dios para huir de las dificultades o del esfuerzo. Que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento.

Nos enseña también este pasaje del Evangelio a estar particularmente atentos, con nosotros mismos y con aquellos a quienes tenemos una mayor obligación de ayudar, en esos momentos de debilidad, de cansancio, cuando se está pasando una mala temporada, porque el demonio quizá intensifique entonces la tentación para que nuestras vidas tomen otros derroteros ajenos a la voluntad de Dios.

En la segunda tentación, *el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles de que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra. Y le respondió Jesús: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.*

Era en apariencia una tentación capciosa: si te niegas, demostrarás que no confías en Dios plenamente; si aceptas, le obligas a enviar, en provecho personal, a sus ángeles para que te salven. El demonio no sabe que Jesús no tendría necesidad de ángel alguno.

Una proposición parecida, y con un texto casi idéntico, oirá el Señor ya al final de su vida terrena: *Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él.*

Cristo se niega a hacer milagros inútiles, por vanidad y vanagloria. Nosotros hemos de estar atentos para rechazar, en nuestro orden de cosas, tentaciones parecidas: el deseo de quedar bien, que puede surgir hasta en lo más santo; también debemos estar alerta ante falsas argumentaciones que pretendan basarse en la Sagrada Escritura, y no pedir (mucho menos exigir) pruebas o señales extraordinarias para creer, pues el Señor nos da gracias y testimonios suficientes que nos indican el camino de la fe en medio de nuestra vida ordinaria.

En la última de las tentaciones, el demonio ofrece a Jesús toda la gloria y el poder terreno que un hombre puede ambicionar. *Le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: –Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí, me adoras.* El Señor rechazó definitivamente al tentador.

El demonio promete siempre más de lo que puede dar. La felicidad está muy lejos de sus manos. Toda tentación es siempre un miserable engaño. Y para probarnos, el demonio cuenta con nuestras ambiciones. La peor de ellas es la de desear, a toda costa, la propia excelencia; el buscarnos a nosotros mismos sistemáticamente en las cosas que hacemos o proyectamos. Nuestro propio yo puede ser, en muchas ocasiones, el peor de los ídolos.

Tampoco podemos postrarnos ante las cosas materiales haciendo de ellas falsos dioses que nos esclavizarían. Los bienes materiales dejan de ser bienes si nos separan de Dios y de nuestros hermanos los hombres.

Tendremos que vigilar, en lucha constante, porque permanece en nosotros la tendencia a desear la gloria humana, a pesar de haberle dicho muchas veces al Señor que no queremos otra gloria que la suya. También a nosotros se dirige Jesús: *Adorarás al Señor Dios tuyo; y a Él solo servirás*. Y eso es lo que deseamos y pedimos: servir a Dios en la vocación a la que nos ha llamado.

– El Señor está siempre a nuestro lado. Armas para vencer.

III. El Señor está siempre a nuestro lado, en cada tentación, y nos dice *Confiad: Yo he vencido al mundo*. Y nosotros nos apoyamos en Él, porque, si no lo hiciéramos, poco conseguiríamos solos: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*.

Podemos prevenir la tentación con la mortificación constante en el trabajo, al vivir la caridad, en la guarda de los sentidos internos y externos. Y junto a la mortificación, la oración: *Velad y orad para no caer en la tentación*. También debemos prevenirla huyendo de las ocasiones de pecar, por pequeñas que sean, pues *el que ama el peligro perecerá en él*, y teniendo el tiempo bien ocupado, principalmente cumpliendo bien nuestros deberes profesionales, familiares y sociales.

Para combatir la tentación "habremos de repetir muchas veces y con confianza la petición del padrenuestro: *no nos dejes caer en la tentación*, concédenos la fuerza de permanecer fuertes en ella. Ya que el mismo Señor pone en nuestros labios tal plegaria, bien estará que la repitamos continuamente.

"Combatimos la tentación manifestándosela abiertamente al director espiritual, pues el manifestarla es ya casi vencerla. El que revela sus propias tentaciones al director espiritual puede estar seguro de que Dios otorga a éste la gracia necesaria para dirigirle bien".

Contamos siempre con la gracia de Dios para vencer cualquier tentación. "Pero no olvides, amigo mío, que necesitas de armas para vencer en esta batalla espiritual. Y que tus armas han de ser éstas: oración continua; sinceridad y franqueza con tu director espiritual; la Santísima Eucaristía y el Sacramento de la Penitencia; un generoso espíritu de cristiana mortificación que te llevará a huir de las ocasiones y evitar el ocio; la humildad del corazón, y una tierna y filial devoción a la Santísima Virgen: *Consolatrix afflictorum et Refugium peccatorum*, consuelo de los afligidos y refugio de los pecadores. Vuélvete siempre a Ella confiadamente y dile: *Mater mea, fiducia mea*; *¡Madre mía, confianza mía!*".

Mn. Antoni BALLESTER i Díaz (Camarasa, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado

Hoy celebramos el primer domingo de Cuaresma, y este tiempo litúrgico "fuerte" es un camino espiritual que nos lleva a participar del gran misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. Nos dice Juan Pablo II que «cada año, la Cuaresma nos propone un tiempo propicio para intensificar la oración y la penitencia, y para abrir el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina. Ella nos invita a recorrer un itinerario espiritual que nos prepara a revivir el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, ante todo mediante la escucha asidua de la Palabra de Dios y la práctica más intensa de la mortificación, gracias a la cual podemos ayudar con mayor generosidad al prójimo necesitado».

La Cuaresma y el Evangelio de hoy nos enseñan que la vida es un camino que nos tiene que llevar al cielo. Pero, para poder ser merecedores de él, tenemos que ser probados por las tentaciones. «Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4, 1). Jesús quiso enseñarnos, al permitir ser tentado, cómo hemos de luchar y vencer en nuestras tentaciones: con la confianza en Dios y la oración, con la gracia divina y con la fortaleza.

Las tentaciones se pueden describir como los "enemigos del alma". En concreto, se resumen y concretan en tres aspectos. En primer lugar, "el mundo": «Di que estas piedras se conviertan en panes» (Mt 4, 3). Supone vivir sólo para tener cosas.

En segundo lugar, "el demonio": «Si postrándote me adoras (...)» (Mt 4, 9). Se manifiesta en la ambición de poder.

Y, finalmente, "la carne": «Tírate abajo» (Mt 4, 6), lo cual significa poner la confianza en el cuerpo. Todo ello lo expresa mejor santo Tomas de Aquino diciendo que «la causa de las tentaciones son las causas de las concupiscencias: el deleite de la carne, el afán de gloria y la ambición de _____

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

En la raíz de todo pecado hay siempre una mentira

Al inicio del gran camino de conversión de la Cuaresma, la Iglesia nos da las "armas de la penitencia" –el ayuno, la oración y la limosna–, de entender no como un mero propósito exterior, sino como reflejo, en las obras, de la conversión interior, confiando radicalmente en la misericordia, en la bondad y en la providencia de Dios.

Se nos conduce, como por mano e incluso la sucesión cronológica de las lecturas parece sostener el paso hacia el camino de la liberación.

En la primera lectura, con la historia del "pecado original" se indica el punto desde el que todos partimos. Sabemos bien que la expresión "pecado original" indica la desobediencia de los primeros hombres hacia Dios, de la cual, en un modo que

nosotros no podemos comprender plenamente, deriva sea la situación inicial de "no-salvación" en la que cada hombre nace, que la tendencia al mal que cada uno experimenta dentro de sí mismo.

Además de este primer significado se señala también el pecado que es el origen de todos los demás pecados: el orgullo, el considerarse autosuficientes, independientes de cualquier vínculo, y el querer tener la vida para sí mismos, sin abrirla, sin dilatarla a la obra de Aquel que la creó y después nos la confió.

Y después del renacimiento del Santo Bautismo tal inclinación permanece como una herida.

En el Salmo 50, la oración que el hombre dirige a Dios, *«Contra ti, contra ti solo pequé, lo malo a tus ojos cometí»*, es el primer paso de suma importancia, que la gracia divina puede lograr: el reconocimiento del propio pecado.

Humildemente, o sea, sin buscar excusas ni justificaciones representa el inicio de la liberación, ya que es cumplir la verdad y, por consecuencia, no pertenecer más al pecado, sino a la Verdad: *«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»* (*Jn* 8, 32).

Pidamos una clara conciencia de nuestras limitaciones y de nuestros pecados, la humildad de saber que siempre el tentador, que no respetó ni al Señor Jesús, nos insidia con sus mentiras, que son siempre las mismas, desde el jardín del Edén hasta el fin de los tiempos: «seréis como Dios». En la raíz de todo pecado hay siempre una mentira, como en la raíz de cada auténtica liberación esta siempre la verdad.

Que este tiempo fuerte del año litúrgico, sea el triunfo de la verdad. Será también el triunfo de la libertad y la victoria sobre la muerte que celebramos en la Pascua.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE CUARESMA

Vencer las tentaciones

***«No tentarás al Señor, tu Dios»* (Mt *4, 7*).**

Eso dice la Escritura.

¿Cuáles son tus tentaciones, sacerdote?

¿Las conoces?

¿Te conoces?

¿Las aceptas?

¿Las rechazas?

¿Las evitas, o facilitas la ocasión para que la tentación se convierta para ti en pecado?

¿Reconoces tu debilidad y luchas, o pretendes ser tan fuerte y tu soberbia te vence?

¿Buscas ayuda, sacerdote, o pretendes dominar tus pasiones y justificar tus acciones por ti mismo?

Eso, sacerdote, es tentar al Señor tu Dios, porque también está escrito que tú tienes un tesoro, pero lo llevas en vasija de barro.

La mejor estrategia para vencer una batalla es conocer al enemigo.

Sacerdote, el enemigo lo conoces cuando te conoces a ti mismo y conoces las debilidades que el pecado original ha dejado como herida en tu humanidad, por la que ha debilitado tu carne.

Si conoces, sacerdote, esa herida, si identificas tus debilidades, entonces conocerás al enemigo, porque él te conoce bien, y él es el que ha ocasionado esa herida en la que él mismo se expone, se refleja y manifiesta su poder sobre ti.

Pero el enemigo, sobre tu Señor no tiene ningún poder. Por tanto, si estás solo, sacerdote, puedes perder, pero si es tu Señor quien vive en ti, Él gana las batallas por ti.

Pero, ante la tentación, se requiere tu voluntad entregada a tu Señor, para que Él pueda actuar, porque lo que está en juego es tu libertad y Él la respeta, es tuya. Y en esa libertad, es precisamente en donde la tentación tiene lugar, y el enemigo te acecha, te conoce, sabe tu debilidad y tu flaqueza.

Él no quiere el barro, quiere el tesoro, pero para robar el tesoro él destruye el barro.

El tesoro es tu fe y tu libertad, por la que ganas o pierdes la vida que tu Señor ya ha ganado para ti, con su vida.

El barro eres tú, sacerdote, es tu alma, y es tu voluntad, por la que decides ganar o perder la vida, ser libre o permanecer atado a las cadenas del mundo, vivir con Cristo, por Él y en Él, o vivir esclavizado a tus pasiones, accediendo a las tentaciones en un mundo de pecado que te lleva a la muerte.

Sacerdote, tú no tienes un Señor lejano que no te comprenda.

Tú tienes un Señor, que, siendo Dios, se ha hecho hombre para ser el Sumo y Eterno Sacerdote, que ha sido tentado, que ha sido probado en todo como los hombres menos en el pecado, y que ha sabido resistir como hombre, sufriendo como hombre y venciendo como hombre, con ayuda de Dios, al enemigo, usando la Palabra de Dios, que es viva y eficaz como espada de dos filos, y es arma poderosa a la que no puede vencer el enemigo.

Sigue sus pasos, sacerdote. Él es tu Maestro. Él te enseña el camino. Escucha su Palabra y ponla en práctica, y no te dejes vencer por las tentaciones del enemigo.

Conócete, sacerdote, para que descubras en tu barro las grietas que te hacen frágil y que te quiebran, porque hacen débil tu voluntad.

Y pídele a tu Señor que te fortalezca, para que tu voluntad sepa alejarte de la ocasión que te lleva a perder la batalla y a entregarte en los brazos del enemigo.

Conócete, sacerdote: para eso es la mortificación, para que descubras tus flaquezas y le ruegues a tu Señor que te dé su gracia, para que tú te gloríes en tu flaqueza, porque es ahí en donde tu Señor manifiesta su fuerza.

Pídele a tu Señor que habite en ti, y que no te deje caer en tentación.

Eso, sacerdote, se hace en la oración.

Haz conciencia sacerdote, medita en tu corazón y descubre en tu pasado, en tu presente y en tu futuro:

¿Cuáles son tus tentaciones?

¿Cuáles son tus debilidades?

¿Cuáles son tus pasiones?

¿Son recurrentes tus pecados?

¿Has facilitado tú mismo las ocasiones?

¿Cuáles son tus pecados recurrentes?

Y de esos pecados, ¿verdaderamente te arrepientes?

¿Los confiesas?

¿Pides perdón y recibes, sacerdote, de otro como tú, la absolución?

Pide a tu Señor la gracia. Pero recuerda, sacerdote, que la gracia para resistir a toda tentación y al pecado, la recibes en el sacramento de la Confesión, a través de la reconciliación con aquel que es tu fortaleza, y por quien tú vives y luchas para ganar todas las batallas.

Pídele a tu Señor la protección de su Madre, porque a ella el enemigo le teme, y se aleja, porque ella pisa su cabeza, y lo vence con el poder del fruto que lleva en su vientre.

Pídele a ella, sacerdote, la gracia de la humildad, para que sepas reconocer en ti tu debilidad; y en tus tentaciones, las acechanzas del enemigo.

Pídele que proteja tu tesoro, para que no sea robado, mientras fortaleces el barro alimentándolo con la Palabra que sale de la boca de tu Señor, porque no solo de pan vive el hombre.

Rechaza las doctrinas extrañas y los ídolos que te prometen poder. Solo a tu Señor debes adorar, y solo a Él debes servir.

Eres suyo, sacerdote.

Él te protege de toda apostasía, cuando lo adoras en la Eucaristía.

Es con la fe que resistes a las tentaciones.

Es por la fe que te arrepientes y confiesas tus pecados.

Es en la fe que confirmas con libertad, y por tu propia voluntad, que solo a Dios le perteneces.

Pero ten cuidado, sacerdote. No pongas en duda ni en prueba el amor de tu Señor por ti, ni su poder, porque Él es el amor y tiene todo el poder, pero tú nada mereces, y su gracia te basta.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 5)

_____

Domingo II de Cuaresma (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014, 2015 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Jaume GONZÁLEZ i Padrós (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

SALIR DE LA PROPIA TIERRA

Gén 12, 1-4; 2 Tim 1, 8-10; Mt 17, 1-9

El libro del Génesis nos presenta a Abrahán como un adulto mayor ocupado en el pastoreo de su rebaño. Él estaba acostumbrado a trasladarse de un sitio a otro detrás de su ganado. Una forma de vida menos atada a seguridades y apegos. Cuando el Señor

le ordena marchar hacia lo desconocido, desligándose de sus seguridades, está asumiendo un aparente riesgo desmedido. Entre la confianza y el temor, Abraham deja su tierra, guiado por la promesa divina, se decide a salir de Jarán y marcha hacia la tierra de Canaán. Por su parte, los pescadores de Galilea que vieron en Jesús la gloria de Dios también asumieron riesgos. En algún momento esos discípulos vivieron crisis y quisieron regresar a su oficio de pescadores, Jesús lo advirtió y por eso les adelantó una doble noticia: su muerte violenta en Jerusalén y su próxima glorificación ante el Padre.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Sal 24, 6. 2. 22**

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas. No permitas que nos derrote el enemigo. Sálvanos, Dios de Israel, de todas nuestras angustias.

ORACIÓN COLECTA

Señor, Dios, que nos mandaste escuchar a tu Hijo muy amado, dígnate alimentarnos íntimamente con tu palabra, para que, ya purificada nuestra mirada interior, nos alegremos en la contemplación de tu gloria. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios.

Del libro del Génesis: 12, 1-4

En aquellos días, dijo el Señor a Abram: "Deja tu país, a tu parentela y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te mostraré. Haré nacer de ti un gran pueblo y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y tú mismo serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. En ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra". Abram partió, como se lo había ordenado el Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 32, 4-5.18-19.20 y 22.

R/. Señor, ten misericordia de nosotros.

Sincera es la palabra del Señor y todas sus acciones son leales. El ama la justicia y el derecho, la tierra llena está de sus bondades. ***R/.***

Cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre les da vida. ***R/.***

En el Señor está nuestra esperanza, pues él es nuestra ayuda y nuestro amparo. Muéstrate bondadoso con nosotros, puesto que en ti, Señor, hemos confiado. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Dios nos llama y nos ilumina.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo: 1, 8-10

Querido hermano: Comparte conmigo los sufrimientos por la predicación del Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios. Pues Dios es quien nos ha salvado y nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida, no porque lo merecieran nuestras buenas obras, sino porque así lo dispuso él gratuitamente.

Este don, que Dios nos ha concedido por medio de Cristo Jesús desde toda la eternidad, ahora se ha manifestado con la venida del mismo Cristo Jesús, nuestro Salvador, que destruyó la muerte y ha hecho brillar la luz de la vida y de la inmortalidad, por medio del Evangelio.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 17, 5

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

En el esplendor de la nube se oyó la voz del Padre, que decía: "Este es mi Hijo amado; escúchenlo". ***R/.***

EVANGELIO

Su rostro se puso resplandeciente como el sol.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de éste, y los hizo subir a solas con él a un monte elevado. Ahí se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. De pronto aparecieron ante ellos Moisés y Elías, conversando con Jesús.

Entonces Pedro le dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres, haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías".

Cuando aún estaba hablando, una nube luminosa los cubrió y de ella salió una voz que decía: "Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo". Al oír esto, los discípulos cayeron rostro en tierra, llenos de un gran temor. Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: "Levántense y no teman".

Alzando entonces los ojos, ya no vieron a nadie más que a Jesús. Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: "No le cuenten a nadie lo que han visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor, que estos dones borren nuestros pecados y santifiquen el cuerpo y el alma de tus fieles, para celebrar dignamente las fiestas pascuales. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

La transfiguración del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar; Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque él mismo, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección. Por eso, como los ángeles te cantan en el cielo, así nosotros en la tierra te aclamamos, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 17, 5

Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escúchenlo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir, Señor, este glorioso sacramento, queremos darte gracias de todo corazón porque así nos permites, desde este mundo, participar ya de los bienes del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Bendice, Señor, a tus fieles con una bendición perpetua, y haz que de tal manera acojan el Evangelio de tu Hijo, que puedan debida y felizmente desear y alcanzar la gloria que El manifestó a los apóstoles. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Vocación de Abrahán (Gn 12, 1-4a)

1ª lectura

La llamada de Dios a Abrahán (nombre que Dios le dará en lugar de Abrán; cfr 17, 5) significa el comienzo de una nueva etapa en la relación de Dios con la humanidad, pues la alianza con Abrahán redundará en bendición para todos los pueblos. Conlleva la exigencia de romper con los vínculos terrenos, familiares y locales, apoyándose exclusivamente en la promesa de Dios: una tierra desconocida, una descendencia numerosa —siendo su esposa estéril (cfr 11, 30)—, y la protección constante de parte de Dios. Esa llamada divina significa también la ruptura con el culto idolátrico practicado por la familia de Abrahán en la ciudad de Jarán —según parece, el culto lunar—, para adorar al verdadero Dios.

A la llamada de Dios le sigue la respuesta de Abrahán que, creyendo y fiándose totalmente de la palabra divina, abandona su tierra y se dirige a Canaán. La actitud de Abrahán contrasta con la soberbia humana descrita anteriormente a propósito de la torre de Babel (cfr 11, 1-9), y, más aún, con la desobediencia de Adán y Eva por la que la humanidad comenzó a separarse de Dios.

El proyecto divino de salvación se empieza a realizar exigiendo al hombre un acto de obediencia: para Abrahán ponerse en camino. Ese proyecto culminará con la obediencia perfecta de Jesucristo «hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8), por la que todos los hombres alcanzarán la misericordia de Dios (cfr Rm 5,

19). Todos los hombres que escuchan y obedecen la voz del Señor, todos los creyentes, pueden considerarse, por tanto, hijos de Abrahán. «Así, Abrahán creyó a Dios, y le fue contado como justicia. Por tanto, daos cuenta de que los que viven de la fe, ésos son hijos de Abrahán. La Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció de antemano a Abrahán: En ti serán bendecidas todas las naciones. Así pues, los que viven de la fe son bendecidos con el fiel Abrahán» (Ga 3, 6-9).

Las exigencias de la fe se han visto reflejadas por la tradición judía y cristiana en las tres realidades que Dios ordena abandonar a Abrahán: «Mediante las tres salidas, de la tierra, de la parentela y de la casa paterna, se significa —según la interpretación de Alcuino— que hemos de salir del hombre terreno, de la parentela de nuestros vicios, y del mundo dominado por el Diablo» (*Interrogationes in Genesim* 154).

La respuesta de Abrahán conlleva al mismo tiempo una actitud de oración, de trato íntimo con Dios. La oración, aunque ya aparece desde el principio en el Antiguo Testamento (cfr 4, 4.26; 5, 24; etc.) se revela sobre todo a partir de nuestro padre Abrahán, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Cuando Dios lo llama, Abrahán se pone en camino "como se lo había dicho el Señor" (Gn 12, 4): todo su corazón se somete a la Palabra y obedece. La obediencia del corazón a Dios que llama es esencial a la oración, las palabras tienen un valor relativo. Por eso, la oración de Abrahán se expresa primeramente con hechos: hombre de silencio, en cada etapa construye un altar al Señor. Solamente más tarde aparece su primera oración con palabras: una queja velada recordando a Dios sus promesas que no parecen cumplirse (cfr Gn 15, 2-3). De este modo surge desde el principio uno de los aspectos de la tensión dramática de la oración: la prueba de la fe en Dios que es fiel» (n. 2570).

Abrahán llega a la parte central de Palestina, desde donde se irá desplazando hacia el sur, al tiempo que va edificando altares al Señor, al verdadero Dios, en los lugares que habían de ser santuarios importantes en épocas posteriores. El texto bíblico resalta que el Señor acompaña a Abrahán, y que éste le tributa un culto agradable, en oposición al culto idolátrico que practicaban los habitantes del país, denominados genéricamente «cananeos». Dios, por otra parte, en to-das sus manifestaciones al patriarca promete esa tierra a sus descendientes (cfr 13, 15; 15, 18; 17, 8; 26, 4). De esta forma, el texto enseña de dónde provenía radicalmente la legitimidad de la posesión de la tierra de Canaán por parte de los israelitas. De todos modos, la promesa de una tierra a la descendencia de Abrahán, trasciende la realidad empírica de un territorio, y se convierte en símbolo de la bendición y de los dones divinos destinados a todos los hombres.

Hablando de la fe de Abrahán a la palabra de Dios, San Pablo interpretará que la «descendencia» de Abrahán, en singular, no son muchos sino uno solo, Jesucristo, ya que únicamente Él, siendo el Hijo de Dios, y haciéndose obediente hasta la muerte, posee todos los bienes divinos y los comunica al hombre: «Cristo nos rescató (...) para que la bendición de Abrahán llegase a los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu. (...) Pues bien, las promesas fueron hechas a Abrahán y a su descendencia. No dice: "y a los descendientes", como

si hablara de muchos, sino de uno solo: "y a tu descendencia", que es Cristo» (Ga 3, 13-16).

Dios nos llama e ilumina (2 Tm 1, 8b-10)

2ª lectura

La necesidad de afrontar con fortaleza las contrariedades que lleva consigo el evangelio tiene un fundamento teológico: la vocación divina de los cristianos y la manifestación de Dios Salvador. San Pablo, como en otros lugares de estas cartas (cfr 1 Tim 3, 15 ss.; Tit 3, 5-7), hace un condensado canto a la salvación, con expresiones probablemente basadas en algún himno litúrgico o confesión de fe.

La salvación que Dios realiza se contempla en este pasaje, en cuanto aplicada a los cristianos (v. 9) y manifestada en la Encarnación de Jesucristo (v.10). Señala cuatro puntos esenciales de la salvación: 1) Dios ya la ha realizado para todos; 2) Dios es también quien llama a todos los hombres a participar en ella; 3) es gratuita, pues el hombre no puede merecerla (cfr Tit 3, 5; Eph 2, 8-9); y 4) el designio divino es eterno (cfr Rom 8, 28-30; Eph 1, 11).

«La manifestación de Jesucristo» (v. 10) alude en primer lugar a su Encarnación (cfr Tit 2, 11; 3, 4), pero abarca toda su obra redentora, que culmina en su manifestación gloriosa (cfr 1 Tim 6, 14; 2 Tim 4, 1.8). El efecto maravilloso de la Redención es doble: la victoria sobre la muerte, física y espiritual, y la donación abundante y luminosa de la vida inmortal. La Iglesia canta con gozo esta realidad: «Pues Él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo; muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida» (*Prefacio Pascual*, I).

«Desde la eternidad»: Literalmente, «desde los tiempos de las edades». Es una expresión primitiva equivalente al concepto de eternidad.

La transfiguración de Jesús (Mt 17, 1-9)

Evangelio

En la Transfiguración, Jesús muestra anticipadamente a los discípulos la gloria que merecerá por su pasión (cfr nota a Lc 9, 28-36). El vínculo del episodio con la confesión de Pedro y el primer anuncio de la pasión, no sólo es temporal —ocurrió «seis días después» (v. 1)— sino también teológico: desde el cielo se confirma que Jesús es el Hijo de Dios (v. 5), tal como lo había confesado Pedro (16, 16), y que su muerte y resurrección (16, 21) son el cumplimento de la Ley y los Profetas representados por Moisés y Elías (v. 3). Los discípulos reaccionan con alegría (v. 4) y temor (vv. 6-7), sin acabar de entender el significado.

Moisés y Elías son los dos representantes máximos del Antiguo Testamento: de la Ley y los Profetas. En la imagen de Jesús hablando con ellos (v. 3), la Tradición ha visto dos enseñanzas: de un lado, que Jesús es el centro de la revelación porque «toda la Escritura divina forma un solo libro, y ese único libro es Cristo, ya que toda la Escritura divina habla de Cristo y toda ella se realiza en Cristo» (Hugo de San Víctor, *De Arca Noe morali* 2, 8); de otro, que los libros del Antiguo Testamento son necesarios para comprender a Jesucristo, porque «si, como dice el apóstol Pablo,

Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (S. Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, prol. 1).

El episodio es también una descripción de la personalidad de Jesús: es Señor (v. 4), Hijo de Dios, en quien Dios se complace (v. 5; cfr Is 42, 1), a quien debemos escuchar (v. 5) porque es el revelador de Dios: «Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: "Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas (...); oídle a Él, porque yo no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar"» (S. Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo* 2, 22, 5).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

La transfiguración del Señor

Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan (Mt 17, 1). Otro evangelista dice: *Ocho días después* (Lc 9, 28); pero no contradice a éste, sino que bellamente con él concuerda. Porque uno cuenta el día en que Jesús hablaba y también el otro en que los sacó aparte; mientras que el otro evangelista cuenta solamente los días intermedios. Quiero que consideres cómo ejercita Mateo la virtud, pues no calla a los que fueron antepuestos. Lo mismo hace Juan con frecuencia, cuando cuidadosamente apunta las alabanzas a Pedro. Este coro de los santos apóstoles siempre estuvo vacío de envidias. Habiendo, pues, tomado a los corifeos, los llevó aparte a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos. Brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. ¿Por qué a solos ellos tomó? Porque eran más excelentes que los otros. Pedro sobresalía porque amaba sobremanera a Cristo; Juan porque era el muy amado; Santiago por la respuesta que dio juntamente con su hermano cuando dijo: *Podemos beber el cáliz* (Mt 20, 22). Y no sólo por la dicha respuesta, sino además por sus obras, tanto otras como la de cumplir lo que le habían dicho. Porque más tarde apareció ante los judíos tan vehemente y eficaz que Herodes creyó hacerles un excelente regalo con mandarlo matar.

¿Por qué no los llevó consigo desde luego y al punto? Para que los otros discípulos no lo llevaran a mal. Por igual motivo, ni siquiera les indicó los nombres de los que iban a subir con El al monte. Sin duda que los demás habrían también deseado con vehemencia subir con Cristo para contemplar tan inmensa gloria y se habrían dolido de que se les dejara a un lado. Pues aun cuando la visión fuera corporalmente, pero

habríales despertado grandes deseos. Y ¿por qué lo predijo? Para que estuvieran más preparados y sobre aviso acerca de la visión, mediante ese previo aviso; y ardieran en deseos de verlo, encendidos con la espera de esos días y de este modo se acercaran a ella vigilantes y solícitos. Y ¿por qué trae ahora a Moisés y a Elías? Muchos motivos podrían aducirse. Y el primero es que las turbas decían que Él era Elías, otros que jeremías, otros que alguno de los profetas. Trae, pues, consigo a los que parecían ser los principales, para que con esto se viera la enorme diferencia que había entre el Señor y los siervos; y así mejor se viera que justamente Pedro había sido alabado por haberlo confesado Hijo de Dios.

Hay otro motivo. El de que frecuentemente se le acusara como trasgresor de la Ley y que se le tuviera como blasfemo, porque vindicaba para sí la gloria del Padre, que en nada le correspondía. Pues decían: *No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado* (Jn 9, 16). Y también: *Por ninguna buena obra te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios* (Jn 10, 33). Ahora bien: con la visión de aquellos dos quedaba manifiesto que ambas acusaciones provenían de envidia y que de ambas era inocente; y que no había traspasado la Ley ni había vindicado para sí una gloria que no le perteneciera, al llamarse igual al Padre. Por eso trae consigo a los que más en esto se habían distinguido. Moisés había dado la Ley; y bien podían pensar los judíos que Moisés no habría tolerado de buena gana que ella fuera conculcada, según ellos creían, ni que rindiera homenaje a un enemigo de la Ley que él había promulgado. En cuanto a Elías, que estaba lleno de celo por la gloria de Dios, en el caso de que Jesús fuera un adversario de Dios y que falsamente se llamara igual al Padre, jamás ese profeta le prestaría honores.

Además de las dichas, hay también otra causa. ¿Cuál? Para que entendieran que Cristo tenía potestad sobre la vida y la muerte e imperaba en cielos y tierra. Por eso hace presente a uno que ya había muerto y a otro que aún no había muerto. El quinto motivo -pues de verdad es el quinto- lo pone el evangelista. ¿Cuál es? Para manifestar la gloria de la cruz y consolar así a Pedro y a los otros que temían la sagrada Pasión y levantarles el ánimo. Pues los profetas, en cuanto llegaron ahí, no permanecieron callados, sino que trataban de la partida de Cristo que debía cumplirse en Jerusalén, es decir, de su Pasión y muerte de cruz, pues así la llaman siempre. Ni sólo por este camino les levanta el ánimo, sino también con la virtud de ambos varones, virtud que sobre todo quería Jesús que floreciera en sus discípulos.

Y pues había dicho: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame, trae consigo a los profetas que por cumplir la voluntad de Dios y en favor del pueblo que se les había encomendado, habían sufrido mil muertes. Porque ambos perdieron su alma y la encontraron. Ambos con libertad y constancia se opusieron al tirano: Moisés en Egipto; Elías contra Acab; y ambos en favor de hombres mal agradecidos y desobedientes. Aquellos mismos' por cuya salvación se desvelaban, los pusieron en extremo peligro, pues querían apartarlos de la idolatría. Ambos eran gente privada y particular. Moisés además tartamudo y de voz débil. Elías se presentaba como un rústico. Ambos eran en extremo pobres, pues ni Moisés poseía algo, ni Elías, que sólo

tenía su túnica de piel de camello. Y todo esto en la Ley Antigua, sin haber recibido la gracia de hacer tan gran cantidad de milagros.

Pues aun cuando Moisés dividió el mar, pero Pedro anduvo sobre las aguas y podía transportar las montañas y curaba toda clase de enfermedades y echaba los demonios feroces; y tan estupendos prodigios los realizaba con sólo la sombra de su cuerpo, y así convirtió a todo el orbe. Y si Elías resucitó a un muerto, los apóstoles resucitaron a muchos en número incontable, aun antes de recibir el Espíritu Santo. Por tal motivo, pues, los trajo a escena. Porque quería que sus discípulos imitaran su celo en atraer al pueblo, lo mismo que su constancia y su fortaleza; y que estuvieran llenos de mansedumbre, como Moisés lo estuvo, y de celo como Elías; y que fueran igualmente solícitos. Pues Elías sufrió por el pueblo judío tres años de hambre; y Moisés decía: *Perdónales su pecado o bórrame de tu libro, del que tienes escrito* (Ex 32, 32). Todo esto les traía a la memoria mediante aquella visión. Y los presentó en aquella gloria no para que ahí se detuvieran, sino que pasaran más allá de los límites de la palestra. De modo que cuando después dijeron: *Digamos que baje fuego del cielo* (Lc 9, 54-55), se acordaron de que así lo había hecho Elías; y él hubo de decirles: *No sabéis de qué espíritu sois*. Así los exhortó a olvidar las injurias, diferenciando los carismas. Pero no pienses que condenamos a Elías como imperfecto. No decimos eso. Por el contrario, era perfectísimo. Sino que en aquellos tiempos, cuando la mentalidad de los hombres era aún un tanto infantil, se necesitaba aquel modo de enseñanza. Y Moisés a su vez tenía también ese género de perfección. Pero a los apóstoles se les exigió más. Pues dijo Cristo: *Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 5, 20). Y fue porque ellos habían de entrar, no a Egipto, sino a todo el orbe, que se hallaba en peores condiciones que Egipto; y no iban a dialogar con un Faraón, sino a luchar con el demonio, tirano perversísimo.

Su empresa era atarlo y arrebatarle todos sus haberes; y la llevaron a cabo no dividiendo los mares, sino secando el abismo de la maldad mediante la vara de Jesé, abismo agitado de muy peores oleajes. Considera cuántas y cuán graves cosas se presentaban para inspirarles terror: muertes, pobrezas, infamias, males infinitos; y todo eso lo temían más que otrora los judíos al Mar Rojo. Y sin embargo, Cristo los persuadió a que confiadamente acometieran por todo; y así con gran seguridad atravesaron por en medio, como por tierra seca. De modo que para excitarlos a semejante empresa trajo a escena a los varones dichos, que en el Antiguo Testamento brillaron.

¿Qué hizo entonces el fervoroso Pedro? Dijo: ¡Qué bien estamos aquí! Como había oído que Cristo iría a Jerusalén y allá padecería, todavía temblando y temeroso, tras de la increpación aquella, ya no se atreve a acercarse y decirle: No quiera Dios, Señor, que esto suceda; pero todavía sobrecogido de temor, viene a decirle lo mismo con otras palabras. Veía aquel monte, aquella vasta soledad, y pensaba que en aquel sitio había una seguridad plena; y no sólo por razón del lugar, sino porque ansía así apartarlo de ir a Jerusalén, otra vez; y quería que perpetuamente permaneciera ahí. Por eso habló de las tiendas de campaña.

Como si dijera: si esto se acepta, ya no tornaremos allá; y si no tornamos allá, no morirá El en Jerusalén. Pensaba que allá los escribas lo acometerían. Pero no se atrevió a decirlo claro. Mas tratando de conseguirlo se expresaba con toda seguridad y decía: ¡Qué bien estamos aquí! en donde se hallan presentes Moisés y Elías: Elías, que ordenó bajar fuego del cielo a la montaña, y Moisés, que entrado en la oscuridad habló con Dios. Y nadie sabrá en dónde nos encontramos. ¿Has visto el amor a Cristo harto fervoroso? No investigues si era prudente, si era oportuno aquel modo de exhortar; sino fíjate en cuán ferviente y cuán encendido es ese amor. Y que al decir lo que decía no temblaba únicamente por sí mismo, se ve por lo que dice cuando Cristo les anunció de antemano que se le preparaban asechanzas y la muerte. Óyelo: *Aunque fuera preciso morir contigo, jamás te negaré* (Mc 14, 31). Advierte cómo, puesto en mitad de los peligros, cuida poco de su vida; pues rodeado de tan gran muchedumbre, no sólo no huye, sino que desenvaina su cuchillo y corta la oreja a Malco, siervo del pontífice. Hasta tal punto se desentendía de sus propios intereses y temblaba por los de su Maestro.

Tras de aquella proposición tan absoluta, recapacita; y, temeroso de que de nuevo se le increpe, dice: Si quieres haré aquí tres tiendas: una para ti, una para Moisés y otra para Elías. ¿Qué dices, oh Pedro? ¿Acaso no lo diferenciaste hace poco de los siervos? ¿Por qué ahora lo cuentas entre los siervos? ¿Adviertes cuán imperfectos eran los discípulos antes de la cruz? Cierto que el Padre le había hecho una revelación; pero esa revelación se le fue pronto de la memoria, perturbado no únicamente por el temor que ya dije sino por el otro que de la visión le había sobrevenido. Significando esto los otros evangelistas, es decir la confusión de la mente que sufría Pedro al hablar así, aclaran que esto le sucedió a causa del pavor. Porque Marcos dice: *No sabía lo que decía. Porque estaban aterrados* (Mc 9, 6). Y Lucas, habiendo referido lo de: *Hagamos tres tiendas, al punto añadió: Sin saber lo que decía* (Lc 9, 33). Y luego, significando que Pedro y los otros estaban llenos de temor, dice: Estaban cargados de sueño. Al despertar vieron su gloria. Llama sueño al adormecimiento que les aconteció con aquella visión. Pues así como los ojos con un fulgor excesivo quedan entenebrecidos, así les aconteció a ellos. Pues ahí no había noche sino día, y el brillo de la irradiación hería los ojos débiles.

Y ¿qué sucedió? El no habla. Tampoco Moisés, tampoco Elías. Habla aquel que es mayor que todos y más digno de fe. El Padre deja oír su voz desde la nube. ¿Por qué desde la nube? Porque siempre se presenta así. Dice David: *Hay en torno de El nube y oscuridad* (Sal 97, 2). Y también: *Haces de las nubes tu carro* (Sal 104, 3). Y luego: *Montado sobre ligera nube* (Is 19, 1). Y: *Una nube lo arrebató a sus ojos* (Hch 1, 9). Y además: *Vi venir sobre las nubes del cielo a uno como hijo de hombre* (Dn 7, 13). De modo que para que crean que la voz viene de Dios, sale de la nube; y la nube era lúcida. Pues dice el evangelista que: Aún estaba Pedro hablando cuando los cubrió una nube resplandeciente. Y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias. Escuchadlo.

Cuando Dios amenaza se muestra en una nube tenebrosa, como en el Sinaí. Pues dice la Escritura: *Moisés penetró dentro de la nube y en la tiniebla, y el humo subía*

como un vapor (Ex 24, 18). Y el profeta, hablando de las amenazas de Dios, dice: *Hizo de las tinieblas un velo, oscuridad acuosa, densas nubes* (Sal 18, 12). Pero aquí, como no intentaba aterrorizar, sino enseñar, la nube es lúcida. Pedro decía: Hagamos tres tabernáculos; pero Cristo le manifestó un tabernáculo no hecho por mano de hombres. Por eso en el Sinaí había humo y vapor de horno; acá en cambio hay inefable luz y voz. Y luego, para manifestar que no se hablaba simplemente de uno de los tres, sino solamente de Cristo, cuando llegó la voz los otros dos ya habían desaparecido. Si de uno de ellos cualquiera se hubiera hablado, no habría permanecido Cristo solo, idos ya los otros.

¿Por qué la nube no cubrió únicamente a Cristo, sino a todos juntamente? Si hubiera envuelto únicamente a Cristo, se habría podido pensar que la voz era de Cristo Por lo cual el evangelio, para confirmar en que no era voz de Cristo, añadió haber ella procedido del seno de la nube o sea de Dios. Y ¿qué dijo la voz? Este es mi Hijo amado. Si es amado, no temas, oh Pedro. Convenía que ya conocieras su virtud y su poder y que estuvieras seguro de su resurrección. Pero como aún lo ignoras, ten más confianza, a lo menos por la voz del Padre. Pues si Dios es poderoso, como de verdad lo es, también el Hijo lo es del mismo modo. En consecuencia, no temas los males. Y si aún no accedes a esto, piensa a lo menos que Cristo es el Hijo y que es amado. Pues dice el Padre: Este es mi Hijo amado. Si es amado, no temas, puesto que nadie rechaza al que ama. No te turbes, pues aunque mucho ames, no amas a Cristo más que su Padre lo ama.

En el cual me he complacido. Y lo ama no sólo por haberlo engendrado, sino porque es igual a Él en absoluto y de su misma substancia y voluntad. De manera que existe un doble y aun triple argumento de amor: porque es el Hijo, porque es amado, porque en Él se ha complacido. Pero ¿qué significa: *en el cual me he complacido*? Es como si dijera: En el cual descanso; en el cual me deleito; el que es en absoluto igual a mí y que tiene una misma voluntad con el Padre. Y dice: Escuchadlo. De modo que, si Él quiere ser crucificado, no te opongas, oh Pedro. Al oírla los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Y Jesús se acercó y tocándolos les dijo: Levantaos, no temáis. Alzando los ojos ellos no vieron a nadie sino sólo a Jesús.

¿Por qué se atemorizaron cuando oyeron la voz? Porque ya en el Jordán anteriormente había venido esa voz; y estaban presentes las turbas, pero nadie se atemorizó. Y lo mismo en la otra ocasión, cuando decían que se había producido un trueno, tampoco sufrieron nada semejante. Entonces ¿por qué en el monte cayeron sobre su rostro? Porque la soledad, la altura del monte, la quietud misma eran grandes, y el hecho de la transfiguración estaba lleno de profundo pavor y la luz era brillantísima y la nube extensa: cosas todas que les infundieron terror. De todo el conjunto brotaba un divino terror, de manera que cayeron rostro en tierra juntamente temiendo y adorando.

Mas para que aquel terror, si duraba mucho, no les quitara la memoria, al punto Cristo los libra y se le ve ya a Él solo; y les ordena que a nadie lo digan, hasta que El resucite de entre los muertos. Pues al bajar del monte les mandó Jesús diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los

muertos. Pues cuanto eran más altas las cosas que de Él se contaban, tanto más dificultoso resultaba para muchos el creerlas; y con esto además crecía el escándalo de la cruz. Por eso les ordena callar; y no lo hace simplemente, sino de nuevo recordando su Pasión, y casi diciéndoles el motivo de mandarles callar. Porque no les ordena que jamás digan a nadie estas cosas, sino hasta que él resucite de entre los muertos. De modo que callando lo duro, solamente les dijo lo que era agradable. Y ¿qué iba a suceder? ¿Que ya no se escandalizarían ellos? De ninguna manera. Pero Cristo miraba únicamente al tiempo que precedería a la cruz; puesto que después habían de recibir el Espíritu Santo. Además de que los respaldaría la voz de los milagros en lo que decían y también que todo lo que decían era aceptable, pues las cosas mismas, con mayor claridad que cualquier trompeta, predicaban el poder de Cristo y no se oponía obstáculo alguno.

Nadie en consecuencia más bienaventurado que los apóstoles; sobre todo aquellos tres que se hallaron dignos de ser envueltos por la nube juntamente con Cristo. Pero, si queremos, podemos también nosotros ver a Cristo; en verdad, no como ellos lo vieron en el monte, sino con mayor esplendor; puesto que el último día no vendrá como allá en el monte. En éste, atemperándose a los discípulos, sólo dejó ver tanto resplandor cuanto ellos podían soportar. Pero en el último día vendrá en la propia gloria del Padre, no con Moisés y Elías solamente, sino con el inmenso ejército de los ángeles, con los arcángeles, con los querubines y con la infinita multitud de aquellos espíritus. No cubrirá su cabeza con una nube, sino que el cielo todo lo envolverá. Pues, así como a los jueces, cuando han de sentenciar públicamente, los que se hallan presentes les remueven los velos, para mostrarlos así a todos al descubierto, así en aquel día todos verán a Cristo sentado a juicio; y toda la humana naturaleza se presentará ante El y El personalmente la sentenciará.

A unos les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, pues tuve hambre y me disteis de comer*. A otros: *Siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco te constituiré sobre lo mucho*. A otros, al contrario: *Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles*. Y a otros: *Siervo malo y holgazán*. A unos los hará pedazos y los entregará a los atormentadores; a otros ordenará que atados de pies y manos sean lanzados a las tinieblas exteriores. Y así tras del golpe de la segur caerán al horno. Ahí irán también a caer los que son desechados de la red. Y los justos brillarán como el sol. Más aún mejor que el sol. No se dice esto porque su luz sea igual a la del sol, sino porque no tenemos un astro más luciente que el sol. De modo que por esta comparación quiso Cristo declarar el futuro resplandor de los santos. Pues también en el monte, cuando dijo el evangelista: Brilló como el sol, habló así por igual motivo. Que aquella luz fuera superior a la que se pone: en la comparación, lo testificaron los discípulos cayendo en tierra. Si no hubiera sido una luz intensísima, sino igual a la del sol, no hubieran así caído, sino que fácilmente la habrían tolerado.

De modo que en aquel día los justos resplandecerán como el sol y más que el sol, mientras que los pecadores sufrirán castigos eternos. No se necesitarán entonces explicaciones, ni argumentos ni pruebas ni testigos. Porque el juez mismo será todo a la vez: testigo, prueba y juez. Él lo conoce todo claramente. Porque: *Todas las cosas*

están desnudas y manifiestas a sus ojos (Hb 4, 13). Nadie aparecerá ahí como rico ni como pobre, como poderoso ni como débil, como sabio o como ignorante, como siervo ni como libre; sino que quitadas todas esas máscaras, sólo se examinarán las obras. Si acá en los tribunales, cuando alguno perora sobre la tiranía o el asesinato, aun cuando el acusado sea prefecto, o cónsul, o tenga otra dignidad cual quiera, desaparecen ahí todas las insignias de dignidades, y el que queda convicto sufre el extremo castigo, con mucha mayor razón en el último día las cosas irán por esos mismos caminos.

Para que esto no nos suceda, despojémonos, os ruego, de los vestidos sórdidos y revistámonos de las armas de la luz, y entonces la gloria de Dios nos envolverá. Al fin y al cabo: ¿cuál de los preceptos es duro? ¿Cuál no es fácil? Oye lo que dice el profeta: *Ni aunque encorvares tu cuello a la manera de un collar y te acostares con saco y en ceniza, ni así será agradable tu ayuno; sino rompe las ataduras de iniquidad, deshaz los haces opresores* (Is 58, 6-7). Observa la sabiduría del profeta. Puso primero lo gravoso y lo removió, y luego ruega que consigamos la salvación por medios más fáciles, declarando de esta manera que Dios no pide trabajos sino obediencia. Y luego, para demostrar que es fácil la virtud y en cambio es gravosa la perversidad, con sus claros nombres lo expresó. Pues dice que la perversidad es cadena y constricción, en tanto que la virtud es liberación y suelta de esas cadenas.

(*Homilía sobre el Evangelio de San Mateo*, n. 53).

FRANCISCO – Ángelus 2014, 2015 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Ángelus 2014

«Subir» con la oración, escuchar a Jesús y «bajar» con la caridad fraterna

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy el Evangelio nos presenta el acontecimiento de la Transfiguración. Es la segunda etapa del camino cuaresmal: la primera, las tentaciones en el desierto, el domingo pasado; la segunda: la Transfiguración. Jesús «tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto» (*Mt* 17, 1). La montaña en la Biblia representa el lugar de la cercanía con Dios y del encuentro íntimo con Él; el sitio de la oración, para estar en presencia del Señor. Allí arriba, en el monte, Jesús se muestra a los tres discípulos transfigurado, luminoso, bellísimo; y luego aparecen Moisés y Elías, que conversan con Él. Su rostro estaba tan resplandeciente y sus vestiduras tan cándidas, que Pedro quedó iluminado, en tal medida que quería permanecer allí, casi deteniendo ese momento. Inmediatamente resuena desde lo alto la voz del Padre que proclama a Jesús su Hijo predilecto, diciendo: «Escuchadlo» (v. 5). ¡Esta palabra es importante! Nuestro Padre que dijo a los apóstoles, y también a nosotros: «Escuchad a Jesús, porque es mi Hijo predilecto». Mantengamos esta

semana esta palabra en la cabeza y en el corazón: «Escuchad a Jesús». Y esto no lo dice el Papa, lo dice Dios Padre, a todos: a mí, a vosotros, a todos, a todos. Es como una ayuda para ir adelante por el camino de la Cuaresma. «Escuchad a Jesús». No lo olvidéis.

Es muy importante esta invitación del Padre. Nosotros, discípulos de Jesús, estamos llamados a ser personas que escuchan su voz y toman en serio sus palabras. Para escuchar a Jesús es necesario estar cerca de Él, seguirlo, como hacían las multitudes del Evangelio que lo seguían por los caminos de Palestina. Jesús no tenía una cátedra o un púlpito fijos, sino que era un maestro itinerante, proponía sus enseñanzas, que eran las enseñanzas que le había dado el Padre, a lo largo de los caminos, recorriendo trayectos no siempre previsibles y a veces poco libres de obstáculos. Seguir a Jesús para escucharle. Pero también escuchamos a Jesús en su Palabra escrita, en el Evangelio. Os hago una pregunta: ¿vosotros leéis todos los días un pasaje del Evangelio? Sí, no… sí, no… Mitad y mitad… Algunos sí y algunos no. Pero es importante. ¿Vosotros leéis el Evangelio? Es algo bueno; es una cosa buena tener un pequeño Evangelio, pequeño, y llevarlo con nosotros, en el bolsillo, en el bolso, y leer un breve pasaje en cualquier momento del día. En cualquier momento del día tomo del bolsillo el Evangelio y leo algo, un breve pasaje. Es Jesús que nos habla allí, en el Evangelio. Pensad en esto. No es difícil, ni tampoco necesario que sean los cuatro: uno de los Evangelios, pequeñito, con nosotros. Siempre el Evangelio con nosotros, porque es la Palabra de Jesús para poder escucharle.

De este episodio de la Transfiguración quisiera tomar dos elementos significativos, que sintetizo en dos palabras: *subida* y *descenso*. Nosotros necesitamos ir a un lugar apartado, subir a la montaña en un espacio de silencio, para encontrarnos a nosotros mismos y percibir mejor la voz del Señor. Esto hacemos en la oración. Pero no podemos permanecer allí. El encuentro con Dios en la oración nos impulsa nuevamente a «bajar de la montaña» y volver a la parte baja, a la llanura, donde encontramos a tantos hermanos afligidos por fatigas, enfermedades, injusticias, ignorancias, pobreza material y espiritual. A estos hermanos nuestros que atraviesan dificultades, estamos llamados a llevar los frutos de la experiencia que hemos tenido con Dios, compartiendo la gracia recibida. Y esto es curioso. Cuando oímos la Palabra de Jesús, escuchamos la Palabra de Jesús y la tenemos en el corazón, esa Palabra crece. ¿Sabéis cómo crece? ¡Donándola al otro! La Palabra de Cristo crece en nosotros cuando la proclamamos, cuando la damos a los demás. Y ésta es la vida cristiana. Es una misión para toda la Iglesia, para todos los bautizados, para todos nosotros: escuchar a Jesús y donarlo a los demás. No olvidarlo: esta semana, escuchad a Jesús. Y pensad en esta cuestión del Evangelio: ¿lo haréis? ¿Haréis esto? Luego, el próximo domingo me diréis si habéis hecho esto: llevar un pequeño Evangelio en el bolsillo o en el bolso para leer un breve pasaje durante el día.

Y ahora dirijámonos a nuestra Madre María, y encomendémonos a su guía para continuar con fe y generosidad este itinerario de la Cuaresma, aprendiendo un poco más a «subir» con la oración y escuchar a Jesús y a «bajar» con la caridad fraterna, anunciando a Jesús.

A todos deseo un feliz domingo y un buen almuerzo. ¡Hasta la vista!

***

Ángelus 2015

El amor transfigura todo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El domingo pasado la liturgia nos presentó a Jesús tentado por Satanás en el desierto, pero victorioso en la tentación. A la luz de este Evangelio, hemos tomado nuevamente conciencia de nuestra condición de pecadores, pero también de la victoria sobre el mal donada a quienes inician el camino de conversión y que, como Jesús, quieren hacer la voluntad del Padre. En este segundo domingo de Cuaresma, la Iglesia nos indica *la meta* de este itinerario de conversión, es decir, la participación en la *gloria de Cristo*, que resplandece en el rostro del Siervo obediente, muerto y resucitado por nosotros.

El pasaje evangélico narra el acontecimiento de la Transfiguración, que se sitúa en la cima del ministerio público de Jesús. Él está en camino hacia Jerusalén, donde se cumplirán las profecías del «Siervo de Dios» y se consumará su sacrificio redentor. La multitud no entendía esto: ante las perspectivas de un Mesías que contrasta con sus expectativas terrenas, lo abandonaron. Pero ellos pensaban que el Mesías sería un liberador del dominio de los romanos, un liberador de la patria, y esta perspectiva de Jesús no les gusta y lo abandonan. Incluso los Apóstoles no entienden las palabras con las que Jesús anuncia el cumplimiento de su misión en la pasión gloriosa, ¡no comprenden! Jesús entonces toma la decisión de mostrar a Pedro, Santiago y Juan una anticipación de su gloria, la que tendrá después de la resurrección, para confirmarlos en la fe y alentarlos a seguirlo por la senda de la prueba, por el camino de la Cruz. Y, así, sobre un monte alto, inmerso en oración, se transfigura delante de ellos: su rostro y toda su persona irradian una luz resplandeciente. Los tres discípulos están asustados, mientras una nube los envuelve y desde lo alto resuena —como en el Bautismo en el Jordán— la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo» (*Mc* 9, 7). Jesús es el Hijo hecho Siervo, enviado al mundo para realizar a través de la Cruz el proyecto de la salvación, para salvarnos a todos nosotros. Su adhesión plena a la voluntad del Padre hace su *humanidad transparente a la gloria de Dios, que es el Amor*.

Jesús se revela así como el icono perfecto del Padre, la irradiación de su gloria. Es el cumplimiento de la revelación; por eso junto a Él transfigurado aparecen Moisés y Elías, que representan la Ley y los Profetas, para significar que todo termina y comienza en Jesús, en su pasión y en su gloria.

La consigna para los discípulos y para nosotros es esta: «¡Escuchadlo!». Escuchad a Jesús. Él es el Salvador: seguidlo. Escuchar a Cristo, en efecto, lleva a *asumir la lógica de su misterio pascual*, ponerse en camino con Él para hacer de la propia vida un don de amor para los demás, en dócil obediencia a la voluntad de Dios, con una actitud de desapego de las cosas mundanas y de libertad interior. Es necesario, en otras palabras, estar dispuestos a «perder la propia vida» (cf. *Mc* 8, 35),

entregándola a fin de que todos los hombres se salven: así, nos encontraremos en la felicidad eterna. El camino de Jesús nos lleva siempre a la felicidad, ¡no lo olvidéis! El camino de Jesús nos lleva siempre a la felicidad. Habrá siempre una cruz en medio, pruebas, pero al final nos lleva siempre a la felicidad. Jesús no nos engaña, nos prometió la felicidad y nos la dará si vamos por sus caminos.

Con Pedro, Santiago y Juan subamos también nosotros hoy al monte de la Transfiguración y permanezcamos en contemplación del rostro de Jesús, para acoger su mensaje y traducirlo en nuestra vida; para que también nosotros podamos ser transfigurados por el Amor. En realidad, el amor es capaz de transfigurar todo. ¡El amor transfigura todo! ¿Creéis en esto? Que la Virgen María, que ahora invocamos con la oración del Ángelus, nos sostenga en este camino.

***

Ángelus 2017

Jesús en la cruz es el símbolo de la fe cristiana

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este segundo domingo de Cuaresma nos presenta la narración de la Transfiguración de Jesús (cf. *Mateo* 17, 1-9). Se lleva aparte a tres apóstoles: Pedro, Santiago y Juan, Él subió con ellos a un monte alto, y allí ocurrió este singular fenómeno: el rostro de Jesús «se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz» (v. 2). De tal manera el Señor hizo resplandecer en su misma persona la gloria divina que se podía percibir con la fe en su predicación y en sus gestos milagrosos. Y la transfiguración es acompañada, en el monte, con la aparición de Moisés y de Elías, «que conversaban con él» (v. 3).

La "luminosidad" que caracteriza este evento extraordinario simboliza el objetivo: iluminar las mentes y los corazones de los discípulos para que puedan comprender claramente quién es su Maestro. Es un destello de luz que se abre de repente sobre el misterio de Jesús e ilumina toda su persona y toda su historia.

Ya en marcha hacia Jerusalén, donde deberá padecer la condena a muerte por crucifixión, Jesús quiere preparar a los suyos para este escándalo —el escándalo de la cruz—, para este escándalo demasiado fuerte para su fe y, al mismo tiempo, preanunciar su resurrección, manifestándose como el Mesías, el Hijo de Dios. Y Jesús les prepara para ese momento triste y de tanto dolor. En efecto, Jesús estaba demostrando ser un Mesías diverso respecto a lo que se esperaba, a lo que ellos imaginaban sobre el Mesías, como fuese el Mesías: no un rey potente y glorioso, sino un siervo humilde y desarmado; no un señor de gran riqueza, signo de bendición, sino un hombre pobre que no tiene donde apoyar su cabeza; no un patriarca con numerosa descendencia, sino un célibe sin casa ni nido. Es de verdad una revelación de Dios invertida, y el signo más desconcertante de esta escandalosa inversión es la cruz. Pero precisamente a través de la cruz Jesús alcanzará la gloriosa resurrección, que será definitiva, no como esta transfiguración que duró un momento, un instante.

Jesús transfigurado sobre el monte Tabor quiso mostrar a sus discípulos su gloria no para evitarles pasar a través de la cruz, sino para indicar a dónde lleva la cruz. Quien muere con Cristo, con Cristo resurgirá. Y la cruz es la puerta de la resurrección. Quien lucha junto a Él, con Él triunfará. Este es el mensaje de esperanza que la cruz de Jesús contiene, exhortando a la fortaleza en nuestra existencia. La Cruz cristiana no es un ornamento de la casa o un adorno para llevar puesto, la cruz cristiana es un llamamiento al amor con el cual Jesús se sacrificó para salvar a la humanidad del mal y del pecado. En este tiempo de Cuaresma, contemplamos con devoción la imagen del crucifijo, Jesús en la cruz: ese es el símbolo de la fe cristiana, es el emblema de Jesús, muerto y resucitado por nosotros. Hagamos que la cruz marque las etapas de nuestro itinerario cuaresmal para comprender cada vez más la gravedad del pecado y el valor del sacrificio con el cual el Redentor nos ha salvado a todos nosotros. La Virgen Santa supo contemplar la gloria de Jesús escondida en su humanidad. Nos ayude a estar con Él en la oración silenciosa, a dejarnos iluminar por su presencia, para llevar en el corazón, a través de las noches más oscuras, un reflejo de su gloria.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Ángelus 2008

Escuchar a Jesús, seguirlo por el camino de la cruz, esperar en la resurrección

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer se concluyeron aquí, en el palacio apostólico, los ejercicios espirituales durante los cuales, como todos los años, se unieron en la oración y en la meditación el Papa y sus colaboradores de la Curia romana. Doy las gracias a cuantos nos han acompañado espiritualmente: el Señor los recompense por su generosidad.

Hoy, segundo domingo de Cuaresma, prosiguiendo el camino penitencial, la liturgia, después de habernos presentado el domingo pasado el evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a reflexionar sobre el acontecimiento extraordinario de la Transfiguración en el monte. Considerados juntos, ambos episodios anticipan el misterio pascual: la lucha de Jesús con el tentador preludia el gran duelo final de la Pasión, mientras la luz de su cuerpo transfigurado anticipa la gloria de la Resurrección. Por una parte, vemos a Jesús plenamente hombre, que comparte con nosotros incluso la tentación; por otra, lo contemplamos como Hijo de Dios, que diviniza nuestra humanidad. De este modo, podríamos decir que estos dos domingos son como dos pilares sobre los que se apoya todo el edificio de la Cuaresma hasta la Pascua, más aún, toda la estructura de la vida cristiana, que consiste esencialmente en el dinamismo pascual: de la muerte a la vida.

El monte —tanto el Tabor como el Sinaí— es el lugar de la cercanía con Dios. Es el espacio elevado, con respecto a la existencia diaria, donde se respira el aire puro de la creación. Es el lugar de la oración, donde se está en la presencia del Señor, como Moisés y Elías, que aparecen junto a Jesús transfigurado y hablan con él del *éxodo* que le espera en Jerusalén, es decir, de su Pascua.

La Transfiguración es un acontecimiento de oración: orando, Jesús se sumerge en Dios, se une íntimamente a él, se adhiere con su voluntad humana a la voluntad de amor del Padre, y así la luz lo invade y aparece visiblemente la verdad de su ser: él es Dios, Luz de Luz. También el vestido de Jesús se vuelve blanco y resplandeciente. Esto nos hace pensar en el Bautismo, en el vestido blanco que llevan los neófitos. Quien renace en el Bautismo es revestido de luz, anticipando la existencia celestial, que el Apocalipsis representa con el símbolo de las vestiduras blancas (cf. *Ap* 7, 9. 13).

Aquí está el punto crucial: la Transfiguración es anticipación de la resurrección, pero esta presupone la muerte. Jesús manifiesta su gloria a los Apóstoles, a fin de que tengan la fuerza para afrontar el escándalo de la cruz y comprendan que es necesario pasar a través de muchas tribulaciones para llegar al reino de Dios. La voz del Padre, que resuena desde lo alto, proclama que Jesús es su Hijo predilecto, como en el bautismo en el Jordán, añadiendo: *Escuchadlo* (*Mt* 17, 5). Para entrar en la vida eterna es necesario escuchar a Jesús, seguirlo por el camino de la cruz, llevando en el corazón, como él, la esperanza de la resurrección. *Spe salvi*, salvados en esperanza. Hoy podemos decir: *Transfigurados en esperanza*.

Dirigiéndonos ahora con la oración a María, reconozcamos en ella a la criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo, y encomendémonos a su guía para recorrer con fe y generosidad el itinerario de la Cuaresma.

***

Ángelus 2011

Escuchar la Palabra de Dios y seguir a Jesús

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor que me ha permitido vivir en estos días los Ejercicios Espirituales, y estoy agradecido a cuantos han estado cerca de mí con la oración. El domingo de hoy, segundo de Cuaresma, es llamado de la Transfiguración, porque el Evangelio narra este misterio de la vida de Cristo. Él, tras haber preanunciado a sus discípulos su pasión, "tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz" (*Mt* 17, 1-2). Según los sentidos, la luz del sol es la más intensa que se conoce en la naturaleza, pero, según el espíritu, los discípulos vieron, por un breve tiempo, un esplendor aún más intenso, el de la gloria divina de Jesús, que ilumina toda la historia de la salvación. San Máximo el Confesor afirma que "las vestiduras blancas llevaban el símbolo de las palabras de la Sagrada Escritura, que se volvían claras y transparentes y luminosas" (*Ambiguum* 10).

Dice el Evangelio que, junto a Jesús transfigurado, "aparecieron Moisés y Elías y conversaban con él" (*Mt* 17, 3); Moisés y Elías, figura de la Ley y de los Profetas. Fue entonces cuando Pedro, extasiado, exclamó: "Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantaré aquí mismo tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías" (*Mt* 17, 4). Pero san Agustín comenta diciendo que nosotros tenemos sólo una morada: Cristo; Él "es la Palabra de Dios, Palabra de Dios en la Ley, Palabra de Dios en los Profetas" (*Sermo De Verbis Ev*. 78, 3). De hecho, el Padre mismo proclama: "Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escuchadle" (*Mt* 17, 5). La Transfiguración no es un cambio de Jesús, sino que es la revelación de su divinidad, "la íntima compenetración de su ser con Dios, que se convierte en pura luz. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz" (*Jesús de Nazaret*, Milán 2007). Pedro, Santiago y Juan, contemplando la divinidad del Señor, son preparados para afrontar el escándalo de la cruz, como se canta en un antiguo himno: "En el monte te transfiguraste y tus discípulos, en cuanto eran capaces, contemplaron tu gloria, para que, viéndote crucificado, comprendieran que tu pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que tú eres verdaderamente el esplendor del Padre" (t. 6, Roma 1901, 341).

Queridos amigos, participemos también nosotros de esta visión y de este don sobrenatural, dando espacio a la oración y a la escucha de la Palabra de Dios. Además, especialmente en este tiempo de Cuaresma, os exhorto, como escribe el Siervo de Dios Pablo VI, "a responder al precepto divino de la penitencia con algún acto voluntario, además de las renuncias impuestas por el peso de la vida cotidiana" (Const. ap. *Pœnitemini*, 17 de febrero de 1966). Invoquemos a la Virgen María, para que nos ayude a escuchar y seguir siempre al Señor Jesús, hasta la pasión y la cruz, para participar también en su gloria.

***

Homilía en la Misa de Dedicación de una iglesia, 20 de marzo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho estar entre vosotros para celebrar un acontecimiento tan significativo como es la dedicación a Dios y al servicio de la comunidad de esta iglesia en honor de san Corbiniano. La Providencia ha querido que este encuentro tenga lugar el segundo domingo de Cuaresma, que se caracteriza por el Evangelio de la Transfiguración de Jesús. Por eso, hoy se unen dos elementos, ambos muy importantes: por una parte, el misterio de la Transfiguración y, por otra, el del templo, es decir, de la casa de Dios en medio de vuestras casas. Las lecturas bíblicas que hemos escuchado han sido elegidas para iluminar estos dos aspectos.

La Transfiguración. El evangelista Mateo nos ha narrado lo que aconteció cuando Jesús subió a un monte alto llevando consigo a tres de sus discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Mientras estaban en lo alto del monte, ellos solos, el rostro de Jesús se volvió resplandeciente, al igual que sus vestidos. Es lo que llamamos «Transfiguración»: un misterio luminoso, confortante. ¿Cuál es su significado? La Transfiguración es una revelación de la persona de Jesús, de su realidad profunda. De hecho, los testigos oculares de ese acontecimiento, es decir, los tres Apóstoles, quedaron cubiertos por

una nube, también ella luminosa —que en la Biblia anuncia siempre la presencia de Dios— y oyeron una voz que decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo» (Mt 17, 5). Con este acontecimiento los discípulos se preparan para el misterio pascual de Jesús: para superar la terrible prueba de la pasión y también para comprender bien el hecho luminoso de la resurrección.

El relato habla también de Moisés y Elías, que se aparecieron y conversaban con Jesús. Efectivamente, este episodio guarda relación con otras dos revelaciones divinas. Moisés había subido al monte Sinaí, y allí había tenido la revelación de Dios. Había pedido ver su gloria, pero Dios le había respondido que no lo vería cara a cara, sino sólo de espaldas (cf. Ex 33, 18-23). De modo análogo, también Elías tuvo una revelación de Dios en el monte: una manifestación más íntima, no con una tempestad, ni con un terremoto o con el fuego, sino con una brisa ligera (cf. 1 R 19, 11-13). A diferencia de estos dos episodios, en la Transfiguración no es Jesús quien tiene la revelación de Dios, sino que es precisamente en él en quien Dios se revela y quien revela su rostro a los Apóstoles. Así pues, quien quiera conocer a Dios, debe contemplar el rostro de Jesús, su rostro transfigurado: Jesús es la perfecta revelación de la santidad y de la misericordia del Padre. Además, recordemos que en el monte Sinaí Moisés tuvo también la revelación de la voluntad de Dios: los diez Mandamientos. E igualmente en el monte Elías recibió de Dios la revelación divina de una misión por realizar. Jesús, en cambio, no recibe la revelación de lo que deberá realizar: ya lo conoce. Más bien son los Apóstoles quienes oyen, en la nube, la voz de Dios que ordena: «Escuchadlo». La voluntad de Dios se revela plenamente en la persona de Jesús. Quien quiera vivir según la voluntad de Dios, debe seguir a Jesús, escucharlo, acoger sus palabras y, con la ayuda del Espíritu Santo, profundizarlas. Esta es la primera invitación que deseo haceros, queridos amigos, con gran afecto: creced en el conocimiento y en el amor a Cristo, como individuos y como comunidad parroquial; encontradlo en la Eucaristía, en la escucha de su Palabra, en la oración, en la caridad (…).

Queridos amigos de san Corbiniano, el Señor Jesús, que llevó a los Apóstoles al monte a orar y les manifestó su gloria, hoy nos ha invitado a nosotros a esta nueva iglesia: aquí podemos escucharlo, aquí podemos reconocer su presencia al partir el Pan eucarístico, y de este modo llegar a ser Iglesia viva, templo del Espíritu Santo, signo del amor de Dios en el mundo. Volved a vuestras casas con el corazón lleno de gratitud y de alegría, porque formáis parte de este gran edificio espiritual que es la Iglesia. A la Virgen María encomendamos nuestro camino cuaresmal, así como el de la toda la Iglesia. Que la Virgen, que siguió a su Hijo Jesús hasta la cruz, nos ayude a ser discípulos fieles de Cristo, para poder participar juntamente con ella en la alegría de la Pascua. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Evangelio del II domingo de Cuaresma

64. El pasaje evangélico del II domingo de Cuaresma es siempre la narración de la Transfiguración. Es curioso cómo la gloriosa e inesperada transfiguración del cuerpo de Jesús, en presencia de los tres discípulos elegidos, tiene lugar inmediatamente después de la primera predicación de la Pasión. (Estos tres discípulos – Pedro, Santiago y Juan – también estarán con Jesús durante la agonía en Getsemaní, la víspera de la Pasión). En el contexto de la narración, en cada uno de los tres Evangelios, Pedro, apenas ha confesado su fe en Jesús como Mesías. Jesús acepta esta confesión, pero inmediatamente se dirige a los discípulos y les explica qué tipo de Mesías es él: «empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día». Sucesivamente pasa a enseñar qué implica seguir al Mesías: «El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga». Es después de este evento, cuando Jesús toma a los tres discípulos y los lleva a lo alto de un monte, y es allí donde su cuerpo resplandece de la gloria divina; y se les aparecen Moisés y Elías, que conversaban con Jesús. Estaban todavía hablando, cuando una nube, signo de la presencia divina, como había sucedido en el monte Sinaí, le envolvió junto a sus discípulos. De la nube se elevó una voz, así como en el Sinaí el trueno advertía que Dios estaba hablando con Moisés y le entregaba la Ley, la Torah. Esta es la voz del Padre, que revela la identidad más profunda de Jesús y la testimonia diciendo: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo» (Mc 9, 7).

65. Muchos temas y modelos puestos en evidencia en el presente ***Directorio*** se concentran en esta sorprendente escena. Ciertamente, cruz y gloria están asociadas. Claramente, todo el Antiguo Testamento, representado por Moisés y Elías, afirma que la cruz y la gloria están asociadas. El homileta debe abordar estos argumentos y explicarlos. Probablemente, la mejor síntesis del significado de tal misterio nos la ofrecen las bellísimas palabras del prefacio de este domingo. El sacerdote, iniciando la oración eucarística, en nombre de todo el pueblo, da gracias a Dios por medio de Cristo nuestro Señor, por el misterio de la Transfiguración: «Él, después de anunciar su muerte a los discípulos les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la Resurrección». Con estas palabras, en este día, la comunidad se abre a la oración eucarística.

66. En cada uno de los pasajes de los Sinópticos, la voz del Padre identifica en Jesús a su Hijo amado y ordena: «Escuchadlo». En el centro de esta escena de gloria trascendente, la orden del Padre traslada la atención sobre el camino que lleva a la gloria. Es como si dijese: «Escuchadlo, en él está la plenitud de mi amor, que se revelará en la cruz». Esta enseñanza es una nueva Torah, la nueva Ley del Evangelio, dada en el monte santo poniendo en el centro la gracia del Espíritu Santo, otorgada a cuantos depositan su fe en Jesús y en los méritos de su cruz. Porque él enseña este camino, la gloria resplandece del cuerpo de Jesús y viene revelado por el Padre como el Hijo amado. ¿Quizá no estemos aquí adentrándonos en el corazón del misterio

trinitario? En la gloria del Padre vemos la gloria del Hijo, inseparablemente unida a la cruz. El Hijo revelado en la Transfiguración es «luz de luz», como afirma el Credo; este momento de las Sagradas Escrituras es, ciertamente, una de las más fuertes autoridades para la fórmula del Credo.

67. La Transfiguración ocupa un lugar fundamental en el Tiempo de Cuaresma, ya que todo el Leccionario Cuaresmal es una guía que prepara al elegido entre los catecúmenos para recibir los sacramentos de la iniciación en la Vigilia pascual, así como prepara a todos los fieles para renovarse en la nueva vida a la que han renacido. Si el I domingo de Cuaresma es una llamada particularmente eficaz a la solidaridad que Jesús comparte con nosotros en la tentación, el II domingo nos recuerda que la gloria resplandeciente del cuerpo de Jesús es la misma que él quiere compartir con todos los bautizados en su Muerte y Resurrección. El homileta, para dar fundamento a esto, puede justamente acudir a las palabras y a la autoridad de san Pablo, quien afirma que "Cristo transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa" (Fil 3, 21). Este versículo se encuentra en la segunda lectura del ciclo C, pero, cada año, puede poner de relieve cuanto hemos apuntado.

68. En este domingo, mientras los fieles se acercan en procesión a la Comunión, la Iglesia hace cantar en la antífona las palabras del Padre escuchadas en el Evangelio: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Lo que los tres discípulos escogidos escuchan y contemplan en la Transfiguración viene ahora exactamente a converger con el acontecimiento litúrgico, en el que los fieles reciben el Cuerpo y la Sangre del Señor. En la ***oración después de la Comunión*** damos gracias a Dios porque «nos haces partícipes, ya en este mundo, de los bienes eternos de tu reino». Mientras están allí arriba, los discípulos ven la gloria divina resplandecer en el Cuerpo de Jesús. Mientras están aquí abajo, los fieles reciben su Cuerpo y Sangre y escuchan la voz del Padre que les dice en la intimidad de sus corazones: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo».

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Transfiguración

Una visión anticipada del Reino: La Transfiguración.

554. A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro "comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día" (Mt 16, 21): Pedro rechazó este anuncio (cf. Mt 16, 22-23), los otros no lo comprendieron mejor (cf. Mt 17, 23; Lc 9, 45). En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la Transfiguración de Jesús (cf. Mt 17, 1-8 par.: 2 P 1, 16-18), sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por él: Pedro, Santiago y Juan. El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le "hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén" (Lc 9, 31). Una nube les cubrió y se oyó una voz desde el cielo que decía: "Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle" (Lc 9, 35).

555. Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para "entrar en su gloria" (Lc 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (cf. Lc 24, 27). La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios (cf. Is 42, 1). La nube indica la presencia del Espíritu Santo: "Tota Trinitas apparuit: Pater in voce; Filius in homine, Spiritus in nube clara" ("Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa" (Santo Tomás, s.th. 3, 45, 4, ad 2):

Tú te has transfigurado en la montaña, y, en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado Tu Gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado comprendiesen que Tu Pasión era voluntaria y anunciasen al mundo que Tú eres verdaderamente la irradiación del Padre (Liturgia bizantina, Kontakion de la Fiesta de la Transfiguración,)

556. En el umbral de la vida pública se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua, la Transfiguración. Por el bautismo de Jesús "fue manifestado el misterio de la primera regeneración": nuestro bautismo; la Transfiguración "es el sacramento de la segunda regeneración": nuestra propia resurrección (Santo Tomás, s.th. 3, 45, 4, ad 2). Desde ahora nosotros participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo que actúa en los sacramentos del Cuerpo de Cristo. La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo "el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo" (Flp 3, 21). Pero ella nos recuerda también que "es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios" (Hch 14, 22):

Pedro no había comprendido eso cuando deseaba vivir con Cristo en la montaña (cf. Lc 9, 33). Te ha reservado eso, oh Pedro, para después de la muerte. Pero ahora, él mismo dice: Desciende para penar en la tierra, para servir en la tierra, para ser despreciado y crucificado en la tierra. La Vida desciende para hacerse matar; el Pan desciende para tener hambre; el Camino desciende para fatigarse andando; la Fuente desciende para sentir la sed; y tú, ¿vas a negarte a sufrir? (S. Agustín, serm. 78, 6).

568. La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los Apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un "monte alto" prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: "la esperanza de la gloria" (Col 1, 27) (cf. S. León Magno, serm. 51, 3).

La obediencia de Abrahán

Dios elige a Abraham

59. Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abraham llamándolo "fuera de su tierra, de su patria y de su casa" (Gn 12, 1), para hacer de él "Abraham", es decir, "el padre de una multitud de naciones" (Gn 17, 5): "En ti serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gn 12, 3 LXX; cf. Ga 3, 8).

Abraham, "el padre de todos los creyentes"

145. La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: "Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Hb 11, 8; cf. Gn 12, 1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23, 4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11, 17).

146. Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (Hb 11, 1). "Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia" (Rom 4, 3; cf. Gn 15, 6). Gracias a esta "fe poderosa" (Rom 4, 20), Abraham vino a ser "el padre de todos los creyentes" (Rom 4, 11.18; cf. Gn 15, 15).

La Promesa y la oración de la fe

2570. Cuando Dios le llama, Abraham parte "como se lo había dicho el Señor" (Gn 12, 4): todo su corazón se somete a la Palabra y obedece. La obediencia del corazón a Dios que llama es esencial a la oración, las palabras tienen un valor relativo. Por eso, la oración de Abraham se expresa primeramente con hechos: hombre de silencio, en cada etapa construye un altar al Señor. Solamente más tarde aparece su primera oración con palabras: una queja velada recordando a Dios sus promesas que no parecen cumplirse (cf Gn 15, 2-3). De este modo surge desde los comienzos uno de los aspectos de la tensión dramática de la oración: la prueba de la fe en la fidelidad a Dios.

2571. Habiendo creído en Dios (cf Gn 15, 6), marchando en su presencia y en alianza con él (cf Gn 17, 2), el patriarca está dispuesto a acoger en su tienda al Huésped misterioso: es la admirable hospitalidad de Mambré, preludio a la anunciación del verdadero Hijo de la promesa (cf Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38). Desde entonces, habiéndole confiado Dios su Plan, el corazón de Abraham está en consonancia con la compasión de su Señor hacia los hombres y se atreve a interceder por ellos con una audaz confianza (cf Gn 18, 16-33).

2572. Como última purificación de su fe, se le pide al "que había recibido las promesas" (Hb 11, 17) que sacrifique al hijo que Dios le ha dado. Su fe no vacila: "Dios proveerá el cordero para el holocausto" (Gn 22, 8), "pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos" (Hb 11, 19). Así, el padre de los creyentes se hace semejante al Padre que no perdonará a su propio Hijo, sino que lo entregará por todos nosotros (cf Rm 8, 32). La oración restablece al hombre en la semejanza con Dios y le hace participar en la potencia del amor de Dios que salva a la multitud (cf Rm 4, 16-21).

La promesa de Dios a Abrahán se cumple en Cristo

706. Contra toda esperanza humana, Dios promete a Abraham una descendencia, como fruto de la fe y del poder del Espíritu Santo (cf. Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38. 54-55; Jn 1, 12-13; Rm 4, 16-21). En ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf. Gn 12, 3). Esta descendencia será Cristo (cf. Ga 3, 16) en quien la efusión del Espíritu Santo formará "la unidad de los hijos de Dios dispersos" (cf. Jn 11, 52). Comprometiéndose con juramento (cf. Lc 1, 73), Dios se obliga ya al don de su Hijo

Amado (cf. Gn 22, 17-19; Rm 8, 32; Jn 3, 16) y al don del "Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda … para redención del Pueblo de su posesión" (Ef 1, 13-14; cf. Ga 3, 14).

La llamada a la santidad

IV LA SANTIDAD CRISTIANA

2012. "Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman…a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a ésos también los llamó; y a los que llamó, a ésos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó" (Rm 8, 28-30).

2013. "Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad" (LG 40). Todos son llamados a la santidad: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48):

Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen, y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos (LG 40).

2014. El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama "mística", porque participa en el misterio de Cristo mediante los sacramentos –"los santos misterios"- y, en él, en el misterio de la Santa Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con él, aunque gracias especiales o signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para así manifestar el don gratuito hecho a todos.

2028. "Todos los fieles…son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad" (LG 40). "La perfección cristiana sólo tiene un límite: el de no tener límite" (S. Gregorio de Nisa, v. Mos.).

2813. En el agua del bautismo, hemos sido "lavados, santificados, justificados en el Nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6, 11). A lo largo de nuestra vida, nuestro Padre "nos llama a la santidad" (1 Ts 4, 7) y como nos viene de él que "estemos en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros santificación" (1 Co 1, 30), es cuestión de su Gloria y de nuestra vida el que su Nombre sea santificado en nosotros y por nosotros. Tal es la exigencia de nuestra primera petición.

¿Quién podría santificar a Dios puesto que él santifica? Inspirándonos nosotros en estas palabras 'Sed santos porque yo soy santo' (Lv 20, 26), pedimos que, santificados por el bautismo, perseveremos en lo que hemos comenzado a ser. Y lo pedimos todos los días porque faltamos diariamente y debemos purificar nuestros pecados por una santificación incesante… Recurrimos, por tanto, a la oración para que esta santidad permanezca en nosotros (San Cipriano, Dom orat. 12).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Se transfiguró delante de ellos

El Evangelio del segundo Domingo de Cuaresma es el de la transfiguración de Jesús:

«Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos».

Resumo el suceso para que nos esté presente. Jesús sube a un monte, que la tradición identifica con el actual monte Tabor, y allí tiene lugar algo extraordinario. En un cierto punto una luz deslumbrante lo envuelve; aparecen Moisés y Elías; se escucha la voz del Padre, que proclama: «Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Hay tal aire de paz y bienestar que Pedro exclama: «Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas...»

Intentemos considerar la transfiguración sólo desde el punto de vista de los tres discípulos. ¿Qué les sucede a ellos? Aquel momento, ¿qué les significó para ellos? Hasta entonces habían conocido a Jesús en su aspecto externo, un hombre no diferente de los demás, del que conocían su proveniencia, sus costumbres, el timbre de su voz... Ahora, conocen a otro Jesús, al verdadero Jesús, aquel a quien no se le consigue ver con los ojos de todos los días, a la luz normal del sol, sino que es fruto de una revelación imprevista, de un cambio, de un don.

Ahora bien, yo quisiera tomar el bosquejo de este suceso para una reflexión que nos afecta de cerca y que nos permite llevar adelante, al mismo tiempo, aquel nuestro proyecto de dedicar las reflexiones cuaresmales a la persona de Jesucristo. Declaro que esta será una disertación claramente de fe, no buena del mismo modo para todos, creyentes e indiferentes. Pero, si yo fuese un no-creyente lo que me daría más fastidio sería precisamente el verme presentar la fe como una píldora edulcorada, tranquilizante, que no pide nada más de quien escucha si no es un poco de tolerancia. Lo que quisiera, por el contrario, teniendo fe, sería que la Iglesia me exponga su mensaje hasta el fondo, sin aguarlo, dejándome después a mí naturalmente la plena libertad de decidir si lo acepto o no.

Con este espíritu, por lo tanto, nos preguntamos: ¿qué les falta a los cristianos de hoy? ¿Por qué la fe y las prácticas religiosas están en declive y no parecen constituir en verdad, al menos para la mayoría, el punto de fuerza en su vida? ¿Por qué el aburrimiento, el cansancio, la fatiga en solucionar los propios deberes de los creyentes? ¿Por qué los jóvenes no se sienten atraídos? ¿Por qué, en suma, este grisáceo color en la vida y esta falta de alegría entre los que creen en Cristo?

¿Queréis saber mi respuesta? ¡Porque el nuestro es un cristianismo sin Cristo! ¡Cómo sin Cristo, diréis, si no se hace más que hablar y escribir sobre él! Sí; pero, es un Cristo impersonal, lejano, que no nos inquieta de cerca, un extraño, incluso aunque nos sea conocido. Un *argumento,* más que una *persona* viva y verdadera y un amigo.

Para que las cosas cambien también para nosotros, como cambiaron para los tres discípulos en el Tabor, es necesario que en nuestra vida suceda algo semejante a lo que les ocurre a un joven o a una chica cuando se enamoran. La comparación no parece fuera de lugar desde el momento que ha sido el mismo Jesús quien se ha comparado a un esposo y quien ha comparado a sus discípulos a las «diez vírgenes que esperan al esposo para entrar con él al banquete de bodas» (cfr. *Mateo* 25, 1-13).

¿Qué sucede con el enamoramiento? Para saberlo no es necesario haber leído muchos libros de psicología. Es algo que todos observamos alrededor de nosotros en la vida, incluso quien, como yo, no ha tenido una experiencia personal. El otro, el amado, el que antes era uno de tantos o posiblemente un desconocido, de repente, llega a ser el único, el solo en el mundo que nos interesa. Todo el resto va detrás y se coloca como sobre un trasfondo neutro. El corazón, los pensamientos, que antes vagaban de un objeto a otro y de una persona a otra, ahora se han como fijado sobre un único objeto. Ya no se es capaz de pensar en otra cosa.

Tiene lugar una verdadera y propia transfiguración. La persona amada viene contemplada como con un halo luminoso. Todo aparece bello en ella, hasta los defectos. En todo caso, uno hasta se siente indigno de ella. El verdadero amor engendra humildad. Y se quisiera que toda la vida fuese siempre así. Es una nueva alegría de vivir, un nuevo empuje para afrontar los deberes.

Algo cambia además concretamente en las propias costumbres de la vida. He conocido a muchachos que los padres no conseguían sacarles de la cama por la mañana para hacerles ir a clase e incluso si se les encontraba un trabajo para ellos, después de poco tiempo, lo abandonaban; o dejaban los estudios sin laurearse nunca... Después, he aquí que, una vez que están enamoradísimos de alguien y han llegado a ser novios, saltan de la cama por la mañana y están impacientes por terminar los estudios o si tienen un trabajo se lo tienen como muy apreciado.

¿Qué ha sucedido? Nada, simplemente lo que antes hacían por *obligación,* ahora lo hacen por *atracción*. Y la atracción es capaz de hacer que se hagan cosas que ninguna obligación consigue que se hagan; pone alas a los pies. «Cada uno, decía el poeta Ovidio, es atraído por el objeto del propio placer». Algo de este género, os decía yo, debiera sucedernos alguna vez en la vida para llegar a ser cristianos verdaderos, convencidos y alegres de serlo.

La desgracia de nuestro cristianismo es que casi todo lo hacemos por obligación, como si fuese un canon que hay que pagar a alguien. No conocemos qué significa ser atraídos. Y la razón es porque damos poco espacio al Espíritu Santo, que es la fuerza que «atrae» hacia Dios y que hace a Dios «atrayente».

Me diréis: pero, la muchacha o el muchacho se ve, se toca. Respondo, también Jesús se ve y se toca. Pero, con otros ojos y con otras manos: las del corazón, las de la fe. Él ha resucitado y está vivo. Es un ser concreto, no es una abstracción, para quien le experimenta y le conoce. Es más, con Jesús las cosas van aún mejor. En el enamoramiento humano, ay de mí, se engaña frecuentemente atribuyendo al amado cualidades que posiblemente no tiene y que con el tiempo se siente obligado a volver a

creérselas. En el caso de Jesús, cuanto más se le conoce y se está juntos, más se descubren nuevos motivos para estar orgullosos de él y confirmados en la propia elección.

El ejemplo más fuerte de la diferencia que el descubrimiento de Jesús puede conseguir en la vida de una persona es san Pablo. Yo, cuenta en una carta suya, era una persona recién «llegada» a la vida, moralmente inaceptable, perteneciente a la flor y nata del pueblo elegido. (Se había formado, en Jerusalén, en la escuela de uno de los más renombrados maestros hebreos del tiempo, ¡una especie de Sorbona o de Oxford para aquel tiempo!). Pero, continúa, lo que para mí había sido una ganancia y motivo de vanagloria llegó a ser pérdida, basura, en el momento en que en el horizonte de mi vida se presentó Jesucristo mi Señor. Con él se me abrió delante un nuevo horizonte: no el de una realización personal mía de breve duración, sino con la posibilidad de compartir el mismo destino de Cristo, y esto durante la eternidad. Desde aquel momento, tengo un solo deseo: conocerle y conquistarle desde el momento en que yo mismo he sido «conquistado» por él (cfr. *Filipenses* 3, 4-12).

El encuentro con Cristo ha partido la vida de Saulo en dos partes; ha creado un «antes» y un «después». Y esto es lo que le sucede cada vez a una persona que encuentra a Cristo de este modo tan profundo y verdadero. Un gran escritor del siglo IV, que se había convertido cuando ya estaba avanzado en años y casado, Hilario de Poitiers, en una oración llega a decir a Cristo: «Antes de conocerte, yo no existía».

Alguno podría decir: si esto de lo que hablas se asemeja a un enamoramiento, entonces no hay nada que hacer, sino es permanecer tranquilos y esperar al proverbial golpe de un rayo... No, precisamente. Si un muchacho o una muchacha permanecen todo el tiempo encerrados en casa, sin ver a nadie, no sucederá nunca nada en su vida. ¡Para enamorarse es necesario frecuentarse! Si uno está convencido o simplemente comienza a pensar que posiblemente conocer a Jesucristo de este modo distinto, transfigurado, es hermoso y vale la pena, entonces es necesario que comience ya a «frecuentarlo», a leer sus escritos. ¡Sus cartas de amor son el Evangelio! Es allí donde él se revela, se «transfigura».

Es sabido que los enamorados, antes aún de declararse, se interesan por la persona amada, espían de lejos sus movimientos, buscan reunirse con sus amigos. A veces, les basta simplemente a ellos observar la casa donde viven. No es difícil aplicar todo esto a Jesús. La casa donde él vive o habita es la Iglesia.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Transformados en Cristo

La Transfiguración del Hijo de Dios es la revelación de la gloria del Padre a los hombres a través de la verdad, que es Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios,

manifestando el amor del Padre sobre toda la humanidad, que tanto amó al mundo, que le entregó a su único Hijo, para que todo el que crea en Él, no muera, sino que tenga vida eterna.

Dios Padre se reveló a sí mismo a través del Hijo, por el Espíritu Santo, para que después los hombres pudieran comprender que Cristo es mediador entre Dios y los hombres y, por su resurrección, les concede poder llegar a Él, y gozar de su gloria en la vida eterna.

Dios Padre permite a los hombres ver su gloria a través de Cristo resucitado, y les da un mandamiento mostrándoles el camino para llegar a Él: "éste es mi Hijo amado, escúchenlo".

Tres testigos de la divinidad de Cristo eligió Él: Pedro, Juan y Santiago, mostrándose ante ellos tal cual es, para que fortalecieran su fe, y dieran testimonio de Él.

Cree tú en el resucitado, que se presenta ante ti, y se muestra tal cual es en la Eucaristía. Es su Cuerpo, es su Sangre, su Alma, su Divinidad, su presencia viva. El mismo que padeció y murió crucificado por ti, resucitó, y se entrega a ti para alimentarte y compartir contigo su gloria, configurándote con Él al recibirlo, porque no es Él quien se transforma en ti, sino que te transforma en Él, para hacerte igual a Él, hombre y Dios.

Pero antes, pídele con el corazón contrito y humillado que limpie y purifique con su bendita sangre tus vestidos manchados, y resplandezcas con la blancura de sus vestiduras, libre de todo pecado, para que seas digno de recibirlo.

Obedece al Padre y escucha al Hijo a través del Evangelio, y pon en práctica su Palabra, para que manifiestes al mundo tu fe.

El Hijo de Dios, que padeció y murió por ti para salvarte, resucitó, y vive en ti. Ese es tu testimonio, porque si no crees que Cristo resucitó, vana es tu fe».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Santa Misa

Unos días antes tuvo lugar al parecer el suceso de Cesarea de Filipo. Aquella situación en la que Jesús preguntó a sus discípulos qué decía la gente acerca de Él, por quién lo tenían. Recordaremos que fue la ocasión para que Pedro manifestara su fe en la mesianidad de Jesús: **"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"**. A lo que agregó Jesús: **"Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del**

Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los Cielos".

Pocas escenas evangélicas pueden situarnos mejor que ésta, ante el gran misterio de la Eucaristía, y que consideramos hoy brevemente. Podemos detenernos en tres elementos, presentes ya en este suceso de la Transfiguración y, a su modo, presentes también en la escena de Cesarea de Filipo, que figuran asimismo en la Eucaristía y su institución.

En primer lugar: la elección. Al monte suben con Jesús solamente algunos que Jesús determina para participar con Él en algo muy especial. Lo mismo sucede en el Cenáculo. Muchos otros, también partidarios del Señor y de su doctrina, no son invitados ese día tan singular. Recordemos a las multitudes que le seguían, o a aquellos setenta y dos enviados en cierta ocasión a predicar en su nombre. No es, por tanto, un derecho que todos tengan, participar en todos los aspectos de la misión que Cristo ha venido a traer al mundo. Aunque el Señor salvará a todos los hombres –dio su Vida por todos–, se apoyará sólo en algunos para ciertos ministerios: en los que Él designe con una específica llamada o vocación. Se trata, por eso, de un especial privilegio, puesto que, en su origen, no hay mérito alguno por parte de los elegidos.

Sí existe, sin embargo, deber de gratitud en uno u otro caso, aunque la respuesta a la llamada pueda representar una trabajosa tarea, que en ciertos momentos se hace más ardua, pues configura al que la recibe con Cristo paciente en la Cruz. Pero por esto mismo es la misión más excelsa en que podemos pensar, la que mayor bien reporta a la humanidad y la que, de suyo, reviste de más honor a quien la lleva a cabo. Pensemos sobre todo en ser uno con Cristo al celebrar la Eucaristía.

Por supuesto, no tenemos capacidad para valorar adecuadamente lo que supone una Misa, para los que participan en la celebración, y menos todavía si comulgan sacramentalmente. De la tarea del sacerdote celebrante lo mejor será no decir nada, y encomendarnos al Paráclito para que nos inspire, por poco que sea, algo de lo que supone celebrar verdaderamente el mismo Sacrificio Redentor de Jesucristo.

En segundo lugar, se ve con claridad que, en ambos momentos, se requiere la fe en Jesús como Mesías, y en la divinidad del mensaje y del don que se difunde. Una fe que, como la llamada o vocación, se recibe necesariamente al modo de don y se puede, sin embargo, acrecentar, pero como incremento del don divino: en la medida en que Dios nos otorga más fe. Bueno es, por tanto, pedir incesantemente esta virtud, junto a la esperanza y a la caridad, que tienen también a Dios mismo como objeto. La categoría del ser humano, en última instancia, dependerá siempre de su fe, esperanza y caridad. Y, concretando más aún, se puede afirmar sin ninguna duda que, en definitiva, la categoría de una persona depende de la fe que tenga en la Santa Misa.

El tercer elemento, que hoy consideramos, presente en el Tabor así como en la Eucaristía, es el contenido del mensaje o don que se difunde. Como en la cumbre del monte Pedro percibe algo muy especial que invade a los presentes e invita a prolongar ese momento y le hace exclamar: **"¡Señor, qué bien estamos aquí; si quieres**

haré aquí tres tiendas…!”, declara el príncipe de los apóstoles con toda franqueza; con la comunión eucarística se difunde y participa, de modo objetivo, una nueva existencia, sobrenatural, inexplicable, debida a un don de Dios a los hombres muy singular: la comunión espiritual y efectiva con la Trinidad.

No es habitual, en todo caso, percibir bienestar alguno por recibir sacramentalmente el Cuerpo del Señor cuando comulgamos, a pesar de que todo acto de fe, en cuanto que incluye el convencimiento de recibir el afecto divino, tiende a inundarnos de paz. Sin embargo, aunque no se refleje sensiblemente, a menos que sea esa la voluntad de Dios, por la comunión eucarística participamos ya realmente de la vida divina, según las palabras del propio Cristo: **“el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”.**

María no es sacerdote. Sin embargo, nadie como Ella ha participado en el Sacrificio del Hijo de Dios hecho hombre. Concluimos, por tanto, suplicando: **“Yo quisiera Señor recibiros con aquella pureza, humildad y devoción; con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos”.**

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

El descenso del monte Tabor

De esta página tan conocida y familiar del Evangelio quisiera destacar con fuerza un momento que me parece particularmente fecundo para una reflexión cuaresmal.

Estamos en el Tabor. Delante de los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan, ha aparecido la visión del Señor transfigurado. Una atmósfera de alegría y de indecible paz ha caído sobre el monte y los envuelve a todos. Para los tres apóstoles, supérstites de esfuerzos, dudas y contradicciones, es como sentirse de improviso dentro de un puerto tranquilo después de la tempestad. *¡Qué bien estamos aquí!* Quieren detenerse en ese lugar; ya piensan en cómo llevar a cabo el proyecto: *Levantaré aquí mismo tres carpas*. Pero Jesús se acerca a ellos y, tocándolos, les dice *Levántense,* y sin chistar, aunque a regañadientes, se encaminan hacia la llanura donde encuentran a la multitud y a los otros apóstoles, donde vuelven a encontrar el esfuerzo, la duda y la contradicción.

Este momento del Evangelio ilumina una experiencia que todo cristiano, antes o después, debe realizar en su vida. Llega el momento en que en la existencia de una persona o de una familia se establece una cierta calma, o incluso la felicidad. Las dificultades han disminuido, nos entendemos, estamos satisfechos con nuestro trabaja, con los propios hijos; la vida aparece hermosa y llena de promesas para el futuro. Creemos que finalmente estamos en el Tabor. El impulso de quedarnos en esta

situación resulta irresistible. Querríamos no volver a oír a hablar de dolores, de lutos a nuestro alrededor; querríamos seguir así indefinidamente. ¡Qué bien estamos aquí!

Alguna vez el Señor, en sus planes, deja al hombre por mucho tiempo o para siempre en este puerto tranquilo. Le es necesario que también haya signos de este tipo en el mundo. Pero es una excepción. La mayoría de las veces, se nos acerca, nos toca y también nos dice que nos levantemos. Y de esa manera nos vuelve a arrojar en el torbellino de la vida, entre penas, contradicciones, discordias y enfermedades. Uno está obligado a ejecutar saltos mortales para equilibrar el balance familiar; uno se arrastra de un hospital al otro hasta la cabecera de un pariente; uno, finalmente, resulta traicionado en el afecto o envuelto por la oscuridad de la incertidumbre.

Hasta aquí el destino de todo hombre, creyente o no creyente. No es sólo el discípulo de Jesús quien pasa por esta experiencia. En eso somos todos iguales. También el ateo tiene su Tabor, del cual debe descender para subir al Calvario. La diferencia se encuentra sólo en la actitud que el hombre asume frente a esta experiencia, en el espíritu con que la vive. Aquí el discípulo de Jesús debe distinguirse de quien no tiene fe. ¿Cómo distinguirse? Por la respuesta que dará a aquel "¡Levántate y anda!"

Para Abraham, esta voz del Señor se expresó con las palabras que hemos escuchado en la primera lectura: *Deja tu tierra natal y la casa de tu padre*. Él estaba tan bien entre los suyos; estaba felizmente casado con Sara, quizás no deseaba más que tener numerosos hijos, mucho ganado, y llegar a viejo rodeado por las filas de los hijos de sus hijos. La voz misteriosa del Señor lo intima: "¡Levántate y ve!". Es una orden dolorosa, pero no gratuita o caprichosa por parte de Dios, porque lo que le promete es mucho más de lo que le pide: *Por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra. Abraham partió, como el Señor se lo había ordenado.* Este momento de la vida de Abraham es la expresión plástica de la fe; por eso seguimos considerando a este pastor caldeo de hace cuatro mil años como "nuestro padre en la fe". Dios lo llamó, lo invitó; él respondió confiado que sí, aun cuando no sabía exactamente lo que le esperaba y aun cuando no tenía garantías.

Este "aquí estoy" de la fe lo hemos pronunciado en el Bautismo, es decir, en una fase de nuestra vida en la cual no podíamos darle un contenido de inmediato. He aquí por qué la Iglesia nos llama, en distintas oportunidades, a realizar y hacer consciente esa elección. La Cuaresma es la ocasión por excelencia para volver a llevar a la luz este compromiso que yace sepultado en nuestra infancia y en la opacidad de la vida cotidiana. Llamándonos a la conversión, la Iglesia nos llama, en realidad, a repetir y a hacer nuestra la experiencia de Abraham y la de los apóstoles en el Tabor: salir, descender, ir. Salir de la rutina de la vida —de nuestra Ur de Caldea— en que estamos confortablemente instalados, con la mente llena de proyectos y de deseos terrenales. Ir "hacia el país que el Señor nos indica", es decir, hacia el futuro de la fe, abriéndonos a las promesas que Dios nos hace y a las obras que nos pide.

El país que Dios indica, para Abraham era la tierra prometida, la Palestina; para nosotros es el Reino de Dios. No sólo el Reino de Dios después de la muerte, sino aquel que ya está "entre nosotros", en la tierra, y por el advenimiento del cual rezamos en el

"Padre nuestro"; ese Reino de Dios que no es otra cosa que la voluntad de Dios con respecto a mí, que espera ser cumplida. "Venga tu Reino", es decir, "sea hecha tu voluntad". Por lo tanto, salir de Ur de Caldea y bajar del Tabor no significa más que ir con valentía al encuentro de la voluntad de Dios.

Si no queremos, sin embargo, permanecer en el plano de las palabras y de las buenas intenciones, engañándonos peligrosamente a nosotros mismos, en este tiempo debemos traducir nuestra disponibilidad en algún gesto concreto que exprese nuestro "sí" a Dios. También en esta iglesia fueron anunciados ciertos pequeños gestos penitenciales que deseamos hacer en forma comunitaria durante la Cuaresma. Nadie tendría que eximirse de tomar parte en alguno de ellos.

Los tres apóstoles no habrían llegado al júbilo luminoso de la Pascua si se hubieran detenido en el Tabor, quizás a la sombra de las tres tiendas. Tampoco nosotros llegaremos si no seguimos con valentía al Señor.

Si tenemos fe para reconocerlo, éste es el momento en el cual él se nos acerca, como a Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor, más aún, entra en nosotros y nos invita a seguirlo a Jerusalén. Nos dice: "¡Levántense, vayamos!".

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de Nuestra Señora de Coromoto (15-III-1981) – Vivir de fe

"Toma parte de los duros trabajos del Evangelio" (2 Tm 1, 8).

Con estas palabras San Pablo se dirige a Timoteo.

La Cuaresma es presentada en la liturgia de hoy como un camino, como el camino al que Dios llamó a Abraham.

Efectivamente en la primera lectura hemos oído las palabras del Señor: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré" (Gen 12, 1). Y Abraham se pone en camino sin demora, y sin otro apoyo que la promesa divina. Pues bien, también para nosotros la Cuaresma es un camino, que estamos invitados a afrontar con resolución y fiándonos de los proyectos que Dios tiene sobre nosotros. Aun cuando el viaje esté lleno de pruebas, San Pablo nos asegura en la segunda lectura que, como Timoteo, también cada uno de nosotros es "ayudado por la fuerza de Dios". Y el país hacia el que nos encaminamos es la vida nueva del cristiano, una vida pascual que sólo puede realizarse con la fuerza y con la gracia de Dios. Se trata de una potencia misteriosa que nos ha sido dada no por nuestros méritos, sino porque antes de la creación, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia por medio de

Jesucristo; y ahora esa gracia se ha manifestado por medio del Evangelio, al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal (ib. 1, 8-10). La Carta a Timoteo precisa, luego, que el país de la vida nueva se nos ha dado, teniendo como base una misteriosa vocación y asignación por parte de Dios, "no por nuestros méritos, sino en virtud de su propósito y gracia" (ib., 1, 9). Debemos ser hombres de fe, como Abraham: es decir, hombres que no se apoyan tanto en sí mismos, cuanto en la palabra, en la gracia y en la potencia de Dios.

– La presencia de Cristo en la Cuaresma

El Señor Jesús, mientras vivió en la tierra, descubría personalmente este camino con sus discípulos.

"Su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les apareció Moisés y Elías conversando con Él" (Mt 17, 2-3). Pero en el centro del acontecimiento están las palabras divinas...: "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo" (ib. 17, 5). Así comprendemos que se trata de una cristofanía, esto es, la transfiguración representa la revelación del Hijo de Dios, relato que pone claro algunas cosas: su gloria a causa del esplendor que adquirió; el hecho de que es el centro y como el compendio de la historia de la salvación, significados por la presencia de Moisés y Elías; su autoridad profética, legítimamente propuesta por la perentoria invitación: "Escuchadlo"; y sobre todo, la denominación de "Hijo", que subraya las relaciones íntimas y únicas que existen entre Jesús y el Padre celestial.

Además, las palabras de la transfiguración repiten las que ya se oyeron en el relato del bautismo del Jordán, como para significar que, después de haber recorrido un camino preciso en su vida pública, Jesús es el mismo "Hijo predilecto", como había sido proclamado ya al comienzo.

Los Apóstoles manifiestan su felicidad: "¡Qué hermoso es estar aquí!" (Mt 17, 4). Pero Cristo les hace saber que el acontecimiento del monte Tabor sólo se encuentra en el camino hacia la revelación les misterio pascual: "No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos" (Mt 17, 9).

El camino de la Cuaresma que el Señor Jesús ha realizado durante su vida terrena, con sus discípulos, lo continúa realizando con la Iglesia. La Cuaresma es el período de una presencia de Cristo, particularmente intensa, en la vida de la Iglesia.

Es necesario buscar...en este tiempo la cercanía de Cristo: "¡Qué hermoso es estar aquí!" (Mt 17, 4).

– Oración e intimidad con Cristo

Es preciso vivir en la intimidad con Él; abrir ante Él el propio corazón, la propia conciencia; hablar con Él tal como escuchamos en el Salmo: "Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como la esperamos de ti" (Sal 32(33), 22).

La Cuaresma es precisamente un período en el que la gracia debe estar de modo particular "sobre nosotros". Por esto, es necesario que nos abramos sencillamente a ella; en efecto, la gracia de Dios no es tanto objeto de conquista, cuanto de disponible y gozosa aceptación, como para recibir un don, sin ponerle impedimentos. Esto es

posible concretamente, ante todo, mediante una actitud de profunda oración, que lleva consigo precisamente entablar un diálogo con el Señor; luego, mediante una actitud de sincera humildad, puesto que la fe es precisamente la adhesión de la mente y del corazón a la Palabra de Dios; y, finalmente, mediante un comportamiento de auténtica caridad, que deje traslucir todo el amor, del que nosotros ya hemos sido objetos por parte del Señor.

Como a Abraham, a quien Dios ordenó ponerse en camino, así también nosotros nos encaminamos, de nuevo, por esta vía de la Cuaresma, al fin de la cual está la resurrección.

Se ve a Cristo, al Hijo predilecto, en el que se ha complacido el Padre (cfr. Mt 17, 5).

Se ve a Cristo que vence la muerte y hace resplandecer la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio (cfr.2 Tm 1, 10).

Y por esto: sostenidos por la fuerza de Dios, ¡debemos tomar parte en las fatigas y en las contrariedades soportadas por el Evangelio! (ib. 1, 8). Estas palabras de la Carta a Timoteo abren también un noble y comprometido programa para todo cristiano en su vida de cada día. Es el programa de la evangelización, es decir de la participación en la difusión del mensaje evangélico. Como Cristo "sacó a la luz de vida inmortal por medio del Evangelio" (ib. 1, 10), así debemos hacer también nosotros. Esto es, trata de hacer ver a la sociedad y al mundo que el Evangelio con su luz proyectada sobre el camino de la humanidad (Sal 119(118), 105) es fuente de vida y de vida inmortal. Es preciso que el cristiano haga ver a todos la verdad de la exclamación de Pedro: "Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68). Los hombres deben comprender que con la adhesión a Cristo no solo no pierden nada, sino que lo ganan todo, porque con Cristo el hombre se hace más hombre. Mas para esto necesitan un testimonio; y sólo pueden darlo los discípulos mismos de Jesús, esto es, los cristianos, a los cuales escribía ya San Pablo: (Fil 2, 15-16) "Aparecéis como antorchas en el mundo, llevando en alto la palabra de vida".

Y esto se puede hacer de mil modos, según las varias ocupaciones de cada uno: en casa, en el mercado, en la escuela y en la fábrica, en el trabajo y en el tiempo libre.

Y puesto que Jesucristo es "el primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8, 29), deseamos y pedimos que, asemejándonos a Él, también nosotros podamos ser contados por Dios entre sus hijos predilectos (cfr. Mt 17, 5).

******

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Algunos Padres pensaron que Jesús se fue a orar con los mismos testigos de Getsemaní, donde también se durmieron, para que el recuerdo de esta gloria que envuelve ahora a Jesús les sostuviese en el escándalo de la agonía. La presencia de Moisés y Elías conversando con Jesús sobre su muerte, les proporciona una prueba suplementaria de su divinidad. Lo que el pasado de Israel tenía de más divino, se

inclinaba ante Jesús prestándole homenaje. Luego una nube cubrió y llenó de espanto a los discípulos que sabían cómo en el desierto del Sinaí una nube cubría también el Tabernáculo mientras la gloria de Dios penetraba en él (Ex 40, 43) Esta presencia de dios en medio de su pueblo aparecía ahora otra vez, confirmando que Jesús era el Hijo de Dios al que debían escuchar. Ellos fueron testigos oculares de todo esto.

Tampoco nosotros deberíamos perder la fe y la esperanza cuando veamos a la Iglesia -que es Cristo a través del tiempo- insultada, criticada por sus enemigos o por quienes no la conocen. La Iglesia sufre también y es cubierta con el manto de burlas y desprecios que Jesús soportó en la celda de castigo de Pilato. También nosotros sufrimos por distintas causas y, como los discípulos, debemos estar advertidos.

Que Cristo mostrara a los suyos su gloria días antes de su humillante y atroz muerte, constituye una enseñanza a retener. Es como si Jesús quisiera que comprendiéramos que allí donde hay dificultades, sufrimientos, allí el cristiano labra su gloria definitiva. Sí, a todos los que atraviesen una situación penosa o encuentran una hostilidad debida a sus debilidades o a un ambiente refractario para las cosas de Dios, Él les dice: "Dichosos los que lloran porque ellos serán consolados" (Mt 5, 4).

Se oyó la voz del Padre: "Éste es mi Hijo amado; escuchadlo". La escucha asidua y atenta de la Palabra de Dios por la lectura y la oración, nos ayudará a mantener la serenidad en las dificultades y a descubrir el trasfondo de gloria de Dios que hay en toda lucha por ser fieles a Cristo y a su Iglesia. Busquemos unos minutos al día para leer atenta y sosegadamente la S. Escritura, así no olvidaremos que el dolor, la deshonra, las críticas... no oscurecen la credibilidad de la Iglesia, sino que la purifican como el fuego lo hace con el oro.

******

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los que habían anunciado al Mesías ven su luz; los que tienen que anunciarlo verán antes su cruz»

I. LA PALABRA DE DIOS

Gn 12, 1-4a: «Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios»

Sal 32, 4-5.18-20.22: «Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti»

2Tm 1, 8b-10: «Dios llama y nos ilumina»

Mt 17, 1-9: «Su rostro resplandeció como el sol»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La respuesta de Abraham a la iniciativa de Dios irrumpiendo en su historia, no puede ser otra que la fe. Es respuesta insegura, porque no sabe a dónde va; y segura porque Dios está con él. Luz y tinieblas mezcladas.

Situado junto a la predicción de la Pasión, el relato hace que veamos cómo los discípulos descubren la profundidad de lo que antes resultaba escandaloso. Y les gusta.

Oyen voces y mensajes nada habituales ni corrientes. El destino de Jesús no puede ser sólo la muerte.

La cruz en el horizonte del cristiano, aunque como a los discípulos le dé miedo, no deja de ser identificación con el propio Cristo. A la luz del Tabor es sencillo sentirse cómodo; pero el de la luz no es el Cristo «completo»: falta el paso de la Cruz.

III. SITUACIÓN HUMANA

El hombre tiene experiencia de que en la vida se dan alternativamente la luz y la tiniebla, el gozo y el dolor, la esperanza y el desánimo. La sorpresa se da cuando prevalece una de estas situaciones: O nos parece demasiada felicidad, o se nos antoja excesiva desgracia. El Concilio habla de «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres», invitándonos a la solidaridad con nuestro tiempo.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La Transfiguración, visión anticipada del Reino: "La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los Apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un «monte alto» prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: «la esperanza de la gloria» (Col 1, 27)" (568; cf 554. 555. 556).

– En la Cruz Jesús nos mereció la salvación: 616. 617. 618.

– Subida de Jesús a Jerusalén: 557. 558.

La respuesta

– «Jesús ora antes de los momentos decisivos de su misión: antes de que el Padre dé testimonio de él en su Bautismo y de su Transfiguración... La oración de Jesús ante los acontecimientos de salvación que el Padre le pide es una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre» (2600).

– Invitación a transformar el mundo (Doctrina Social de la Iglesia): 2419-2425.

El testimonio cristiano

– «Para que los apóstoles concibiesen con toda su alma esta dichosa fortaleza, no temblasen ante la aspereza de la cruz, no se avergonzasen de la Pasión de Cristo y no tuviesen por denigrante el padecer... subió con ellos solos a un monte elevado, les manifestó el resplandor de su gloria, porque, aunque creían en la majestad de Dios, sin embargo, ignoraban el poder del cuerpo, bajo el que se ocultaba la divinidad... Con esa Transfiguración pretendía especialmente sustraer el corazón de sus discípulos del escándalo de la cruz y evitar que la voluntaria ignominia de su Pasión hiciese flaquear la fe de los mismos» (San León Magno, *Serm 51 Temp. de Cuaresma*).

– «Tú te has transfigurado en la montaña, y en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado tu gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado comprendiesen que tu Pasión era voluntaria y anunciasen al mundo que Tú eres verdaderamente irradiación del Padre (Liturgia bizantina, *Kontakion de la Fiesta de la Transfiguración*)» (555).

La luz del Tabor no es para sentirse cómodamente instalados; hay que bajar al llano y anunciar la luz desde la Cruz.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Del Tabor al Calvario.

– Lo que importa es estar siempre con Jesús. Él nos da la ayuda necesaria para seguir adelante.

I. *Oigo en mi corazón: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro*, rezamos en la Antífona de entrada de la Misa de hoy. El Evangelio nos cuenta lo que sucedió en el Tabor. Poco antes, Jesús había declarado a sus discípulos, en Cesarea de Filipo, que iba a sufrir y padecer en Jerusalén, a morir a manos de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos y de los escribas. Los Apóstoles habían quedado sobrecogidos y entristecidos por este anuncio. Ahora, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a ellos solos aparte, para orar. Son los tres discípulos que serán testigos de su agonía en el huerto de los Olivos. *Mientras él oraba, cambió el aspecto de su rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente*. Y le ven conversar con Elías y Moisés, que aparecían gloriosos y le hablaban de su muerte, que había de cumplirse en Jerusalén.

Seis días llevaban los Apóstoles entristecidos por la predicación de Cesarea de Filipo. La ternura de Jesús hace que ahora contemplen su glorificación. San León Magno dice que "el principal fin de la transfiguración era desterrar del alma de los discípulos el escándalo de la cruz". Nunca olvidarían los Apóstoles esta "gota de miel" que Jesús les daba en medio de su amargura. Muchos años más tarde San Pedro tiene perfectamente nítido estos momentos: *... cuando desde aquella extraordinaria gloria se le hizo llegar esta voz: Éste es mi Hijo querido, en quien me complazco. Esta voz, enviada del cielo, la oímos nosotros estando con Él en el monte santo*. El Apóstol lo recordaría hasta el final de sus días.

Siempre hace así Jesús con los suyos. En medio de los mayores padecimientos da el consuelo necesario para seguir adelante.

Este destello de la gloria divina transportó a los Apóstoles a una inmensa felicidad, que hace exclamar a San Pedro: *Señor, ¡bueno es permanecer aquí! Hagamos tres tiendas...* Pedro quiere alargar aquella situación. Pero, como dirá más adelante el Evangelista, *no sabía lo que decía*; porque lo bueno, lo que importa, no es hallarse aquí o allí, sino estar siempre con Jesús, en cualquier parte, y verle detrás de las circunstancias en que nos hallamos. Si estamos con Él, es igual que nos encontremos en medio de los mayores consuelos del mundo, o en la cama de un hospital entre dolores indecibles. Lo que importa es sólo eso: verle y vivir siempre con Él. Es lo único verdaderamente bueno e importante en esta vida y en la otra. Si permanecemos con Jesús, estaremos muy cerca de los demás y seremos felices, sea

cual sea nuestro lugar y la situación en que nos encontremos. *Vultum tuum, Domine, requiram*: Deseo verte y buscaré tu rostro, Señor, en las circunstancias ordinarias de mi jornada.

– Fomentar con frecuencia, y especialmente en los momentos más difíciles, la esperanza del Cielo.

II. San Beda, comentando el pasaje del Evangelio de la Misa, dice que el Señor, "en una piadosa permisión, les permitió (a Pedro, a Santiago y a Juan) gozar durante un tiempo muy corto la contemplación de la felicidad que dura siempre, para hacerles sobrellevar con mayor fortaleza la adversidad". El recuerdo de aquellos momentos junto al Señor en el monte fue sin duda una gran ayuda en tantas situaciones difíciles de la vida de estos tres Apóstoles.

La existencia de los hombres es un caminar hacia el Cielo, nuestra morada. Caminar en ocasiones áspero y dificultoso, porque con frecuencia hemos de ir contra corriente y tendremos que luchar con muchos enemigos de dentro de nosotros mismos y de fuera. Pero quiere el Señor confortarnos con la esperanza del Cielo, de modo especial en los momentos más duros o cuando la flaqueza de nuestra condición se hace más patente: *A la hora de la tentación piensa en el Amor que en el cielo te aguarda: fomenta la virtud de la esperanza, que no es falta de generosidad*. Allí "todo es reposo, alegría y regocijo; todo serenidad y calma, todo paz, resplandor y luz. Y no luz como ésta de que gozamos ahora y que, comparada con aquélla, no pasa de ser como una lámpara junto al sol... Porque allí no hay noche, ni tarde, ni frío, ni calor, ni mudanza alguna en el modo de ser, sino un estado tal que sólo lo entienden quienes son dignos de gozarlo. No hay allí vejez, ni achaques, ni nada que semeje corrupción, porque es el lugar y aposento de la gloria inmortal...

"Y por encima de todo ello, el trato y goce sempiterno de Cristo, delos ángeles..., todos perpetuamente en un sentir común, sin temor a Satanás ni a las asechanzas del demonio ni a las amenazas del infierno o de la muerte".

Nuestra vida en el Cielo estará definitivamente exenta de todo posible temor. No sufriremos la inquietud de perder lo que tenemos, ni desearemos tener algo distinto. Entonces verdaderamente podremos decir con San Pedro: *Señor, ¡qué bien estamos aquí!* El atisbo de gloria que tuvo el Apóstol lo tendremos en plenitud en la vida eterna. *Vamos a pensar lo que será el Cielo.* Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman. *¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar? Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso se barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del Apóstol:* ni ojo vio, ni oído oyó... *Vale la pena, hijos míos, vale la pena*.

El pensamiento de la gloria que nos espera debe espolearnos en nuestra lucha diaria. Nada vale tanto como ganar el cielo. "Y con ir siempre con esta determinación de antes morir que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna

sed en esta vida, daros ha de beber con toda abundancia en la otra y sin temor de que os haya de faltar".

– El Señor no se separa de nosotros. Actualizar esa presencia de Dios.

III. Una nube los envolvió enseguida. Recuerda a aquella otra que acompañaba a la presencia de Dios en el Antiguo Testamento: *La nube envolvió el tabernáculo de la reunión y la gloria de Yahvé llenaba todo el lugar*. Era la señal que garantizaba las intervenciones divinas: *Yahvé dijo a Moisés: Yo vendré a ti en una nube densa, para que vea el pueblo que yo hablo contigo y tengan siempre fe en ti*. Esa nube envuelve ahora en el Tabor a Cristo y de ella surge la voz poderosa de Dios Padre: *Este es mi Hijo, el Amado, escuchadle a él.*

Y Dios Padre habla a través de Jesucristo a todos los hombres de todos los tiempos. Su voz se oye en cada época, de modo singular a través de la enseñanza de la Iglesia, que "busca continuamente los caminos para acercar este misterio de su Maestro y Señor al género humano: a los pueblos, a las naciones, a las generaciones que se van sucediendo, a todo hombre en particular".

Al alzar sus ojos no vieron a nadie sino sólo a Jesús. Y no estaban Elías y Moisés. Sólo ven al Señor. Al Jesús de siempre, que en ocasiones pasa hambre, que se cansa, que se esfuerza para ser comprendido... A Jesús, sin especiales manifestaciones gloriosas. Lo normal para los Apóstoles fue ver al Señor así, lo excepcional fue verlo transfigurado.

A este Jesús debemos encontrar nosotros en nuestra vida ordinaria, en medio del trabajo, en la calle, en quienes nos rodean, en la oración, cuando perdona, en el sacramento de la Penitencia, y, sobre todo, en la Sagrada Eucaristía, donde se encuentra *verdadera, real y sustancialmente* presente. Pero normalmente no se nos muestra con particulares manifestaciones. Más aún, *hemos de aprender a descubrir al Señor detrás de lo ordinario*, de lo corriente, huyendo de la tentación de desear lo extraordinario.

Nunca debemos olvidar que aquel Jesús con el que estuvieron en el monte Tabor aquellos tres privilegiados es el mismo que está junto a nosotros cada día. "Cuando Dios os concede la gracia de sentir su presencia y desea que le habléis como al amigo más querido, exponedle vuestros sentimientos con toda libertad y confianza. Se anticipa a darse a conocer a los que le anhelan (Sab 6, 14). Sin esperar a que os acerquéis a Él, se anticipa cuando deseáis su amor, y se os presenta, concediéndoos las gracias y remedios que necesitáis. Sólo espera de vosotros una palabra para demostraros que está a vuestro lado y dispuesto a escucharos y consolaros: Sus oídos están atentos a la oración (Sal 33, 16) (...).

"Los demás amigos, los del mundo, tienen horas que pasan conversando juntos y horas en que están separados; pero entre Dios y vosotros, si queréis, jamás habrá una hora de separación".

¿No será nuestra vida distinta en esta Cuaresma, y siempre, si actualizáramos más frecuentemente esa presencia divina en lo habitual de cada día, si procuráramos decir más jaculatorias, más actos de amor y de desagravio, más comuniones

espirituales...? *Para tu examen diario: ¿he dejado pasar alguna hora, sin hablar con mi Padre Dios?... ¿He conversado con Él, con amor de hijo? – ¡Puedes!*

Jaume GONZÁLEZ i Padrós (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Se transfiguró delante de ellos

Hoy, camino hacia la Semana Santa, la liturgia de la Palabra nos muestra la Transfiguración de Jesucristo. Aunque en nuestro calendario hay un día litúrgico festivo reservado para este acontecimiento (el 6 de agosto), ahora se nos invita a contemplar la misma escena en su íntima relación con los sucesos de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

En efecto, se acercaba la Pasión para Jesús y seis días antes de subir al Tabor lo anunció con toda claridad: les había dicho que «Él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (Mt 16, 21).

Pero los discípulos no estaban preparados para ver sufrir a su Señor. Él, que siempre se había mostrado compasivo con los desvalidos, que había devuelto la blancura a la piel dañada por la lepra, que había iluminado los ojos de tantos ciegos, y que había hecho mover miembros lisiados, ahora no podía ser que su cuerpo se desfigurara a causa de los golpes y de las flagelaciones. Y, con todo, Él afirma sin rebajas: «Debía sufrir mucho». ¡Incomprensible! ¡Imposible!

A pesar de todas las incomprensiones, sin embargo, Jesús sabe para qué ha venido a este mundo. Sabe que ha de asumir toda la flaqueza y el dolor que abruma a la humanidad, para poderla divinizar y, así, rescatarla del círculo vicioso del pecado y de la muerte, de tal manera que ésta —la muerte— vencida, ya no tenga esclavizados a los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios.

Por esto, la Transfiguración es un espléndido icono de nuestra redención, donde la carne del Señor es mostrada en el estallido de la resurrección. Así, si con el anuncio de la Pasión provocó angustia en los Apóstoles, con el fulgor de su divinidad los confirma en la esperanza y les anticipa el gozo pascual, aunque, ni Pedro, ni Santiago, ni Juan sepan exactamente qué significa esto de... resucitar de entre los muertos (cf. Mt 17, 9), ¡Ya lo sabrán!

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

La experiencia de la Transfiguración es una anticipación del Misterio Pascual y de la experiencia de realización que, en relación con Cristo, todos estamos llamados a vivir.

En el Mesías, toda la vida histórica de Dios con los hombres, que pasa a través de la predilección de Israel se condensa y actualiza. Moisés y Elías, la Ley y los Profetas, es decir, toda la Antigua Alianza esta entrelazada, asimilada y realizada en el Misterio de la Encarnación que se extiende hasta la muerte y Resurrección de Cristo.

La promesa hecha a Abraham se cumple: "la tierra" que el Padre nos indica es el mismo Cristo, que viene a nuestro encuentro y hacia el Cual estamos llamados a ir. ¡En efecto estamos llamados! El seguimiento de Cristo supone una llamada, exactamente como la experiencia de la Transfiguración, que lleva en sí misma un profundo sentido de cumplimiento humano: «Es bueno estar aquí».

El seguimiento del Señor y el camino por recorrer, coinciden, después en Su misma Persona. De hecho, a través de la experiencia de la Trasfiguración, todo, en la vida de los tres Apóstoles, indica en el Señor, la realización de la historia del pueblo de Israel, de su personal existencia y de todo el cosmos: la Ley y los Profetas, a los cuales habían escuchado obedientemente desde la juventud, les indican ahora al Maestro; su misma humanidad, a través de las palabras de Pedro, que se inundan en el reconocimiento de una alegría profunda, nueva e inimaginable; el mismo Dios Padre les dona, desde lo alto de aquel monte, la Nueva Ley en su Hijo, el Amado.

De los Evangelios sabemos que esta es la última manifestación de la divinidad de Cristo, durante Su vida terrena. Casi para subrayar esto, el Evangelista nos dice que, terminada esta extraordinaria teofanía, los Apóstoles *«cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo»* vieron, o sea, "solamente" Su santísima Humanidad, que habrían visto después, transfigurada en el Amor encarnado y crucificado.

Sigamos por lo tanto, también nosotros, la Humanidad de Cristo, sabiendo que Él nos dona en el presente todos los instrumentos necesarios para conocerlo y seguirlo, porque nos ha introducido en su Iglesia, la compañía humana que, regenerada por el Espíritu, prolonga la presencia del Resucitado en la historia; nos ha donado a Pedro y a los demás Apóstoles, sacramentalmente radicados en la viva relación con el Señor, a través de los cuáles, Él mismo nos ofrece, no solo sus enseñanzas, sino todo de sí mismo, sobre todo en la Eucaristía celebrada y adorada; nos ha dado la espléndida maternidad de María Santísima, en la cual resplandece de modo perfecto la Luz de la Resurrección de Cristo.

Con el tiempo, en el fiel y humilde seguimiento del Señor, se nos permitirá ver, en nuestra misma vida, el acontecer progresivo y profundo, de aquella transfiguración que se llama santidad.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE CUARESMA

Escuchar y obedecer

«Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco. Escúchenlo».

Eso es lo que te dice tu Dios, sacerdote.

Tú eres un siervo de Dios, y no puedes negar, sacerdote, que escuchas su voz.

El amo manda, el siervo escucha y obedece.

Escucha a tu amo, y obedécelo. Te llama desde lo más profundo de tu ser.

Es tu esencia, sacerdote, creer en Él, porque es tu Padre, y estás hecho a su imagen y semejanza. Has sido creado para servirlo.

Obedécele, y escucha a su Hijo muy amado, en quien Él ha puesto sus complacencias

Esa es la ley que te rige como siervo, como esclavo, y que hace de ti un hombre libre, un sacerdote, un servidor por voluntad, santo.

Tu Señor es el Hijo de Dios, en quien Él ha puesto sus complacencias

Es Él, sacerdote, a quien debes escuchar, y hacer lo que Él te dice, porque así es como obedeces a Dios y le das gloria.

Escucha, sacerdote, a tu Señor, que te llama para que vayas con Él a lo alto del monte, a la oración, en donde Él se transfigura para ti, y se muestra tal y cómo es: el Hijo único de Dios, que fue enviado al mundo, para hacerse hombre como tú, para vivir como tú, para ser probado en todo como tú, menos en el pecado, para dejarlo todo, como tú, y tomar su cruz y hacerse camino, para morir por ti, y que se ha quedado en el mundo a través de ti, configurado contigo, para mostrarse al mundo tal y como es, hombre y Dios, a través de ti, sacerdote.

¿Cómo mostrarías tú al mundo el rostro de tu Señor, si tu corazón fuera transfigurado?

¿Un rostro limpio, puro, resucitado, vivo, divino?

¿O un rostro oculto, manchado, herido y desfigurado, que sufre por tu pecado?

¿Complaces, sacerdote, a tu Dios, haciendo lo que Él te dice, o te quedas dormido y no oras, y no ves su gloria?

¿Acudes, sacerdote, al llamado de tu Señor todos los días, con tu corazón contrito y humillado, para verlo tal cual es, transfigurado en el sagrario, en el altar, en la patena, en el cáliz, en la custodia, y entre tus manos, como Jesús sacramentado?

¿Obedeces, sacerdote, a tu Señor y acudes a su llamado para alabarlo, para bendecirlo, para adorarlo, para hacerlo tuyo, y hacerte suyo, todos los días en su presencia viva, en la Eucaristía?

¿Pones, sacerdote, tu confianza en el Señor y le entregas tu vida?

¿Escuchas su Palabra, sacerdote, para hacer lo que Él te diga?, ¿o estás lleno de temor y de miedo, porque no haces lo que te dice tu Señor, porque no lo obedeces, porque no complaces a tu Dios, y permaneces sentado, resignado, y rechazas la gracia y el perdón que te ofrece tu Señor?

¿Tu rostro es el rostro del Cristo que representas, o es el rostro de la vergüenza?

Vuelve, sacerdote, al monte de la oración. Arrepiéntete y pídele perdón. Escucha su Palabra y ponla en práctica.

Entonces el mundo verá en ti transfigurado a tu Señor, porque en ti Él ha puesto sus complacencias, y el pueblo lo escucha a través de ti, sacerdote.

Obedece, sacerdote, a tu Señor. Acude a su encuentro en el monte alto de la oración, y transfigúrate con Él, para que en ti Él muestre al mundo la gloria de Dios.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 12)

Domingo III de Cuaresma (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011 – Homilía 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **P. Julio César RAMOS González SDB (Salta, Argentina) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

LA APARENTE DISTANCIA

Ex 17, 3-7; Rom 5, 1-2.5-8; Jn 4, 5-42

Cuando el pueblo de Israel marcha por el desierto experimenta una serie de incertidumbres, no tienen pan ni agua. Pronto comienzan a perder la confianza en Dios. Protestan contra Moisés y expresan su desaliento, cuestionándose si efectivamente Dios seguía acompañándolos. Los seres humanos quisiéramos tener manifestaciones más evidentes de la presencia de Dios. Conviene recordar que Dios

escapa a cualquiera de nuestras formas de captar la realidad. Es el totalmente otro. El Señor Jesús lo enseña así a la mujer samaritana. Dios se comunica con los suyos en espíritu y verdad. El encuentro de Jesús con la mujer de Samaria nos abre una alternativa: es necesario encontramos con Jesús, contemplar sus acciones, escucharlo con apertura, si queremos descubrir su presencia. A Dios no lo podemos descubrir solamente a través de mediaciones, es necesario vivir un encuentro directo y personal, como bien los descubrieron los vecinos de Samaria.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Ez 36, 23-26

Cuando manifieste en medio de ustedes mi santidad, los reuniré de todos los países; derramaré sobre ustedes agua pura y quedarán purificados de todos sus pecados, y les infundiré un espíritu nuevo, dice el Señor.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, fuente de misericordia y de toda bondad, que enseñaste que el remedio contra el pecado está en el ayuno, la oración y la limosna, mira con agrado nuestra humilde confesión, para que a quienes agobia la propia conciencia nos reconforte siempre tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Tenemos sed: danos agua para beber.

Del libro del Éxodo: 17, 3-7

En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, fue a protestar contra Moisés, diciéndole: "¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?".

Moisés clamó al Señor y le dijo: "¿Qué puedo hacer con este pueblo? Sólo falta que me apedreen". Respondió el Señor a Moisés: "Preséntate al pueblo, llevando contigo a algunos de los ancianos de Israel, toma en tu mano el cayado con que golpeaste el Nilo y vete. Yo estaré ante ti, sobre la peña, en Horeb. Golpea la peña y saldrá de ella agua para que beba el pueblo".

Así lo hizo Moisés a la vista de los ancianos de Israel y puso por nombre a aquel lugar Masá y Meribá, por la rebelión de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: "¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 94, 1-2.6-7.8-9.

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

Vengan, lancemos vivas al Señor, aclamemos al Dios que nos salva. Acerquémonos a él, llenos de júbilo, y démosle gracias. ***R/.***

Vengan, y puestos de rodillas, adoremos y bendigamos al Señor, que nos hizo, pues él es nuestro Dios y nosotros, su pueblo; él es nuestro pastor y nosotros, sus ovejas. ***R/.***

Hagámosle caso al Señor, que nos dice: "No endurezcan su corazón, como el día de la rebelión en el desierto, cuando sus padres dudaron de mí, aunque habían visto mis obras". ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 5, 1-2. 5-8

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriamos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios.

La esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado. En efecto, cuando todavía no teníamos fuerzas para salir del pecado, Cristo murió por los pecadores en el tiempo señalado.

Difícilmente habrá alguien que quiera morir por un justo, aunque puede haber alguno que esté dispuesto a morir por una persona sumamente buena. Y la prueba de que Dios nos ama está en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Jn 4, 42.15

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Señor, tú eres el Salvador del mundo. Dame de tu agua viva para que no vuelva a tener sed. **R/.**

EVANGELIO

Un manantial capaz de dar la vida eterna.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 4, 5-42

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria, llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Ahí estaba el pozo de Jacob. Jesús, que venía cansado del camino, se sentó sin más en el brocal del pozo. Era cerca del mediodía.

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: "Dame de beber". (Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le contestó: "¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?" (porque los judíos no tratan a los samaritanos). Jesús le dijo: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva".

La mujer le respondió: "Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo, ¿cómo vas a darme agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus sanados?". Jesús le contestó: "El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna".

La mujer le dijo: "Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla". Él le dijo: "Ve a llamar a tu marido y vuelve".

La mujer le contestó: "No tengo marido". Jesús le dijo: "Tienes razón en decir: 'No tengo marido'. Has tenido cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad".

La mujer le dijo: "Señor, ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte y ustedes dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén". Jesús le dijo: "Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos. Porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad".

La mujer le dijo: "Ya sé que va a venir el Mesías (es decir, Cristo). Cuando venga, él nos dará razón de todo". Jesús le dijo: "Soy yo, el que habla contigo".

En esto llegaron los discípulos y se sorprendieron de que estuviera conversando con una mujer; sin embargo, ninguno le dijo: '¿Qué le preguntas o de qué hablas con ella?'. Entonces la mujer dejó su cántaro, se fue al pueblo y comenzó a decir a la gente: "Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Mesías?". Salieron del pueblo y se pusieron en camino hacia donde él estaba.

Mientras tanto, sus discípulos le insistían: "Maestro, come". Él les dijo: "Yo tengo por comida un alimento que ustedes no conocen". Los discípulos comentaban entre sí: "¿Le habrá traído alguien de comer?". Jesús les dijo: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿Acaso no dicen ustedes que todavía faltan cuatro meses para la siega? Pues bien, yo les digo: Levanten los ojos y contemplen los campos, que ya están dorados para la siega. Ya el segador recibe su jornal y almacena frutos para la vida eterna. De este modo se alegran por igual el sembrador y el segador. Aquí se cumple el dicho: 'Uno es el que siembra y otro el que cosecha'. Yo los envié a cosechar lo que no habían trabajado. Otros trabajaron y ustedes recogieron su fruto".

Muchos samaritanos de aquel poblado creyeron en Jesús por el testimonio de la mujer: 'Me dijo todo lo que he hecho'. Cuando los samaritanos llegaron a donde él estaba, le rogaban que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron en él al oír su palabra. Y decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el Salvador del mundo".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Por estas ofrendas, Señor, concédenos benigno el perdón de nuestras ofensas, y ayúdanos a perdonar a nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO DE LA SAMARITANA

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque él mismo, cuando pidió de beber a la samaritana, ya había infundido en ella el don de la fe, y si quiso estar sediento de la fe de aquella mujer, fue para encender en ella el fuego del amor divino.

Por eso, Señor, te damos gracias y proclamamos tu grandeza, cantando con los ángeles: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 4, 13-14

El que beba del agua que yo le daré, dice el Señor, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados en la tierra con el pan del cielo, prenda de eterna salvación, te suplicamos, Señor, que lleves a su plenitud en nuestra vida la gracia recibida en este sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Dirige, Señor, los corazones de tus fieles y da en tu bondad a tus siervos una gracia tan grande que, cumpliendo en plenitud tus mandamientos, nos haga permanecer en tu amor y en el de nuestro prójimo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Golpearás la roca y saldrá agua (Ex 17, 3-7)

1ª lectura

La dureza de la vida del desierto, cuyo máximo exponente es el hambre y la sed, se presta a nuevas intervenciones divinas, cargadas de sentido teológico. El prodigio del maná, que estaba precedido por el episodio del agua salobre convertida por Moisés en potable (Ex 15, 22-25), va seguido de un nuevo prodigio con el agua: Moisés la hace brotar de una roca. Esto ocurrió en Refidim, probablemente el actual *Wadi Refayid*, a unos 13 km. del *Djébel Mûsa*.

Los hijos de Israel van fortaleciendo poco a poco su fe en Dios y en su ministro, Moisés. Pero con frecuencia les asalta la duda de la presencia de Dios en medio de ellos (v. 7). Surgen las murmuraciones y la búsqueda de pruebas de esa presencia: ¿habrán salido de Egipto para morir o para alcanzar la salvación? El agua que Moisés hace brotar es una señal más que da seguridad a la fe de los israelitas.

El episodio da nombre a dos ciudades: Meribá, que en la etimología popular significa «litigio», «disputa», «pleito»; y Masá, que equivale a «prueba», «tentación». Muchos textos bíblicos recordaron este pecado (cfr Dt 6, 16; 9, 22-24; 33, 8; Sal 95, 8-

9), añadiendo incluso que al propio Moisés le faltó fe y golpeó por dos veces la roca (cfr Nm 20, 1-13; Dt 32, 51; Sal 106, 32). La falta de confianza en la bondad y en la omnipotencia divina es tentar a Dios y supone un grave pecado contra la fe. Mucho más en el caso de Moisés que había experimentado la predilección divina y había de ser ejemplo para el pueblo. Ante una contrariedad o ante una dificultad que no se resuelve de inmediato, el hombre puede llegar a sentir una cierta vacilación, pero nunca dudar, porque «si la duda se alimenta deliberadamente, puede conducir a la ceguera de espíritu». (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2088). Un cristiano, acostumbrado a contemplar la Cruz del Señor, debe aceptar que el dolor forma parte de los planes de Dios.

Hay una tradición rabínica que cuenta que la roca acompañó a los israelitas en todo su viaje por el desierto; San Pablo se refiere a esa leyenda en su carta a los Corintios, cuando dice que «la piedra era Cristo» (1 Co 10, 4). Los Santos Padres, apoyados en recuerdos bíblicos sobre el carácter prodigioso de las aguas (cfr Sal 78, 15-16; 105, 41; Sb 11, 4-14), explicaban que este episodio prefigura los prodigios del bautismo: «Contempla el misterio: Moisés es el profeta, el báculo es la palabra de Dios; el sacerdote toca la piedra y fluye el agua para que pueda beber el pueblo de Dios que consigue así la gracia» (S. Ambrosio, *De sacramentis* 5, 1, 3).

Justificados por la fe (Rm 5, 1-2.5-8)

2ª lectura

La nueva vida que resulta de la justificación se realiza en la fe y en la esperanza (Rm 5, 1-2), que tienen la garantía del amor de Dios (Rm 5, 5). Así pues, fe, esperanza y caridad, *las tres virtudes teologales, que componen el armazón sobre el que se teje la auténtica existencia del hombre cristiano, de la mujer cristiana* (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 205), se suceden actuando en nosotros, contribuyendo al crecimiento de la vida de la gracia.

El fruto de este crecimiento es la paz (Rm 5, 1), que se hace, de algún modo casi inalterable, como anticipo, aunque imperfecto, de la vida eterna. Una paz, que no consiste en la apatía de quien no quiere tener problemas, sino en la firmeza, llena de esperanza, para sobreponerse a las contradicciones y mantenerse fiel. «Quien espera algo con gran fuerza está dispuesto a sufrir todas las dificultades y amarguras para conseguirlo. Así, un enfermo, si desea ardientemente la salud, toma de buena gana la medicina amarga que le sanará» (Sto. Tomás de Aquino, *Super Romanos, ad loc.*).

El amor del que se habla en el v. 5 es, a la vez, el amor con que Dios nos ama —que se manifiesta en el envío del Espíritu Santo—, y el amor que Dios pone en nuestras almas para que le podamos amar. El Concilio II de Orange, citando a San Agustín, se expresa así: «Amar a Dios es exclusivamente un don de Dios. El mismo que, sin ser amado, ama, nos concedió que le amásemos. Fuimos amados cuando todavía le éramos desagradables, para que se nos concediera algo con que agradarle. En efecto, el Espíritu del Padre y del Hijo, a quien amamos con el Padre y el Hijo, derrama la caridad en nuestros corazones» (*De gratia*, can. 25; cfr San Agustín, *In Ioannis Evangelium* 102, 5).

Los vv. 6-8 enseñan que la medida del amor que Dios nos tiene se demuestra en la «reconciliación» que se operó mediante el sacrificio de la cruz, cuando Cristo, dando muerte en sí mismo a la enemistad, estableció la paz y nos reconcilió con Dios (cfr Ef 2, 15-16). Si, cuando éramos pecadores, nos manifestó ese amor, cuánto más ahora, una vez reconciliados, podemos confiar en que nos salvará. La reconciliación en Cristo aparece, pues, con perfiles muy nítidos: no es que Dios estuviera enemistado con los hombres; éramos nosotros quienes estábamos enemistados con Dios por nuestros pecados; no era Dios el que debía cambiar de actitud, sino el hombre; sin embargo, ha sido Dios quien ha tomado la iniciativa por medio de la muerte de Cristo para que el hombre vuelva a la amistad con Él.

Jesús habla con la samaritana (Jn 4, 5-42)

Evangelio

En Jerusalén había comenzado a aparecer la hostilidad de los fariseos contra Jesús (Jn 4, 1-2). El Señor se retira al norte de Palestina, a Galilea (Jn 4, 3), donde la influencia de los fariseos era menor. Con ello evita que le den muerte antes del tiempo señalado por Dios Padre. Con ese gesto nos enseña Jesús que la providencia divina no exime al creyente de ejercer la inteligencia y la voluntad, a imitación de Cristo, para descubrir con prudencia lo que Dios quiere de él.

Había dos caminos usuales para ir de Judea a Galilea. El más corto pasaba por la ciudad de Samaría. El otro, junto al Jordán, era más largo. Jesús recorre el de Samaría (Jn 4, 4). Al aproximarse a esta ciudad, cerca de Sicar, la actual Askar, al pie del monte Ebal, tiene lugar el encuentro de Jesús con la mujer. Hay que tener en cuenta que los judíos sentían una gran aversión hacía los samaritanos (Jn 4, 9.27). Éstos eran los judíos que habían quedado en el territorio de Israel después de la destrucción de Samaría en el 722 a.C. y que se habían mezclado con los colonos llevados a esa zona por los asirios. Los samaritanos siempre reivindicaron ser los verdaderos continuadores de la tradición patriarcal y mosaica, pero, ya en el siglo VI a.C., su condición religiosa era considerada por los otros judíos un burdo sincretismo (2 R 17, 34-40). No obstante, el cisma propiamente dicho tuvo lugar en la época de Nehemías (siglo V a.C.) y se radicalizó cuando los samaritanos construyeron en el monte Garizim un templo en honor del Señor, Dios de Israel. Durante la época de la influencia siria (siglo II a.C.), según Flavio Josefo (*Antiquitates Iudaicae* 12, 5, 5), los samaritanos pidieron a Antíoco que dedicara su templo de Garizim al dios griego Zeus Xenios. El rey judío Juan Hircano lo destruyó y con ello dejó abierta una herida que ya no se iba a cerrar. Los samaritanos se consideraron a sí mismos los legítimos continuadores de la fe judía y mantuvieron tradiciones muy antiguas. Tenían el Pentateuco como único libro sagrado.

Los evangelios, y en especial el de San Juan, narran a veces detalles que pueden parecer irrelevantes, pero no lo son. Jesús, como nosotros, se fatiga realmente (Jn 4, 6), necesita reponer fuerzas, siente hambre y sed; pero aun en medio del cansancio no desaprovecha ocasión para hacer el bien a las almas. *Recoged los ojos del alma y revivid despacio la escena: Jesucristo,* perfectus Deus, perfectus homo *(*Símbolo Atanasiano*) está fatigado por el camino y por el trabajo apostólico. Como quizá os*

ha sucedido alguna vez a vosotros, que acabáis rendidos, porque no aguantáis más. Es conmovedor observar al Maestro agotado. Además, tiene hambre: los discípulos han ido al pueblo vecino para buscar algo de comer. Y tiene sed (...). Pero más que la fatiga del cuerpo, le consume la sed de almas. Por esto, al llegar la samaritana, aquella mujer pecadora, el corazón sacerdotal de Cristo se vuelca, diligente, para recuperar la oveja perdida: olvidando el cansancio, el hambre y la sed.

Cuando nos cansemos —en el trabajo, en el estudio, en la tarea apostólica—, cuando encontremos cerrazón en el horizonte, entonces, los ojos a Cristo: a Jesús bueno, a Jesús cansado, a Jesús hambriento y sediento. ¡Cómo te haces entender, Señor! ¡Cómo te haces querer! Te nos muestras como nosotros, en todo menos en el pecado: para que palpemos que contigo podremos vencer nuestras malas inclinaciones, nuestras culpas. Porque no importan ni el cansancio, ni el hambre, ni la sed, ni las lágrimas... Cristo se cansó, pasó hambre, estuvo sediento, lloró. Lo que importa es la lucha —una contienda amable, porque el Señor permanece siempre a nuestro lado— para cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, nn. 176 y 201).

En el entrañable diálogo de Jesús con la samaritana (Jn 4, 7-29), San Juan vuelve a presentar la doctrina de la gracia, el don que Dios da a los hombres por el Espíritu Santo tras la Encarnación de su Hijo. Como en el diálogo con Nicodemo (Jn 3, 1-21), Jesús toma ocasión de expresiones usuales, dichas en sentido material e inmediato, para presentar realidades sobrenaturales. En esa significación más profunda está ya presente el núcleo de lo que será la doctrina de la Iglesia sobre los sacramentos. Igual que el agua es esencial para la vida humana, el agua que verdaderamente puede saciar la sed espiritual del hombre es la gracia de Cristo. «En efecto —comenta Juan Pablo II— según el Evangelio de Juan, el Espíritu Santo nos es dado con la nueva vida, como anuncia y promete Jesús el día grande de la fiesta de los Tabernáculos: *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva* (Jn 7, 37-38). Y el evangelista explica: *Esto decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él* (Jn 7, 39). Es el mismo símil del agua usado por Jesús en su coloquio con la samaritana, cuando habla de una *fuente de agua que brota para la vida eterna* (4, 14), y en el coloquio con Nicodemo, cuando anuncia la necesidad de un nuevo nacimiento *de agua y de Espíritu* para *entrar en el reino de Dios* (Jn 3, 5)» (*Dominum et Vivificantem*, n. 1).

El episodio muestra también la universalidad de la salvación que trae Cristo. Su amor se extiende a todas las almas (Jn 4, 9.31-38). Jesús pide de beber no sólo a causa de su sed física sino para mostrar que tenía sed de que los hombres descubrieran el amor de Dios: «Tenía sed... Pero al decir: "Dame de beber", lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el *amor* de su pobre criatura. Tenía sed de amor... Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está *sediento*. Entre los discípulos del mundo, sólo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus *propios discípulos* ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!» (Sta. Teresa de Lisieux, *Historia de un alma* 9).

Lo que sucede junto aquel pozo nos hace comprender también que la oración es como el lugar de nuestro encuentro con Cristo: «La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él (cfr S. Agustín, *Quaest.*64, 4)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2560).

Finalmente, el texto alude a los designios de Dios (Jn 4, 20-26). Los samaritanos ignoraban gran parte del plan divino porque prescindían de toda revelación que no se hallase en la Ley de Moisés; los judíos, en cambio, estaban más cerca de la verdad sobre el Mesías al aceptar los libros de los Profetas y los Salmos. Pero unos y otros debían abrirse a la nueva Revelación de Jesucristo. Con la llegada del Mesías, a quien ambos pueblos esperaban, se inicia la nueva y definitiva Alianza, en la que Garizim, el monte donde adoraban los samaritanos, y Jerusalén, con su Templo, quedan superados: lo que agrada al Padre es que todos aceptemos al Mesías, su Hijo, el nuevo Templo de Dios (cfr Jn 2, 21), y le rindamos un culto que brota del corazón del hombre (cfr 2 Tm 2, 22) y que es suscitado por el mismo Espíritu de Dios (cfr Rm 8, 15).

La transformación que la gracia opera en esa mujer es maravillosa (Jn 4, 28-29). El pensamiento de la samaritana se centra ahora solamente en Jesús y, olvidándose del motivo que le había llevado al pozo, deja su cántaro y se dirige al pueblo, deseando comunicar su descubrimiento. «Los Apóstoles, cuando fueron llamados, dejaron las redes; ésta deja su cántaro y anuncia el Evangelio, y no llama solamente a uno, sino que remueve toda la ciudad» (S. Juan Crisóstomo, *In Ioannem* 33).

El episodio presenta todo un proceso de evangelización que se inicia con el entusiasmo de la samaritana (Jn 4, 39-42). «Lo mismo sucede hoy a los que están fuera y no son cristianos: comienzan sus amigos cristianos por darles noticias de Cristo, como hizo aquella mujer, lo mismo que hace la Iglesia; luego vienen a Cristo, esto es, creen en Cristo por esta noticia y, finalmente, Jesús se queda con ellos dos días, y con esto creen mucho más y con más firmeza que Él es en verdad el Salvador del mundo» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 15, 33).

A raíz de la conversión de la samaritana y del regreso de los discípulos aparece otro de los temas frecuentes en el cuarto evangelio: Jesús ha venido a cumplir la voluntad del Padre (Jn 4, 34). Esa voluntad consiste en que todo el que vea al Hijo y crea en Él tenga vida eterna, y pueda resucitar en el último día (cfr 6, 39-40).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Llega una mujer de Samaría a sacar agua

Llega una mujer. Se trata aquí de una figura de la Iglesia, no santa aún, pero sí a punto de serlo; de esto, en efecto, habla nuestra lectura. La mujer llegó sin saber nada, encontró a Jesús, y él se puso a hablar con ella. Veamos cómo y por qué. *Llega una mujer de Samaría a sacar agua*. Los samaritanos no tenían nada que ver con los judíos; no eran del pueblo elegido. Y esto ya significa algo: aquella mujer, que representaba a la Iglesia, era una extranjera, porque la Iglesia iba a ser constituida por gente extraña al pueblo de Israel.

Pensemos, pues, que aquí se está hablando ya de nosotros: reconozcámonos en la mujer, y, como incluidos en ella, demos gracias a Dios. La mujer no era más que una figura, no era la realidad; sin embargo, ella sirvió de figura; y luego vino la realidad. Creyó, efectivamente, en aquel que quiso darnos en ella una figura. Llega, pues, a sacar agua.

Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?" Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Ved cómo se trata aquí de extranjeros: los judíos no querían ni siquiera usar sus vasijas. Y como aquella mujer llevaba una vasija para sacar el agua, se asombró de que un judío le pidiera de beber, pues no acostumbraban a hacer esto los judíos. Pero aquel que le pedía de beber tenía sed, en realidad, de la fe de aquella mujer.

Fíjate en quién era aquel que le pedía de beber: *Jesús le contestó: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.*

Le pedía de beber, y fue él mismo quien prometió darle el agua. Se presenta como quien tiene indigencia, como quien espera algo, y le promete abundancia, como quien está dispuesto a dar hasta la saciedad. *Si conocieras* —dice— *el don de Dios*. El don de Dios es el Espíritu Santo. A pesar de que no habla aun claramente a la mujer, ya va penetrando, poco a poco, en su corazón y ya la está adoctrinando. ¿Podría encontrarse algo más suave y más bondadoso que esta exhortación? *Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.* ¿De qué agua iba a darle, sino de aquella de la que está escrito: *En ti está la fuente viva*? Y ¿cómo podrán tener sed los que *se nutren de lo sabroso de tu casa*?

De manera que le estaba ofreciendo un manjar apetitoso y la saciedad del Espíritu Santo, pero ella no lo acababa de entender; y como no lo entendía, ¿qué respondió? *La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla*. Por una parte, su indigencia la forzaba al trabajo, pero, por otra, su debilidad rehuía el trabajo. Ojalá hubiera podido escuchar: *Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*. Esto era precisamente lo que Jesús quería darle a entender, para que no se sintiera ya agobiada; pero la mujer aún no lo entendía.

(*De los tratados de San Agustín, obispo, sobre el Evangelio de San Juan*, Tratado 15, 10-12.16-17: CCL 36, 154-156)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Ángelus 2014

Todo encuentro con Jesús cambia la vida y llena de alegría

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos presenta el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, acaecido en Sicar, junto a un antiguo pozo al que la mujer iba cada día a sacar agua. Ese día encontró allí a Jesús, sentado, «fatigado por el viaje» (*Jn* 4, 6). Y enseguida le dice: «Dame de beber» (v. 7). De este modo supera las barreras de hostilidad que existían entre judíos y samaritanos y rompe los esquemas de prejuicio respecto a las mujeres. La sencilla petición de Jesús es el comienzo de un diálogo franco, mediante el cual Él, con gran delicadeza, entra en el mundo interior de una persona a la cual, según los esquemas sociales, no habría debido ni siquiera dirigirle la palabra. ¡Pero Jesús lo hace! Jesús no tiene miedo. Jesús cuando ve a una persona va adelante porque ama. Nos ama a todos. No se detiene nunca ante una persona por prejuicios. Jesús la pone ante su situación, sin juzgarla, sino haciendo que se sienta considerada, reconocida, y suscitando así en ella el deseo de ir más allá de la rutina cotidiana.

Aquella sed de Jesús no era tanto sed de agua, sino de encontrar un alma endurecida. Jesús tenía necesidad de encontrar a la samaritana para abrirle el corazón: le pide de beber para poner en evidencia la sed que había en ella misma. La mujer queda tocada por este encuentro: dirige a Jesús esos interrogantes profundos que todos tenemos dentro, pero que a menudo ignoramos. También nosotros tenemos muchas preguntas que hacer, ¡pero no encontramos el valor de dirigirlas a Jesús! La cuaresma, queridos hermanos y hermanas, es el tiempo oportuno para mirarnos dentro, para hacer emerger nuestras necesidades espirituales más auténticas, y pedir la ayuda del Señor en la oración. El ejemplo de la samaritana nos invita a expresarnos así: «Jesús, dame de esa agua que saciará mi sed eternamente».

El Evangelio dice que los discípulos quedaron maravillados de que su Maestro hablase con esa mujer. Pero el Señor es más grande que los prejuicios, por eso no tuvo temor de detenerse con la samaritana: la misericordia es más grande que el prejuicio. ¡Esto tenemos que aprenderlo bien! La misericordia es más grande que el prejuicio, y Jesús es muy misericordioso, ¡mucho! El resultado de aquel encuentro junto al pozo fue que la mujer quedó transformada: «dejó su cántaro» (v. 28) con el que iba a coger el agua, y corrió a la ciudad a contar su experiencia extraordinaria. «He encontrado a un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho. ¿Será el Mesías?» ¡Estaba entusiasmada! Había ido a sacar agua del pozo y encontró otra agua, el agua viva de la misericordia, que salta hasta la vida eterna. ¡Encontró el agua que buscaba desde siempre! Corre al pueblo, aquel pueblo que la juzgaba, la condenaba y la rechazaba, y anuncia que ha encontrado al Mesías: uno que le ha cambiado la vida. Porque todo encuentro con Jesús nos cambia la vida, siempre. Es un paso adelante, un paso más

cerca de Dios. Y así, cada encuentro con Jesús nos cambia la vida. Siempre, siempre es así.

En este Evangelio hallamos también nosotros el estímulo para «dejar nuestro cántaro», símbolo de todo lo que aparentemente es importante, pero que pierde valor ante el «amor de Dios». ¡Todos tenemos uno o más de uno! Yo os pregunto a vosotros, también a mí: ¿cuál es tu cántaro interior, ese que te pesa, el que te aleja de Dios? Dejémoslo un poco aparte y con el corazón escuchemos la voz de Jesús, que nos ofrece otra agua, otra agua que nos acerca al Señor. Estamos llamados a redescubrir la importancia y el sentido de nuestra vida cristiana, iniciada en el bautismo y, como la samaritana, a dar testimonio a nuestros hermanos. ¿De qué? De la alegría. Testimoniar la alegría del encuentro con Jesús, porque he dicho que todo encuentro con Jesús nos cambia la vida, y también todo encuentro con Jesús nos llena de alegría, esa alegría que viene de dentro. Así es el Señor. Y contar cuántas cosas maravillosas sabe hacer el Señor en nuestro corazón, cuando tenemos el valor de dejar aparte nuestro cántaro.

***

Ángelus 2017

Acercarse y encontrar a Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo, el tercero de Cuaresma, nos presenta el diálogo de Jesús con la samaritana (cf. *Juan* 4, 5-42). El encuentro tiene lugar mientras Jesús atravesaba Samaria, región entre Judea y Galilea, habitada por gente que los judíos despreciaban, considerándoles cismáticos y heréticos. Pero precisamente esta población será una de las primeras en adherir a la predicación cristiana de los apóstoles. Mientras que los discípulos van al pueblo a buscar comida, Jesús se queda junto un pozo y pide a una mujer, que había ido allí para recoger agua, que le dé de beber. Y de esta petición comienza un diálogo. «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?». Jesús responde: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva [...] el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna» (vv. 10-14).

Ir al pozo por agua es cansado y aburrido; ¡sería bonito tener a disposición una fuente brotando! Pero Jesús habla de un agua diferente. Cuando la mujer se da cuenta que el hombre con el que está hablando es un profeta, le confía la propia vida y le plantea cuestiones religiosas. Su sed de afecto y de vida plena no ha sido apagada por los cinco maridos que ha tenido, es más, ha experimentado desilusiones y engaños. Por eso la mujer queda impresionada del gran respeto que Jesús tiene por ella cuando Él le habla incluso de la verdadera fe, como relación con Dios Padre «en espíritu y verdad», entonces intuye que ese hombre podría ser el Mesías y Jesús —algo rarísimo— lo confirma: «yo soy, el que está hablando» (v. 26). Él dice que es el Mesías a una mujer que tenía una vida tan desordenada.

Queridos hermanos, el agua que dona la vida eterna ha sido derramada en nuestros corazones en el día de nuestro Bautismo; entonces Dios nos ha transformado y llenado de su gracia. Pero puede darse que este gran don lo hemos olvidado, o reducido a un mero dato personal; y quizá vamos en busca de "pozos" cuyas aguas no nos sacian. Cuando olvidamos el agua verdadera, buscamos pozos que no tienen aguas limpias. ¡Entonces este Evangelio es precisamente para nosotros! No solo para la samaritana, para nosotros. Jesús nos habla como a la samaritana. Cierto, nosotros ya lo conocemos, pero quizá todavía no lo hemos encontrado personalmente. Sabemos quién es Jesús, pero quizá no lo hemos encontrado personalmente, hablando con Él, y no lo hemos reconocido todavía como nuestro Salvador. Este tiempo de Cuaresma es una buena ocasión para acercarse a Él, encontrarlo en la oración en un diálogo de corazón a corazón, hablar con Él, escucharle; es una buena ocasión para ver su rostro también en el rostro de un hermano y de una hermana que sufre. De esta forma podemos renovar en nosotros la gracia del Bautismo, saciar nuestra sed en la fuente de la Palabra de Dios y de su Espíritu Santo; y así descubrir también la alegría de convertirse en artífices de reconciliación e instrumentos de paz en la vida cotidiana.

La Virgen María nos ayude a recurrir constantemente a la gracia, a esa agua que mana de la roca que es Cristo Salvador, para que podamos profesar con convicción nuestra fe y anunciar con alegría las maravillas del amor de Dios, misericordioso y fuente de todo bien.

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008 y 2011 – Homilía 2008

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Ángelus 2008

Abrir el corazón a la escucha confiada de la palabra de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo de Cuaresma la liturgia vuelve a proponernos este año uno de los textos más hermosos y profundos de la Biblia: el diálogo entre Jesús y la samaritana (cf. *Jn* 4, 5-42). San Agustín, del que estoy hablando extensamente en las catequesis de los miércoles, se sentía con razón fascinado por este relato, e hizo un comentario memorable de él. Es imposible expresar en una breve explicación la riqueza de esta página evangélica: es preciso leerla y meditarla personalmente, identificándose con aquella mujer que, un día como tantos otros, fue a sacar agua del pozo y allí se encontró a Jesús sentado, «cansado del camino», en medio del calor del mediodía. «Dame de beber», le dijo, dejándola muy sorprendida. En efecto, no era costumbre que un judío dirigiera la palabra a una mujer samaritana, por lo demás desconocida. Pero el asombro de la mujer estaba destinado a aumentar: Jesús le habló de un «agua viva» capaz de saciar la sed y de convertirse en ella en un «manantial de agua que salta hasta la vida eterna»; le demostró, además, que conocía su vida

personal; le reveló que había llegado la hora de adorar al único Dios verdadero en espíritu y en verdad; y, por último, le aseguró —cosa muy rara— que era el Mesías.

Todo esto a partir de la experiencia real y sensible de la sed. El tema de la sed atraviesa todo el evangelio de san Juan: desde el encuentro con la samaritana, pasando por la gran profecía durante la fiesta de las Tiendas (cf. *Jn* 7, 37-38), hasta la cruz, cuando Jesús, antes de morir, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed» (*Jn* 19, 28). La sed de Cristo es una puerta de acceso al misterio de Dios, que tuvo sed para saciar la nuestra, como se hizo pobre para enriquecernos (cf. *2 Co* 8, 9).

Sí, Dios tiene sed de nuestra fe y de nuestro amor. Como un padre bueno y misericordioso, desea para nosotros todo el bien posible, y este bien es él mismo. En cambio, la mujer samaritana representa la insatisfacción existencial de quien no ha encontrado lo que busca: había tenido «cinco maridos» y convivía con otro hombre; sus continuas idas al pozo para sacar agua expresan un vivir repetitivo y resignado. Pero todo cambió para ella aquel día gracias al coloquio con el Señor Jesús, que la desconcertó hasta el punto de inducirla a dejar el cántaro del agua y correr a decir a la gente del pueblo: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será este el Mesías?» (*Jn* 4, 28-29).

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros abramos el corazón a la escucha confiada de la palabra de Dios para encontrar, como la samaritana, a Jesús que nos revela su amor y nos dice: el Mesías, tu Salvador, «soy yo: el que habla contigo» (*Jn* 4, 26). Nos obtenga este don María, la primera y perfecta discípula del Verbo encarnado.

***

Ángelus 2011

Jesús nos espera para hablar al corazón

Queridos hermanos y hermanas:

Este tercer domingo de Cuaresma se caracteriza por el famoso diálogo de Jesús con la mujer samaritana, narrado por el evangelista Juan. La mujer se dirigía todos los días a sacar agua de un antiguo pozo, que se remontaba a tiempos del patriarca Jacob, y ese día se encontró con Jesús, sentado, "fatigado del camino" (Juan 4, 6). San Agustín comenta: "Hay un motivo en el cansancio de Jesús... La fuerza de Cristo te ha creado, la debilidad de Cristo te ha regenerado... Con la fuerza nos ha creado, con su debilidad vino a buscarnos" (*In Ioannis Evangelium*, 15, 2). El cansancio de Jesús, signo de su auténtica humanidad, puede ser visto como un preludio de su pasión, con la que Él llevó a cumplimiento la obra de nuestra redención. En particular, en el encuentro con la Samaritana, en el pozo, sale el tema de la "sed" de Cristo, que culmina con el grito en la cruz: "Tengo sed" (*Juan* 19, 28). Ciertamente esta sed, como el cansancio, tiene un fundamento físico. Pero Jesús, como sigue diciendo Agustín, "tenía sed de la fe de esa mujer" (*In Ioannis Evangelium*, 15, 11), al igual que de la fe de todos nosotros. Dios Padre le envió para saciar nuestra sed de vida eterna, dándonos su amor, pero para ofrecernos este don Jesús pide nuestra fe. La omnipotencia del Amor respeta siempre la libertad del hombre; toca a su corazón y espera con paciencia su respuesta.

En el encuentro con la Samaritana, destaca en primer lugar el símbolo del agua, que hace clara alusión al sacramento del Bautismo, manantial de vida nueva para la fe en la Gracia de Dios. Este Evangelio, de hecho, como recordé en la catequesis del Miércoles de Ceniza, forma parte del antiguo camino de preparación de los catecúmenos a la iniciación cristiana, que tenía lugar en la gran Vigilia de la noche de Pascua. "El que beba del agua que yo le daré –dice Jesús–, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna" (*Juan* 4, 14). Esta agua representa al Espíritu Santo, el "don" por excelencia que Jesús vino a traer de parte de Dios Padre. Quien renace en el agua y el Espíritu Santo, es decir, en el Bautismo, entra en una relación real con Dios, una relación filial, y puede adorarle "en espíritu y verdad" (*Juan* 4, 23.24), como sigue revelando Jesús a la mujer samaritana. Gracias al encuentro con Jesucristo y al don del Espíritu Santo, la fe del hombre llega a su cumplimiento, como respuesta a la plenitud de la revelación de Dios.

Cada uno de nosotros puede ponerse en el lugar de la mujer samaritana: Jesús nos espera, especialmente en este tiempo de Cuaresma, para hablar a nuestro corazón, a mi corazón. Detengámonos un momento en silencio, en nuestra habitación, o en una iglesia, o en otro lugar retirado. Escuchemos su voz que nos dice: "Si conocieras el don de Dios…". Que la Virgen María nos ayude a no perder esta oportunidad, de la que depende nuestra auténtica felicidad.

***

Homilía 2008

Dios tiene sed de nuestra fe, Él es fuente de nuestra felicidad

Queridos hermanos y hermanas:

(…) En los textos bíblicos de este tercer domingo de Cuaresma hay sugerencias útiles para la meditación, muy adecuadas a esta significativa circunstancia. A través del símbolo del agua, que encontramos en la primera lectura y en el pasaje evangélico de la samaritana, la palabra de Dios nos transmite un mensaje siempre vivo y actual: Dios tiene sed de nuestra fe y quiere que encontremos en él la fuente de nuestra auténtica felicidad. Todo creyente corre el peligro de practicar una religiosidad no auténtica, de no buscar en Dios la respuesta a las expectativas más íntimas del corazón, sino de utilizar más bien a Dios como si estuviera al servicio de nuestros deseos y proyectos.

En la primera lectura vemos al pueblo hebreo que sufre en el desierto por falta de agua y, presa del desaliento como en otras circunstancias, se lamenta y reacciona de modo violento. Llega a rebelarse contra Moisés; llega casi a rebelarse contra Dios. El autor sagrado narra: «Habían tentado al Señor diciendo: "¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?"» (*Ex* 17, 7). El pueblo exige a Dios que salga al encuentro de sus expectativas y exigencias, más bien que abandonarse confiado en sus manos, y en la prueba pierde la confianza en él. ¡Cuántas veces esto mismo sucede también en nuestra vida! ¡En cuántas circunstancias, más que conformarnos dócilmente a la voluntad divina, quisiéramos que Dios realizara nuestros designios y colmara todas nuestras

expectativas! ¡En cuántas ocasiones nuestra fe se muestra frágil, nuestra confianza débil y nuestra religiosidad contaminada por elementos mágicos y meramente terrenos!

En este tiempo cuaresmal, mientras la Iglesia nos invita a recorrer un itinerario de verdadera conversión, acojamos con humilde docilidad la recomendación del salmo responsorial: «Ojalá escuchéis hoy su voz: "No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras"» (*Sal* 94, 7-9).

El simbolismo del agua vuelve con gran elocuencia en la célebre página evangélica que narra el encuentro de Jesús con la samaritana en Sicar, junto al pozo de Jacob. Notamos enseguida un nexo entre el pozo construido por el gran patriarca de Israel para garantizar el agua a su familia y la historia de la salvación, en la que Dios da a la humanidad el agua que salta hasta la vida eterna. Si hay una sed física del agua indispensable para vivir en esta tierra, también hay en el hombre una sed espiritual que sólo Dios puede saciar. Esto se refleja claramente en el diálogo entre Jesús y la mujer que había ido a sacar agua del pozo de Jacob.

Todo inicia con la petición de Jesús: «Dame de beber» (*Jn* 4, 7). A primera vista parece una simple petición de un poco de agua, en un mediodía caluroso. En realidad, con esta petición, dirigida por lo demás a una mujer samaritana —entre judíos y samaritanos no había un buen entendimiento—, Jesús pone en marcha en su interlocutora un camino interior que hace surgir en ella el deseo de algo más profundo. San Agustín comenta: «Aquel que pedía de beber, tenía sed de la fe de aquella mujer» (*In Io. ev. Tract.* XV, 11: *PL* 35, 1514). En efecto, en un momento determinado es la mujer misma la que pide agua a Jesús (cf. *Jn* 4, 15), manifestando así que en toda persona hay una necesidad innata de Dios y de la salvación que sólo él puede colmar. Una sed de infinito que solamente puede saciar el agua que ofrece Jesús, el agua viva del Espíritu. Dentro de poco escucharemos en el prefacio estas palabras: Jesús, «al pedir agua a la samaritana, ya había infundido en ella la gracia de la fe, y si quiso estar sediento de la fe de aquella mujer fue para encender en ella el fuego del amor divino».

Queridos hermanos y hermanas, en el diálogo entre Jesús y la samaritana vemos delineado el itinerario espiritual que cada uno de nosotros, que cada comunidad cristiana está llamada a redescubrir y recorrer constantemente. Esa página evangélica, proclamada en este tiempo cuaresmal, asume un valor particularmente importante para los catecúmenos ya próximos al bautismo. En efecto, este tercer domingo de Cuaresma está relacionado con el así llamado «primer escrutinio», que es un rito sacramental de purificación y de gracia.

Así, la samaritana se transforma en figura del catecúmeno iluminado y convertido por la fe, que desea el agua viva y es purificado por la palabra y la acción del Señor. También nosotros, ya bautizados, pero siempre tratando de ser verdaderos cristianos, encontramos en este episodio evangélico un estímulo a redescubrir la importancia y el sentido de nuestra vida cristiana, el verdadero deseo de Dios que vive en nosotros. Jesús quiere llevarnos, como a la samaritana, a profesar con fuerza nuestra fe en él, para que después podamos anunciar y testimoniar a nuestros hermanos la alegría del

encuentro con él y las maravillas que su amor realiza en nuestra existencia. La fe nace del encuentro con Jesús, reconocido y acogido como Revelador definitivo y Salvador, en el cual se revela el rostro de Dios. Una vez que el Señor conquista el corazón de la samaritana, su existencia se transforma, y corre inmediatamente a comunicar la buena nueva a su gente (cf. *Jn* 4, 29).

Queridos hermanos y hermanas la invitación de Cristo a dejarnos implicar por su exigente propuesta evangélica resuena con fuerza esta mañana. San Agustín decía que Dios tiene sed de nuestra sed de él, es decir, desea ser deseado. Cuanto más se aleja el ser humano de Dios, tanto más él lo sigue con su amor misericordioso.

Hoy la liturgia, teniendo en cuenta también el tiempo cuaresmal que estamos viviendo, nos estimula a examinar nuestra relación con Jesús, a buscar su rostro sin cansarnos (...).

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Bautismo, renacer por medio del agua y del Espíritu

I. EL NOMBRE DE ESTE SACRAMENTO

1214. Este sacramento recibe el nombre de Bautismo en razón del carácter del rito central mediante el que se celebra: bautizar (*baptizein* en griego) significa "sumergir", "introducir dentro del agua"; la "inmersión" en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo de donde sale por la resurrección con El (cf Rm 6, 3-4; Col 2, 12) como "nueva criatura" (2 Co 5, 17; Ga 6, 15).

1215. Este sacramento es llamado también "baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo" (Tt 3, 5), porque significa y realiza ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual "nadie puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3, 5).

1216. "Este baño es llamado iluminación porque quienes reciben esta enseñanza (catequética) su espíritu es iluminado..." (S. Justino, Apol. 1, 61, 12). Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9), el bautizado, "tras haber sido iluminado" (Hb 10, 32), se convierte en "hijo de la luz" (1 Ts 5, 5), y en "luz" él mismo (Ef 5, 8):

El Bautismo es el más bello y magnífico de los dones de Dios...lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay. Don, porque es conferido a los que no aportan nada; gracia, porque, es dado incluso a culpables; bautismo, porque el pecado es sepultado en el agua; unción, porque es sagrado y real (tales son los que son ungidos); iluminación, porque es luz resplandeciente; vestidura, porque cubre

nuestra vergüenza; baño, porque lava; sello, porque nos guarda y es el signo de la soberanía de Dios (S. Gregorio Nacianceno, Or. 40, 3-4).

El bautismo en la Iglesia

1226. Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el santo Bautismo. En efecto, S. Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2, 38). Los Apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos (Hch 2, 41; 8, 12-13; 10, 48; 16, 15). El Bautismo aparece siempre ligado a la fe: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa", declara S. Pablo a su carcelero en Filipos. El relato continúa: "el carcelero inmediatamente recibió el bautismo, él y todos los suyos" (Hch 16, 31-33).

1227. Según el apóstol S. Pablo, por el Bautismo el creyente participa en la muerte de Cristo; es sepultado y resucita con él:

¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva (Rm 6, 3-4; cf Col 2, 12).

Los bautizados se han "revestido de Cristo" (Ga 3, 27). *Por el Espíritu Santo, el Bautismo es un baño que purifica, santifica y justifica* (cf 1 Co 6, 11; 12, 13).

1228. El Bautismo es, pues, un baño de agua en el que la "semilla incorruptible" de la Palabra de Dios produce su efecto vivificador (cf. 1 P 1, 23; Ef 5, 26). S. Agustín dirá del Bautismo: "Accedit verbum ad elementum, et fit sacramentum" ("Se une la palabra a la materia, y se hace el sacramento", ev. Io. 80, 3).

Jesús revela al Espíritu Santo

Cristo Jesús

727. Toda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías.

Todo el segundo capítulo del Símbolo de la fe hay que leerlo a la luz de esto. Toda la obra de Cristo es misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo. Aquí se mencionará solamente lo que se refiere a la promesa del Espíritu Santo hecha por Jesús y su don realizado por el Señor glorificado.

728. Jesús no revela plenamente el Espíritu Santo hasta que él mismo no ha sido glorificado por su Muerte y su Resurrección. Sin embargo, lo sugiere poco a poco, incluso en su enseñanza a la muchedumbre, cuando revela que su Carne será alimento para la vida del mundo (cf. Jn 6, 27. 51.62-63). Lo sugiere también a Nicodemo (cf. Jn 3, 5-8), a la Samaritana (cf. Jn 4, 10. 14. 23-24) y a los que participan en la fiesta de los Tabernáculos (cf. Jn 7, 37-39). A sus discípulos les habla de él abiertamente a propósito de la oración (cf. Lc 11, 13) y del testimonio que tendrán que dar (cf. Mt 10, 19-20).

729. Solamente cuando ha llegado la Hora en que va a ser glorificado Jesús promete la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. Jn 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26): El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre. El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre, permanecerá con nosotros; nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo. En cuanto al mundo lo acusará en materia de pecado, de justicia y de juicio.

El Espíritu Santo, el agua viva, un don de Dios

Los símbolos del Espíritu Santo

694. *El agua*. El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento: del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo. Pero "bautizados en un solo Espíritu", también "hemos bebido de un solo Espíritu" (1 Co 12, 13): el Espíritu es, pues, también personalmente el Agua viva que brota de Cristo crucificado (cf. Jn 19, 34; 1 Jn 5, 8) como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna (cf. Jn 4, 10-14; 7, 38; Ex 17, 1-6; Is 55, 1; Za 14, 8; 1 Co 10, 4; Ap 21, 6; 22, 17).

El Espíritu Santo, El Don de Dios

733. "Dios es Amor" (1 Jn 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor "Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).

734. Puesto que hemos muerto, o al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados. La Comunión con el Espíritu Santo (2 Co 13, 13) es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado.

735. Él nos da entonces las "arras" o las "primicias" de nuestra herencia (cf. Rm 8, 23; 2 Co 1, 21): la Vida misma de la Santísima Trinidad que es amar "como él nos ha amado" (cf. 1 Jn 4, 11-12). Este amor (la caridad de 1 Co 13) es el principio de la vida nueva en Cristo, hecha posible porque hemos "recibido una fuerza, la del Espíritu Santo" (Hch 1, 8).

736. Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15, 36).

1215. Este sacramento es llamado también "baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo" (Tt 3, 5), porque significa y realiza ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual "nadie puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3, 5).

1999. La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma para curarla del pecado y santificarla: es la gracia santificante o deificante, recibida en el Bautismo. Es en nosotros la fuente de la obra de santificación (cf Jn 4, 14; 7, 38-39):

Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo (2 Co 5, 17-18).

2652. El Espíritu Santo es el "agua viva" que, en el corazón orante, "brota para vida eterna" (Jn 4, 14). Él es quien nos enseña a recogerla en la misma Fuente: Cristo. Pues bien, en la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo.

Dios toma la iniciativa; la esperanza del Espíritu

Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal

604. Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10; cf. 4, 19). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5, 8).

1820. La esperanza cristiana se manifiesta desde el comienzo de la predicación de Jesús en la proclamación de las bienaventuranzas. Las bienaventuranzas elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. Pero por los méritos de Jesucristo y de su pasión, Dios nos guarda en "la esperanza que no falla" (Rom 5, 5). La esperanza es "el ancla del alma", segura y firme, "que penetra...adonde entró por nosotros como precursor Jesús" (Hb 6, 19-20). Es también un arma que nos protege en el combate de la salvación: "Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación" (1 Ts 5, 8). Nos procura el gozo en la prueba misma: "Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación" (Rm 12, 12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del Padre Nuestro, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear.

1825. Cristo murió por amor a nosotros cuando éramos todavía enemigos (cf Rm 5, 10). El Señor nos pide que amemos como él hasta nuestros enemigos (cf Mt 5, 44), que nos hagamos prójimos del más lejano (cf Lc 10, 27-37), que amemos a los niños (cf Mc 9, 37) y a los pobres como a él mismo (cf Mt 25, 40.45).

El apóstol S. Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: *La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa. no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta* (1 Co 13, 4-7).

1992. La justificación nos fue merecida por la pasión de Cristo, que se ofreció en la cruz como hostia viva, santa y agradable a Dios y cuya sangre vino a ser instrumento de propiciación por los pecados de todos los hombres. La justificación es concedida por el bautismo, sacramento de la fe. Nos conforma a la justicia de Dios que nos hace interiormente justos por el poder de su misericordia. Tiene por fin la gloria de Dios y de Cristo, y el don de la vida eterna (cf Cc. de Trento: DS 1529):

Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen -pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios- y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y justificador del que cree en Jesús (Rm 3, 21-26).

2658. "La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5). La oración, formada en la vida litúrgica, saca todo del amor con el que somos amados en Cristo y que nos permite responder amando como Él nos ha amado. El amor es la fuente de la oración: quien saca el agua de ella, alcanza la cumbre de la oración:

Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida. Te amo, Dios mío infinitamente amable, y prefiero morir amándote a vivir sin amarte. Te amo, Señor, y la única gracia que te pido es amarte eternamente... Dios mío, si mi lengua no puede decir en todos los momentos que te amo, quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro (S. Juan María Bautista Vianney, oración).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

La samaritana o sobre la vida eterna

El Evangelio de este tercer Domingo de Cuaresma es el fragmento de Juan sobre la Samaritana en el pozo. Todo el episodio está centrado sobre el simbolismo del agua. Jesús, cansado, se sienta junto al brocal del pozo. Viene allí una mujer de Samaria a sacar agua. Samaria es la actual Nablus, que es uno de los puntos calientes del conflicto hebreo-palestino. Le dice Jesús: «Dame de beber». Era como si, en la Nablus de hoy,

un hebreo pidiese de beber a una palestina. La mujer se lo hace notar; pero, Jesús replica:

«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva».

La mujer intuye que aquel desconocido con aire de profeta está buscando llevarla a un terreno «peligroso» y se defiende cogiéndose al sentido material de las palabras: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo…» Pero, Jesús insiste:

«El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

Los dos tipos de agua, puestos en contraste, aquí, indican dos modos de concebir y de realizar la propia vida, dos fines, dos horizontes distintos. La mujer samaritana ha buscado hasta ahora darle un sentido a su vida y llenar el vacío de su corazón con el amor de un hombre. Pero, inútilmente si, como le revela Jesús, ha pasado a través de cinco maridos y al presente vive con un amante. Hasta ahora no ha hecho más que beber del agua, que «no está en disposición de extinguir la sed»; esto es, buscar la felicidad donde no está o es de corta duración.

A la Samaritana y a todos los que en cierta medida se reconocen en su circunstancia, Jesús les hace una propuesta radical: buscar otra «agua», dar un sentido y un horizonte nuevo a la propia vida. ¡Un horizonte eterno! «El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida *eterna*».

Centrémonos en esta última palabra de Jesús: «*Vida eterna*». ¿Qué le ha sucedido a la palabra «eternidad» que en un tiempo transformaba los pensamientos de todos y les ayudaba a soportar con más valentía las penas de esta vida? Eternidad es una palabra caída hoy en «desuso». Es como una antorcha puesta «debajo del celemín». Ha llegado a ser una especie de tabú para el hombre moderno. Nos admira y nos hace sonreír el pensamiento de lo que fue en un tiempo esta idea, que dirigía e iluminaba toda la vida humana.

¿Cuándo habéis oído por última vez un discurso sobre el más allá o sobre la vida eterna? Se cree que este pensamiento pueda disuadir de la firmeza histórica concreta para cambiar el mundo, que sea como una evasión, un «derrochar en el cielo los tesoros destinados a la tierra». «No más cielo, ni más infierno: ya nada más que tierra», ha escrito un ateo moderno.

Pero, ¿cuál es el resultado? La vida, el dolor humano, todo llega a ser inmensamente mucho más absurdo. Se ha perdido la medida. ¿Habéis visto nunca una de aquellas balanzas, que se operan con una mano, que tienen por una parte la barra de la medida o el peso y por la otra un plato sobre el que se meten las cosas a pesar? Imaginad, ahora, que el peso se haya resbalado y haya caído, ¿qué sucederá? Todo lo que se ponga en la otra parte, en el plato, se avanzará y lo hará precipitarse a tierra. Es lo que sucede en la vida. Si falta el contrapeso de la eternidad, todo sufrimiento y todo sacrificio parece absurdo, desproporcionado, nos «desequilibra», nos arroja a tierra. Falta la medida.

San Pablo ha escrito:

«La leve tribulación de un momento nos procura, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna» (2 *Corintios* 4, 17).

En comparación con la eternidad de la gloria, la carga o peso de la tribulación le parece «leve o ligera» (¡a él que en la vida ha sufrido tanto!) precisamente porque es «momentánea». En efecto, añade:

«Pues las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas» (2 *Corintios* 4, 18).

Al filósofo Miguel de Unamuno (que era precisamente un pensador «laico») le reprochaba un amigo que fuese casi orgullo y presunción su investigación sobre la eternidad y él le respondía en estos términos: «Yo no digo que merezcamos un más allá, ni que la lógica nos lo demuestre, digo que tenemos necesidad, lo merezcamos o no, y basta. Digo que lo que pasa no me satisface, que tengo sed de eternidad y que sin ésta todo me es indiferente. Sin ella no hay ya gusto de vivir... Es demasiado fácil afirmar: «Es necesario vivir, es necesario contentarse con esta vida». ¿Y los que no se contentan?» No es quien desea la eternidad el que manifiesta no amar la vida sino quien no la desea, desde el momento en que se resigna fácilmente así al pensamiento de que ella debe acabar.

En la vida de toda persona ha habido un momento en que se ha tenido una cualquier intuición de la eternidad, un destello, un sentimiento, aunque confuso, de lo infinito. Yo recuerdo haber vivido siendo muchacho un momento del género. Era verano y, acalorado por el juego, me tumbé boca arriba sobre la hierba mirando al cielo. El cielo azul estaba interrumpido por alguna rara e inmóvil nube blanca. Pensaba: ¿Qué hay detrás de que aquel perfil azul? ¿Y más atrás aún? ¿Y más allá? La mente se me asomaba sobre el infinito. ¿Y la eternidad? Me decía: ¿qué significa la eternidad? Mil años y no es más que el comienzo, miles de millones de años y no es más que el principio... La razón se perdía y naufragaba ante el misterio. Por ello, cuando más tarde estudié en la escuela la poesía de Leopardi, *El infinito,* entendí de inmediato qué quiere decir el poeta cuando habla de «interminables espacios y sobrehumanos silencios». El verso «y el naufragar me es dulce en este mar» ha llegado a ser uno de mis versos preferidos entre todas las poesías que conozco.

Quisiera decir una breve palabra, si me lo permiten, a las jóvenes «samaritanas» (y a los jóvenes samaritanos) de hoy. Antes de que transcurra esta estación de vuestra vida, en la que sois todavía capaces de admiraros y dejaros «impresionar» por algo, haced alguna vez la experiencia que hice yo de muchacho. Paraos, alguna vez, a mirar con calma la faz o perfil del cielo o el mar, u otro espectáculo de la misma naturaleza, que os atraiga; buscad tener vuestra mente vacía del todo y sentiréis asimismo vosotros aflorar por un instante el escalofrío de lo eterno y del infinito en vuestra alma. El sentido de la eternidad duerme dentro de cada uno de nosotros. Basta despertarlo para que se expanda de nuevo y nos invada con su perfume.

No busquéis la experiencia de lo infinito o el naufragio de la mente en la droga o en otras cosas donde, al final, sólo hay desilusión y muerte. «El que bebe de esta agua

vuelve a tener sed». Lo sabe bien quien ha hecho la experiencia... Es necesario buscar el infinito en lo alto, no en lo bajo; por encima de la razón, no por bajo de ella, en los éxtasis irracionales. Con esta certeza en el corazón es infinitamente más bello vivir y amar. Si no se tiene la eternidad delante de sí, el amor se siente como ahogar, porque todo verdadero amor aspira a ser eterno.

Es claro que no basta saber que existe la eternidad, es necesario también saber cómo se hace para conseguirla. Hay que preguntarse como el joven rico del Evangelio: «¿Qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?» (*Mateo* 19, 16). Leopardi en la poesía antes recordada habla de una «valla», que, dice, «excluye la vista de mucha parte del último horizonte». ¿Qué es para nosotros esta «valla» u obstáculo, que nos impide estimular la mirada hacia el horizonte último, el eterno?

Pero, dejemos estos problemas para otra ocasión. Ya sería mucho con que hubiésemos conseguido despertar en nosotros un poco de esperanza y de nostalgia de la eternidad. ¡A familiarizarnos de nuevo con esta palabra! Esto sería una gran ganancia igualmente para nuestra sociedad y no sólo para la Iglesia. Nos ayudaría reencontrar el equilibrio, a relativizar las cosas, a no caer en la desesperación frente a las injusticias y al dolor, que existen en el mundo. A vivir menos frenéticamente.

Nuestra amiga la Samaritana, aquel día, entendió las palabras de Jesús sobre el agua viva, porque de allí a poco la encontramos transformada en una evangelizadora. Vuelta a la ciudad, va contando a todos, a diestro y a siniestro, sin vergüenza, lo que le ha dicho Jesús. Lo más hermoso para un predicador sería poder oír que le dijeran lo que sus conciudadanos expresaron a aquella mujer después de haber escuchado a Jesús en persona:

«Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Dar de beber a Cristo

La sed de Jesús manifiesta su revelación mesiánica. Él es verdadero hombre y verdadero Dios. Tiene sed, y pide de beber a una mujer que no es digna de Él. Pero, con este gesto, Él se abaja y participa de sus miserias.

Al mismo tiempo, le ofrece a ella el agua viva que Él tiene, para que beba y no tenga sed nunca más. Y así revela su sed intrínsecamente espiritual y divina, y su deseo de darle el don de Dios a la Iglesia, que Él mismo crearía para reunir a todos los hijos de Dios, y darle de beber a todos los pecadores, haciéndolos a todos dignos de Él, cuando beban del agua viva del Bautismo, con el que el Espíritu Santo, que es Espíritu de verdad, les dará la fe, la esperanza y la caridad, para que no vuelvan a tener sed, y

se transforme dentro de cada uno de ellos en manantial para la vida eterna. Entonces adorarán a Dios en espíritu y en verdad.

Bebe tú del agua viva que el Señor te quiere dar, a través de los sacramentos, y aliméntate del alimento que es hacer la voluntad del Padre que está en el cielo, para que nunca más tengas hambre y nunca más tengas sed.

Contempla a tu Señor crucificado que te dice "tengo sed", y dale de beber. Él tiene sed de almas, tiene sed de ti.

Dale de beber del manantial de tu fe puesta en obras, de tu esperanza poniendo en Él tu confianza, de tu caridad manifestando tu amor a Dios y al prójimo a través de tus obras de misericordia.

Escucha la Palabra de tu Señor en el Evangelio, que te dice: "Yo soy quien te habla", y pregona su Palabra, para que le des de beber del manantial que brota como fruto de la conversión de las almas.

Agradece el don de Dios, y acércate a la fuente de agua viva que es Eucaristía. Aliméntate del Cuerpo de Cristo, que es alimento de vida, y bebe su preciosa Sangre, que es bebida de salvación, para que nunca más tengas hambre y nunca más tengas sed.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

"Si conocieras el don de Dios..."

Ante este episodio que nos presenta hoy la Liturgia de la Palabra, debemos encomendarnos al Espíritu Santo con la esperanza de captar, por su luz, la enseñanza que se nos ofrece. Son muchos los rasgos aleccionadores de la escena. Fijémonos sólo en uno y de carácter general: que en realidad no suceden las cosas sólo humanamente, en un sentido exclusivamente terreno y, por así decir, recortado del término humano. Como entre Jesús y esa mujer, para nosotros todo sucede sobrenaturalmente. En los negocios estrictamente humanos el que pide espera recibir; pero aquí Jesús pide para dar. Cuando en lo humano damos algo favorecemos a otro, sin embargo, a Dios no le podemos favorecer. Siempre resulta favorecido el que decide ser generoso con Él. Siendo Dios puro don, enriquece siempre; hasta cuando pide y le damos.

Así ha sucedido desde el principio con la Creación, con la revelación de Dios a los patriarcas..., a los profetas...: en cada momento los hombres han tenido la oportunidad de secundar la voluntad divina. Así con Jesucristo, como aquel día junto al pozo de Sicar, y así continúa otorgándonos sus dones cada vez que tenemos la impresión de cumplir con lo que Dios nos pide o de llevar a cabo lo que más le agrada. Es preciso reconocer que, por voluntad de Dios, somos mucho más de lo que imaginamos; pues tenemos –solamente los hombres– la capacidad de conocer a Dios y de conformar nuestra voluntad con la suya. En esto consiste la libertad y por esto es,

en lo humano, el mayor don que de Dios hemos recibido. La grandeza de libertad consiste en que es una permanente oportunidad, concedida a los hombres de modo exclusivo –vale la pena insistir en ello– de recibir dones de Dios: que en cada momento nos podemos identificar, de algún modo, con Él dando, dándonos, amando.

¿Libertad para ser independiente, para realizar mi antojo, para sentirme dueño y señor de mí mismo, para imponer mi voluntad con autonomía en mis cosas? Sí, desde luego. Pero es claro que no consiste en eso la grandeza de la libertad. ¿Qué importancia tiene que se lleve a cabo lo mío, mi "gran" decisión? No pasa de ser eso –por genial que me parezca– la ocurrencia de una criatura, una gran criatura si queremos por ser hombres, pero una criatura al fin y al cabo. ¡Qué diferente si lo que se lleva a cabo es una voluntad divina, siendo también la mía! He aquí la grandeza de la libertad: la oportunidad permanente que tiene el hombre de actuar a lo divino. Que sólo se entiende cuando esa libertad va de la mano con la unidad; que es tanto como decir que se asienta en la genuina verdad del hombre.

Es lógico, por consiguiente, que Jesús muestre su extrañeza a la mujer, que se resiste en un primer momento a acceder a su petición por considerarse superior. Pero hacer lo que Dios desea supone identificarse de algún modo con Él; por eso, siempre es favorecido el que cumple su voluntad. Aunque parezca que se hace algo por Dios, más bien se recibe lo que Dios concede: actuar a lo divino y, de algún modo, ser como Él. Esto es ser "a su imagen y semejanza"; precisamente lo que marca la diferencia entre el hombre y el resto de la Creación que contemplamos, lo que nos eleva de tal modo, incluso sobre nosotros mismos, que –como ya se ha dicho–, por nuestra grandeza, nunca acabamos de comprendernos.

Jesús, por su parte, habiéndose hecho hombre, hijo de María, se pone a nuestra altura siendo Dios; para que, siendo hombres y con su misma Madre, le podamos amar de verdad.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

"El agua que yo daré"

Jesús nos habla, en esta estupenda página de su Evangelio, por medio de la más familiar, la más clara y la más cotidiana de sus criaturas: el agua. "Hermana agua", la llamaba san Francisco, y decía afectuosamente de ella que es "humilde y preciosa y casta". ¡Cuántos mensajes profundos vinculó Jesús con el agua! Él se escondió, por decirlo así, bajo el símbolo del agua como, en la eucaristía, se escondió sacramentalmente bajo la especie del pan. Dijo: *El que tenga sed, venga a mí y beba y el que crea en mí* (Jn 7, 37), Y Juan agrega: *De su seno brotarán manantiales de agua viva* (Jn 7, 38). En la cruz, nos la dejó casi en herencia cuando, del costado abierto, hizo brotar sangre y agua. Quiso que la redención fluyera, a través de los siglos,

hacia todos los hombres, sobre la onda del agua del bautismo: "Vayan y bauticen a todas las gentes…"

Por eso no sorprende que los primeros cristianos hablaran del agua casi con ternura, como si fuera su elemento vital: "nuestra agua", decía Tertuliano. Les gustaba muchísimo representarse y definirse como pececitos (*pisciculi*). Había un profundo simbolismo en este sustantivo. El nombre de Jesús, en aquel tiempo, se escondía a los paganos por precaución, bajo el criptograma acróstico formado con las letras que en griego componían la palabra "pez": "Jesucristo hijo de Dios Salvador". Como otros pececitos, los cristianos sabían que habían nacido en el agua y que no podrían seguir viviendo si no permanecían en ella, es decir, en su bautismo, en la gracia, en la fidelidad a Jesucristo. Fuera de esa agua, sabían que existía la aridez, la muerte similar a la del pececito que da boqueadas en la playa.

Por cierto, es a estas reflexiones sobre nuestro bautismo hacia donde se dirige la liturgia de hoy al proponernos, en la primera lectura, el relato del agua hecha surgir de la roca por Moisés y, en el Evangelio, el episodio de la mujer de Samaria, con aquella especie de epopeya mística del agua. Esto se debe incluso a que, en cierta época, la Cuaresma era la época de preparación para el bautismo; además, también hoy la Iglesia quiere que nos preparemos para la renovación de las promesas bautismales que nos espera en la noche de Pascua.

Éste es el primer aspecto del gran mensaje vinculado por Jesús con el simbolismo del agua: el agua *purifica*. Lo vemos en la naturaleza, en la limpidez y nitidez de un cielo lavado por la lluvia en primavera, y en la limpieza de una prenda recién salida del lavado. Lo sentimos en nosotros mismos, en aquella sensación de limpieza que se experimenta al tener contacto con el agua fresca al despertarse por la mañana, o al volver a casa por la noche, cansados y sucios debido al trabajo. Algo similar se hace con el agua del bautismo y el agua del perdón de Dios en la penitencia sacramental: purifica, es decir, disuelve los grumos del pecado, los separa del alma que vuelve a ser resplandeciente y tersa ante los ojos de Dios, limpia y digna de recibir su abrazo de amor y de amistad. Así dice, en efecto, san Pablo de la Iglesia: *Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. Él la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada* (Ef. 5, 25 ssq.).

Pero el agua tiene una propiedad más necesaria todavía: *saca la sed*. Y es sobre esta propiedad que se fundamenta particularmente el discurso de Jesús a la samaritana. La introducción es muy natural: Jesús tiene sed. Es mediodía, hace calor y él ha caminado mucho bajo el sol de Palestina: "Dame de beber". De aquí, Jesús toma el punto de partida para hablarle a la mujer de otra sed y de otra agua que solamente puede extinguir esa sed: *El que beba de esta agua* (del pozo) *tendrá nuevamente sed, pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna.*

A quien tiene deseos de cosas profundas o necesidad de respuestas decisivas para la propia vida, le aconsejaría que se apegue a estas palabras de Jesús, que se las repita en silencio para asimilarlas mejor hasta descubrir en ellas, poco a poco, con la ayuda

interior de la gracia, todo el significado. Su fuerza es tan grande que aquella mujer —hasta ahora despreocupada, con solamente el objetivo de encontrar un marido (había pasado por cinco, dice el Evangelio, siempre insatisfecha) —, de improviso se siente como liberada, salida de un hechizo, de modo que, por fin, parece olvidar todo el pasado ante la alegría de haber descubierto al Cristo. Jesús le había dicho simplemente: "lo que tú buscas soy yo, el que habla contigo".

Con aquellas palabras, Jesús debe haberle hecho entender algo importante. Ese algo es el corazón del Evangelio de hoy, y nosotros debemos descubrirlo. Nos ayuda un texto del profeta Jeremías que parece casi parafraseado en el Evangelio de hoy. Jeremías (2, 13) comparaba a aquellos que abandonan a Dios para buscar ayuda y felicidad en las criaturas, con gente que abandona una fuente de agua viva y cava cisternas de agua de lluvia que, además, no retienen el agua porque están agrietadas. Jesús quiere decir lo mismo. El corazón humano tiene sed de vida y de felicidad porque Dios lo creó así, con esta sed innata, como una especie de ley de gravedad. El corazón humano está inquieto hasta que no encuentra dónde reposar, ha dicho muy bien san Agustín.

Hay dos maneras de tratar de extinguir esta sed. La primera, beber el agua de las criaturas, es decir, buscar desesperadamente la felicidad en las cosas —los bienes, la riqueza, la fama, el prestigio— o buscarla en otra criatura. Dentro de los límites establecidos por la ley de Dios, eso no es pecado: es la naturaleza. Sin embargo, él nos previene. Esa es un agua que extingue la sed del corazón sólo provisoriamente, a menudo, en forma falaz e ilusoria; a veces, incluso es tan turbia que envenena el alma. Y, en todo caso, llegará un momento en que ya no se la podrá beber. Cuidado con apoyar todo sobre estas cosas.

Por el contrario, él nos ofrece su agua que aplaca toda sed y toda necesidad del corazón del hombre; nos ofrece su Verdad, su amor, su amistad. Un amor no precario, no voluble, sino fiel; una felicidad que por sí sola puede sostener y dar sentido a cualquier otra alegría legítima. Una felicidad, sobre todo, cuyo horizonte no rodea el estrecho espacio de la juventud o de la vida (setenta años, si somos fuertes, nos dice la Biblia), sino que se extiende hasta la vida eterna: *El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna*. En pocas palabras, lo que Cristo nos ofrece es su Espíritu: agua y Espíritu se relacionan entre ellos, en el Nuevo Testamento, como el signo y el significado.

Ahora que hemos comprendido la verdad —el agua de Cristo— podemos echar de nuevo una mirada a la figura —el agua de Moisés— y vemos todos representados en aquel grandioso cuadro simbólico. Ahora somos nosotros el pueblo elegido que camina por el desierto hacia la tierra prometida. Somos nosotros quienes "sufrimos la sed" y gritamos al nuevo Moisés para que nos haga brotar agua de la roca. Ahora sabemos cuál es la roca a la que debemos mirar: fue golpeada en la Cruz por la lanza del soldado. "Señor —rezamos hoy con la samaritana— dame tu agua viva para que yo no tenga más sed".

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de los Santos Pedro y Pablo (22-III-1981)

– Adoración a Dios

"...Postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque Él es nuestro Dios y nosotros su pueblo, el rebaño que Él guía" (Sal 94(95), 6-7).

Efectivamente la Cuaresma es el "tiempo propicio" (2 Cor 6, 2), en el cual el Señor se revela a quien se esfuerza por conocerlo y amarlo. Es el tiempo del "memento", de acordarse de Él de modo real. Es *metanoia*: dirigirse a Él con toda el alma para servirlo y darle gracias. Esto significa adorar al Señor, y por este motivo la Iglesia no se cansa de repetir con el Salmista: "Entremos a su presencia dándole gracias, vitoreándolo al son de instrumentos" (Sal 94(95), 2), y también: "Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor" (Sal 94(95), 6).

La adoración a Dios constituye la razón de ser de la Iglesia y de cada hombre, el cual no puede dar expresión cabal a su existencia, sin manifestar este acto amoroso, espontáneo y consciente a Dios, su Creador. Y este acto de adoración se realiza sobre todo en la comunidad reunida para la celebración del banquete del Señor, en la *fractio panis*, que también nosotros renovaremos dentro de poco (...).

"Golpearás la peña, y saldrá de ella agua" (Ex 17, 6).

El largo viaje de los israelitas por el desierto sirve de contexto inmediato al pasaje del Éxodo. Una de las dificultades mayores presentadas por un viaje en el desierto a un pueblo tan numeroso que llevaba consigo rebaños y ganado, fue ciertamente la falta de agua. Por esto es comprensible que, en los días en que el hambre y la sed se hacían sentir de modo más agudo, los israelitas añoraran Egipto y murmuraran contra Moisés. Dios, que había manifestado de tantos modos su particular benevolencia para con aquel pueblo, exige ahora la fe, el abandono absoluto en Él, la superación de las propias seguridades humanas. Y precisamente en el momento en que el pueblo no puede contar ya con sus propios recursos, está extenuado y abatido, y alrededor no hay más que la desnuda roca estéril y árida y sin vida, interviene Dios, se hace presente y hace brotar de esa roca agua abundante que da la vida. Precisamente de esa roca maciza podrán sacar los israelitas agua en su viaje hacia la tierra prometida, lo mismo que del Corazón de Cristo, sediento en la cruz, brotará el agua que salve a quienes han emprendido el camino de fe. Por esta semejanza, Pablo identifica la roca con Cristo mismo, nuevo Templo, y manantial que da de beber en la vida eterna (Cf. 1 Cor 10, 4). He aquí cómo la potencia de Dios se manifiesta en el misterio del agua viva, que salta hasta la eternidad, porque es el agua regeneradora de la gracia y reveladora de la verdad.

Como en el tiempo del Éxodo, también hoy los hombres notan la fe de esta agua salvadora y liberadora que proviene de Cristo, y la Iglesia, en respuesta, no se cansa de anunciarlo a todos los pueblos de todos los tiempos. Ella está presente en el mundo, sobre todo "para ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios, a fin de que, mediante la fe, ellos tengan la vida en su nombre, para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo. La Iglesia no ha dejado de dedicar sus energías a esta tarea" (*Catechesis tradendae*, 1).

– Reconocer los pecados propios

Del agua que salta hasta la vida eterna habla Cristo a la Samaritana junto al pozo de Sicar. Cansado del camino se sienta sobre el brocal del pozo. Los discípulos habían ido solos a la ciudad para las compras. Jesús pide a la Samaritana, que había venido para sacar agua, que le dé de beber. Ella se admira de esto. ¿Cómo puede Él, un judío, pedir algo a una samaritana? Desde hacía siglos judíos y samaritanos vivían en una enemistad implacable. Pero Jesús se muestra superior a este prejuicio, como también a la opinión judía que consideraba como indecoroso para un maestro hablar públicamente con una mujer. Para Él no cuenta la distinción de nación y de raza, ni tampoco la distinción entre hombre y mujer. De agua natural, elemento material que Jesús pide primeramente a la mujer, lleva la conversación al plano de la revelación, el agua verdaderamente viva. La expresión "agua viva" en el lenguaje del Profeta indica los bienes de la salvación del tiempo mesiánico (Cf. Is 12, 3; 49, 10; Jer 2, 13; 17, 13). Pero la mujer no pudiendo comprender su lenguaje, piensa en un agua milagrosa que apague la sed del cuerpo, por lo que ya no será necesario sacar más. De este modo Jesús ha despertado en ella el deseo de su don: "Señor –le dice la mujer– dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla" (Jn 4, 14). Entonces Jesús revela a la mujer que Él es en persona la fuente misma del agua viva. Y demuestra cómo el camino de la fe en Él pasa a través del reconocimiento de su misión divina, manifestando su conocimiento profético, propio de un enviado de Dios. Ella ha tenido cinco maridos y vive ilegalmente con un sexto. La mujer comienza a reflexionar: un conocimiento tal de los corazones no es el de un hombre común, y prorrumpe en un emocionado acto de fe: "Señor, veo que tú eres un profeta" (Jn 4, 19). Y luego irá a avisar a los habitantes de su ciudad que ha encontrado al Mesías y les invita a "venir a Jesús" (Jn 4, 29). En este estupendo pasaje evangélico, que alcanza una cumbre sublime por su belleza formal y por su profundidad doctrinal, hay rasgos pedagógicos interesantes para todo educador de la fe. La revelación personal es obra de Jesús, que la realiza partiendo de la situación concreta para llevar a una revisión ideal de la vida: esa vida vista a la luz de la verdad, porque sólo en la verdad puede efectuarse el encuentro con Cristo que personifica la misma verdad.

Precisamente cuando la Samaritana se dirige a Jesús con las palabras: "Dame esa agua" (Jn 4, 15), entonces Él no tarda en indicar el camino que lleva a ella. Es el camino de la verdad interior, el camino de la conversión y de las obras buenas. "Anda llama a tu marido" (Jn 4, 16), dice el Señor a la mujer: se trata de una invitación a examinar la propia conciencia, a escrutar en lo íntimo del corazón, a despertar en él las esperanzas más profundas, ésas que se finge esconder bajo la réplica evasiva. Hace descubrir a

esta mujer la necesidad de ser salvada y de preguntarse por el camino que puede conducirla a la salvación, haciendo con ella un verdadero y propio "examen de conciencia", y ayudándola a llamar por su nombre a los pecados de su vida. Por esto el Señor le apremia: "Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido" (Jn 4, 17-18). De este modo la mujer no sólo reconoce su situación de pecado, sino que es ayudada a llamar por su nombre a los pecados de su vida. San Agustín en un sermón admirable expresa así la lucha interior de esta mujer: "Primeramente te rigieron los cinco sentidos corporales; cuando llegaste después al uso de razón, no llegaste a la sabiduría, sino que caíste en el error; por esto, después de los cinco maridos, el que tienes ahora no es tu marido. Y si no era un marido, ¿qué era sino un adúltero? Llama, pues, pero no al adúltero, llama a tu marido, con el fin de que tu inteligencia pueda comprenderme y el error no te haga pensar algo falso de mí... Echa lejos, pues, al adúltero, que te pervierte y anda a llamar a tu marido. Llámalo y vuelve acá con él, y me comprenderás" (*In Jn. Evang. Tr.* 15, 22).

– Disponerse a recibir la gracia

En esta situación, Jesús, de improviso, se eleva más allá de la respuesta inmediata para anunciar la superación del culto juzgado verdadero y de una forma de adoración, que se fija en el corazón más que en los sacrificios, una adoración provocada por el Espíritu, precisamente la adoración "en espíritu y verdad" (Jn 4, 24). Adorar en espíritu supone ponerse bajo el influjo de la acción de Dios, esto es, del don de la vida obrado por el Espíritu y llama la atención sobre la vida sobrenatural de la que gozan los cristianos y que es condición indispensable para ser "verdaderos" adoradores. Adorar en verdad significa ponerse en el orden de la revelación del Verbo: esa revelación para la cual se compromete la acción del Espíritu de verdad. El nuevo lugar de la adoración es el templo espiritual, es decir, Cristo-verdad, bajo la iluminación del Espíritu de verdad. La condición requerida por Jesús para un culto válido es la de sintonizar con su persona, reveladora de una fe que obra el Espíritu Santo. Los que sepan acoger el admirable "don de Dios" (Jn 4, 10) que es el agua viva del Espíritu Santo, serán transformados, como la Samaritana, se convertirán en verdaderos adoradores, encontrando el centro del culto en el Cuerpo de Cristo resucitado y transformado por la fuerza del Espíritu.

¿Qué efectos produjo en la Samaritana el agua viva que salta hasta la vida eterna? Valorando el desarrollo ulterior de la situación espiritual de la mujer, se puede responder que el fruto fue grande. Efectivamente, se encuentra en ella una auténtica metanoia que la lleva hasta reconocer en Jesús al Mesías: "Venid a ver –dice a sus conciudadanos– un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será éste el Mesías?" (Jn 4, 29). Y la pregunta supone en su pensamiento una respuesta afirmativa, porque une esta confesión con el hecho de llamar por su nombre a los pecados: me ha dicho todo lo que he hecho. Nota en sí una nueva fuerza, un nuevo entusiasmo que la lleva a anunciar a los demás la verdad y la gracia que ha recibido: venid a ver. En cierto sentido se convierte en mensaje de Cristo y de su Evangelio de salvación, como la Magdalena en la mañana de Pascua.

También a nosotros se nos dirige la invitación a beber esta agua viva de la verdad, a purificar nuestra vida, cambiar la mentalidad y acudir a la escuela del Evangelio, donde el Señor, como hizo con la Samaritana, nos interpela, haciéndonos descubrir las exigencias más profundas de la verdad y del espíritu.

El tercer domingo de Cuaresma la Iglesia nos invita a la particular adoración de Dios, a rendir una adoración particular al Padre "en espíritu y verdad".

Esta adoración no puede ser solamente externa. La adoración en "espíritu y verdad" debe afectar a nuestras conciencias. Y por esto oigamos una vez más el Salmo responsorial, cuando dice: "Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis el corazón…" (Sal 94(95, 8).

Pensemos a quién de nosotros se refieren estas palabras. Pensemos en esos hermanos y hermanas, que están ausentes, pero a los cuales se refieren estas palabras, e imploremos para nosotros y para ellos el encuentro con Cristo semejante al encuentro de la Samaritana junto al pozo de Sicar.

Y escuchamos también las palabras del Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos: "Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por Él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios" (Rom 5, 1-2).

Si a alguno de nosotros se refieren estas palabras –y pienso que se refieren a muchos– entonces pidamos perseverar en la esperanza y en la observancia de la paz con Dios, tal como enseña el Apóstol.

Y finalmente escuchemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo que dice: "levantad los ojos y contemplad los campos que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador" (Jn 4, 35-36).

Pidamos con toda el alma esta cosecha, lo mismo que pidió la Samaritana tener agua viva, el agua para la vida eterna. Y, al contemplar "los campos que ya están dorados para la siega" (Jn 4, 35), pensemos que hay necesidad de segadores como antes fueron necesarios los sembradores. Y digamos a Cristo que nos ha redimido con su Sangre: Señor ¡aquí estoy! Admíteme como sembrador y segador de tu Reino. Señor, ¡aquí estoy! Envía operarios a la mies. "Envía operarios a tu mies" (Cf. Mt 9, 37).

Que mediante la Cuaresma se renueven nuestras conciencias y reviva el celo de los auténticos discípulos de Cristo.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

¡Una página de oro! ¡Cuánta riqueza y profundidad en un encuentro lleno de naturalidad y sinceridad por ambas partes! Una página tan densa que desborda los

límites de una homilía. Ciñámonos a ese escepticismo que reservamos, como la samaritana, ante las verdades que están más allá de lo de todos los días.

Inicialmente la mujer se extraña que un judío le dirija la palabra. Jesús pasa por alto los prejuicios sociales y el tono desenvuelto y un tanto hosco de ella y le dice que es dueño de un agua que apaga la sed para siempre. El escepticismo aparece: "¿eres tú más que nuestro padre Jacob…? ¿Es que hay algo mayor y mejor que los bienes de este mundo? Tenemos sed de bienestar, de afirmación personal…, pero vamos a apagarla en los aljibes de este mundo (Cf Jer 2, 13). Jesús que conoce bien las expectativas del corazón humano dice: "Si conocieras el don de Dios…" ¡Palabras eternas, que saben a plenitud, y que despertaron en ella la sed de absoluto que toda criatura siente, provocando esta petición: "Señor dame esa agua"! ¡Pidamos a Jesús que nos dé sed de eternidad y no nos conformemos con el brillo prestado y fugaz de las cosas de esta vida!

Aunque Jesús ha despertado algo muy importante en el corazón de esta mujer, ella, aferrada a su modo de ver y de vivir –¡como nosotros!– añade burlonamente: así "no tendré que venir aquí a sacarla". Jesús, al ver su actitud, replica: "llama a tu marido". Cristo la coloca frente a su borrascosa historia y la mujer se siente ante alguien muy superior: "Señor, veo que tú eres un profeta" La conversación continúa por las alturas de la verdad de Dios y por la sinceridad de corazón que Él reclama. La conciencia, que es la voz de Dios resonando en el corazón y que Cristo ha removido, le ha hecho ver que no se puede adorar a Dios el Domingo y los demás días rendir culto al orgullo y la sensualidad.

"Sé que va a venir el Mesías". ¡También ella esperaba al Mesías, a pesar de la vida sentimental que llevaba! En toda alma hay una incurable sed de Dios. Jesús le responde con sencillez pero con un acento que la desconcierta: "Soy yo, el que habla contigo". La mujer, atónita, deja el cántaro en el pozo y corre alborozada a extender la noticia. ¿Por qué no buscar un encuentro personal con Jesús por la lectura atenta y diaria de la Escritura Santa, de una confesión sincera de nuestros pecados, de la Eucaristía? Ese encuentro provocará en cada uno el mismo sobresalto que en esta mujer y, como ella, sentiremos la necesidad de comunicarlo a la familia, los amigos y vecinos, ¡a todos!

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Rescatados por el agua del bautismo, estamos llamados a beber del agua que salta hasta la vida eterna»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ex 17, 3-7: «Danos agua para beber»

Sal 94, 1-2.6-9: «Escucharemos tu voz, Señor»

Rm 5, 1-2.5-8: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado»

Jn 4, 5-42: «Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Como en otro tiempo le ocurrió a Nicodemo, la samaritana se queda en la mera epidermis de lo que oye. No sólo porque no entienda, sino porque no sabe profundizar. Jesús intenta que descubra dentro de sí misma nuevas posibilidades: «Si conocieras el don de Dios...» Comprender y aceptar el «otro nivel», el de Jesús, llevará a la mujer no sólo al cambio personal, sino al testimonio: «Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es en verdad el Salvador del mundo».

Este es el primer domingo de catequesis de los catecúmenos inmediatamente antes de recibir el Bautismo. Jesucristo les era presentado como «agua viva» y el creyente como «el que bebe del agua que Él le dará y que se convertirá en surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

III. SITUACIÓN HUMANA

Atados al presente, esclavos del cada día, de lo que tenemos a mano nos falta imaginación para adivinar caminos nuevos, un futuro verdaderamente humano. Vivimos en una sociedad en la que cada día gana terreno lo frívolo, lo superficial. El mundo de hoy navega por encima sin bucear nunca en la hondura de la realidad. Y se empobrece.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El agua, símbolo del Espíritu Santo: "El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento: del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo. Pero «bautizados en un solo Espíritu», también «hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Co 12, 13): el Espíritu es, pues, también personalmente el Agua viva que brota de Cristo crucificado como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna" (694).

– El Bautismo en la economía de la salvación: 1217. 1218. 1219. 1220. 1221. 1222.

La respuesta

– Dar a Dios culto en espíritu y en verdad: "El culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 24) de la Nueva Alianza no está ligado a un lugar exclusivo. Toda la tierra es santa y ha sido confiada a los hijos de los hombres. Cuando los fieles se reúnen en un mismo lugar, lo fundamental es que ellos son las «piedras vivas», reunidas para «la edificación de un edificio espiritual» (1 P 2, 4- 5). El Cuerpo de Cristo resucitado es el templo espiritual de donde brota la fuente de agua viva. Incorporados a Cristo por el Espíritu Santo, «somos el templo de Dios vivo» (2 Co 6, 16)" (1179).

– Fuentes de la oración: 2652-2660.

El testimonio cristiano

– "... (Jesús) pide de beber y promete dar de beber; necesita como si hubiera de recibir, y mana como si hubiera de saciar. «Si conocieras, dice, el don de Dios». Este don de Dios es el Espíritu Santo, pero todavía está oculto a la mujer y poco a poco va entrando en su corazón. Quizás ya lo está presagiando. ¿Hay algo más suave y bello que estas palabras: Si conocieras...? Agua viva es la que corre de una fuente... es la que había allí, ¿cómo, pues, promete lo que pide?" (San Agustín, *De diversis*, 12). El que se siente incorporado al Misterio Pascual de Cristo por el agua y el Espíritu, hace de su vida un acto permanente de culto al Padre en espíritu y en verdad.

P. Julio César RAMOS González SDB (Salta, Argentina) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Dame de beber

Hoy, como en aquel mediodía en Samaría, Jesús se acerca a nuestra vida, a mitad de nuestro camino cuaresmal, pidiéndonos como a la Samaritana: «Dame de beber» (Jn 4, 7). «Su sed material —nos dice Juan Pablo II— es signo de una realidad mucho más profunda: manifiesta el ardiente deseo de que, tanto la mujer con la que habla como los demás samaritanos, se abran a la fe».

El Prefacio de la celebración eucarística de hoy nos hablará de que este diálogo termina con un trueque salvífico en donde el Señor, «(...) al pedir agua a la Samaritana, ya había infundido en ella la gracia de la fe, y si quiso estar sediento de la fe de aquella mujer, fue para encender en ella el fuego del amor divino».

Ese deseo salvador de Jesús vuelto "sed" es, hoy día también, "sed" de nuestra fe, de nuestra respuesta de fe ante tantas invitaciones cuaresmales a la conversión, al cambio, a reconciliarnos con Dios y los hermanos, a prepararnos lo mejor posible para recibir una nueva vida de resucitados en la Pascua que se nos acerca.

«Yo soy, el que te está hablando» (Jn 4, 26): esta directa y manifiesta confesión de Jesús acerca de su misión, cosa que no había hecho con nadie antes, muestra igualmente el amor de Dios que se hace más búsqueda del pecador y promesa de salvación que saciará abundantemente el deseo humano de la Vida verdadera. Es así que, más adelante en este mismo Evangelio, Jesús proclamará: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí», como dice la Escritura: 'De su seno correrán ríos de agua viva'» (Jn 7, 37b-38). Por eso, tu compromiso es hoy salir de ti y decir a los hombres: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho...» (Jn 4, 29).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE CUARESMA

Agua viva

«El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en fuente de agua para la vida eterna».

Eso dice Jesús, y te da el don de Dios a ti sacerdote, para que tú seas fuente de agua viva para la vida del mundo.

Y tú sacerdote, ¿has saciado tu sed, o caminas en el desierto bajo el sol con sed?

Pídele a tu Señor que te dé de beber, y Él te dará agua viva.

Lleva el agua que brota del manantial que hay en ti al mundo que muere de sed, y dales de beber, pero bebe tú primero, sacerdote, para que no desfallezcas en el camino.

Bebe del agua que tus manos convierten en vino, porque esa es el agua que es fuente de vida y bebida de salvación.

Pídele sacerdote, esa agua a tu Señor, y bebe, y luego ve y lleva de esa agua a tu rebaño, y dale de beber, no con el agua del mundo sino con el agua viva que brota del manantial que hay en ti, sacerdote, y que son los sacramentos, capaces de dar vida eterna a todas las almas del mundo.

Sacia tu sed, sacerdote, y dales de beber, porque es así como sacias la sed de aquel que es la fuente de agua viva, pero que tiene sed.

Dale de beber a tu Señor, sacerdote.

Llévale almas llenas de vida y sacia con ellas su sed.

Él es la fuente y Él quiere darte de beber.

Él es la Vida y Él quiere darte vida.

Él es la Verdad y quiere darse a conocer saciando tu sed.

Él es el Camino y quiere mostrarle al mundo el camino a la vida, a través de ti, sacerdote.

Y tú, sacerdote, ¿tienes hambre?

¿De qué te alimentas, del alimento que se acaba, o del alimento de tu Señor, que es alimento de vida eterna?

Come sacerdote, del alimento que tiene tu Señor, que es hacer la voluntad de Dios y llevar a término su obra, alimentando a su pueblo y dándole de beber para que nunca tengan hambre y nunca tengan sed.

La Palabra de tu Señor es alimento de vida.

Y tú, sacerdote, ¿alimentas a su pueblo?

La sangre de tu Señor es Eucaristía y es bebida de salvación.

Y tú sacerdote, ¿le das de beber a su pueblo?

Él tiene palabras de vida eterna.

Él es el Santo de Dios.

Y tú sacerdote, ¿crees esto?

Y tú sacerdote, ¿vas a Él?

¿Le llevas almas?

¿Sacias su sed, o solo sacias la tuya?

¿Eres instrumento que conduce el manantial del agua viva de tu Señor y la transforma en obras de misericordia?, ¿o eres un vaso roto de barro que la desparrama?

¿Administras bien, sacerdote, la misericordia de tu Señor?

¿Abres tu corazón para recibir la gracia y la misericordia de Dios para ti, sacerdote?, ¿o mueres de sed mientras caminas en el desierto de tu soberbia, de tu iniquidad, de tu maldad, de tu indiferencia y de tu tibieza?

¿Conoces, sacerdote, a tu Señor?

¿Lo reconoces cuando te llama y te dice: "Yo Soy", cuando tienes en tu boca su Palabra y en tus manos su alimento de vida y su bebida de salvación?

Tú tienes, sacerdote, la fuente de vida.

Es Cuerpo, es Sangre, es Alma, es Divinidad, es Eucaristía.

Y tú, sacerdote, ¿crees esto, o tienes hambre y tienes sed?

(*Espada de Dos Filos* II, n. 19)

Domingo IV de Cuaresma (ciclo A)

Domingo Laetare

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (3.IX.13) - Ángelus 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

LA GENUINA LUZ DEL MUNDO

1 Sam 16, 1.6-7.10-13; Ef 5, 8-14; Jn 9, 1-41

Dos ejes temáticos articulan estas lecturas, tanto Samuel como el Evangelio de san Juan, pueden conectarse de manera precisa. Ambas describen los temas de la ceguera y la captación insuficiente de la realidad. En primer lugar, vemos como el profeta

Samuel se encandila con la estatura y apariencia de los hermanos mayores de David. En seguida, advertimos que Dios tiene otra forma de mirar. Dios penetra hasta el interior de las personas. La escena de la curación presente en el cuarto Evangelio pone de manifiesto la existencia de otro tipo de ceguera. Los dirigentes religiosos de Israel están ciegos, viven obsesionados con el cumplimiento de normas rituales y no son sensibles al sufrimiento enorme de un ciego de nacimiento. El ciego recién curado se convierte en una presencia insoportable, por eso lo expulsan de la sinagoga.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. 15 66, 10-11**

Alégrate, Jerusalén, y que se reúnan cuantos te aman. Compartan su alegría los que estaban tristes, vengan a saciarse con su felicidad.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por tu Palabra realizas admirablemente la reconciliación del género humano, concede al pueblo cristiano prepararse con generosa entrega y fe viva a celebrar las próximas fiestas de la Pascua. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

David es ungido como rey de Israel.

Del primer libro de Samuel: 16, 1. 6-7. 10-13

En aquellos días, dijo el Señor a Samuel: "Ve a la casa de Jesé, en Belén, porque de entre sus hijos me he escogido un rey. Llena, pues, tu cuerno de aceite para ungirlo y vete".

Cuando llegó Samuel a Belén y vio a Eliab, el hijo mayor de Jesé, pensó: "Éste es, sin duda, el que voy a ungir como rey". Pero el Señor le dijo: "No te dejes impresionar por su aspecto ni por su gran estatura, pues yo lo he descartado, porque yo no juzgo como juzga el hombre. El hombre se fija en las apariencias, pero el Señor se fija en los corazones".

Así fueron pasando ante Samuel siete de los hijos de Jesé; pero Samuel dijo: "Ninguno de éstos es el elegido del Señor". Luego le preguntó a Jesé: "¿Son éstos todos tus hijos?". El respondió: "Falta el más pequeño, que está cuidando el rebaño". Samuel le dijo: "Hazlo venir, porque no nos sentaremos a comer hasta que llegue". Y Jesé lo mandó llamar.

El muchacho era rubio, de ojos vivos y buena presencia. Entonces el Señor dijo a Samuel: "Levántate y úngelo, porque éste es". Tomó Samuel el cuerno con el aceite y lo ungió delante de sus hermanos. A partir de aquel día, el espíritu del Señor estuvo con David.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6.

R/. El Señor es mi pastor, nada me faltará.

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas. ***R/.***

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad. ***R/.***

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes. ***R/.***

Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y viviré en la casa del Señor por años sin término. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 5, 8-14

Hermanos: En otro tiempo ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por lo tanto, como hijos de la luz. Los frutos de la luz son la bondad, la santidad y la verdad. Busquen lo que es agradable al Señor y no tomen parte en las obras estériles de los que son tinieblas.

Al contrario, repruébenlas abiertamente; porque, si bien las cosas que ellos hacen en secreto da vergüenza aun mencionarlas, al ser reprobadas abiertamente, todo queda en claro, porque todo lo que es iluminado por la luz se convierte en luz.

Por eso se dice: Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 8, 12

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Yo soy la luz del mundo, dice el Señor; el que me sigue tendrá la luz de la vida. ***R/.***

EVANGELIO

Fue, se lavó y volvió con vista.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 9, 1-41

En aquel tiempo, Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: “Maestro, ¿quién pecó para que éste naciera ciego, él o sus padres?”. Jesús respondió: “Ni él pecó, ni tampoco sus padres. Nació así para que en él se manifestaran las obras de Dios. Es necesario que yo haga las obras del que me envió, mientras es de día, porque luego llega la noche y ya nadie puede trabajar. Mientras esté en el mundo, yo soy la luz del mundo”.

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: “Ve a lavarte en la piscina de Siloé” (que significa ‘Enviado’). Él fue, se lavó y volvió con vista.

Entonces los vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, preguntaban: "¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?". Unos decían: "Es el mismo". Otros: "No es él, sino que se le parece". Pero él decía: "Yo soy". Y le preguntaban: "Entonces, ¿cómo se te abrieron los ojos?". Él les respondió: "El hombre que se llama Jesús hizo lodo, me lo puso en los ojos y me dijo: 'Ve a Siloé y lávate'. Entonces fui, me lavé y comencé a ver". Le preguntaron: "¿En dónde está él?". Les contestó: "No lo sé".

Llevaron entonces ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaron cómo había adquirido la vista. Él les contestó: "Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo". Algunos de los fariseos comentaban: "Ese hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado". Otros replicaban: "¿Cómo puede un pecador hacer semejantes prodigios?". Y había división entre ellos. Entonces volvieron a preguntarle al ciego: "Y tú, ¿qué piensas del que te abrió los ojos?". Él les contestó: "Que es un profeta".

Pero los judíos no creyeron que aquel hombre, que había sido ciego, hubiera recobrado la vista. Llamaron, pues, a sus padres y les preguntaron: "¿Es éste su hijo, del que ustedes dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ver: Sus padres contestaron: "Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo es que ahora ve o quién le haya dado la vista, no lo sabemos. Pregúntenselo a él; ya tiene edad suficiente y responderá por sí mismo". Los padres del que había sido ciego dijeron esto por miedo a los judíos, porque éstos ya habían convenido en expulsar de la sinagoga a quien reconociera a Jesús como el Mesías. Por eso sus padres dijeron: 'Ya tiene edad; pregúntenle a él'.

Llamaron de nuevo al que había sido ciego y le dijeron: "Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador". Contestó él: "Si es pecador, yo no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo". Le preguntaron otra vez: "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?". Les contestó: "Ya se lo dije a ustedes y no me han dado crédito. ¿Para qué quieren oído otra vez? ¿Acaso también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?". Entonces ellos lo llenaron de insultos y le dijeron: "Discípulo de ése lo serás tú. Nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios. Pero ése, no sabemos de dónde viene".

Replicó aquel hombre: "Es curioso que ustedes no sepan de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero al que lo teme y hace su voluntad, a ése sí lo escucha. Jamás se había oído decir que alguien abriera los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder". Le replicaron: "Tú eres puro pecado desde que naciste, ¿cómo pretendes darnos lecciones?". y lo echaron fuera.

Supo Jesús que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?". Él contestó: "¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él?" Jesús le dijo: "Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es". Él dijo: "Creo, Señor". Y postrándose, lo adoró.

Entonces le dijo Jesús: "Yo he venido a este mundo para que se definan los campos: para que los ciegos vean, y los que ven queden ciegos". Al oír esto, algunos fariseos que

estaban con él le preguntaron: "¿Entonces, también nosotros estamos ciegos?". Jesús les contestó: "Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen que ven, siguen en su pecado".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te presentamos, Señor, llenos de alegría, estas ofrendas para el sacrificio y pedimos tu ayuda para celebrarlo con fe sincera y ofrecerlo dignamente por la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

El ciego de nacimiento

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro. Porque él mismo, por el misterio de la encarnación, condujo al género humano, que caminaba en tinieblas, a la luz de la fe, y a quienes nacían esclavos del pecado los elevó, renacidos por el bautismo, a la dignidad de hijos de adopción. Por eso, todas tus creaturas, en el cielo y en la tierra, te adoran entonando un cántico nuevo, y también nosotros, unidos a los ángeles, te aclamamos, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Cfr. Jn 9, 11. 38**

El Señor me puso lodo sobre los ojos; entonces fui, me lavé, comencé a ver y creí en Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, ilumina nuestros corazones con el resplandor de tu gracia, para que podamos siempre pensar lo que es digno y grato a tus ojos y amarte con sincero corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Protege, Señor, a quienes te invocan, ayuda a los débiles y reaviva siempre con tu luz a quienes caminan en medio de las tinieblas de la muerte; concédeles que, liberados por tu bondad de todos los males, alcancen los bienes supremos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

David es ungido rey de Israel (1 S 16, 1b.6-7.10-13a)

1ª lectura

La unción de David, realizada por Samuel, en un recinto familiar y privado recuerda la unción de Saúl también en secreto (cfr. 1 S 10, 1-16). El relato insiste en la

carencia de méritos para ser elegido: David es un desconocido sin apenas genealogía puesto que sólo se habla del ascendiente inmediato, de Jesé, su padre (cf. 1 S 16, 5); es el más pequeño de sus hermanos (1 S 16, 11-12) y, como su familia, se dedica al oficio común de pastores; no venía ni de familia noble, ni militar, ni sacerdotal. No podía invocar ningún derecho para ser ungido.

La elección gratuita por parte de Dios da sentido profundo y religioso a la acogida de David por parte del rey Saúl (1 S 16, 14-23) y a la aceptación más pública después del combate con Goliat (1 S 17, 55-18, 5). Las cualidades y las gestas de David no habrían sido suficientes si previamente no se hubiera fijado el Señor en él.

David es tipo de los que después de Cristo son llamados a cumplir una función en la Iglesia: ni la familia, ni las cualidades personales, ni los medios materiales cuentan, sino sólo el saberse llamado por Dios. Por otra parte, hay que tener presente que «el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (1 S 16, 7); de ahí la exigencia de vivir y actuar conforme a la llamada recibida. «Pues, en su interioridad, el hombre es superior al universo entero; retorna a esa profunda interioridad cuando vuelve a su corazón, donde Dios, que escruta los corazones, le aguarda y donde él mismo, bajo los ojos de Dios, decide sobre su propio destino» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 14).

Cristo será tu luz (Ef 5, 8-14)

2ª lectura

San Pablo propone una consecuencia práctica de lo que venía diciendo hasta ahora en esta carta: conviene llevar una conducta limpia en la que se reflejen las obras de la luz, tal como conviene a quienes han recibido la luz de Cristo en el Bautismo y han sido llenos del Espíritu Santo.

Por eso, el sacramento del Bautismo recibe también el nombre de «iluminación» porque, con él, es iluminado el espíritu de los que reciben la predicación evangélica y se incorporan a Cristo (cfr. S. Justino, *Apologia* 1, 61, 12).

El texto citado en el v. 14 probablemente está tomado de la liturgia bautismal.

Curación del ciego de nacimiento (Jn 9, 1-41)

Evangelio

Este milagro demuestra que Jesús es la Luz del mundo (cfr. Jn 8, 12-20), ratificando la afirmación del prólogo: «Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo» (Jn 1, 9). Jesús no sólo da la luz a los ojos del ciego, sino que le ilumina interiormente llevándole a un acto de fe en su divinidad (Jn 9, 38). A la vez, el relato deja patente el drama profundo de quienes se obcecan en su ceguera. Jesús se proclama la Luz del mundo porque su vida entre los hombres nos ha dado el sentido último del mundo, de la vida de cada hombre y de la humanidad entera. Sin Jesús toda la creación está a oscuras, no encuentra el sentido de su ser, ni sabe a dónde va. «El misterio del hombre sólo se esclarece realmente en el misterio del Verbo Encarnado (...). Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera de su Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad» (Conc. Vaticano II,

Gaudium et spes, n. 22). Jesús nos advierte —y esto lo dirá más claramente en 12, 35-36— de la necesidad de dejarnos iluminar por esa luz que es Él mismo (cfr. Jn 1, 9-12).

En el diálogo inicial con sus discípulos (Jn 9, 1-5), Jesús corrige las opiniones en boga que atribuían la enfermedad, y las desgracias en general, a los pecados personales o a las faltas de los padres. Al mismo tiempo muestra, mediante la curación del ciego, que Él ha venido a quitar el pecado del mundo, causa en último término de todas las desgracias que aquejan a la humanidad.

«Siloé» (Jn 9, 6). La piscina de Siloé era un estanque construido dentro de las murallas de Jerusalén —al sur—, para recoger las aguas de la fuente de Guijón y abastecer la ciudad, a través de un canal excavado por el rey Ezequías en el siglo VIII a. C. (cfr. 2 R 20, 20; 2 Cro 32, 30); los profetas consideraban estas aguas como una muestra del favor divino (cfr. Is 8, 6; 22, 11). El evangelista se apoya en el sentido amplio de la etimología de Siloé —en hebreo, *siloaj*, «enviado», tal vez aludiendo al agua, que en hebreo es masculino—, para mostrar a Jesús como el «Enviado» del Padre. Con gestos y palabras que evocan el milagro de Naamán, el general sirio curado de su lepra por el profeta Eliseo (cfr. 2 R 5, 1ss.), Jesús exige la fe en Él. *¡Qué ejemplo de fe segura nos ofrece este ciego! (...) ¿Qué poder encerraba el agua, para que al humedecer los ojos fueran curados? Hubiera sido más apropiado un misterioso colirio, una preciosa medicina preparada en el laboratorio de un sabio alquimista. Pero aquel hombre cree; pone por obra el mandato de Dios, y vuelve con los ojos llenos de claridad* (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 193).

En el episodio aparecen las diversas posturas que los hombres toman ante Jesús y sus milagros. Los de corazón sencillo, como el ciego, creen en Jesús como enviado, profeta (Jn 9, 17; cfr. 9, 33) e Hijo de Dios (cfr. Jn 9, 38). Los que se encierran voluntariamente en sí mismos y pretenden no tener necesidad de salvación, como aquellos fariseos, se obstinan en no querer ver ni creer, incluso ante la evidencia de los hechos. Los fariseos, para no aceptar la divinidad de Jesús, rechazan la única interpretación correcta del milagro. El ciego, en cambio —como las almas abiertas, sin prejuicio a la verdad—, encuentra en el milagro un apoyo firme para confesar que Cristo obra con poder divino (Jn 9, 33): «Ciertamente Cristo apoyó y confirmó su predicación con milagros para excitar y robustecer la fe de los oyentes, pero no para ejercer coacción sobre ellos» (Conc. Vaticano II, *Dignitatis humanae*, n. 11).

La Tradición de la Iglesia ha visto simbolizado en este milagro el sacramento del Bautismo, en el cual, por medio del agua, el alma queda limpia y recibe la luz de la fe. «Este ciego representa a la raza humana. (...) Si la ceguera es la infidelidad, la iluminación es la fe. (...) Lava sus ojos en el estanque cuyo nombre significa “el Enviado”: fue bautizado en Cristo» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 44, 1-2).

El diálogo del recién curado con las autoridades judías manifiesta que quien acepta a Cristo cumple la voluntad de Dios. La expresión «dar gloria a Dios» (Jn 9, 24) era una solemne declaración, a modo de juramento, con la que se exhortaba a decir la verdad.

La expulsión del ciego por confesar a Cristo (Jn 9, 34) es también una exhortación a mantenerse fieles aun cuando ser cristiano lleve consigo ser rechazado por otros. El hecho milagroso es igualmente válido para todos, pero la contumacia de aquellos fariseos no se rinde ante la evidencia del hecho, ni siquiera después de las averiguaciones realizadas con los padres y el propio ciego (Jn 9, 13-23). *El pecado de los fariseos no consistía en no ver en Cristo a Dios, sino en encerrarse voluntariamente en sí mismos; en no tolerar que Jesús, que es la luz, les abriera los ojos* (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 71).

La actitud del que había sido ciego culmina en la confesión de la condición divina de Jesús (Jn 9, 38). No parece casual este encuentro. Los fariseos han echado de la sinagoga al ciego curado; pero el Señor, además de acogerle, le ayuda a hacer un acto de fe en su divinidad. «Lavada finalmente la faz del corazón y purificada la conciencia, lo reconoce no sólo hijo de hombre, sino Hijo de Dios» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 44, 15). Este diálogo nos recuerda el que Jesús había mantenido con la samaritana (cfr. Jn 4, 26).

Ante el contraste entre la fe del ciego y la obstinación de los fariseos, el Señor pronuncia la sentencia del v. 39. Él no ha sido enviado para condenar al mundo, sino para salvarlo (cfr. Jn 3, 17); pero su presencia entre nosotros comporta ya un juicio, porque cada hombre ha de tomar frente a Él una de estas dos actitudes: de aceptación o de rechazo. Cristo ha sido puesto para ruina de unos y salvación de otros (cfr. Lc 2, 34).

Las palabras de Jesús produjeron una fuerte impresión entre los fariseos, deseosos de encontrar en sus enseñanzas algún motivo de condena. Dándose cuenta de que se refería a ellos, le vuelven a preguntar (Jn 9, 40). La respuesta del Señor es clara: ellos pueden ver pero no quieren; de ahí su culpabilidad. «¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes, hechos ignorantes e indignos!» (S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* 39, 7). Para los que se resisten a creer, Jesucristo será causa de perdición.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Cristo es el camino hacia la luz, la verdad y la vida

El Señor dijo concisamente: *Yo soy la luz del mundo*: *el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.* Con estas palabras nos mandó una cosa y nos prometió otra. Hagamos lo que nos mandó y, de esta forma, no desearemos de manera insolente lo que nos prometió; no sea que tenga que decirnos el día del juicio: «¿Hiciste lo que mandé, para poder pedirme ahora lo que prometí?» «¿Qué es lo que mandaste, Señor, Dios nuestro?» Te dice: «Que me siguieras.» Pediste un consejo de vida. ¿De qué vida sino de aquella de la que se dijo: En *ti está la fuente de la vida?*

Conque hagámoslo ahora, sigamos al Señor; desatemos aquellas ataduras que nos impiden seguirlo. Pero ¿quién será capaz de desatar tales nudos, si no nos ayuda aquel mismo a quien se dijo: *Rompiste mis cadenas?* El mismo de quien en otro salmo se afirma: *El Señor liberta a los cautivos, el Señor endereza a los que ya se doblan.*

¿Y en pos de qué corren los liberados y los puestos en pie, sino de la luz de la que han oído: *Yo soy la luz del* mundo: *el que me sigue no camina en tinieblas?* Porque el Señor abre los ojos al ciego. Quedaremos iluminados, hermanos, si tenemos el colirio de la fe. Porque fue necesaria la saliva de Cristo mezclada con tierra para ungir al ciego de nacimiento. También nosotros hemos nacido ciegos por causa de Adán, y necesitamos que el Señor nos ilumine. Mezcló saliva con tierra; por ello está escrito: *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros. Mez*cló saliva con tierra, pues estaba también anunciado: *La verdad brota de la tierra;* y él mismo había dicho: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.*

Disfrutaremos de la verdad cuando lleguemos a verlo cara a cara, pues también esto se nos promete. Porque, ¿quién se atrevería a esperar lo que Dios no se hubiese dignado dar o prometer? Lo veremos cara a cara. El Apóstol dice: *Ahora vemos confusamente en un espejo*; *entonces veremos cara a cara.* Y Juan añade en su carta: *Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.* Ésta es una gran promesa.

Si lo amas, síguelo. «Yo lo amo —me dices—, pero ¿por qué camino lo sigo?» Si el Señor, tu Dios, te hubiese dicho: «Yo soy la verdad y la vida», y tú deseases la verdad y anhelaras la vida, sin duda que hubieras preguntado por el camino para alcanzarlas, y te estarías diciendo: «Gran cosa es la verdad, gran cosa es la vida; ojalá mi alma tuviera la posibilidad de llegar hasta ellas.»

¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: *Yo soy el camino.* Antes de decirte a donde, te dijo por dónde: *Yo soy el camino.* ¿Y a dónde lleva el camino? *A la verdad y a la vida.* Primero dijo por dónde tenías que ir, y luego a donde. *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.* Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino.

No se te dice: «Trabaja por dar con el camino, para que llegues a la verdad y a la vida»; no se te ordena esto. Perezoso, ¡levántate! El mismo camino viene hacia ti y te despierta del sueño en que estabas dormido, si es que en verdad te despierta; levántate, pues, y anda.

A lo mejor estás intentando andar y no puedes, porque te duelen los pies. Y ¿por qué te duelen los pies?; ¿acaso porque anduvieron por caminos tortuosos, bajo los impulsos de la avaricia? Pero piensa que la Palabra de Dios sanó también a los cojos. «Tengo los pies sanos —dices—, pero no puedo ver el camino.» Piensa que también iluminó a los ciegos.

(*Sobre el evangelio de san Juan*, Tratado 34, 8-9: CCL 36, 315-316)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (3.IX.13) - Ángelus 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Homilía del 3 de septiembre de 2013

Una luz humilde y llena de amor

La humildad, la mansedumbre, el amor, la experiencia de la cruz, son los medios a través de los cuales el Señor derrota el mal. Y la luz que Jesús ha traído al mundo vence la ceguera del hombre, a menudo deslumbrado por la falsa luz del mundo, más potente, pero engañosa. Nos corresponde a nosotros discernir qué luz viene de Dios. Es éste el sentido de la reflexión propuesta por el Papa Francisco durante la misa.

Comentando la primera lectura, el Santo Padre se detuvo en la **«hermosa palabra»** que san Pablo dirige a los Tesalonicenses: «Vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas... sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas» (*1 Tes* 5, 1- 6, 9-11).

Está claro —explicó el Papa— lo que quiere decir el apóstol: **«la identidad cristiana es identidad de la luz, no de las tinieblas»**. Y Jesús trajo esta luz al mundo. **«San Juan** —precisó el Santo Padre—, **en el primer capítulo de su Evangelio, nos dice que "la luz vino al mundo", Él, Jesús»**. Una luz que **«no ha sido bien querida por el mundo»**, pero que sin embargo **«nos salva de las tinieblas, de las tinieblas del pecado»**. Hoy se piensa que es posible obtener esta luz que rasga las tinieblas a través de tantos hallazgos científicos y otras invenciones del hombre, gracias a los cuales **«se puede conocer todo, se puede tener ciencia de todo».** Pero **«la luz de Jesús** —advirtió— **es otra cosa. No es una luz de ignorancia, ¡no, no! Es una luz de sabiduría, de prudencia; pero es otra cosa. La luz que nos ofrece el mundo es una luz artificial. Tal vez fuerte, más fuerte que la de Jesús, ¿eh? Fuerte como un fuego artificial, como un *flash* de fotografía. En cambio la luz de Jesús es una luz mansa, es una luz tranquila, es una luz de paz. Es como la luz de la noche de Navidad: sin pretensiones. Es así: se ofrece y da paz. La luz de Jesús no da espectáculo; es una luz que llega al corazón. Es verdad que el diablo, y esto lo dice san Pablo, muchas veces viene disfrazado de ángel de luz. Le gusta imitar la luz de Jesús. Se hace bueno y nos habla así, tranquilamente, como habló a Jesús tras el ayuno en el desierto: "si tú eres el hijo de Dios haz este milagro, arrójate del templo", ¡hace espectáculo! Y lo dice de manera tranquila»** y por ello engañosa.

Por ello el Papa Francisco recomendó **«pedir mucho al Señor la sabiduría del discernimiento para reconocer cuándo es Jesús quien nos da la luz y cuándo es precisamente el demonio disfrazado de ángel de luz. ¡Cuántos creen vivir en la luz, pero están en las tinieblas y no se dan cuenta!».**

¿Pero cómo es la luz que nos ofrece Jesús? **«Podemos reconocerla** —explicó el Santo Padre— **porque es una luz humilde. No es una luz que se impone, es humilde. Es una luz apacible, con la fuerza de la mansedumbre; es una luz**

que habla al corazón y es también una luz que ofrece la cruz. Si nosotros, en nuestra luz interior, somos hombres mansos, oímos la voz de Jesús en el corazón y contemplamos sin miedo la cruz en la luz de Jesús». Pero si, al contrario, nos dejamos deslumbrar por una luz que nos hace sentir seguros, orgullosos y nos lleva a mirar a los demás desde arriba, a desdeñarles con soberbia, ciertamente no nos hallamos en presencia de la «luz de Jesús». Es en cambio **«luz del diablo disfrazado de Jesús** —dijo el obispo de Roma—**, de ángel de luz. Debemos distinguir siempre: donde está Jesús hay siempre humildad, mansedumbre, amor y cruz. Jamás encontraremos, en efecto, a Jesús sin humildad, sin mansedumbre, sin amor y sin cruz».** Él hizo el primero este camino de luz. Debemos ir tras Él sin miedo, porque **«Jesús tiene la fuerza y la autoridad para darnos esta luz».** Una fuerza descrita en el pasaje del Evangelio de la liturgia del día, en el que Lucas narra el episodio de la expulsión, en Cafarnaún, del demonio del hombre poseído (cf. *Lc* 4, 16-30). **«La gente** —subrayó el Papa comentando el texto— **era presa del temor y, dice el Evangelio, se preguntaba: "¿qué clase de palabra es ésta? Pues da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen". Jesús no necesita un ejército para expulsar los demonios, no necesita soberbia, no necesita fuerza, orgullo».** ¿Cuál es ésta palabra que **«da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen?»**, se preguntó el Pontífice. **«Es una palabra** —respondió— **humilde, mansa, con mucho amor».** Es una palabra que nos acompaña en los momentos de sufrimiento, que nos acercan a la cruz de Jesús. **«Pidamos al Señor** —fue la exhortación conclusiva del Papa Francisco— **que nos dé hoy la gracia de su luz y nos enseñe a distinguir cuándo la luz es su luz y cuándo es una luz artificial hecha por el enemigo para engañarnos».**

***

Ángelus 2014

Jesús nos espera para que veamos mejor, para darnos más luz, para perdonarnos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos presenta el episodio del hombre ciego de nacimiento, a quien Jesús le da la vista. El largo relato inicia con un ciego que comienza a ver y concluye —es curioso esto— con presuntos videntes que siguen siendo ciegos en el alma. El milagro lo narra Juan en apenas dos versículos, porque el evangelista quiere atraer la atención no sobre el milagro en sí, sino sobre lo que sucede después, sobre las discusiones que suscita. Incluso sobre las habladurías, muchas veces una obra buena, una obra de caridad suscita críticas y discusiones, porque hay quienes no quieren ver la verdad. El evangelista Juan quiere atraer la atención sobre esto que ocurre incluso en nuestros días cuando se realiza una obra buena. Al ciego curado lo interroga primero la multitud asombrada —han visto el milagro y lo interrogan—, luego los doctores de la ley; e interrogan también a sus padres. Al final, el ciego curado se acerca a la fe, y esta es la gracia más grande que le da Jesús: no sólo ver, sino conocerlo a Él, verlo a Él como «la luz del mundo» (*Jn* 9, 5).

Mientras que el ciego se acerca gradualmente a la luz, los doctores de la ley, al contrario, se hunden cada vez más en su ceguera interior. Cerrados en su presunción, creen tener ya la luz; por ello no se abren a la verdad de Jesús. Hacen todo lo posible por negar la evidencia, ponen en duda la identidad del hombre curado; luego niegan la acción de Dios en la curación, tomando como excusa que Dios no obra en día de sábado; llegan incluso a dudar de que ese hombre haya nacido ciego. Su cerrazón a la luz llega a ser agresiva y desemboca en la expulsión del templo del hombre curado.

El camino del ciego, en cambio, es un itinerario en etapas, que parte del conocimiento del nombre de Jesús. No conoce nada más sobre Él; en efecto dice: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos» (v. 11). Tras las insistentes preguntas de los doctores de la ley, lo considera en un primer momento un profeta (v. 17) y luego un hombre cercano a Dios (v. 31). Después que fue alejado del templo, excluido de la sociedad, Jesús lo encuentra de nuevo y le «abre los ojos» por segunda vez, revelándole la propia identidad: «Yo soy el Mesías», así le dice. A este punto el que había sido ciego exclamó: «Creo, Señor» (v. 38), y se postró ante Jesús. Este es un pasaje del Evangelio que hace ver el drama de la ceguera interior de mucha gente, también la nuestra porque nosotros algunas veces tenemos momentos de ceguera interior.

Nuestra vida, algunas veces, es semejante a la del ciego que se abrió a la luz, que se abrió a Dios, que se abrió a su gracia. A veces, lamentablemente, es un poco como la de los doctores de la ley: desde lo alto de nuestro orgullo juzgamos a los demás, incluso al Señor. Hoy, somos invitados a abrirnos a la luz de Cristo para dar fruto en nuestra vida, para eliminar los comportamientos que no son cristianos; todos nosotros somos cristianos, pero todos nosotros, todos, algunas veces tenemos comportamientos no cristianos, comportamientos que son pecados. Debemos arrepentirnos de esto, eliminar estos comportamientos para caminar con decisión por el camino de la santidad, que tiene su origen en el Bautismo. También nosotros, en efecto, hemos sido «iluminados» por Cristo en el Bautismo, a fin de que, como nos recuerda san Pablo, podamos comportarnos como «hijos de la luz» (*Ef* 5, 9), con humildad, paciencia, misericordia. Estos doctores de la ley no tenían ni humildad ni paciencia ni misericordia.

Os sugiero que hoy, cuando volváis a casa, toméis el Evangelio de Juan y leáis este pasaje del capítulo 9. Os hará bien, porque así veréis esta senda de la ceguera hacia la luz y la otra senda nociva hacia una ceguera más profunda. Preguntémonos: ¿cómo está nuestro corazón? ¿Tengo un corazón abierto o un corazón cerrado? ¿Abierto o cerrado hacia Dios? ¿Abierto o cerrado hacia el prójimo? Siempre tenemos en nosotros alguna cerrazón que nace del pecado, de las equivocaciones, de los errores. No debemos tener miedo. Abrámonos a la luz del Señor, Él nos espera siempre para hacer que veamos mejor, para darnos más luz, para perdonarnos. ¡No olvidemos esto! A la Virgen María confiamos el camino cuaresmal, para que también nosotros, como el ciego curado, con la gracia de Cristo podamos «salir a la luz», ir más adelante hacia la luz y renacer a una vida nueva.

***

Ángelus 2017

Iluminados con la luz de la fe

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el centro del Evangelio de este cuarto domingo de Cuaresma se encuentran Jesús y un hombre ciego desde el nacimiento (cf *Juan* 9, 1-41). Cristo le devuelve la vista y obra este milagro con una especie de rito simbólico: primero mezcla la tierra con la saliva y la unta en los ojos del ciego; luego le ordena ir a lavarse en la piscina de Siloé. Ese hombre va, se lava, y se aclara la vista. Era ciego desde el nacimiento. Con este milagro Jesús se manifiesta y se manifiesta a nosotros como luz del mundo; y el ciego de nacimiento nos representa a cada uno de nosotros, que hemos sido creados para conocer a Dios, pero a causa del pecado somos como ciegos, necesitamos una luz nueva; todos necesitamos una luz nueva: la de la fe, que Jesús nos ha donado. Efectivamente ese ciego del Evangelio aclarando la vista se abre al misterio de Cristo. Jesús le pregunta: «¿Tú crees en el Hijo del hombre?» (v. 35). «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?», responde el ciego sanado (v. 36): «Creo, Señor» y se postró ante Jesús (v. 37).

Este episodio nos lleva a reflexionar sobre nuestra fe, nuestra fe en Cristo, el Hijo de Dios, y al mismo tiempo se refiere también al Bautismo, que es el primer sacramento de la fe: el sacramento que nos hace "venir a la luz", mediante el renacimiento del agua y del Espíritu Santo; así como le sucede al ciego de nacimiento, al cual se le abren los ojos después de haberse lavado en el agua de la piscina de Siloé. El ciego de nacimiento sanado nos representa cuando no nos damos cuenta de que Jesús es la luz, es «la luz del mundo», cuando miramos a otro lado, cuando preferimos confiar en pequeñas luces, cuando nos tambaleamos en la oscuridad. El hecho de que ese ciego no tenga un nombre nos ayuda a reflejarnos con nuestro rostro y nuestro nombre en su historia. También nosotros hemos sido "iluminados" por Cristo en el Bautismo, y por ello estamos llamados a comportarnos como hijos de la luz. Y comportarse como hijos de la luz exige un cambio radical de mentalidad, una capacidad de juzgar hombres y cosas según otra escala de valores, que viene de Dios. El sacramento del Bautismo, efectivamente, exige la elección de vivir como hijos de la luz y caminar en la luz. Si ahora os preguntase: "¿Creéis que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Creéis que puede cambiaros el corazón? ¿Creéis que puede hacer ver la realidad como la ve Él, no como la vemos nosotros? ¿Creéis que Él es la luz, nos da la verdadera luz?" ¿Qué responderíais? Que cada uno responda en su corazón.

¿Qué significa tener la verdadera luz, caminar en la luz? Significa ante todo abandonar las luces falsas: la luz fría y fatua del prejuicio contra los demás, porque el prejuicio distorsiona la realidad y nos carga de rechazo contra quienes juzgamos sin misericordia y condenamos sin apelo. ¡Este es el pan de todos los días! Cuando se chismorrea sobre los demás, no se camina en la luz, se camina en las sombras. Otra falsa luz, porque es seductora y ambigua, es la del interés personal: si valoramos hombres y cosas en base al criterio de nuestra utilidad, de nuestro placer, de nuestro prestigio, no somos fieles la verdad en las relaciones y en las situaciones. Si vamos por este camino del buscar solo el interés personal, caminamos en las sombras.

La Virgen Santa, que en primer lugar acogió a Jesús, luz del mundo, nos obtenga la gracia de acoger nuevamente en esta Cuaresma la luz de la fe, redescubriendo el don inestimable del Bautismo, que todos nosotros hemos recibido. Y que esta nueva iluminación nos transforme en las actitudes y en las acciones, para ser también nosotros, a partir de nuestra pobreza, de nuestras pequeñeces, portadores de un rayo de la luz de Cristo.

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

2008

Confesemos nuestra ceguera, nuestra miopía y, sobre todo, el orgullo.

Queridos hermanos y hermanas:

En estos domingos de Cuaresma, a través de los pasajes del evangelio de san Juan, la liturgia nos hace recorrer un verdadero itinerario bautismal: el domingo pasado, Jesús prometió a la samaritana el don del "agua viva"; hoy, curando al ciego de nacimiento, se revela como "la luz del mundo"; el domingo próximo, resucitando a su amigo Lázaro, se presentará como "la resurrección y la vida". Agua, luz y vida: son símbolos del bautismo, sacramento que "sumerge" a los creyentes en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, liberándolos de la esclavitud del pecado y dándoles la vida eterna.

Detengámonos brevemente en el relato del ciego de nacimiento (cf. *Jn* 9, 1-41). Los discípulos, según la mentalidad común de aquel tiempo, dan por descontado que su ceguera es consecuencia de un pecado suyo o de sus padres. Jesús, por el contrario, rechaza este prejuicio y afirma: "Ni este pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios" (*Jn* 9, 3). ¡Qué consuelo nos proporcionan estas palabras! Nos hacen escuchar la voz viva de Dios, que es Amor providencial y sabio. Ante el hombre marcado por su limitación y por el sufrimiento, Jesús no piensa en posibles culpas, sino en la voluntad de Dios que ha creado al hombre para la vida. Y por eso declara solemnemente: "Tengo que hacer las obras del que me ha enviado. (...) Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo" (*Jn* 9, 4-5).

Inmediatamente pasa a la acción: con un poco de tierra y de saliva hace barro y lo unta en los ojos del ciego. Este gesto alude a la creación del hombre, que la Biblia narra con el símbolo de la tierra modelada y animada por el soplo de Dios (cf. *Gn* 2, 7). De hecho, "Adán" significa "suelo", y el cuerpo humano está efectivamente compuesto por elementos de la tierra. Al curar al hombre, Jesús realiza una nueva creación. Pero esa curación suscita una encendida discusión, porque Jesús la realiza en sábado, violando, según los fariseos, el precepto festivo. Así, al final del relato, Jesús y el ciego son "expulsados" por los fariseos: uno por haber violado la ley; el otro, porque, a pesar de la curación, sigue siendo considerado pecador desde su nacimiento.

Al ciego curado Jesús le revela que ha venido al mundo para realizar un juicio, para separar a los ciegos curables de aquellos que no se dejan curar, porque presumen de sanos. En efecto, en el hombre es fuerte la tentación de construirse un sistema de seguridad ideológico: incluso la religión puede convertirse en un elemento de este sistema, como el ateísmo o el laicismo, pero de este modo uno queda cegado por su propio egoísmo.

Queridos hermanos, dejémonos curar por Jesús, que puede y quiere darnos la luz de Dios. Confesemos nuestra ceguera, nuestra miopía y, sobre todo, lo que la Biblia llama el "gran pecado" (cf. *Sal* 19, 14): el orgullo. Que nos ayude en esto María santísima, la cual, al engendrar a Cristo en la carne, dio al mundo la verdadera luz.

***

2011

Que nuestra vida se deje iluminar por el misterio de Cristo

¡Queridos hermanos y hermanas!

El itinerario cuaresmal que estamos viviendo es un tiempo de gracia particular, durante el cual podemos experimentar el don de la benevolencia del Señor hacia nosotros. La liturgia de este domingo, llamado "*Laetare*", nos invita a alegrarnos, a gozar, tal y como proclama la antífona de entrada de la celebración eucarística: "¡Alegraos con Jerusalén y regocijaos por causa de ella, todos los que la amáis! ¡Compartid su mismo gozo los que estabais de duelo por ella, para ser amamantados y saciados en sus pechos consoladores, para gustar las delicias de sus senos gloriosos!" (cfr. *Is* 66, 10-11). ¿Cuál es la razón profunda de esta alegría? Nos lo dice el Evangelio de hoy, en el que Jesús cura a un hombre ciego de nacimiento. La pregunta que el Señor Jesús dirige a aquel que había sido ciego constituye el culmen del relato: "¿Crees en el Hijo del hombre?" (Jn 9, 35). Aquel hombre reconoce el signo realizado por Jesús, y pasa de la luz de los ojos a la luz de la fe: "¡Creo, Señor!" (Jn 9, 38). Hay que resaltar cómo una persona sencilla y sincera, de forma gradual, realiza un camino de fe: en un primer momento se encuentra con Jesús como un "hombre" entre los demás, después lo considera un "profeta", finalmente, sus ojos se abren y lo proclama "Señor". En oposición a la fe del ciego curado está el endurecimiento del corazón de los fariseos que no quieren aceptar el milagro, porque rechazan acoger a Jesús como el Mesías. La muchedumbre, en cambio, se detiene a discutir sobre lo sucedido y permanece distante e indiferente. Los mismos padres del ciego son vencidos por el miedo al juicio de los demás.

Y nosotros, ¿qué actitud asumimos frente a Jesús? También nosotros, a causa del pecado de Adán, hemos nacido "ciegos", pero frente a la fuente bautismal hemos sido iluminados por la gracia de Cristo. El pecado había herido a la humanidad destinándola a la oscuridad de la muerte, pero en Cristo resplandece la novedad de la vida y la meta a la que hemos sido llamados. En Él, revigorizados por el Espíritu Santo, recibimos la fuerza para vencer el mal y realizar el bien. De hecho, la vida cristiana es una conformación continua a Cristo, imagen del hombre nuevo, para llegar a la plena comunión con Dios. El Señor Jesús es "la luz del mundo" (Jn 8, 12), porque en Él

"resplandece el conocimiento de la gloria de Dios" (2 Cor 4, 6) que sigue revelando en la compleja trama de la historia cuál es el sentido de la existencia humana. En el rito del Bautismo, la entrega de la vela, encendida en el gran cirio pascual símbolo de Cristo Resucitado, es un signo que ayuda a captar lo que sucede en el Sacramento. Cuando nuestra vida se deja iluminar por el misterio de Cristo, experimenta la alegría de ser liberada de todo aquello que amenaza su realización plena. En estos días que nos preparan a la Pascua reavivemos en nosotros el don recibido en el Bautismo, esa llama que a veces corre el riesgo de ser sofocada. Alimentémosla con la oración y la caridad hacia el prójimo.

A la Virgen María, Madre de la Iglesia, confiamos el camino cuaresmal, para que todos puedan encontrar a Cristo, Salvador del mundo.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Cristo, luz de las naciones

280. La creación es el fundamento de "todos los designios salvíficos de Dios", "el comienzo de la historia de la salvación" (DCG 51), que culmina en Cristo. Inversamente, el Misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el Misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, "al principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1, 1): desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rom 8, 18-23).

529. La Presentación de Jesús en el templo (cf. Lc 2, 22-39) lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor (cf. Ex 13, 2.12-13). Con Simeón y Ana toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, "luz de las naciones" y "gloria de Israel", pero también "signo de contradicción". La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado "ante todos los pueblos".

748. "Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el evangelio a todas las criaturas". Con estas palabras comienza la "Constitución dogmática sobre la Iglesia" del Concilio Vaticano II. Así, el Concilio muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús. La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol.

1165. Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que jalona su oración: ¡Hoy!, como eco de la oración que le enseñó su Señor (Mt 6, 11) y de la llamada del Espíritu Santo (Hb 3, 7-4, 11; Sal 95, 7). Este "hoy" del Dios vivo al que el hombre está llamado a entrar, es la "Hora" de la Pascua de Jesús que es eje de toda la historia humana y la guía:

La vida se ha extendido sobre todos los seres y todos están llenos de una amplia luz: el Oriente de los orientes invade el universo, y el que existía "antes del lucero de la mañana" y antes de todos los astros, inmortal e inmenso, el gran Cristo brilla sobre todos los seres más que el sol. Por eso, para nosotros que creemos en él, se instaura un día de luz, largo, eterno, que no se extingue: la Pascua mística (S. Hipólito, pasc. 1-2).

2466. En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó toda entera. "Lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14), él es la "luz del mundo" (Jn 8, 12), la Verdad (cf Jn 14, 6). El que cree en él, no permanece en las tinieblas (cf Jn 12, 46). El discípulo de Jesús, "permanece en su palabra", para conocer "la verdad que hace libre" (cf Jn 8, 31-32) y que santifica (cf Jn 17, 17). Seguir a Jesús es vivir del "Espíritu de verdad" (Jn 14, 17) que el Padre envía en su nombre (cf Jn 14, 26) y que conduce "a la verdad completa" (Jn 16, 13). Jesús enseña a sus discípulos el amor incondicional de la Verdad: "Sea vuestro lenguaje: `sí, sí'; `no, no'" (Mt 5, 37).

2715. La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. "Yo le miro y él me mira", decía, en tiempos de su santo cura, un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a Él es renuncia a "mí". Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el "conocimiento interno del Señor" para más amarle y seguirle (cf San Ignacio de Loyola, ex. sp. 104).

Jesús es el Hijo de David

439. Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (cf. Jn 4, 25-26; 11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

La virginidad de María

496. Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido "absque semine ex Spiritu Sancto" (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): *"Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen, ...Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato ... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente"* (Smyrn. 1-2).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

559. ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey (cf. Jn 6, 15), pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de "David, su Padre" (Lc 1, 32; cf. Mt 21, 1-11). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación ("Hosanna" quiere decir "¡sálvanos!", "Danos la salvación!"). Pues bien, el "Rey de la Gloria" (Sal 24, 7-10) entra en su ciudad "montado en un asno" (Za 9, 9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cf. Jn 18, 37). Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños (cf. Mt 21, 15-16; Sal 8, 3) y los "pobres de Dios", que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores (cf. Lc 19, 38; 2, 14). Su aclamación "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Sal 118, 26), ha sido recogida por la Iglesia en el "Sanctus" de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

Jesús escucha la oración

2616. La oración a Jesús ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: cf Mc 1, 40-41; Jairo: cf Mc 5, 36; la cananea: cf Mc 7, 29; el buen ladrón: cf Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: cf Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: cf Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: cf Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Mt 9, 27) o "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: "¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!" Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: "Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!".

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: *"Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur a nobis ut Deus noster. Agnoscamus ergo et in illo voces nostras et voces eius in nobis"* ("Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros", Sal 85, 1; cf IGLH 7).

El Bautismo es iluminación

1216. "Este baño es llamado iluminación porque quienes reciben esta enseñanza (catequética) su espíritu es iluminado..." (S. Justino, Apol. 1, 61, 12). Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1,

9), el bautizado, "tras haber sido iluminado" (Hb 10, 32), se convierte en "hijo de la luz" (1 Ts 5, 5), y en "luz" él mismo (Ef 5, 8):

El Bautismo es el más bello y magnífico de los dones de Dios...lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay. Don, porque es conferido a los que no aportan nada; gracia, porque, es dado incluso a culpables; bautismo, porque el pecado es sepultado en el agua; unción, porque es sagrado y real (tales son los que son ungidos); iluminación, porque es luz resplandeciente; vestidura, porque cubre nuestra vergüenza; baño, porque lava; sello, porque nos guarda y es el signo de la soberanía de Dios (S. Gregorio Nacianceno, Or. 40, 3-4).

Los cristianos están llamados a ser la luz del mundo

Las características del Pueblo de Dios

782. El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la Historia:

– Es el Pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: "una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa" (1 P 2, 9).

– Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el "nacimiento de arriba", "del agua y del Espíritu" (Jn 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.

– Este pueblo tiene por jefe [cabeza] a Jesús el Cristo [Ungido, Mesías]: porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es "el Pueblo mesiánico".

– "La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo".

– "Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo mismo nos amó (cf. Jn 13, 34)". Esta es la ley "nueva" del Espíritu Santo (Rm 8, 2; Ga 5, 25).

– Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16). "Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano".

– "Su destino es el Reino de Dios, que el mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección" (LG 9).

1243. La vestidura blanca simboliza que el bautizado se ha "revestido de Cristo" (Ga 3, 27): ha resucitado con Cristo. El cirio que se enciende en el cirio pascual, significa que Cristo ha iluminado al neófito. En Cristo, los bautizados son "la luz del mundo" (Mt 5, 14; cf Flp 2, 15).

El nuevo bautizado es ahora hijo de Dios en el Hijo Único. Puede ya decir la oración de los hijos de Dios: el Padre Nuestro.

2105. El deber de dar a Dios un culto auténtico corresponde al hombre individual y socialmente. Esa es "la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los hombres y de las sociedades respecto a la religión verdadera y a la única Iglesia de

Cristo" (DH 1). Al evangelizar sin cesar a los hombres, la Iglesia trabaja para que puedan "informar con el espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la que cada uno vive" (AA 13). Deber social de los cristianos es respetar y suscitar en cada hombre el amor de la verdad y del bien. Les exige dar a conocer el culto de la única verdadera religión, que subsiste en la Iglesia católica y apostólica (cf DH 1). Los cristianos son llamados a ser la luz del mundo (cf AA 13). La Iglesia manifiesta así la realeza de Cristo sobre toda la creación y, en particular, sobre las sociedades humanas (cf León XIII, enc. "Inmortale Dei"; Pío XI "Quas primas").

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

El ciego de nacimiento y la fe en Cristo

«Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento..., hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: "Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)". Él fue, se lavó, y volvió con vista».

Esta historia nos afecta de cerca, porque en un cierto sentido todos somos... ciegos de nacimiento. Hasta el mismo mundo ha nacido ciego. Según lo que nos dice hoy la ciencia, durante millones de años había vida sobre la tierra, pero era una vida en estado ciego; no existía todavía el ojo para ver; no existía el mismo ver. El ojo en su complejidad y perfección es una de las funciones, que se han formado más tarde. Imaginemos la admiración de los primeros seres cuando comenzaron a ver el cielo sobre ellos, a ver los colores, a verse entre sí. ¡Qué salto de calidad en la evolución de la vida!

Esta situación se reproduce en parte en el microcosmos, esto es, en la vida de cada uno de los hombres. El niño nace si no propiamente ciego, al menos, incapaz aún de distinguir los contornos de las cosas. Es sólo después de alguna semana cuando comienza a ver las cosas. ¡Si el niño estuviese en disposición de expresar lo que experimenta cuando comienza a ver claramente el rostro de su madre, las personas, las cosas, los colores, ¡qué «¡ooooh!» de admiración o maravilla se escucharía! ¡Qué himno a la luz y a la vista!

El ver es un milagro. Sólo que no le hacemos caso porque estamos habituados y lo damos por descontado. He aquí entonces que Dios realiza a veces la misma cosa de un modo repentino, extraordinario, como sacudiéndose de nuestro torpeza, y hacemos atentos. Es lo que hizo con la curación del ciego de nacimiento y de otros ciegos en el Evangelio. Cuando Dios realiza un milagro hace algo como el maestro de escuela que, viendo a sus alumnos perezosos y distraídos, bate fuertemente las manos para llamarles su atención.

Pero, ¿es sólo por esto por lo que Jesús cura al ciego de nacimiento? Hay otra razón por la que nosotros hemos nacido ciegos. Hay otro ojo que todavía debe abrirse al mundo, otro distinto alojo material: ¡el ojo de la fe! Éste permite darse cuenta de otro mundo más allá del que vemos con los ojos del cuerpo: el mundo de Dios, de la vida eterna, el mundo del Evangelio, el mundo que no acaba ni siquiera con el... fin del mundo. La fe es como una ventana, que se abre de par en par ante un horizonte sin fin.

Esto ha querido recordarnos Jesús con la curación del ciego de nacimiento. Ante todo, él envía al joven ciego a la piscina de Siloé. ¿Por qué? ¿No podía, como otras veces, curarle de inmediato y directamente? Enviándole a lavarse, Jesús quería significar que este ojo distinto, el de la fe, comienza a abrirse en el bautismo, cuando recibimos precisamente el don de la fe. Por eso, el bautismo se llamaba también en la antigüedad «iluminación» y ser bautizados era como «ser iluminados».

Mas, en nuestro caso no se trata de creer genéricamente en Dios sino creer en Cristo. El suceso le sirve al evangelista para mostramos cómo se llega a la fe plena y madura en el Hijo de Dios.

La recuperación de la vista por parte del ciego procede en efecto por igual con su descubrimiento de quién es Jesús. Reconstruyamos las tres etapas de este camino. Al comienzo, el ciego no sabe nada de Jesús. A la pregunta: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?», responde: «Ese *hombre* que se llama Jesús hizo barro...» Para él, Jesús es todavía un «hombre» cualquiera, nada más que un hombre.

Más tarde, le preguntan también: «y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?», y él responde: «Que es un *profeta*». Jesús es un enviado de Dios, que habla y trabaja en nombre de él. Hemos llegado a la base de un simple razonamiento que cualquiera podría hacer: «Si éste no viniera, de Dios, no tendría ningún poder».

En fin, después de que los fariseos lo han arrojado de la sinagoga e insultado por haberse atrevido a defender lo efectuado por Cristo, el ciego se encuentra de nuevo con Jesús y esta vez le grita: «Creo, *Señor*» y se postra ante él para adorarlo, reconociéndole así manifiestamente como a su Señor ya su Dios.

Y ahora vengamos a nosotros. Describiéndonos detalladamente así todo esto, es como si el evangelista Juan nos invitase muy discretamente a plantearnos la pregunta: «y yo, ¿en qué punto estoy de este camino? ¿Quién es Jesús de Nazaret para mí?» Que Jesús sea un *hombre,* esto es, que haya existido un hombre llamado Jesús, nadie lo niega. Que haya habido un *profeta,* un enviado por Dios, que ha abierto a la humanidad nuevos horizontes religiosos y morales, también esto es admitido casi universalmente.

Muchos se detienen aquí. Pero, no basta. También un musulmán, siendo coherente con lo que encuentra escrito en el Corán, reconoce que Jesús es un profeta. Pero, no por esto se le considera un cristiano. El salto mediante el cual se llega a ser cristianos en sentido propio es cuando se llega a proclamar, como el ciego de nacimiento, que Jesús es «Señor» y se le adora como a Dios.

La razón por la que es necesario dar este salto es sencilla: Jesús se ha presentado al mundo como el Hijo de Dios y ha llamado a Dios su «Padre» de un modo único,

distinto de todos. Ciertamente se puede discutir sobre la historicidad de esto o de lo dicho o atribuido a Jesús; pero no se puede dejar de reconocer el testimonio global del Nuevo Testamento sobre este punto. La conclusión es inevitable: o él es lo que ha declarado ser o es el mayor impostor de la historia y el cristianismo hasta aquí ha sido todo un equívoco. No hay vías intermedias, ni compromisos. No se resuelve nada con decir: es un hombre excepcional, un genio religioso.

Pero, Jesús no apaga el «pábilo vacilante» esto es, no rechaza a quien está todavía firme como «hombre» o como «profeta», si es honesto consigo mismo. Quien está en camino hacia la verdad, no deberá hacer mucho camino antes de encontrar a Cristo, porque él es la verdad.

El Evangelio del ciego de nacimiento nos ofrece la ocasión para una reflexión sobre el eterno problema de la relación entre fe y razón. Gran parte de la dificultad que el hombre moderno encuentra en conciliar entre sí las dos cosas depende del hecho de que el problema está mal planteado. Mientras se comparan entre sí la fe y la razón sobre la mesa de estudio ello no nos conduce a nada. Nadie se enamora porque esté convencido que enamorarse es bello o porque ha leído distintos tratados sobre el fenómeno del enamoramiento. Se enamora porque ha encontrado a una persona, que le ha hecho surgir el amor. Del mismo modo, nadie se decidirá a creer porque ha estudiado a fondo la noción de fe y ha entendido que no es incompatible con la razón. Se cree porque se encuentra a alguien digno de fe, a uno que nos inspira confianza. No hay amor que no sea amor de alguien y no hay fe que no sea fe en alguien.

La fe cristiana no es primariamente *creer algo* (que Dios existe, que hay un más allá…) sino creer en *alguien*. Jesús en el Evangelio no nos da una lista de cosas a creer, no nos dice: «Creed esto y esto», dice más bien: «Creéis *en* Dios: creed también *en* mí» (*Juan* 14, 1). Creer para los cristianos es creer en Jesucristo. Actuar de forma distinta es como poner el carro delante de los bueyes. La dificultad para creer de muchos intelectuales depende del hecho de que no han encontrado nunca a Jesucristo y posiblemente ni siquiera se han dado prisa en encontrarlo. Si yo no hubiese encontrado a Jesucristo, probablemente hoy también sería un no-creyente.

Dejemos, por lo tanto, al menos por un momento, de discutir sobre la mesa en la fe y la razón. Si uno quiere descubrir si hay fuera solo no, hay un camino más sencillo que tener que leer y comparar entre sí las previsiones del tiempo en los periódicos y en la televisión: es abrir las ventanas y mirar afuera. En nuestro caso, las ventas a abrir son las páginas del Evangelio. No sólo el Evangelio escrito sino también el Evangelio vivido hoy y hecho creíble por tantos testimonios. La fe, especialmente la fe en Cristo, se transmite por contagio.

Si no conseguimos todavía gritar como el ciego de nacimiento:

«Creo, Señor», digámosle al menos, como hace otro personaje evangélico: «¡Señor, aumenta mi fe!» (cfr. *Lucas* 17, 5).

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Llevar la luz de Cristo a los demás

Los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los muertos resucitan. Esto es obra de Jesucristo, el Hijo de Dios, que hizo el cielo y la tierra, quien dijo "hágase", y la luz se hizo para el mundo. Pero los hombres prefirieron vivir en las tinieblas.

Entonces envió a su Hijo al mundo, para que fuera la luz del mundo y los ciegos vieran. Pero ellos prefirieron las tinieblas a la luz.

Pero, a los que eligieron la luz, les abrió los ojos para que vieran y creyeran en Él. Y les dio un bautismo de conversión, a través del cual el Espíritu Santo los ilumina con su luz, les abre los ojos del alma.

Y a todo aquel que cree y reconoce a Jesucristo como el Mesías y Salvador del mundo, y se postra ante Él y lo adora, le concede los frutos de la luz, que son la bondad, la santidad y la verdad, para que nunca más vivan en la oscuridad causada por la ceguera del pecado.

Tú, que has sido bautizado, has sido curado de tu ceguera de nacimiento causada por el pecado original. Pero, si vives en medio de las tinieblas del pecado, y no puedes ver, acércate a la fuente de luz en el confesionario.

Y a través del sacramento de la reconciliación, déjate curar por el poder de Dios, para que se abran tus ojos, y luego ve y reconoce a tu Señor, presente y vivo en la Eucaristía. Recíbelo y déjate transformar en Él, para que seas tú también luz para el mundo.

Lleva la luz de Cristo a los demás a través de tu testimonio y tus buenas obras, para que los ciegos vean y experimenten la alegría de conocer a Cristo, para que se decidan a cambiar de vida y a salir de las tinieblas para ir a su admirable luz.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Es ciego el que no quiere ver

Nos presenta la Iglesia, por la pluma –original siempre– de san Juan, este momento de la vida de Nuestro Señor, que debemos agradecer por las enseñanzas tan oportunas que nos ofrece para nuestros días.

Ni pecó éste ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifiesten en él, responde Jesús. Tremenda lección la que condensa el Maestro en esta frase, respondiendo a los Apóstoles, que reducen la lógica de Dios a la nuestra. Nos conviene ser humildes y reconocer nuestra condición limitada,

dispuestos a aceptar y acoger, aunque no lo entendamos en ocasiones, lo que sucede porque Dios así lo quiere o lo consiente. Parece necesario, para reconocer expresamente la grandeza, bondad y majestad divina: Dios, Señor nuestro y Señor de la Historia, gobierna el mundo con poder y amor providentes.

El hombre, por su parte, así como tiene capacidad para emitir juicios acerca del valor de las situaciones que le toca vivir, también tiene capacidad para descubrir a su Señor, como dueño absoluto de cuanto sucede, sin límite de poder y perfección. Nuestro Dios es absolutamente sabio y poderoso frente a la limitación que el hombre descubre y reconoce en sí mismo. Tal vez por esto, los apóstoles del Señor, acostumbrados a los propios defectos y errores y a los de los demás, tratan de descubrir una causa culpable que justifique razonablemente, desde su punto de vista, lo que piensan que es una absoluta desgracia en aquel hombre. Sólo son capaces de entender como bueno y malo lo que así aparece a su limitada inteligencia. La ceguera de nacimiento sería claramente mala y, por lo tanto, reclama un culpable.

Afianzados en la humildad, pidamos a Dios que nos conceda eliminar de nosotros el deseo de "necesitar" comprender cada acontecimiento. Que nos libre de ese "juez" que, convencido de su inapelable equidad, se "escandaliza" considerando que no hay derecho a que sucedan ciertas cosas. Como si nuestra inteligencia fuera la última y definitiva instancia del bien y del mal.

Así pensaban los apóstoles, en el acontecimiento de la vida de Jesús que hoy meditamos, y se nota otro tanto en la actitud de los fariseos, que tienen un concepto ya formado e inamovible de Jesús y la Ley de Dios, y hasta reclaman como imprescindible su beneplácito para que Jesús realice el milagro. Parecen molestarse incluso de que el ciego de nacimiento haya recuperado la vista en esas circunstancias. Algo semejante ha sucedido, no pocas veces, cuando se niega a Dios porque consiente lo que, para algunos, serían males intolerables, impropios de un mundo providentemente gobernado por Dios.

La Madre de Dios, modelo de fe en la Providencia, confía en su Señor. En cada circunstancia de su vida, contempla lo que Dios le propone a la luz de la fe, descansando en quien la ha escogido con predilección: en quien hizo en Ella cosas grandes y por quien es Reina de todo lo creado. A Ella nos acogemos, como Madre que es de cada uno.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Testigos de la luz

Los domingos de Cuaresma que estamos viviendo son los de mayor compromiso para la liturgia en el curso del año. Durante este camino hacia la Pascua, ella nos propone los máximos misterios de la fe, como sucedía en los primeros días de la

Iglesia, cuando, en este período, los catecúmenos se preparaban para el bautismo. Un signo de tal compromiso son los pasajes evangélicos particularmente largos y cargados de simbolismo. Un signo es también el prefacio propio de estos domingos, con el cual la liturgia ofrece, ella misma, un comentario oral del Evangelio. Hoy, ese prefacio suena así: "En el misterio de su encarnación él se hizo guía del hombre que caminaba en las tinieblas, para conducirlo a la gran luz de la fe. Con el sacramento del renacer, liberó a los esclavos del antiguo pecado para elevarlos a la dignidad de hijos".

Por lo tanto, la liturgia ve dos cosas en el Evangelio de hoy: la fe y el bautismo. Luego del domingo de la samaritana y el agua, hoy es el turno de otro gran simbolismo: el de la luz. Es difícil y poco común que alguien se conmueva frente a la luz como frente al agua. Cuando hacemos su primer descubrimiento, a pocos días de nacer, es demasiado pronto para apreciarla. Después se nos vuelve tan familiar que ya no reparamos en ella. Sin embargo, sin esta atención a la luz natural, sin cierto jubiloso sobresalto cuando, al despertar, ella inunda los ojos y la casa, poco o nada entenderemos de la otra luz. Jesús dirá en vano: "Yo soy la luz del mundo" y "Yo soy la luz de la vida".

El evangelista Juan no nos propone, por suerte, abstractas reflexiones sobre Cristo-luz; relata un hecho: Jesús que devuelve la vista a un ciego. El episodio está narrado con tal meticulosidad que hace pensar en una especie de investigación con interrogatorios y testigos. Pero al final nos damos cuenta de que el evangelista ha querido decirnos principalmente dos cosas. Primera: que el ciego era cada uno de nosotros; también nosotros fuimos un día a la piscina de Siloé —la fuente bautismal— , nos lavamos y volvimos con la vista. Segunda: la luz que nos dio es la fe. Aquel muchacho ciego al final encontró de nuevo a Jesús y exclamó: "Yo creo, Señor". Esta frase es el equivalente de todas aquellas exclamaciones pronunciadas por el ciego: adquirí la vista, veo, me abrió los ojos. Bautismo y fe son verdaderamente los contenidos simbólicos del pasaje evangélico. La liturgia vio bien.

Pero, en este punto, nos surge una duda. ¿Todo, entonces, ya se cumplió en el alba ignorante de nuestra vida, en el rito bautismal? ¿No hay nada que se refiera a nuestra existencia de ahora, a nuestras elecciones del momento? *Antes* —dice en efecto, Pablo en la segunda lectura— *ustedes eran tinieblas, pero ahora son la luz en el Señor*. ¿Pero de veras somos todos luz? ¿Por qué, entonces, ese grito final, como en medio de la noche, que nos dirige Pablo: *Despiértate, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará*.

La verdad es que nosotros estamos en parte en la luz y en parte todavía en las tinieblas. Hemos, sí, recibido la virtud teologal de la fe, pero como una semilla que debe crecer, una posibilidad para desarrollar. Lo demás debe hacerse completamente entre Dios y nuestra libertad. Nuestra posición es verdaderamente paradójica. Estamos como sobre aquel hilo que separa una zona luminosa de una en sombras: hacia todos lados donde nos movamos, llevamos pegada a nosotros aquella zona de sombras. Es nuestra humanidad todavía no rescatada, no evangelizada. Son los impulsos tenebrosos que san Pablo llamó "las obras infructuosas de las tinieblas". Hasta da vergüenza hablar de aquello que se agita en esa zona de sombras: *fornicación,*

impureza y libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismos, disensiones y envidias, ebriedades y orgías (Gal. 5, 19-21). Luz y tinieblas indican, entonces, algo más que las verdades de la fe que ya conocemos y las verdades que todavía ignoramos. Señalan por otro parte las obras concretas, las elecciones evangélicas o contrarias al Evangelio que realizamos día a día.

Existe, sin embargo, otro simbolismo de la luz que hoy no podemos dejar inexplorado. ¿Por qué nuestra fe es comparada con una luz? ¿Qué hace la luz? Ella nos revela las cosas, nos da el sentido de las distancias y de las proporciones, nos da la orientación. Todos estuvimos alguna vez en un cuarto a oscuras sin ver nada, sin saber dónde está la puerta, dónde la ventana, con el continuo miedo de caminar y golpeamos contra algún obstáculo. Ahora bien, de esa manera —nos dice Pablo— avanzaba la vida del hombre pagano antes de Cristo: "como a tientas" (Hech. 17, 27). Vino Cristo y fue como si surgiese una gran luz. Él reveló el Padre a los hombres, junto con el sentido de la vida y del mundo. Dio una respuesta a aquellos eternos interrogantes que el hombre se plantea desde siempre, y que un autor del siglo II formulaba así: "¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?" (Extractos de Teodoto).

La fe, entonces, da al creyente una visión de la vida. ¿Acaso es extraño que también hoy el creyente le pida a su fe que le dé una visión del mundo y de los problemas de la vida? ¿Es extraño que el cristiano vuelva a buscar en su fe una respuesta a problemas como los de la justicia social, de las relaciones de trabajo, de la enfermedad, del tiempo libre, del matrimonio, del aborto? Y sin embargo, hoy existe una presión muy fuerte por parte de ciertas fuerzas que pretenden del cristiano que esconda, por así decirlo, su fe y sus certezas, cuando de la oración pasa a la praxis y de la iglesia a la plaza pública. Si no lo hace, es acusado indiscriminadamente de integrismo. Lo que se desearía es una fe ciega, un cristiano esquizofrénico, es decir, dividido en dos: el hombre y el ciudadano por un lado, el creyente por el otro. Es una presión ante la cual demasiados cristianos ceden psicológicamente, reduciendo así la fe a un traje de fiesta que se usa sólo el domingo para ir a Misa.

¿Pero qué es todo esto si no, justamente, encender la antorcha y volverla a llevar bajo el almud? (Mt. 5, 15). Ciertamente, Cristo no pensaba así; él, al contrario, habló de una luz que debe ser colocada en el candelabro para iluminar a quienes están en la casa. Es decir, una luz que debe servir no sólo al discípulo, sino también a los otros habitantes del mundo que tal vez todavía no creen. El cristiano no puede contentarse con ser "un iluminado"; también debe ser "un testigo de la luz" (Jn. 1, 8). Por eso, no es a costa de tal renuncia que se puede pedir a un creyente que colabore con otras fuerzas ideológicas y políticas.

A menudo me vuelve a la mente lo que dice una joven hebrea ciega en un drama de Paul Claudel: "Ustedes que la ven, ¿qué han hecho con la luz?" (*Le pere humilié*). Así es, ¿qué uso le estamos dando, nosotros, discípulos de Cristo, a la luz recibida? ¿Es posible darse cuenta, estando cerca de nosotros, escuchándonos hablar, de que somos hombres de fe, de que juzgamos a las personas y los hechos del mundo con las certezas

que nos vienen del Evangelio? ¿Caminamos verdaderamente como "hijos de la luz" (Ef. 5, 8), es decir, como personas honestas y sinceras?

Los ojos de todos reciben la luz, pero los nuestros también deben darla: nuestro ojo —dijo Jesús— debe ser una lámpara (Mt. 6, 22).

Ahora, después de habernos hablado en su Evangelio, el Señor Jesús nos llama a sentarnos a su mesa con él. Sabe que no tenemos necesidad sólo de luz para vernos, sino también de alimento para ser fortificados y no desmayar en el camino. "La luz del mundo" (Jn. 8, 12) viene a enterrarse dentro de nosotros, "bajo nuestro techo".

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San Sabas (29-III-1981)

– Vocación cristiana universal. La divinidad de Jesús

¡El Señor es mi Pastor, nada me falta! (Sal 22(23), 1).

El Salmo responsorial del IV domingo de Cuaresma dirige nuestras almas hacia el misterio pascual en el que Cristo se revela realmente como Pastor que ofrece la vida por las ovejas (cfr. Jn 10, 11-15). La imagen que emerge del Salmo 22 es una preparación de la figura que Cristo mismo ha delineado con la parábola del Buen Pastor. Evidentemente, el Salmo refleja una mentalidad oriental y se expresa con modalidades típicas del contexto histórico judío y, por esto, requeriría una esmerada exégesis. Sin embargo, su mensaje es fácilmente comprensible: Jesús, el Verbo Divino, se encarnó precisamente para conducir las almas a la verdad: "En verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas".

Jesús vino para alentarnos en el camino de la vida, para guiarnos en el camino justo de la salvación, para prepararnos la mesa de la gracia, para darnos la alegría de la certeza. Jesús está con nosotros todos los días de nuestra existencia: la fe en Él nos da seguridad y valentía, aun cuando a veces tengamos que caminar en un valle oscuro... ¡A pesar de las penas y de los contrastes de la vida, a pesar de las situaciones sociales y públicas que a veces pueden llegar a ser dramáticas, no perdáis la confianza en Cristo Buen Pastor, Redentor de nuestras almas, Salvador de la humanidad!

Cristo es precisamente el Pastor Eterno de toda la humanidad porque en Él todos nosotros hemos sido elegidos por el Padre como hijos adoptivos. Y por medio de su obra redentora hemos sido unidos al Espíritu Santo, de manera que participamos así también de la misión de Cristo "Sacerdote, Profeta y Rey" (cfr. LG 31). Hacia estos pensamientos nos orienta la primera lectura del libro de Samuel, que narra la elección y la unción del futuro rey David por parte del Profeta.

Del relato del episodio histórico resulta que en el Antiguo Testamento sólo algunos eran elegidos por el Altísimo para la realización de sus designios. En este caso, uno sólo de los siete hijos de Jesé fue elegido y consagrado Rey de Israel. En cambio, la revelación de Cristo y la enseñanza perenne de la Iglesia afirman que, en el Nuevo Testamento, la elección es universal: toda la humanidad y, por esto, cada uno de los hombres es llamado y elegido en Cristo para participar en la misma vida divina mediante la gracia. ¡Así pues sentíos dichosos y estad agradecidos por haber no sólo conocido estas realidades divinas, sino por haber recibido la unción y la consagración mediante el bautismo y la confirmación!

Sin embargo, el pensamiento sobre el que pone con más fuerza el acento la liturgia de hoy es que Cristo es el Pastor de nuestras almas en cuanto nos abre los ojos para ver la luz de Dios.

El relato de la curación del ciego de nacimiento, como nos lo presenta el evangelista Juan, es ciertamente una de las páginas más espléndidas del Evangelio. Jesús realizó el llamativo milagro de la curación del ciego de nacimiento para demostrar su divinidad y la consiguiente necesidad de acoger su Persona y su mensaje.

El ciego, una vez curado, no sabe todavía quién es Jesús, pero lo intuye, y contra la incredulidad de los judíos y el temor de sus mismos padres, afirma: "Jamás se oyó decir que nadie abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder". Cuando después Jesús le dice claramente que es el "Hijo del Hombre", esto es, el Mesías, el Hijo de Dios, el ciego curado no tiene duda alguna e inmediatamente hace su profesión de fe: "Creo, Señor".

He aquí, pues el significado inmediato del milagro realizado por Jesús: Él es verdaderamente Dios el cual, como pudo dar enseguida la vida a un ciego, mucho más puede dar la vista al alma, puede abrir los ojos interiores para que conozcan las verdades supremas que se refieren a la naturaleza de Dios y al destino del hombre. Por esto la curación física del ciego, que luego es causa de su fe, se convierte en un símbolo de la conversión espiritual. De este modo, Jesús vuelve a confirmar: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12).

– Firmeza en la fe. Formación

De la meditación de las lecturas de la liturgia de hoy debemos sacar ahora alguna conclusión práctica, que pueda servir en el camino ulterior de vuestra vida personal.

Ante todo, tened siempre un profundo sentido de responsabilidad sobre vuestra fe cristiana. El relato evangélico nos hace comprender cuán preciosa es la vista a los ojos, pero cuánto más preciosa es aún la luz de la fe. Pero sabemos que esta fe exige firmeza y fortaleza, porque está siempre insidiada. Frente a la luz de Cristo, hay siempre una actitud de abierta hostilidad, o de rechazo y de indiferencia, o también de crítica injusta y parcial.

Sentíos responsables de vuestra fe en la sociedad moderna en la que debéis vivir, cada uno en su puesto de vida y de trabajo, cada uno en el ámbito de sus relaciones de familia y de profesión. Y por esto, profundizad cada vez más en ella, con una catequesis

sana, completa, metódica. ¡Conocer mejor la propia fe significa estimarla más, vivirla más intensamente, irradiarla con más eficaz testimonio!

– Frecuencia de sacramentos y moralidad

Una segunda consecuencia práctica se puede sacar de la Carta de San Pablo.

"En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz" (Ef 5, 8). La exhortación de San Pablo es siempre actual: "Buscad lo que agrada al Señor". "No toméis parte en las obras estériles de las tinieblas" (Ef 5, 10-11).

¡Sed luz también vosotros en vuestra parroquia, en vuestra ciudad, en vuestra patria! Sed luz con la frecuencia asidua y convencida a la Santa Misa...; sed luz eliminando escrupulosamente las palabras soeces, la blasfemia, la lectura de diarios y revistas pornográficas, la visión de espectáculos negativos; sed luz con el ejemplo continuo de vuestra bondad y de vuestra fidelidad en todo lugar, pero especialmente en el ambiente privilegiado de la familia, recordando que "toda bondad, justicia y verdad son frutos de la luz".

¡Estemos dispuestos a seguir a Cristo por los caminos que Él nos indica, también mediante la enseñanza de la Iglesia que Él ha instituido!

¡Estemos dispuestos a sacar fuerza de las fuentes de la gracia, que Él nos abre en la Iglesia mediante los sacramentos de la fe: Penitencia y Eucaristía!

Y, finalmente, ¡estemos dispuestos a buscar en Él el apoyo en todas las dificultades de nuestra vida y de nuestra conciencia! ¡No nos separemos nunca de Él! ¡Él es la luz del mundo!

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Alguien ha dicho que para quien quiere creer hay muchos argumentos, pero para el que no quiere no existe ninguno. Es lo que se aprecia en el cariz casi grotesco del comportamiento de los fariseos ante la prodigiosa curación del ciego de nacimiento.

Una curación demasiado evidente, inaudita, a la que Jesús añadía, para confusión de los doctores, haberla realizado en sábado. Los fariseos hicieron todo lo posible para negar la evidencia. Casi resulta cómica la minuciosa investigación a que someten al ciego que se permite incluso la ironía de preguntarles si quieren ellos hacerse discípulos de Jesús. Es más, cansado de tanta pregunta y viendo que no le creen y le exigen que dé gloria a Dios porque "ese hombre es un pecador", les contesta que "Dios no escucha a los pecadores... Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder". Esto irrita aún más a estos investigadores que terminan ofendiéndole: "Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?" El racionalismo está retratado aquí.

Jesús curó a muchos ciegos físicos, pero es importante saber que el Evangelio apunta a la ceguera interior, esa inmensa noche que envuelve al racionalista, que se niega a aceptar una intervención sobrenatural. El ciego puede arreglarse sin la visión

exterior. Casi todos conocemos ciegos que tienen una gran riqueza interior; pero el mundo se reduce y, a veces hasta se corrompe, cuando el hombre carece o rechaza la luz que viene de Dios. Es una oscuridad del corazón que limita dramáticamente el horizonte humano y convierte el universo interior en una lóbrega y fría noche.

La curación del ciego de nacimiento revela el poder de Jesús contra esa tragedia que invade nuestra historia: la indiferencia por lo eterno, un eclipse de lo divino y una mirada enceguecida por lo inmediato, lo que funciona, lo que da dinero, prestigio, votos..., y hace pasablemente dichosa esta vida. Pidamos al Señor que abra nuestros ojos a las realidades sobrenaturales, porque ellas amplían nuestro horizonte, absorbido en exceso por lo inmediato. Que nos abra los ojos para no olvidar que, con su ayuda, podemos remediar tantas cosas que hay en nosotros y a nuestro alrededor que se nos antojan sin remedio.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los bautizados estamos iluminados por Cristo para no caminar ni a ciegas ni en tinieblas»

I. LA PALABRA DE DIOS

1S 16, lb.6-7; 10-13a: «David es ungido rey de Israel»

Sal 22, 1-6: «El Señor es mi pastor, nada me falta»

Ef 5, 8-14: «Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz»

Jn 9, 1-41: «Fue, se lavó, y volvió con vista»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El más pequeño de los hermanos, David, no contaba en los planes de nadie. Pero sí en los de Dios. Y fue elegido. No hemos buscado nosotros a Dios, es Él el que ha salido a nuestro encuentro.

Cuando los judíos expulsan al ciego de la sinagoga, Jesús le sale al encuentro. Y llega entonces la luz de la fe: «¿Crees tú en el Hijo del Hombre?... El que estás viendo...ese es». El que es elegido no puede tener otra actitud que la de la incondicionalidad. Sale de la tiniebla se encuentra con la luz: Cristo.

Cristo se llama a sí mismo Luz del mundo. Pero esto no se limita a la curación de un ciego. En él estamos representados todos los que caminamos en medio de tinieblas, y necesitamos de su luz. De lo contrario, seríamos ciegos guiando a ciegos.

III. SITUACIÓN HUMANA

Nuestro mundo de hoy valora extraordinariamente la imagen. Hoy preocupa ante todo que la apariencia exterior esté bien cuidada; que quien tenga que desempeñar una función, no fracase nunca por «cuestión de imagen». Hay que mimar las apariencias, aunque lo profundo e íntimo se abandone.

Hoy preferimos encubrir los defectos antes que corregirlos, disimular más que remediarlos. Cuando irrumpe en la vida una luz que pueda arreglar situaciones, puede ocurrirnos como cuando salimos de un lugar oscuro y nos topamos con la luz: que nos duelen los ojos. Hoy, ¿acabará dañándonos cualquier luz profunda?

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Cristo, revelación del Padre y misterio de Redención: "Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: «Quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9), y el Padre: «Este es mi Hijo amado; escuchadle» (Lc 9, 35)" (516).

– «Toda la vida de Cristo es Misterio de Redención. La Redención nos viene ante todo por la sangre de la cruz, pero este misterio está actuando en toda la vida de Cristo» (517; cf. 528-530).

– Cristo, luz de los pueblos: 748.

La respuesta

– El Bautismo, baño de iluminación: "Este baño es llamado iluminación porque quienes reciben esta enseñanza (catequética) su espíritu es iluminado... Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Jn 1, 9), el bautizado, «tras haber sido iluminado» (Hb 10, 32), se convierte en «hijo de la luz» (1 Ts 5, 5), y en «luz» él mismo (Ef 5, 8)" (1216).

– Ceguera e injusticia: 1740.

– La duda en la fe puede llevar a la ceguera del espíritu: 2088.

El testimonio cristiano

– «Quedaremos iluminados, queridos hermanos, si tenemos el colirio de la fe. Porque fue necesaria la saliva de Cristo mezclada con tierra para ungir al ciego de nacimiento. También nosotros hemos nacido ciegos por causa de Adán, y necesitamos que el Señor nos ilumine... Piensa que también iluminó a los ciegos» (San Agustín, *Ev. S. Juan*, 34).

Los que preguntan al ciego no están buscando respuestas; están descartando a Jesús como luz. Y así no puede ser reconocido. Sólo el que se deja orientar por su luz, llega a Él.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

La alegría en la Cruz.

– La alegría es compatible con la mortificación y el dolor. Se le opone la tristeza, no la penitencia.

I. *Alégrate, Jerusalén; alegraos con ella todos los que la amáis, gozaos de su alegría…*, rezamos en la Antífona de entrada de la Misa: *Laetare, Ierusalem…*

La alegría es una característica esencial del cristiano, y la Iglesia no deja de recordárnoslo en este tiempo litúrgico para que no olvidemos que debe estar presente en todos los momentos de nuestra vida. Existe una alegría que se pone de relieve en la esperanza del Adviento, otra viva y radiante en el tiempo de Navidad; más tarde, la alegría de estar junto a Cristo resucitado; hoy, ya avanzada la Cuaresma, meditamos la alegría de la Cruz. Es siempre el mismo gozo de estar junto a Cristo: "sólo de Él, cada uno de nosotros puede decir con plena verdad, junto con San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gal 2, 20). De ahí debe partir vuestra alegría más profunda, de ahí ha de venir también vuestra fuerza y vuestro sostén. Si vosotros, por desgracia, debéis encontrar amarguras, padecer sufrimientos, experimentar incomprensiones y hasta caer en pecado, que rápidamente vuestro pensamiento se dirija hacia Aquel que os ama siempre y que con su amor ilimitado, como de Dios, hace superar toda prueba, llena todos nuestros vacíos, perdona todos nuestros pecados y empuja con entusiasmo hacia un camino nuevamente seguro y alegre".

Este domingo es tradicionalmente conocido con el nombre de *Domingo "Laetare"*, por la primera palabra de la Antífona de entrada. La severidad de la liturgia cuaresmal se ve interrumpida en este domingo que nos habla de alegría. Hoy está permitido que -si se dispone de ellos- los ornamentos del sacerdote sean color rosa en vez de morados, y que pueda adornarse el altar con flores, cosa que no se hace los demás días de Cuaresma.

La Iglesia quiere recordarnos así que la alegría es perfectamente compatible con la mortificación y el dolor. Lo que se opone a la alegría es la *tristeza*, no la penitencia. Viviendo con hondura este tiempo litúrgico que lleva hacia la Pasión -y por tanto hacia el dolor-, comprendemos que acercarnos a la Cruz significa también que el momento de nuestra Redención se acerca, está cada vez más próximo, y por eso la Iglesia y cada uno de sus hijos se llenan de alegría: *Laetare, alégrate, Jerusalén, y alegraos con ella todos los que la amáis*.

La mortificación que estaremos viviendo estos días no debe ensombrecer nuestra alegría interior, sino todo lo contrario: debe hacerla crecer, porque nuestra Redención se acerca, el derroche de amor por los hombres que es la Pasión se aproxima, el gozo de la Pascua es inminente. Por eso queremos estar muy unidos al Señor, para que también en nuestra vida se repita, una vez más, el mismo proceso: llegar, por su Pasión y su Cruz, a la gloria y a la alegría de su Resurrección.

– La alegría tiene un origen espiritual, surge de un corazón que ama y se siente amado por Dios.

II. *Alegraos siempre en el Señor, otra vez os digo: alegraos*. Con una alegría que es equivalente a felicidad, a gozo interior, y que lógicamente también se manifiesta en el exterior de la persona.

"Como es sabido, existen diversos grados de esta "felicidad". Su expresión más noble es la alegría o "felicidad" en sentido estricto, cuando el hombre, a nivel de sus

facultades superiores, encuentra la satisfacción en la posesión de un bien conocido y amado (…). Con mayor razón conoce la alegría y felicidad espiritual cuando su espíritu entra en posesión de Dios, conocido y amado como bien supremo e inmutable". Y continúa diciendo Pablo VI: "La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen: es espiritual. El dinero, el "confort", la higiene, la seguridad material, no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza, forman parte, por desgracia, de la vida de muchos".

El cristiano entiende perfectamente estas ideas expresadas por el Romano Pontífice. Y sabe que la alegría surge de un corazón que se siente amado por Dios y que a su vez ama con locura al Señor. Un corazón que se esfuerza además para que ese amor a Dios *se traduzca en obras*, porque sabe -con el refrán castellano- que "obras son amores y no buenas razones". Un corazón que está en unión y en paz con Dios, pues, aunque se sabe pecador, acude a la fuente del perdón: Cristo en el sacramento de la Penitencia.

Al ofrecerte, Señor, en la celebración gozosa del domingo, los dones que nos traen la salvación, te rogamos nos ayudes… Los sufrimientos y las tribulaciones acompañan a todo hombre en la tierra, pero el sufrimiento, por sí solo, no transforma ni purifica; incluso puede ser causa de rebeldía y de desamor. Algunos cristianos se separan del Maestro cuando llegan hasta la Cruz, porque ellos esperan la felicidad puramente humana, libre de dolor y acompañada de bienes naturales.

El Señor nos pide que perdamos el miedo al dolor, a las tribulaciones, y nos unamos a Él, que nos espera en la Cruz. Nuestra alma quedará más purificada, nuestro amor más firme. Entonces comprenderemos que la alegría está muy cerca de la Cruz. Es más, que nunca seremos felices si no nos unimos a Cristo en la Cruz, y que nunca sabremos amar si a la vez no amamos el sacrificio. Esas tribulaciones, que con la sola razón parecen injustas y sin sentido, son necesarias para nuestra santidad personal y para la salvación de muchas almas. En el misterio de la corredención, nuestro dolor, unido a los sufrimientos de Cristo, adquiere un valor incomparable para toda la Iglesia y para la humanidad entera. El Señor nos hacer ver, si acudimos a Él con humildad, que todo -incluso aquello que tiene menos explicación humana- concurre para el bien de los que aman a Dios. El dolor, cuando se le da su sentido, cuando sirve para amar más, produce una íntima paz y una profunda alegría. Por eso, el Señor en muchas ocasiones bendice con la Cruz.

Así hemos de recorrer *el camino de la entrega: la Cruz a cuestas, con una sonrisa en tus labios, con una luz en tu alma*.

– Dios ama al que da con alegría.

III. El cristiano se da a Dios y a los demás, se mortifica y se exige, soporta las contrariedades… y todo eso lo hace con alegría, porque entiende que esas cosas pierden mucho de su valor si las hace a regañadientes: *Dios ama al que da con alegría*. No nos tiene que sorprender que la mortificación y la penitencia nos cuesten; lo importante es

que sepamos encaminarnos hacia ellas con decisión, *con la alegría de agradar a Dios, que nos ve*.

"¿Contento?" – Me dejó pensativo la pregunta.

No se han inventado todavía las palabras, para expresar todo lo que se siente – en el corazón y en la voluntad– al saberse hijo de Dios. Quien se siente hijo de Dios, es lógico que experimente ese gozo interior.

La experiencia que nos transmiten los santos es unánime en este sentido. Bastaría recordar la confidencia que hace el apóstol San Pablo a los de Corinto: ... *estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones*. Y conviene recordar que la vida de San Pablo no fue fácil ni cómoda: *Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces fui azotado con varas; una vez fui lapidado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé náufrago en alta mar; en mis frecuentes viajes sufrí peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas, frecuentes vigilias, con hambre y sed, en frecuentes ayunos, con frío y desnudez*. Pues bien, con todo lo que acaba de enumerar, San Pablo es veraz cuando nos dice: *estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones*.

Tenemos cerca la Semana Santa y la Pascua, y por tanto el perdón, la misericordia, la compasión divina, la sobreabundancia de la gracia. Unas jornadas más, y el misterio de nuestra salud quedará consumado. Si alguna vez hemos tenido miedo a la penitencia, a la expiación, llenémonos de valor, pensando en que el tiempo es breve y el premio grande, sin proporción con la pequeñez de nuestro esfuerzo. Sigamos con alegría a Jesús, hasta Jerusalén, hasta el Calvario, hasta la Cruz. Además, *¿no es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales?*

Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Vete, lávate

Hoy, cuarto domingo de Cuaresma —llamado domingo "alegraos"— toda la liturgia nos invita a experimentar una alegría profunda, un gran gozo por la proximidad de la Pascua.

Jesús fue causa de una gran alegría para aquel ciego de nacimiento a quien otorgó la vista corporal y la luz espiritual. El ciego creyó y recibió la luz de Cristo. En cambio, aquellos fariseos, que se creían en la sabiduría y en la luz, permanecieron ciegos por su dureza de corazón y por su pecado. De hecho, «No creyeron los judíos que aquel

hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista» (Jn 9, 18).

¡Cuán necesaria nos es la luz de Cristo para ver la realidad en su verdadera dimensión! Sin la luz de la fe seríamos prácticamente ciegos. Nosotros hemos recibido la luz de Jesucristo y hace falta que toda nuestra vida sea iluminada por esta luz. Más aun, esta luz ha de resplandecer en la santidad de la vida para que atraiga a muchos que todavía la desconocen. Todo eso supone conversión y crecimiento en la caridad. Especialmente en este tiempo de Cuaresma y en esta última etapa. San León Magno nos exhorta: «Si bien todo tiempo es bueno para ejercitarse en la virtud de la caridad, estos días de Cuaresma nos invitan a hacerlo de manera más urgente».

Sólo una cosa nos puede apartar de la luz y de la alegría que nos da Jesucristo, y esta cosa es el pecado, el querer vivir lejos de la luz del Señor. Desgraciadamente, muchos —a veces nosotros mismos— nos adentramos en este camino tenebroso y perdemos la luz y la paz. San Agustín, partiendo de su propia experiencia, afirmaba que no hay nada más infeliz que la felicidad de aquellos que pecan.

La Pascua está cerca y el Señor quiere comunicarnos toda la alegría de la Resurrección. Dispongámonos para acogerla y celebrarla. «Vete, lávate» (Jn 9, 7), nos dice Jesús... ¡A lavarnos en las aguas purificadoras del sacramento de la Penitencia! Ahí encontraremos la luz y la alegría, y realizaremos la mejor preparación para la Pascua.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

La Luz de Dios

La Liturgia de la Iglesia en este Cuarto Domingo de Cuaresma, nos invita a recorrer una de las dinámicas fundamentales de nuestro renacimiento bautismal, a través del ejemplo evangélico del “ciego de nacimiento”; el paso de las tinieblas del pecado y del error, a la Luz de Dios, que es Cristo Resucitado.

Ya en la Revelación del Antiguo Testamento, el Señor Dios había mostrado al Pueblo de Israel, como el juicio del Creador fuera más profundo y verdadero de los pensamientos de la creatura. Hemos escuchado de hecho, en la Primera Lectura: *«No te fijes en su aspecto ni en lo elevado de su estatura, porque yo lo he descartado. Dios no mira como mira el hombre; porque el hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón»* (1Sam. 16, 7). El Señor había indicado, de esta manera, cual es el verdadero criterio para juzgar a un hombre y junto a este, el lugar en el cual el hombre puede encontrar la mirada de Dios y entrar en relación con Él: su corazón. Por “corazón”, la Biblia, obviamente no lo interpreta como el centro de las palpitaciones más íntimas, sino “el sagrario” del hombre, su conciencia, donde se le ha dado la capacidad de

escuchar la misma voz de Dios y reconocer de esta manera el fruto de la Luz: «Ahora bien, el fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad» (Ef. 5, 9).

Sin embargo, incapaz de permanecer fiel a lo más verdadero que hay en él, el hombre regresa a sus pequeños criterios, produciendo toda maldad, injusticia y falsedad, para gobernarse a sí mismo, obteniendo cada vez, lo que él decide que es para su bien, esperando de convertirse así «*como Dios*» (Gen. 3, 5).

Pero Dios no se da por vencido y se encuentra con cada uno de nosotros, así como lo narra en doble sentido, sobre todo, el Evangelio: *«escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego»* (Jn. 9, 6). O sea, Dios se hizo hombre, creatura; se unió a nuestra tierra, para que el hombre no pudiera escapar de Él, sino que pudiera llegar a reconocer, por medio del encuentro con Su Santísima Humanidad, lo que San Juan escribe en el prólogo del Evangelio: *«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Jn. 1, 14).

En segundo lugar, «Él dice ve a lavarte a la piscina de Siloé, que significa "Enviado"». (Jn.9, 7). Cristo el enviado del Padre, tomó sobre sí mismo, todos nuestros pecados, hasta las últimas consecuencias de nuestra ceguera, hasta dejarse despojar de sus vestiduras, coronar de espinas y clavar en una cruz, despreciado por Su mismo Pueblo y abandonado por Sus más íntimos amigos. Este Amor inaudito de Cristo, no hace más que vencer definitivamente, con el tiempo, todo temor de frente a nuestros límites, porque no existe nada en nosotros que le pueda impedir de amarnos.

Desde asumir amorosamente nuestro rechazo, desde nuestra optusidad homicida, después, el Señor Jesús cumplió el acto más extraordinario de la historia: ofreció libremente Su Cuerpo al Padre, para nuestra salvación y de esta manera consagró por cada uno de nosotros toda Su Persona. Nos ha introducido en Su santísimo Corazón, inflamado de Amor por nosotros, o sea, en la misma Luz de Dios, en la Luz de la Resurrección, y ha hecho de nosotros una "creatura nueva" (Cfr. 2 Cor. 5, 17). Hemos escuchado, de hecho «El ciego fue, se lavó y, al regresar, ya veía» (Jn. 9, 7).

Precisamente este indestructible lazo con Cristo, fundado sobre Su Amor y Su Fidelidad, es el "nuevo ser" que se nos ha donado el día de nuestro bautismo, y en el cual somos más profundamente introducidos por medio de los Sacramentos de la iniciación cristiana. Pero este nuevo ser, no puede dar fruto en nosotros sin el total consentimiento de nuestra libertad, que en esta vida terrena, se expresa, se fortalece y triunfa a través de aquella extraordinaria unión, a los "hechos", testimoniados por el ciego, sanado por Cristo. Él, interrogado por el mundo sobre cómo había sucedido su curación, narra simplemente lo que le había sucedido: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo: Ve a lavarte a Siloé. Yo fui, me lavé y vi».

Pidámosle a María Santísima, de ser fieles a la verdad, a los hechos de nuestra vida, aferrando la mano, que en toda circunstancia Cristo nos tiende; dejémonos, así, conmover de la insensibilidad que nos insidia, para vivir totalmente de Él, Amor, Crucificado y Resucitado, en esta vida y en la Eternidad: *«Despiértate, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará»* (Ef. 5, 14).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE CUARESMA

Abrir los ojos del alma

***«Mientras esté en el mundo, yo soy la luz del mundo»* (Jn 9, 5).**

Eso dijo Jesús mientras estaba en el mundo.

Y luego subió al cielo, y está sentado a la derecha de su Padre.

Pero tú, sacerdote, estás en el mundo.

Y Él te ha dicho, sacerdote, que tú eres la luz del mundo.

Y te envía con la alegría de servirlo, iluminando la oscuridad de los que viven perdidos en el mundo, para que con ellos construyas su Reino, que no es de este mundo.

Y te pide que guíes a los ciegos, y los conduzcas por el camino de la luz.

Pero, para poder guiar, primero tú, sacerdote, debes ver con claridad.

¡Qué vea, Señor, que vea!

Pídele con insistencia a tu Señor que ilumine tu camino, y que encienda con su luz tu corazón, para que seas como faro encendido, que muestra el camino a los que navegan perdidos en la oscuridad de la noche.

Que brille la luz de Cristo en ti, sacerdote, para que vivas en la alegría de saber que no eres tú, sino que es Cristo quien vive en ti. Y con esa seguridad y esa alegría hagas sus obras a la luz del día, a través de tus manos y de tu cuerpo débil y frágil…

Para que en ti se manifiesten las obras de Dios.

Para que Cristo brille en ti, y lleves la luz de Cristo al mundo.

Para que ilumines los corazones, porque todo el que es iluminado por la luz, se convierte en luz.

Para que abras tus ojos, sacerdote, y veas.

Escucha, sacerdote, el llamado de tu Señor, que está a la puerta, y ábrele, para que te des cuenta de que, cuando Cristo toca tu vida, ya no estás ciego, sino que ves; ya no estás sordo, sino que escuchas; ya no caminas en tinieblas, sino en la luz.

Alégrate, sacerdote, porque tú has abierto la puerta, y tu Señor ha entrado y se ha sentado en tu mesa, para cenar contigo y que tú cenes con Él.

Alégrate, sacerdote, porque el Señor te ha llenado de gracia, para que, por Él, con Él y en Él, alcances la bondad, la santidad y la verdad.

Alégrate, sacerdote, porque tu Señor no te ha llamado siervo, sino que te ha llamado amigo, porque todo lo que ha oído de su Padre te lo ha dicho, para que tú lo conozcas y alcances la sabiduría para hacer sus obras, y aun mayores, porque Él, que está sentado a la derecha de su Padre, está contigo todos los días de tu vida, para ayudarte.

Contempla, sacerdote, el misterio de la cruz de tu Señor, y alégrate, porque la cruz es un misterio de amor, que se desborda en misericordia, para llenar de Él tu corazón, para iluminarte, para darte vida, para divinizarte en Él, a través de la Eucaristía, que es el pan vivo bajado del cielo, que contiene en sí todo deleite.

¡Qué vea, Señor, que vea!

Pide eso, constantemente, sacerdote, para que la claridad de la luz de Cristo ilumine tu conciencia, y consiga para ti un verdadero arrepentimiento, para que confieses tus pecados, para que seas perdonado, y entonces se abran los ojos de tu alma, y verdaderamente veas, para que creas en tu Señor sacramentado, que es el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del único Hijo de Dios, que ha sido enviado al mundo para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga vida eterna.

Tú no estás ciego, sacerdote. Pero tus ojos tienen un velo, provocado por el pecado de tu incredulidad y tu indiferencia, de tu resignación y de tu tibieza, de tu desierto y de la oscuridad que hay en tu alma.

Acércate, sacerdote, a la fuente de luz, y déjate encender, hasta que arda tu corazón, con el fuego del amor de tu Señor, para que brilles y exultes de gozo, agradeciendo mientras dices: ¡veo, Señor, veo, ya no estoy ciego!

Dichosos los que creen sin haber visto.

Cree, sacerdote, y adora a tu Señor, llevando la cruz de cada día con alegría, y nunca te gloríes si no es en la cruz de tu Señor.

Y en esa alegría, entrégale tu voluntad, para que, por ti, contigo y en ti, Cristo permanezca en el mundo, iluminando con su luz, para que el mundo vea, y crea.

Tú estás en el mundo, sacerdote. Tú eres la luz del mundo.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 26)

Domingo V de Cuaresma (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilía 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **UNA CITA CON DIOS (Pablo Cardona)**
- **Dr. Johannes VILAR (Colonia, Alemania) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

CUANDO ABRA SUS SEPULCROS

Ez 37, 12-14; Rom 8, 8-11; Jn 11, 1-45

La palabra del profeta Ezequiel tenía una doble misión, primero, debía animar a los israelitas desterrados a reconocer su responsabilidad en la ruina de Jerusalén y una vez que ocurrió el desastre, tenía que alentarlos para que recuperaran la esperanza y lucharan por la restauración del pueblo. El profeta asocia la restauración con la imagen

de unos huesos calcinados que reviven. Este mensaje profético no anunciaba de manera explícita la resurrección de los muertos. Esa enseñanza vendría posteriormente. En el Evangelio de san Juan se nos narra la reanimación de Lázaro, amigo y seguidor de Jesús. Esta señal milagrosa acrecentó la molestia de los sumos sacerdotes que se confabularon para eliminarlo. Jesús se conduce con una enorme confianza en su Padre, Él sabe que siempre lo escucha y por eso, antes de devolverle la vida a Lázaro, se abandona en sus manos.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 42, 1-2**

Señor, hazme justicia. Defiende mi causa contra gente sin piedad, sálvame del hombre injusto y malvado, tú que eres mi Dios y mi defensa.

ORACIÓN COLECTA

Te rogamos, Señor Dios nuestro, que, con tu auxilio, avancemos animosamente hacia aquel grado de amor con el que tu Hijo, por la salvación del mundo, se entregó a la muerte. El que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Les infundiré mi espíritu y vivirán.

Del libro del profeta Ezequiel: 37, 12-14

Esto dice el Señor Dios: "Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos y los conduciré de nuevo a la tierra de Israel. Cuando abra sus sepulcros y los saque de ellos, pueblo mío, ustedes dirán que yo soy el Señor. Entonces les infundiré mi espíritu y vivirán, los estableceré en su tierra y ustedes sabrán que yo, el Señor, lo dije y lo cumplí".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 129, 1-2. 3-4ab. 4c-6. 7-8

R/. Perdónanos, Señor, y viviremos.

Desde el abismo de mis pecados clamo a ti; Señor, escucha mi clamor; que estén atentos tus oídos a mi voz suplicante. **R/.**

Si conservaras el recuerdo de las culpas, ¿quién habría, Señor, que se salvara? Pero de ti procede el perdón, por eso con amor te veneramos. **R/.**

Confío en el Señor, mi alma espera y confía en su palabra; mi alma aguarda al Señor, mucho más que a la aurora el centinela. **R/.**

Como aguarda a la aurora el centinela, aguarda Israel al Señor, porque del Señor viene la misericordia y la abundancia de la redención, y él redimirá a su pueblo de todas sus iniquidades. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en ustedes.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 8, 8-11

Hermanos: Los que viven en forma desordenada y egoísta no pueden agradar a Dios. Pero ustedes no llevan esa clase de vida, sino una vida conforme al Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita verdaderamente en ustedes. Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. En cambio, si Cristo vive en ustedes, aunque su cuerpo siga sujeto a la muerte a causa del pecado, su espíritu vive a causa de la actividad salvadora de Dios.

Si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en ustedes, entonces el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 11, 25. 26

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor; el que cree en mí no morirá para siempre. ***R/.***

EVANGELIO

Yo soy la resurrección y la vida.

Del santo Evangelio según san Juan: 11, 1-45

En aquel tiempo, se encontraba enfermo Lázaro, en Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que una vez ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera. El enfermo era su hermano Lázaro. Por eso las dos hermanas le mandaron decir a Jesús: "Señor, el amigo a quien tanto quieres está enfermo".

Al oír esto, Jesús dijo: "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, se detuvo dos días más en el lugar en que se hallaba. Después dijo a sus discípulos: "Vayamos otra vez a Judea". Los discípulos le dijeron: "Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte, ¿y tú vas a volver allá?" Jesús les contestó: "¿Acaso no tiene doce horas el día? El que camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; en cambio, el que camina de noche tropieza, porque le falta la luz".

Dijo esto y luego añadió: "Lázaro, nuestro amigo, se ha dormido; pero yo voy ahora a despertarlo". Entonces le dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, es que va a sanar". Jesús hablaba de la muerte, pero ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les dijo abiertamente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean. Ahora, vamos allá". Entonces Tomás, por sobrenombre el Gemelo, dijo a los demás discípulos: "Vayamos también nosotros, para morir con él".

Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania quedaba cerca de Jerusalén, como a unos dos kilómetros y medio, y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para consolarlas por la muerte de su hermano.

Apenas oyó Marta que Jesús llegaba, salió a su encuentro; pero María se quedó en casa. Le dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas".

Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta respondió: "Ya sé que resucitará en la resurrección del último día". Jesús le dijo: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?" Ella le contestó: "Sí, Señor. Creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo".

Después de decir estas palabras, fue a buscar a su hermana María y le dijo en voz baja: "Ya vino el Maestro y te llama". Al oír esto, María se levantó en el acto y salió hacia donde estaba Jesús, porque él no había llegado aún al pueblo, sino que estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en la casa, consolándola, viendo que ella se levantaba y salía de prisa, pensaron que iba al sepulcro para llorar allí y la siguieron.

Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo, se echó a sus pies y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano". Jesús, al verla llorar y al ver llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió hasta lo más hondo y preguntó: "¿Dónde lo han puesto?" Le contestaron: "Ven, Señor, y lo verás".

Jesús se puso a llorar y los judíos comentaban: "De veras ¡cuánto lo amaba!" Algunos decían: "¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?"

Jesús, profundamente conmovido todavía, se detuvo ante el sepulcro, que era una cueva, sellada con una losa. Entonces dijo Jesús: "Quiten la losa". Pero Marta, la hermana del que había muerto, le replicó: "Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días". Le dijo Jesús: "¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?" Entonces quitaron la piedra.

Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo ya sabía que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho a causa de esta muchedumbre que me rodea, para que crean que tú me has enviado". Luego gritó con voz potente: "¡Lázaro, sal de allí!" Y salió el muerto, atados con vendas las manos y los pies, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: "Desátenlo, para que pueda andar".

Muchos de los judíos que habían ido a casa de Marta y María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. **Palabra del Señor.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Escúchanos, Dios todopoderoso, y concede a tus siervos, en quienes infundiste la sabiduría de la fe cristiana, quedar purificados, por la eficacia de este sacrificio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Cfr. Jn 11, 26**

Todo el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Dios todopoderoso, que podamos contarnos siempre entre los miembros de aquel cuyo Cuerpo y Sangre acabamos de comulgar. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Bendice, Señor, a tu pueblo, que espera los dones de tu misericordia, y concédele recibir de tu mano generosa lo que tú mismo lo mueves a pedir. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis (Ez 37, 12-14)

1ª lectura

Estas palabras del Señor al profeta forman parte del diálogo entre ambos durante la visión del campo de huesos secos que, al invocar el profeta al Espíritu, entre en ellos para que vuelvan a vivir hasta hacerse un ejército numeroso.

La impresionante visión de los huesos secos que son revitalizados prepara el momento culminante de la restauración de Israel: la unificación de los dos reinos (cfr Ez 37, 15-28). En un grandioso contraste entre muerte y vida, huesos y espíritu, se pone de manifiesto que la revitalización que Dios lleva a cabo va más allá de una reconstrucción material o un retorno territorial; supone más bien un comenzar de nuevo, un retomar la vida, tanto personal como social.

La visión propiamente dicha (Ez 37, 2-10) se sitúa en una inmensa llanura (cfr 3, 22-23), y responde a la inquietante pregunta sobre la suerte de los deportados: «Están secos nuestros huesos y destruida nuestra esperanza» (Ez 37, 11). Es una de las visiones de Ezequiel más conocidas y comentadas por su expresividad y por su sencillez para ser comprendida. El profeta la explica aplicándola a la destrucción-restauración de Israel (vv. 11-14), aunque los Santos Padres han visto en este texto destellos, aunque velados, de la resurrección de los muertos: «Así pues, como se puede ver, el creador vivifica desde aquí abajo nuestros cuerpos mortales; y les promete además la resurrección y la salida de los sepulcros y las tumbas, y que les dará la incorruptibilidad (...); en esto se prueba que sólo Él es Dios, el que hace todas las cosas, el buen Padre que, por pura bondad, concede la vida a los seres que no la poseen por sí mismos» (S. Ireneo, *Adversus haereses* 5, 15, 1). También San Jerónimo recoge un sentido semejante: «No se habría puesto la comparación de la resurrección para significar la restauración del pueblo de Israel, si no se creyera en la resurrección futura,

porque nadie deduce una certeza de cosas que no existen» (*Commentarii in Ezechielem* 37, 1ss.).

En el texto que escucharemos este domingo el Señor afirma: «Infundiré mi espíritu en vosotros» (Ez 37, 14). El espíritu del Señor es, al menos, el poder de Dios (cfr Gn 1, 2) que lleva a cabo una acción creadora. Es también el principio de vida (cfr Gn 2, 7) que hace del hombre que lo recibe una criatura con vida; y es, sin duda, principio de vida sobrenatural. El mismo Dios, que con su poder ha creado todas las cosas, puede también revitalizar al pueblo deprimido en Babilonia y hacer al hombre partícipe de la vida divina. Esta promesa, como otras formuladas por los profetas (cfr Ez 11, 19; Jr 31, 31-34; Jl 3, 1-5), tendrá su cumplimiento pleno en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo venga sobre los Apóstoles: «Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 715).

El Espíritu de Dios habita en vosotros (Rm 8, 8-11)

2ª lectura

San Pablo ha especificado en el párrafo inmediatamente anterior a éste dos maneras en las que se puede vivir en este mundo (Rm 8, 5-8). La primera es la vida según el Espíritu, con arreglo a la cual se busca a Dios por encima de todas las cosas y se lucha, con su gracia, contra las inclinaciones de la concupiscencia. La segunda es la vida según la carne, por la que el hombre se deja vencer por las pasiones. La vida según el Espíritu, que tiene su raíz en la gracia, no se reduce al mero estar pasivo y a unas cuantas prácticas piadosas. La vida según el Espíritu es un vivir según Dios que informa la conducta del cristiano: pensamientos, anhelos, deseos y obras se ajustan a lo que el Señor pide en cada instante y se realizan al impulso de las mociones del Espíritu Santo. «Es necesario someterse al Espíritu —comenta San Juan Crisóstomo—, entregarnos de corazón y esforzarnos por mantener la carne en el puesto que le corresponde. De esta forma nuestra carne se volverá espiritual. Por el contrario, si cedemos a la vida cómoda, ésta haría descender nuestra alma al nivel de la carne y la volvería carnal (...). Con el Espíritu se pertenece a Cristo, se le posee (...). Con el Espíritu se crucifica la carne, se gusta el encanto de una vida inmortal» (*In Romanos*13).

En el que vive según el Espíritu, vive Cristo mismo (Rm 8, 10; cfr Ga 2, 20; 1 Co 15, 20-23) y, por eso, puede esperar con certeza su futura resurrección (Rm 8, 9-13). De ahí que Orígenes comente: «También cada uno debe probar si tiene en sí el Espíritu de Cristo. (...) Quien posee [la sabiduría, la justicia, la paz, la caridad, la santificación] está seguro de tener en sí el Espíritu de Cristo y puede esperar que su cuerpo mortal sea vivificado por la inhabitación en él del Espíritu de Cristo» (*Commentarii in Romanos* 6, 13).

«El cuerpo está muerto a causa del pecado» (Rm 8, 10) significa que el cuerpo humano está destinado a la muerte por el pecado, como si ya estuviera muerto.

Jesús resucita a Lázaro (Jn 11, 1-45)

Evangelio

Con el milagro de la resurrección de Lázaro, signo de nuestra resurrección futura, se muestra el poder de Jesús sobre la muerte. El evangelista presenta en primer lugar las circunstancias del hecho y el diálogo de Jesús con las hermanas de Lázaro; después, la resurrección de éste a los cuatro días de su muerte.

Betania distaba sólo unos 3 km de Jerusalén (v. 18). Jesús, en los días anteriores a su pasión, frecuentó la casa de esta familia, con la que tenía gran amistad. San Juan hace notar los sentimientos de afecto de Jesús (vv. 3.5.36) y su conocimiento anticipado de lo que iba a ocurrir (vv. 11.14).

En el diálogo con Marta (vv. 20-27) se encuentra una de las revelaciones más precisas sobre Jesús: Él es la Resurrección y la Vida. Es la Resurrección porque su victoria sobre la muerte es causa de la resurrección de todos los hombres. Es la Vida porque otorga al hombre la participación en la vida divina, que culminará en la vida eterna. De ahí que el cristiano pueda decir: «La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo» (Misal Romano, *Prefacio Liturgia Difuntos I*). La fe de Marta es modelo de la nuestra: para resucitar y vivir con Cristo hay que creer en Él (vv. 26-27).

La profundidad de los sentimientos de Cristo queda reflejada en las lágrimas que derrama por Lázaro (v. 35). Es éste el versículo más breve de toda la Biblia. Parece como si la misma división en versículos (realizada en el siglo XVI) quisiera solemnizar el llanto de Jesús, expresión de su verdadera Humanidad y testimonio del amor de Dios hacia los hombres. «*Jesús es tu Amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... —Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti*» (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 422).

El milagro va precedido por una oración de acción de gracias por parte de Jesús (vv. 41-42). El agradecimiento al Padre por haberle escuchado «implica que Jesús (...) pide de una manera constante. Debemos orar siempre con espíritu filial y con gratitud por los muchos beneficios recibidos de Dios Padre. Apoyada en la acción de gracias, la oración de Jesús nos revela cómo pedir: *antes* de que la petición sea otorgada, Jesús se adhiere a Aquél que da y que se da en sus dones. El Dador es más precioso que el don otorgado, es el "tesoro", y en Él está el corazón de su Hijo; el don se otorga como "por añadidura" (cfr Mt 6, 21.33)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2604).

San Agustín ve en la resurrección de Lázaro una figura del Sacramento de la Penitencia: como Lázaro de la tumba «sales tú cuando te confiesas. Pues, ¿qué quiere decir salir sino manifestarse como viniendo de un lugar oculto? Mas para que te confieses, Dios da una gran voz, te llama con una gracia extraordinaria. Y así como el difunto salió aún atado, lo mismo el que va a confesarse todavía es reo. Para que quede desatado de sus pecados dijo el Señor a los ministros: *Desatadle y dejadle andar*. ¿Qué quiere decir desatadle y dejadle andar? *Lo que desatareis en la tierra, será desatado también en el cielo* (Mt 18, 18)» (*In Ioannis Evangelium* 49, 24).

«Atados con vendas» (v. 44). Los judíos amortajaban lavando y ungiendo el cuerpo del difunto con aromas para retardar algo la descomposición y atenuar el hedor; después envolvían el cadáver con lienzos y vendas, cubriéndole la cabeza con un sudario. Era un sistema parecido al que se empleaba en Egipto, pero sin proceder a un embalsamamiento completo que implicaba la extracción de ciertas vísceras.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

La resurrección de Lázaro

Este relato del evangelio se ha hecho tan célebre por ser tan grande milagro, que ni aun infiel hay que no haya oído hablar de la resurrección de Lázaro; ¿cuánto más conocido no será de los fieles, cuando ni los infieles han podido ignorarlo? Y, sin embargo, cuando se lee, el alma parece como que asiste a una escena siempre nueva. No está fuera de lo razonable que repitamos nosotros lo que solemos decir sobre la resurrección esta; ni debe daros fastidio, me parece, lo que yo diga; al fin, más veces oís leerlo que comentarlo; porque, si acontece leerlo fuera de un sábado o de un domingo, no se predica. Lo digo para que no torzáis el rostro ahora que vamos a decir algo, ni salga nadie con un «Ya otras veces dijo eso»; también lo ha leído el diácono más veces, y lo habéis oído con gusto. Atención, pues.

2. Enséñanos el santo evangelio haber Jesucristo resucitado tres muertos: a la hija del príncipe de la sinagoga, pues, habiéndosele dicho que se hallaba enferma de gravedad, fue a su casa, donde la encontró muerta; le dijo: *Muchacha, levántate; yo te lo mando,* y se levantó.

Otro es un joven llevado ya fuera de las puertas de la ciudad y amargamente llorado por su madre viuda; él lo vio, mandó que se detuviesen los que le llevaban y dijo: *Joven, levántate; yo te lo mando; y el muerto se sentó y comenzó a hablar, y se le devolvió a su madre.*

El tercero es este Lázaro al que acabamos de ver con los ojos de la fe muriendo y resucitando en virtud de un prodigio mucho mayor que los anteriores y blanco de una gracia extraordinaria, pues llevaba cuatro días muerto y ya hedía; con todo, fue resucitado. ¿Qué significan estos tres muertos? Algo, sin duda; los milagros del Señor son palabras de sentido misterioso. Tres géneros de muerte hallamos en los pecados de los hombres. Traed a la memoria estos tres muertos. Había primeramente muerto aquella doncella en su casa; aún no había sido alzado su cadáver; al joven le habían sacado fuera de las puertas de la ciudad; Lázaro ya estaba sepultado y oprimido bajo la mole de piedra. ¿Cuáles son, pues, los tres géneros de muerte que hay en los pecados? Digo: si uno consintió en su corazón el mal deseo, resolviendo ceder a la suavidad de sus halagos, está ya muerto. Nadie lo sabe, aún no fue sacado fuera; es muerte secreta, en su casa, en su cuarto; pero muerte. Nadie diga que no cometió adulterio si determinó cometerle; si ha consentido a la delectación que le impulsaba

blandamente a cometerlo, ya lo cometió; él es adúltero, ella casta. Preguntad a Dios, y él os responderá sobre esta muerte doméstica, interior, de la muerte en el lecho, lechos de los que leemos: *Compungíos en el silencio de vuestros lechos de las cosas que andáis meditando en vuestros corazones*. Oye la sentencia del resucitador en punto a este morir: *Quien a una mujer casada mira para desearla, adulteró ya con ella en su corazón,* si bien no llevó aún a efecto la fornicación corporal. Más a las veces le mira el Señor, y se arrepiente de haber determinado hacerlo, de haber consentido; en su lecho ha muerto y en su lecho resucita.

Pero, si ejecuta lo pensado, ya la muerte se puso en marcha, ya salió fuera; mas por el arrepentimiento se le da fin, y el muerto llevado a enterrar es devuelto a la vida. Pero si a la consumación de la obra se allega la costumbre, ya hiede y tiene encima de sí la losa de la mala costumbre; mas ni aun a éste le abandona Cristo; poderoso es para resucitarle también, aunque llora. Hemos oído, cuando se leía el evangelio, haber Cristo llorado a Lázaro. Los oprimidos por la costumbre están aprisionados, y Cristo brama para resucitarlos. Mucho, en efecto, los increpa la palabra divina, mucho les grita la Escritura, y también es mucho lo que yo grito para ser oído y felicitarme de la resurrección de este Lázaro.

Quitad, dice, *la piedra,* pues ¿cómo puede resucitar el consuetudinario si no se le quita el peso de la costumbre? Clamad, ligadle, acusadle, removed la piedra; cuando veáis a uno de ésos, no queráis daros tregua; es cosa trabajosa, más el trabajo ese remueve la piedra. Aquel cuya voz traspasa los corazones sea el que grite: *Lázaro, sal fuera;* esto es, vive, sal del sepulcro, muda la vida, da fin a la muerte. Y el muerto salió atado con las vendas; porque, si bien el consuetudinario cesa de pecar, todavía es reo de lo pasado, y necesario es que ruegue y haga penitencia por lo hecho, no por lo que hace, pues ya no lo hace; está vivo, no lo hace, pero aún está ligado por las cosas que hizo. Luego es a los ministros de la Iglesia, por medio de los cuales se imponen las manos a los penitentes, a los que dice Cristo: *Desatadle y dejadle ir*. Dejadle, desatadle: *Lo que desatéis en la tierra, desatado quedará en el cielo*. (Quien me hubiese oído ya esto que ahora dije y lo recordaba, imagínese estar leyendo lo que entonces escribió; y quien no lo había oído, escríbalo ahora en su corazón para leerlo cuando guste.)

(Sermones (3º), t. XXIII, Sermón 139A, 1-2, BAC Madrid 1983, pág. 270-73)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilía 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Ángelus 2014

No existe límite alguno para la misericordia divina ofrecida a todos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma nos narra la resurrección de Lázaro. Es la cumbre de los «signos» prodigiosos realizados por Jesús: es un gesto demasiado grande, demasiado claramente divino para ser tolerado por los sumos sacerdotes, quienes, al conocer el hecho, tomaron la decisión de matar a Jesús (cf. *Jn* 11, 53).

Lázaro estaba muerto desde hacía cuatro días, cuando llegó Jesús; y a las hermanas Marta y María les dijo palabras que se grabaron para siempre en la memoria de la comunidad cristiana. Dice así Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre» (*Jn* 11, 25-26). Basados en esta Palabra del Señor creemos que la vida de quien cree en Jesús y sigue sus mandamientos, después de la muerte será transformada en una vida nueva, plena e inmortal. Como Jesús que resucitó con el propio cuerpo, pero no volvió a una vida terrena, así nosotros resucitaremos con nuestros cuerpos que serán transfigurados en cuerpos gloriosos. Él nos espera junto al Padre, y la fuerza del Espíritu Santo, que lo resucitó, resucitará también a quien está unido a Él.

Ante la tumba sellada del amigo Lázaro, Jesús «gritó con voz potente: "Lázaro, sal afuera". El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario» (vv. 43-44). Este grito perentorio se dirige a cada hombre, porque todos estamos marcados por la muerte, todos nosotros; es la voz de Aquel que es el dueño de la vida y quiere que todos «la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10). Cristo no se resigna a los sepulcros que nos hemos construido con nuestras opciones de mal y de muerte, con nuestros errores, con nuestros pecados. Él no se resigna a esto. Él nos invita, casi nos ordena salir de la tumba en la que nuestros pecados nos han sepultado. Nos llama insistentemente a salir de la oscuridad de la prisión en la que estamos encerrados, contentándonos con una vida falsa, egoísta, mediocre. «Sal afuera», nos dice, «Sal afuera». Es una hermosa invitación a la libertad auténtica, a dejarnos aferrar por estas palabras de Jesús que hoy repite a cada uno de nosotros. Una invitación a dejarnos liberar de las «vendas», de las vendas del orgullo. Porque el orgullo nos hace esclavos, esclavos de nosotros mismos, esclavos de tantos ídolos, de tantas cosas. Nuestra resurrección comienza desde aquí: cuando decidimos obedecer a este mandamiento de Jesús saliendo a la luz, a la vida; cuando caen de nuestro rostro las máscaras —muchas veces estamos enmascarados por el pecado, las máscaras tienen que caer— y volvemos a encontrar el valor de nuestro rostro original, creado a imagen y semejanza de Dios.

El gesto de Jesús que resucita a Lázaro muestra hasta dónde puede llegar la fuerza de la gracia de Dios, y, por lo tanto, hasta dónde puede llegar nuestra conversión, nuestro cambio. Pero escuchad bien: no existe límite alguno para la misericordia divina ofrecida a todos. No existe límite alguno para la misericordia divina ofrecida a todos, recordad bien esta frase. Y podemos decirla todos juntos: «No existe límite alguno para la misericordia divina ofrecida a todos». Digámoslo juntos: «No existe límite alguno para la misericordia divina ofrecida a todos». El Señor está siempre

dispuesto a quitar la piedra de la tumba de nuestros pecados, que nos separa de Él, la luz de los vivientes.

***

Homilía 2017

Aprendamos de Jesús a no atar nuestra vida en torno a los problemas

Las Lecturas de hoy nos hablan del Dios de la vida, que vence a la muerte. Detengámonos, en particular, en el último de los signos milagrosos que Jesús hace antes de su Pascua, en el sepulcro de su amigo Lázaro.

Allí todo parece terminado: la tumba está cerrada con una gran piedra; alrededor hay solo llanto y desolación. También Jesús está conmovido por el misterio dramático de la pérdida de una persona querida: "Se conmovió profundamente" y estaba "muy turbado" (*Jn* 11, 33). Después "estalló en llanto" (v. 35) y fue al sepulcro, dice el Evangelio, "conmoviéndose nuevamente" (v. 38). Este es el corazón de Dios: lejano del mal pero cercano a quien sufre; no hace desaparecer el mal mágicamente, sino que con-padece el sufrimiento, lo hace propio y lo transforma habitándolo.

Notamos, sin embargo que, en medio de la desolación general por la muerte de Lázaro, Jesús no se deja llevar por el desánimo. Aun sufriendo Él mismo, pide que se crea firmemente; no se encierra en el llanto, sino que, conmovido se pone en camino hacia el sepulcro. No se deja capturar del ambiente emotivo resignado que lo circunda, sino que reza con confianza y dice: "Padre, te doy gracias" (v. 41). Así, en el misterio del sufrimiento, frente al cual el pensamiento y el progreso se aplastan como moscas en los cristales, Jesús nos da ejemplo de cómo comportarnos: no huye del sufrimiento, que pertenece a esta vida, pero no se deja aprisionar por el pesimismo.

En torno al sepulcro se lleva así un gran encuentro-desencuentro. Por una parte está la gran desilusión, la precariedad de nuestra vida mortal que, atravesada por la angustia de la muerte, experimenta a menudo la derrota, una oscuridad interior que parece insuperable. Nuestra alma, creada para la vida, sufre sintiendo que su sed eterna de bien es oprimida por un mal antiguo y oscuro. Por una parte, la derrota del sepulcro. Pero por la otra, está la esperanza que vence la muerte y el mal y que tiene un nombre; la esperanza se llama: Jesús. Él no trae un poco de bienestar o algún remedio para alargar la vida, sino que proclama: "Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque muera, vivirá" (v. 25). Por esto dice: "quitad la piedra" (v. 39) y grita a Lázaro con voz fuerte: "Sal" (v. 43).

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros estamos invitados a decidir de qué parte estar. Se puede estar de la parte del sepulcro o se puede estar de la parte de Jesús. Hay quienes se dejan encerrar por la tristeza y quienes se abren a la esperanza. Hay quienes se quedan atrapados en las ruinas de la vida, y quienes, como vosotros, con la ayuda de Dios, reconstruyen con paciente esperanza.

Frente a los grandes porqués de la vida tenemos dos caminos: quedarnos mirando melancólicamente los sepulcros de ayer y de hoy, o acercar a Jesús a nuestros sepulcros. Sí, porque cada uno de nosotros ya tiene un pequeño sepulcro, alguna zona

un poco muerta dentro del corazón: una herida, un mal sufrido o realizado, un rencor que no da tregua, un remordimiento que regresa constantemente, un pecado que no se consigue superar. Identifiquemos hoy estos nuestros pequeños sepulcros que tenemos dentro e invitemos allí a Jesús. Es extraño, pero a menudo preferimos estar solos en las grutas oscuras que llevamos dentro, en vez de invitar a Jesús; estamos tentados de buscarnos siempre a nosotros mismos, rumiando y hundiéndonos en la angustia, lamiéndonos las heridas, en lugar de ir a Él, que nos dice: "Venid a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo os aliviaré." (*Mt* 11:28). No nos dejemos aprisionar por la tentación de quedarnos solos y desesperanzados quejándonos de lo que nos sucede; no cedamos a la lógica inútil del miedo que no lleva a ninguna parte, repitiendo resignados que todo está mal y nada es como antes. Esta es la atmósfera del sepulcro; el Señor, en cambio, quiere abrir el camino de la vida, el del encuentro con Él, de la confianza en Él, de la resurrección del corazón. El camino del "Levántate", ¡levántate, sal!, esto es lo que nos dice el Señor, y Él está a nuestro lado para hacerlo.

Escuchamos, pues, dirigidas a cada uno de nosotros, las palabras de Jesús a Lázaro: "¡Sal!"; sal del atasco de la tristeza sin esperanza; desata las vendas de miedo que obstruyen el camino; los lazos de las debilidades y de las inquietudes que te bloquean; repite que Dios desata los nudos. Siguiendo a Jesús aprendemos a no atar nuestras vidas en torno a los problemas que se enredan: siempre habrá problemas, siempre, y, cuando resolvemos uno, siempre, llega otro. Podemos, sin embargo, encontrar una nueva estabilidad, y esta estabilidad es precisamente Jesús, esta estabilidad se llama Jesús, que es la resurrección y la vida: con él la alegría habita en el corazón, renace la esperanza, el dolor se transforma en paz, el temor, en confianza, la prueba, en ofrenda de amor. Y aunque los pesos no faltarán, siempre estará su mano que levanta, su Palabra que alienta y nos dice a todos, a cada uno de nosotros: "¡Sal! ¡Ven a mí! ". Nos dice a todos: no tengáis miedo.

También a nosotros, hoy como entonces, Jesús nos dice: "Quítate la piedra". Por muy pesado que sea el pasado, grande el pecado, fuerte la vergüenza, nunca bloqueemos el ingreso del Señor. Quitemos ante El la piedra que le impide entrar: este es el tiempo favorable para remover nuestro pecado, nuestro apego a las vanidades del mundo, el orgullo que nos bloquea el alma. Tantas enemistades entre nosotros, en las familias, tantas cosas... y este es el tiempo favorable para remover todas estas cosas.

Visitados y liberados por Jesús, pidamos la gracia de ser testigos de vida en este mundo que tiene sed de ello, testigos que suscitan y resucitan la esperanza de Dios en los corazones cansados y abrumados por la tristeza. Nuestro anuncio es la alegría del Señor viviente, que aún hoy dice, como a Ezequiel: "Yo voy a abrir vuestras tumbas, os haré salir de ellas, y os haré volver, pueblo mío, a la tierra de Israel" (*Ez* 37, 12).

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

2008

Esta página evangélica muestra a Jesús como verdadero hombre y verdadero Dios.

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestro itinerario cuaresmal hemos llegado al quinto domingo, caracterizado por el evangelio de la resurrección de Lázaro (cf. *Jn* 11, 1-45). Se trata del último gran "signo" realizado por Jesús, después del cual los sumos sacerdotes reunieron al sanedrín y deliberaron matarlo; y decidieron matar incluso a Lázaro, que era la prueba viva de la divinidad de Cristo, Señor de la vida y de la muerte.

En realidad, esta página evangélica muestra a Jesús como verdadero hombre y verdadero Dios. Ante todo, el evangelista insiste en su amistad con Lázaro y con sus hermanas Marta y María. Subraya que «Jesús los amaba» (*Jn* 11, 5), y por eso quiso realizar ese gran prodigio. «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo» (*Jn* 11, 11), así les habló a los discípulos, expresando con la metáfora del sueño el punto de vista de Dios sobre la muerte física: Dios la considera precisamente como un sueño, del que se puede despertar.

Jesús demostró un poder absoluto sobre esta muerte: se ve cuando devuelve la vida al joven hijo de la viuda de Naím (cf. *Lc* 7, 11-17) y a la niña de doce años (cf. *Mc* 5, 35-43). Precisamente de ella dijo: «La niña no ha muerto; está dormida» (*Mc* 5, 39), provocando la burla de los presentes. Pero, en verdad, es precisamente así: la muerte del cuerpo es un sueño del que Dios nos puede despertar en cualquier momento.

Este señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera compasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús «se conmovió profundamente, se turbó» y, por último, «lloró» (*Jn* 11, 33. 35). El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida.

Por eso declaró solemnemente a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre». Y añadió: «¿Crees esto?» (*Jn* 11, 25-26). Una pregunta que Jesús nos dirige a cada uno de nosotros; una pregunta que ciertamente nos supera, que supera nuestra capacidad de comprender, y nos pide abandonarnos a él, como él se abandonó al Padre.

La respuesta de Marta es ejemplar: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (*Jn* 11, 27). ¡Sí, oh Señor! También nosotros creemos, a pesar de nuestras dudas y de nuestras oscuridades; creemos en ti, porque tú tienes palabras de vida eterna; queremos creer en ti, que nos das una esperanza fiable de vida más allá de la vida, de vida auténtica y plena en tu reino de luz y de paz.

Encomendemos esta oración a María santísima. Que su intercesión fortalezca nuestra fe y nuestra esperanza en Jesús, especialmente en los momentos de mayor prueba y dificultad.

***

2011

La muerte espiritual, el pecado, es la que amenaza con arruinar la existencia del hombre

Queridos hermanos y hermanas:

Ya sólo faltan dos semanas para la Pascua y todas las lecturas bíblicas de este domingo hablan de la resurrección. Pero no de la resurrección de Jesús, que irrumpirá como una novedad absoluta, sino de nuestra resurrección, a la que aspiramos y que precisamente Cristo nos ha donado, al resucitar de entre los muertos. En efecto, la muerte representa para nosotros como un muro que nos impide ver más allá; y sin embargo nuestro corazón se proyecta más allá de este muro y, aunque no podemos conocer lo que oculta, sin embargo, lo pensamos, lo imaginamos, expresando con símbolos nuestro deseo de eternidad.

El profeta Ezequiel anuncia al pueblo judío, en el destierro, lejos de la tierra de Israel, que Dios abrirá los sepulcros de los deportados y los hará regresar a su tierra, para descansar en paz en ella (cf. *Ez* 37, 12-14). Esta aspiración ancestral del hombre a ser sepultado junto a sus padres es anhelo de una «patria» que lo acoja al final de sus fatigas terrenas. Esta concepción no implica aún la idea de una resurrección personal de la muerte, pues esta sólo aparece hacia el final del Antiguo Testamento, y en tiempos de Jesús aún no la compartían todos los judíos. Por lo demás, incluso entre los cristianos, la fe en la resurrección y en la vida eterna con frecuencia va acompañada de muchas dudas y mucha confusión, porque se trata de una realidad que rebasa los límites de nuestra razón y exige un acto de fe. En el Evangelio de hoy —la resurrección de Lázaro—, escuchamos la voz de la fe de labios de Marta, la hermana de Lázaro. A Jesús, que le dice: «Tu hermano resucitará», ella responde: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día» (*Jn* 11, 23-24). Y Jesús replica: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá» (*Jn*11, 25). Esta es la verdadera novedad, que irrumpe y supera toda barrera. Cristo derrumba el muro de la muerte; en él habita toda la plenitud de Dios, que es vida, vida eterna. Por esto la muerte no tuvo poder sobre él; y la resurrección de Lázaro es signo de su dominio total sobre la muerte física, que ante Dios es como un sueño (cf. *Jn* 11, 11).

Pero hay otra muerte, que costó a Cristo la lucha más dura, incluso el precio de la cruz: se trata de la muerte espiritual, el pecado, que amenaza con arruinar la existencia del hombre. Cristo murió para vencer *esta* muerte, y su resurrección no es el regreso a la vida precedente, sino la apertura de una nueva realidad, una «nueva tierra», finalmente unida de nuevo con el cielo de Dios. Por este motivo, san Pablo escribe: «Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros» (*Rm* 8, 11). Queridos

hermanos, encomendémonos a la Virgen María, que ya participa de esta Resurrección, para que nos ayude a decir con fe: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (*Jn* 11, 27), a descubrir que él es verdaderamente nuestra salvación.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

75. «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo». La exhortación el domingo precedente de san Pablo, a despertar a los que se han dormido, encuentra una viva expresión en el último y más grande de los «signos» de Jesús en el cuarto Evangelio: la resurrección de Lázaro. La naturaleza definitiva de la muerte, enfatizada en el hecho de que Lázaro está muerto desde hace cuatro días, parece suponer un obstáculo todavía mayor que el de hacer brotar agua de una roca o devolver la vista a un ciego de nacimiento. No obstante Marta, puesta delante de esta situación, hace una profesión de fe similar a la de Pedro: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Su fe no está en lo que Dios ***podría*** cumplir en el futuro, sino en lo que Dios ***está cumpliendo*** ahora: «Yo soy la Resurrección y la vida». Aquel «yo soy», que recorre toda la narración de Juan, clara alusión a la auto-revelación de Dios a Moisés, aparece en los pasajes evangélicos de todos estos domingos. Cuando la samaritana habla del Mesías, Jesús le responde: «Yo soy, el que habla contigo». En la narración del ciego, Jesús dice: «Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo». Y hoy nos dice: «Yo soy la Resurrección y la vida». La clave para recibir esta vida es la fe: «¿Crees esto?». Pero incluso Marta duda después de su ardiente profesión de fe y, cuando Jesús pide que se quite la losa del sepulcro, pone como objeción que ya huele mal. Y es aquí, una vez más, que se recuerda cómo seguir a Cristo es un compromiso que dura toda la vida y, ya sea que nos preparamos a recibir los Sacramentos de la Iniciación dentro de dos semanas, como sea que hemos vivido tantos años como católicos, debemos luchar sin interrupción para reforzar y hacer más profunda nuestra fe en Cristo.

76. La resurrección de Lázaro es el cumplimiento de la promesa de Dios proclamada en la primera lectura por medio del profeta Ezequiel: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros». El corazón del Misterio Pascual consiste en el hecho de que Cristo ha venido para morir y resucitar de nuevo, para hacer por nosotros exactamente lo que ha hecho por Lázaro: «Desatadlo y dejadlo andar». Él nos libera, no solo de la muerte física sino de tantas otras muertes que nos afligen y nos convierten en ciegos: el pecado, las desventuras, las relaciones interrumpidas. Para nosotros los cristianos es, por tanto, esencial sumergirse de forma continua en su Misterio Pascual. Como proclama el prefacio de este día: «El cual, hombre mortal como nosotros, que lloró a su amigo Lázaro, y Dios y Señor de la vida, que lo levantó del sepulcro, hoy extiende su compasión a todos los hombres y por medio de sus sacramentos los restaura a una nueva vida». El encuentro semanal con

el Señor crucificado y resucitado expresa nuestra fe en el hecho de que Él ***es***, aquí y ahora, nuestra resurrección y nuestra vida. Esta convicción es la que nos hace capaces, el domingo siguiente, de acompañarle en su entrada en Jerusalén, diciendo con Tomás: «Vamos también nosotros y muramos con él».

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La revelación progresiva de la Resurrección

I. LA RESURRECCION DE CRISTO Y LA NUESTRA

992. La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo. La esperanza en la resurrección corporal de los muertos se impuso como una consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero, alma y cuerpo. El creador del cielo y de la tierra es también Aquél que mantiene fielmente su Alianza con Abraham y su descendencia. En esta doble perspectiva comienza a expresarse la fe en la resurrección. En sus pruebas, los mártires Macabeos confiesan:

El Rey del mundo a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna (2 Mac 7, 9*). Es preferible morir a manos de los hombres con la esperanza que Dios otorga de ser resucitados de nuevo por él* (2 Mac 7, 14; cf. 7, 29; Dn 12, 1-13).

993. Los fariseos (cf. Hch 23, 6) y muchos contemporáneos del Señor (cf. Jn 11, 24) esperaban la resurrección. Jesús la enseña firmemente. A los saduceos que la niegan responde: "Vosotros no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, vosotros estáis en el error" (Mc 12, 24). La fe en la resurrección descansa en la fe en Dios que "no es un Dios de muertos sino de vivos" (Mc 12, 27).

994. Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en él. (cf. Jn 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. Jn 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. Mc 5, 21-42; Lc 7, 11-17; Jn 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, El habla como del "signo de Jonás" (Mt 12, 39), del signo del Templo (cf. Jn 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. Mc 10, 34).

995. Ser testigo de Cristo es ser "testigo de su Resurrección" (Hch 1, 22; cf. 4, 33), "haber comido y bebido con El después de su Resurrección de entre los muertos" (Hch 10, 41). La esperanza cristiana en la resurrección está totalmente marcada por los encuentros con Cristo resucitado. Nosotros resucitaremos como El, con El, por El.

996. Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprensiones y oposiciones (cf. Hch 17, 32; 1 Co 15, 12-13). "En ningún punto la fe cristiana encue ntra más contradicción que en la resurrección de la carne" (San Agustín, psal. 88, 2, 5). Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?

Los signos mesiánicos que prefiguran la Resurrección de Cristo

549. Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11, 5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. LC 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

El sepulcro vacío

640. "¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado" (Lc 24, 5-6). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría explicarse de otro modo (cf. Jn 20, 13; Mt 28, 11-15). A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres (cf. Lc 24, 3. 22-23), después de Pedro (cf. Lc 24, 12). "El discípulo que Jesús amaba" (Jn 20, 2) afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir "las vendas en el suelo" (Jn 20, 6) "vio y creyó" (Jn 20, 8). Eso supone que constató en el estado del sepulcro vacío (cf. Jn 20, 5-7) que la ausencia del cuerpo de Jesús no había podido ser obra humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como había sido el caso de Lázaro (cf. Jn 11, 44).

646. La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naim, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena "ordinaria". En cierto momento, volverán a morir. La resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial" (cf. 1 Co 15, 35-50).

La oración de Jesús antes de la resurrección de Lázaro

2603. Los evangelistas han conservado dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio. Cada una de el las comienza precisamente con la acción de gracias. En la primera (cf Mt 11, 25-27 y Lc 10, 21-23), Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los "pequeños" (los pobres de las Bienaventuranzas). Su conmovedor "¡Sí, Padre!" expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, de la que fue un eco el "Fiat" de Su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al "misterio de la voluntad" del Padre (Ef 1, 9).

2604. La segunda oración es narrada por San Juan (cf Jn 11, 41-42) en el pasaje de la resurrección de Lázaro. La acción de gracias precede al acontecimiento: "Padre, yo te

doy gracias por haberme escuchado", lo que implica que el Padre escucha siempre su súplica; y Jesús añade a continuación: "Yo sabía bien que tú siempre me escuchas", lo que implica que Jesús, por su parte, pide de una manera constante. Así, apoyada en la acción de gracias, la oración de Jesús nos revela cómo pedir: antes de que la petición sea otorgada, Jesús se adhiere a Aquél que da y que se da en sus dones. El Dador es más precioso que el don otorgado, es el "tesoro", y en Él está el corazón de su Hijo; el don se otorga como "por añadidura" (cf Mt 6, 21. 33).

Nuestra experiencia actual de la Resurrección

Resucitados con Cristo

1002. Si es verdad que Cristo nos resucitará en "el último día", también lo es, en cierto modo, que nosotros ya hemos resucitado con Cristo. En efecto, gracias al Espíritu Santo, la vida cristiana en la tierra es, desde ahora, una participación en la muerte y en la Resurrección de Cristo:

Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos... Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Col 2, 12; 3, 1).

1003. Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado (cf. Flp 3, 20), pero esta vida permanece "escondida con Cristo en Dios" (Col 3, 3) "Con Él nos ha resucitado y hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús" (Ef 2, 6). Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día también nos "manifestaremos con Él llenos de gloria" (Col 3, 4).

1004. Esperando este día, el cuerpo y el alma del creyente participan ya de la dignidad de ser "en Cristo"; donde se basa la exigencia del respeto hacia el propio cuerpo, y también hacia el ajeno, particularmente cuando sufre:

El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... No os pertenecéis... Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo (1 Co 6, 13-15. 19-20).

La Eucaristía y la Resurrección

VII. LA EUCARISTIA, "PIGNUS FUTURAE GLORIAE"

1402. En una antigua oración, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía: "O sacrum convivium in quo Christus sumitur. Recolitur memoria passionis eius; mens impletur gratia et futurae gloriae nobis pignus datur" ("¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!"). Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados "de toda bendición celestial y gracia" (MR, Canon Romano 96: "Supplices te rogamus"), la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial.

1403. En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: "Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mt 26, 29; cf. Lc 22, 18; Mc 14, 25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1, 4). En su oración, implora su venida: "Maran atha" (1 Co 16, 22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22, 20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (Didaché 10, 6).

1404. La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía "expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi" ("Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo", Embolismo después del Padre Nuestro; cf Tt 2, 13), pidiendo entrar "en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro" (MR, Plegaria Eucarística 3, 128: oración por los difuntos).

1405. De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habitará la justicia (cf 2 P 3, 13), no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto que la Eucaristía. En efecto, cada vez que se celebra este misterio, "se realiza la obra de nuestra redención" (LG 3) y "partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre" (S. Ignacio de Antioquía, Eph 20, 2).

El Viático, último sacramento del cristiano

1524. A los que van a dejar esta vida, la Iglesia ofrece, además de la Unción de los enfermos, la Eucaristía como viático. Recibida en este momento del paso hacia el Padre, la Comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene una significación y una importancia particulares. Es semilla de vida eterna y poder de resurrección, según las palabras del Señor: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día" (Jn 6, 54). Puesto que es sacramento de Cristo muerto y resucitado, la Eucaristía es aquí sacramento del paso de la muerte a la vida, de este mundo al Padre (Jn 13, 1).

La resurrección de la carne

989. Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que El los resucitará en el último día (cf. Jn 6, 39-40). Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Santísima Trinidad:

Si el Espíritu de Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rm 8, 11; cf. 1 Ts 4, 14; 1 Co 6, 14; 2 Co 4, 14; Flp 3, 10-11).

990. El término "carne" designa al hombre en su condición de debilidad y de mortalidad (cf. Gn 6, 3; Sal 56, 5; Is 40, 6). La "resurrección de la carne" significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros "cuerpos mortales" (Rm 8, 11) volverán a tener vida.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Lázaro o cómo resucitar a los muertos

El Evangelio del quinto Domingo de Cuaresma narra la resurrección de Lázaro. Lázaro, un amigo de Jesús, se había puesto enfermo. Las hermanas Marta y María mandan llamar a Jesús, que se encuentra lejos; pero, cuando Jesús llega, Lázaro está ya muerto desde hacía cuatro días y está en la tumba. Lloros y luto en la casa entre los parientes. Jesús se emociona también y «sollozó, muy conmovido».

«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto...», le dice con algo de reproche una de las hermanas. Pero, Jesús, con seguridad y autoridad divinas, le dice: «Tu hermano resucitará». Marta piensa que habla de la resurrección final, en el último día; pero, Jesús le precisa:

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?»

Van al sepulcro; Jesús ordena que se quite la piedra; después, le grita al muerto: «Lázaro, ven afuera»; y el muerto vuelve a la vida y es restituido al cariño de sus hermanas. Hasta aquí el relato evangélico.

Para entender en qué sentido hoy puede interesamos igualmente a nosotros esta historia, es necesario partir de una observación. Jesús de allí a poco, asimismo, morirá y resucitará de la muerte. Pero, la resurrección de Lázaro es de un tipo distinto a la de Jesús. Jesús resucita *hacia adelante,* hacia la vida eterna; Lázaro, por el contrario, resurge *hacia atrás,* hacia la vida de antes. Jesús, resucitado, deja este mundo; Lázaro permanece en este mundo. Una vez resucitado, Jesús ya no muere más; Lázaro sabe que deberá morir todavía. La de Lázaro es, por lo tanto, una resurrección provisional, terrena. Pero, mientras tanto, él es restituido al cariño de sus seres queridos. Es un hombre nuevo y «resucitado». Sabe que hay alguien más fuerte que la misma muerte.

Las historias del Evangelio nunca se escriben sólo para ser leídas sino también para ser revividas. La historia de Lázaro ha sido escrita para decirnos esto: que hay una resurrección del cuerpo y hay una resurrección del corazón; si la resurrección del cuerpo va a tener lugar «en el último día», la del corazón tiene lugar o puede tenerla cada día. Hoy mismo.

Éste es el significado de la resurrección de Lázaro, que la liturgia ha querido poner de manifiesto con la elección de la primera lectura (se sabe que la primera lectura, en general, hace de preludio al fragmento evangélico). Se trata de la conocida

visión de los huesos secos. El profeta Ezequiel tiene una visión: ve una inmensa extensión de huesos secos Y entiende que representan o son como una moraleja para el pueblo, que está en la tierra. La gente iba diciendo:

«Nuestra esperanza está fallida, estamos perdidos» (*Ezequiel* 19, 5). A ellos, pues, se les dirige la promesa de Dios:

«Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros… Os infundiré mi espíritu, y viviréis».

De igual forma, no se trata en este caso de la resurrección final de los cuerpos sino de la resurrección actual de los corazones a la esperanza. Los cadáveres, se dice, se reanimarán y se pondrán en pie y serán «un ejército enorme, inmenso» (*Ezequiel* 37, 10). Se refería al pueblo de Israel, que después del destierro volvía a esperar.

De todo esto deducimos una cosa, que conocemos asimismo por experiencia: que se puede estar muertos a este tenor antes de morir, mientras permanecemos aún en esta vida. Y ya no hablo sólo de la muerte del alma a causa del pecado; hablo, también, del estado de total ausencia de fuerza, de esperanza, de voluntad de luchar y de vivir, que no puede ser llamada con un nombre más indicado que éste: muerte del corazón.

A todos los que se encuentran en esta situación por las razones más diversas (matrimonio roto, traición del cónyuge, pérdida o enfermedad de un hijo, desastres financieros, crisis depresivas, incapacidad de salir del alcoholismo o de la droga), la historia de Lázaro les debiera llegar como el sonido de las campanas en la mañana de Pascua.

Alguno recordará, a este propósito, la famosa «noche del Ignominado» en *I promessi Sposi* de Alejandro Manzoni. El Ignominado se levanta una mañana después de que la conciencia le ha torturado durante toda la noche por sus delitos. Escucha de lejos las campanas, que suenan a fiesta y envía a sus «bravos», esto es, a sus hijos o criados a informarse de qué sucede. Habiendo sabido que está de visita el cardenal Federico Borromeo, baja al pueblo, más que nada, para ver, dice, «qué tienen para estar alegres toda aquella chusma». Apenas se encuentra en presencia del hombre de Dios, le grita, más enfadado consigo mismo que arrepentido: «Tengo el infierno en el corazón». Finalmente, después de su confesión, el perdón, el abrazo del pastor y las lágrimas, se levanta repitiendo: «¡Pruebo un alivio, una alegría, sí una alegría, que no la había experimentado nunca en toda esta mi horrible vida!» De inmediato, manda liberar a Lucía, que la tenía secuestrada en su castillo. Y comienza una vida nueva. No se podía describir mejor que de este modo qué es una resurrección del corazón.

¿Quién puede darnos esta resurrección del corazón? Para ciertos males, sabemos bien que no hay remedio humano que valga. Las palabras de ánimo abandonan el terreno que encuentran. También, en casa de Marta y María «muchos judíos habían ido a vedes, para darles el pésame, para consolarles»; pero, su presencia no había cambiado nada. Había sido necesario «enviar a decir a Jesús». Implorarle al igual como hacen las personas sepultadas bajo una avalancha de nieve o bajo los escombros de un terremoto, que reclaman con sus gemidos la atención de los socorristas.

Debo, sin embargo, añadir una cosa. Frecuentemente, las personas que se encuentran en esta situación no están en disposición de hacer nada, ni siquiera de orar. Son como Lázaro en la tumba. Es necesario que otros hagan algo por ellos. En los labios de Jesús ya una vez encontramos este mandamiento dirigido a sus discípulos: «Curad enfermos, resucitad muertos» (*Mateo* 10, 8).

¿Qué pretendía decirles Jesús?, ¿que debemos resucitar físicamente a los muertos? Si fuese así, en la historia se cuentan con los dedos de una mano los sanos que han puesto en práctica este mandamiento de Jesús. No; Jesús se refería asimismo y sobre todo a los muertos de corazón, a los muertos espirituales. Hablando del hijo pródigo, el padre dice: «Estaba muerto, y ha vuelto a la vida» (*Lucas* 15, 32). Y, si ciertamente había vuelto a casa, no se trataba de una muerte física.

El mandamiento de «resucitad muertos», por lo tanto, está dirigido a todos los discípulos de Cristo. ¡También a nosotros! Os desvelo cómo se hace para poder resucitar esta misma tarde y en los próximos días a un muerto. ¿Tienes en casa o en el asilo a un padre anciano? Quizás su corazón está muerto por el silencio de sus hijos. Hazle una llamada de teléfono de las hermosas; si puedes, prométele que mañana irás a vede. Probablemente ya has resucitado a un muerto.

Tu marido, desmoralizado, ha salido de casa después de una enésima trifulca: llámale por teléfono, hazle renacer la confianza en el corazón. Lo mismo hazlo tú con tu mujer si eres el marido. Posiblemente habéis resucitado también vosotros a un muerto. ¿Veis cómo no es tan difícil resucitar a los muertos…?

Ahora voy a tocar un punto delicado. Hay una persona a la que has prestado dinero posiblemente hasta con usura. Sabes que ya tiene un pie en la fosa, está sin vía de salida. Mira a ver si tu corazón no te sugiere venir a buscarle, a darle al menos un respiro… ¿Qué es un puñado de dinero de más en comparación a la alegría de ver resucitar a un muerto?

No he hablado hasta aquí, si no es de pasada, de un caso de muerte, que es el más grave de todos (¡puede llevar a la muerte para siempre!): el de quien vive en estado de pecado grave, muerto en el alma. A éstos, sobre todo, la resurrección de Lázaro debiera meterles en el corazón en esta Pascua el deseo de resucitar.

He recordado la conversión del Ignominado. Él, en sus tiempos, fue la perfecta encarnación de aquel que hoy llamaríamos un capo mafioso o un secuestrador de personas: una vida sembrada de delitos y abusos con los «bravos» o criados a las propias órdenes, como están hoy los «jóvenes crapulosos». Su historia por ello nos dice que hay asimismo esperanza para éstos si se convierten. ¡Ellos envían a la tumba a tanta gente! pero, no se dan cuenta, pobrecillos, que ellos mismos ya están en una horrible tumba. Si yo estuviese seguro que alguno de ellos ahora me está oyendo, quisiera repetirle la palabra que Lucía le dijo al Ignominado la primera tarde y con la que inició su conversión: «Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia…»

Entre las obras de misericordia, que aprendimos de niños, había una que decía: «enterrar a los muertos (cfr. *Mt* 25, 31-46)», según nos recuerda el *Catecismo de la*

Iglesia Católica, n. 2447; ahora, sabemos ya que existe también la de «resucitar a los muertos». ¡Ánimo, por lo tanto, que tenemos muchas cosas que hacer!

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Nuestra vida en Cristo

Es un milagro especialmente notorio de Jesús que, como todos, muestra su poder sobrenatural. En este caso, Cristo manifiesta su relación con Dios Padre y, a continuación, lleva a cabo el prodigio como prueba de esta relación.

Ya en otras ocasiones había resucitado muertos; como al hijo de la viuda de Naín y a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga. Mostraba el Señor entonces también su compasión ante el dolor humano. En este caso se conmueve asimismo por la evidente desolación de las dos hermanas. Y Él mismo se siente tan afectado que hasta se le saltan las lágrimas por el amigo muerto. En todo caso, en este milagro y en algún otro, el Señor explica que esos hechos, aparte de remediar la situación concreta –la enfermedad casi siempre–, sirven sobre todo para mostrarnos su divinidad: que ha venido a ofrecernos su divinidad y a redimirnos por ella del pecado. Jesucristo, por otra parte, emplea su poder en favor de los hombres –no a favor de sí mismo– para ofrecernos mucho más que una vida humanamente mejor. De hecho, Él mismo gasta esta vida por nosotros, fatigándose en muchas ocasiones, y llega incluso a aceptar la muerte, dando así testimonio de lealtad a su misión: nos ofrecer su Vida inmortal. Porque una plenitud meramente terrena y, por tanto mortal, no sería suficiente para el hombre. Hemos sido pensados para admitir la Eternidad, y nadie como el propio Dios hecho hombre lo tiene claro.

Ya al comienzo de su Evangelio expone san Juan escuetamente, aunque con toda claridad, el sentido de la presencia y encarnación del Hijo de Dios entre nosotros: hacernos partícipes de la filiación divina. Vino a los suyos, dice el Evangelista, y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios. Ahora, ante la muerte de su hermano, Jesús explica a Marta una de las consecuencias de la fe en Él: Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. Jesucristo tomará ocasión del milagro de la resurrección de Lázaro para recordar, una vez más, la gran noticia que ha venido a proclamar ante los hombres: que está en el mundo para que cada uno podamos estar realmente en Dios. Y, a modo de conclusión, como reafirmándose en lo dicho, insiste a Marta: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Con razón, pues, san Juan, finalizando su evangelio, del que hoy comentamos sólo un pasaje, concluye: Muchos otros milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos

en este libro. Estos, sin embargo, han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Nuestra Madre del Cielo hará que nos sintamos contemplados amorosamente por el Creador y dichosos con la esperanza de su Vida: esa gloria inigualable que nos tiene prometida.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Cristo nos resucita de la muerte

La propia liturgia nos indica la clave con la que debemos leer y comprender el pasaje del Evangelio que hemos escuchado. En el Prefacio, que recitaremos dentro de poco, se dice en efecto: "Verdadero hombre como nosotros, él. Jesús, lloró al amigo Lázaro; Dios y Señor de la vida, lo levantó del sepulcro; hoy extiende su misericordia a todos los hombres y por medio de sus sacramentos nos hace pasar de la muerte a la vida".

He aquí el gran misterio que hoy somos llamados a celebrar en nuestra asamblea. Antes de adentrarse en la oscuridad de su pasión y muerte, Jesús quiso, por decirlo así, aclarar el misterio de su significado con este milagro. Del mismo modo, hoy la Iglesia, antes de entrar en el misterio litúrgico de la Pascua, quiere que consideremos, como en un boceto, su sentido: lo que sucedió individualmente en Lázaro, es decir, su pasaje de la muerte a la vida, la Pascua de Cristo lo realiza para toda la humanidad; su muerte vence la muerte del hombre; su resurrección es la prenda por la resurrección del hombre.

Lázaro muerto es, por lo tanto, el símbolo de toda la humanidad muerta espiritualmente por el pecado: *Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres... (Rom.* 5, 12). ¡Pasó a todos los hombres! Como una hoz sobre la hierba del campo, como una mano helada que se apoya, antes o después, en el hombro de cada uno y le dice: ¡Ven!

Cuando Lázaro estaba a punto de morir, las hermanas se lo mandaron decir a Jesús: *Señor, el que tú amas está enfermo*. Jesús se encontraba en ese momento con sus discípulos en un lugar tranquilo, al reparo del odio de los judíos que habían decidido hacerla morir. Por eso, sus discípulos quedaron sorprendidos ante la decisión de Jesús de volver a Judea para ir a ver al amigo muerto. *Maestro* —le dijeron— *hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y quieres volver allá?* Jesús sabía bien lo que lo esperaba en Jerusalén. Él mismo lo había predicho: *Nosotros ahora vamos a Jerusalén y allá el hijo del hombre* será *entregado a sus enemigos y* se *le dará muerte.* ¿Por qué entonces fue a Jerusalén? Lo empujó el amor por su amigo. He aquí la razón de todo: Dios no dejó de amar al hombre aun cuando éste se rebeló, aun cuando estuviera espiritualmente muerto. Este gran amor de Jesús encuentra en el Evangelio

de hoy una de sus manifestaciones más conmovedoras: frente al amigo muerto —relata el evangelista Juan— Jesús tembló y lloró. Jesús amó también como hombre, puesto que es propio del hombre temblar y llorar. Conoció él también esa conmoción visceral, ese dolor del corazón y ese vacío aterrador de la mente que lacera al hombre ante la muerte de una persona verdaderamente querida. Quién sabe qué profundo y sincero dolor aparecía en su rostro para arrancar a los presentes la exclamación: *¡Cómo lo amaba!*

Hasta aquí el hecho histórico. Pero es hora de adentrarnos en el misterio, en aquel "hoy" del cual nos habla el Prefacio. Lo que sucedió en la tumba de Lázaro fue una señal, el inicio de un milagro que Jesús sigue realizando incluso hoy en la Iglesia y en el mundo. Él tembló de compasión y de amor también por mí el día en que, en el Bautismo, me llamó de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz; tiembla todavía de amor cada vez que del mal y de la caída me levanta con su perdón. También en este momento él está frente a nosotros como lo estaba frente a la tumba de Lázaro en Betania. Nosotros todavía no hemos resucitado del todo; nunca lo haremos definitivamente en esta tierra. Toda nuestra vida cristiana es una lucha continua contra el mal y contra la muerte. Ésta siempre intenta volver a tragarnos, como el mar intenta tragarse al náufrago que llegó a tocar la orilla. La muerte nos asedia. No sólo la física, que corroe minuto a minuto nuestro tiempo y, por lo tanto, nuestra existencia. También aquella otra muerte: aquella que la Biblia llama "la muerte segunda", la muerte del espíritu. Nos asedia desde afuera.

En la actual sociedad permisiva y paganizante, el pecado se esconde y espía desde todos los ángulos, se insinúa en todas las relaciones humanas...Pero el pecado y la muerte también nos asedian desde el interior de nuestra casa; los gérmenes más peligrosos son justamente los que llevamos en nosotros mismos, en nuestra carne. En la Biblia, al comienzo del capítulo que habla del diluvio, se leen estas palabras: *Cuando el Señor vio qué grande era la maldad del hombre en la tierra y cómo todos los designios que forjaba su mente tendían constantemente al mal...* (*Gn*. 6, 5). El espectáculo que la tierra ofrece hoya los ojos de Dios no debe ser muy distinto. Pero ahora hay un salvador, está Jesucristo entre nosotros. Él está frente a nosotros y nos grita como a Lázaro: ¡Ven afuera! Sal de tu indiferencia, de tu pereza, de tu egoísmo, del desorden en el cual vives; sal de tu disipación, de tu desesperación. Las palabras proféticas de la primera lectura se vuelven realidad con Cristo: *Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas... Yo pondré mi espíritu en ustedes y vivirán.*

Por eso, también nosotros debemos, en este sagrado tiempo de Cuaresma, empezar a agitarnos dentro de nosotros mismos, temblar, rebelarnos y luchar contra la invasión de las fuerzas del mal presentes en el mundo y en nuestra vida. Debemos decir, como dice Tomás en el Evangelio de hoy: "Vayamos también nosotros a morir con él", a morir ante nuestros pecados, a convertirnos para resurgir con él como criaturas nuevas, purificadas por su sangre y por el perdón que nos da mediante la Iglesia.

"¿Por qué se turba el Cristo frente a la tumba de Lázaro —escribe Agustín—, si no es para enseñarte que debes agitarte cuando te ves oprimido y aplastado por tamaña

mole de pecados? Te has examinado, te has reconocido culpable, te has dicho: ¡cometí aquel pecado y Dios me perdonó! Cometí aquel otro y Dios retrasó el castigo; escuché el Evangelio y lo desprecié; fui bautizado y volví a caer en las mismas culpas. ¿Qué hago? ¿Adónde voy? ¿Cómo puedo salir de esto? Cuando hablas así, quiere decir que el Cristo tiembla, puesto que en ti tiembla la fe. En el tono de quien tiembla se anuncia la esperanza de quien resurge" (*Tract. in Ioh.,* 49, 19).

Y también nosotros terminamos nuestra reflexión sobre el Evangelio con esta mirada dirigida a la resurrección: a aquella de Jesús que celebramos en Pascua, y a la nuestra. Antes de dirigirse al sepulcro del amigo Lázaro, Jesús dijo a la hermana de él: *Yo soy la Resurrección y la Vida... ¿Crees esto?* Que esta pregunta de Jesús aletee hoy en nuestra asamblea, que resuene en lo íntimo de cada uno de nosotros, como una interrogación que el Cristo dirige a él personalmente: Yo soy la Resurrección y la Vida, yo que ahora me hago tu alimento y tu bebida. ¿Crees esto?

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en el jubileo de los militares (8-IV-1984)

– Resurrección de Lázaro

"Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano" (Jn 11, 21, 32).

Estas palabras las pronunciaron primero Marta y luego María, las dos hermanas de Lázaro, e iban dirigidas a Jesús de Nazaret, que era amigo de ellas y de su hermano.

La liturgia de hoy presenta a nuestra atención el tema de la muerte. Se acerca el tiempo de la pasión de Cristo. El tiempo de la muerte y la resurrección. Hoy miramos ese hecho a través de la muerte y de la resurrección de Lázaro. Este evento desconcertante sirve de preparación a la Semana Santa y a la Pascua.

"...mi hermano no habría muerto".

En estas palabras resuena la voz del corazón humano, la voz de un corazón que ama y que da testimonio de lo que es la muerte. Sabemos que la muerte es un fenómeno común incesante. La muerte es un fenómeno universal y un hecho normal. La universalidad y la normalidad del hecho confirman la realidad de la muerte, lo inevitable de la muerte, pero al mismo tiempo, borran, en cierto modo, la verdad sobre la muerte, su penetrante elocuencia.

Aquí no basta el lenguaje de las estadísticas. Es necesaria la voz del corazón humano: la voz de una hermana, la voz de una persona que ama. La realidad de la muerte se puede expresar en toda su verdad sólo con el lenguaje del amor.

Efectivamente, el amor se resiste a la muerte y desea la vida...

Cada una de las dos hermanas de Lázaro no dice “mi hermano ha muerto”, sino que dice: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”.

La verdad sobre la muerte sólo se puede expresar a partir de una perspectiva de vida, de un deseo de vida: esto es, desde la permanencia en la comunión amorosa de una persona.

La verdad sobre la muerte en la liturgia de hoy se expresa en relación con la voz del corazón humano.

– La muerte unida al pecado

Simultáneamente se expresa en relación con la misión de Cristo, el Redentor del mundo.

Jesús de Nazaret era amigo de Lázaro y de sus hermanas. La muerte del amigo también se hizo sentir en su corazón con un eco particular. Cuando llegó a Betania, cuando oyó el llanto de las hermanas y de otras personas encariñadas con el difunto, Jesús “sollozó muy conmovido” (ib., 33), y con esta disposición interior preguntó: “¿Dónde lo habéis enterrado?” (ib.).

Jesús de Nazaret es al mismo tiempo el Cristo. Aquél a quien el Padre ha enviado al mundo: es el eterno testigo del amor del Padre. Es el definitivo Portavoz de este amor ante los hombres. Es en cierto sentido su Rehén con relación a cada uno y a todos. En Él y por Él se confirma y se cumple el eterno amor del Padre en la historia del hombre, se confirma y se cumple de modo sobreabundante.

Y el amor se opone a la muerte y quiere la vida.

La muerte del hombre, desde Adán, se opone al Amor: se opone al amor del Padre, el Dios de la Vida.

La raíz de la muerte es el pecado, que se opone también al amor del Padre. En la historia del hombre la muerte va unida al pecado y, lo mismo que el pecado, se opone al Amor.

Jesucristo vino al mundo para redimir el pecado del hombre; cada uno de los pecados arraigados en el hombre. Por esto, Él se puso frente a la realidad de la muerte; efectivamente, la muerte va unida al pecado en la historia del hombre: es fruto del pecado. Jesucristo se convierte en Redentor del hombre mediante su muerte en cruz, la cual ha sido el sacrificio que ha reparado todo pecado.

En la muerte Jesucristo confirmó el testimonio del amor del Padre. El amor que se resiste a la muerte, y desea la vida, se ha expresado en la resurrección de Cristo, de Aquél que, para redimir los pecados del mundo, aceptó libremente la muerte de cruz.

– Pecado y Redención

Este acontecimiento se llama Pascua: el misterio pascual. Cada año nos preparamos a ella mediante la Cuaresma, y el domingo de hoy nos muestra ya cercano este misterio en el cual se nos revelan el Amor y la Potencia de Dios, porque la Vida ha traído la victoria sobre la muerte.

Lo que sucedió en Betania junto al sepulcro de Lázaro, fue como el último anuncio del misterio pascual.

Jesús de Nazaret se detuvo junto al sepulcro de su amigo Lázaro, y dijo: "¡Lázaro ven fuera!" (Jn 11, 43). Con estas palabras llenas de poder, Jesús lo resucitó a la vida y lo hizo salir de la tumba.

Antes de realizar este milagro, Cristo, "levantando los ojos a lo alto, dijo: Padre te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado" (ib., 41-42).

Ante el sepulcro de Lázaro se registró una particular confrontación de la muerte con la misión redentora de Cristo. Cristo era el testigo del eterno amor del Padre, de ese Amor que se resiste a la muerte y desea la vida. Al resucitar a Lázaro, dio testimonio de ese Amor. Dio testimonio también de la potencia exclusiva de Dios sobre la vida y la muerte.

Al mismo tiempo ante la tumba de Lázaro, Cristo fue el Profeta de su propio misterio: del misterio pascual, en el que la muerte redentora sobre la cruz se convierte en la fuente de la nueva Vida en la resurrección.

He aquí las palabras del Profeta Ezequiel: "Dice el Señor Dios:...Cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío, sabréis que soy el Señor" (Ez 37, 12-13).

Estas palabras se realizaron ante el sepulcro de Lázaro en Betania. Se han realizado definitivamente ante el sepulcro de Cristo en el Calvario.

En la resurrección de Lázaro se manifestó la potencia de Dios sobre el espíritu y sobre el cuerpo del hombre.

En la resurrección de Cristo fue otorgado el Espíritu Santo como fuente de la nueva Vida: la Vida divina. Esta vida es el destino eterno del hombre. Es su vocación recibida de Dios. En esta Vida se realiza el eterno amor del Padre.

Efectivamente el amor desea la vida y se opone a la muerte.

¡Vivamos de esta vida! ¡Que en nosotros no domine el pecado! ¡Vivamos de esta Vida cuyo precio es la redención mediante la muerte de Cristo en la cruz!

"Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en nosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también nuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros" (Rm 8, 11).

Que el Espíritu Santo habite en vosotros por medio de la gracia de la redención de Cristo.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La resurrección de Lázaro que hoy nos recuerda la Iglesia es un signo de la restauración del hombre sujeto a la muerte, como el pueblo israelita a la esclavitud del destierro (1ª lect). Este prodigio realizado por Jesús en el umbral de su propia muerte,

nos confirma que Él es la Resurrección y la Vida, una Vida que vence a la muerte tanto física como espiritual, no ya mediante la resurrección final sino en la existencia presente.

En el diálogo de Jesús con Marta, ella proclama su fe en la Resurrección futura, pero Cristo le contesta: "Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en Mí aunque esté muerto vivirá; y el que está vivo y cree en Mí, no morirá para siempre". El creyente se sabe ya libre y salvado por Cristo, no de la muerte biológica que Cristo también padeció, sino del pecado, del miedo a la destrucción total. Sí, no todo acaba para nosotros con la muerte. La última palabra no la tiene la muerte sino la Vida.

Cristo no sólo da la vida o la sana cuando la hemos quebrantado por el pecado, sino que Él es la vida y este pasaje es una prueba elocuente. Cristo resucita a Lázaro para probar, a las puertas de su propia muerte, que Él es la Vida. "Pues así como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere" (Jn 5, 25). Poco importa que la muerte corporal sepulte a los hombres en la tierra. A la voz de Cristo, como salió Lázaro del sepulcro, así los que "hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida" (Jn 5, 29).

Este episodio que la Iglesia pone hoy a las puertas de la Semana Santa, está envuelto en esa atmósfera que Jesús sabe crear alrededor de su Persona y que conocen bien quienes le tratan y le siguen de cerca con amor. "Enviáronle a decir las hermanas: Señor, el que tú amas, está enfermo" ¡Qué buena oración para que nosotros se la digamos también al Señor cuando un familiar, un amigo, un allegado vive alejado de Dios! ¡Señor, este marido o esta mujer mía, este hijo/a, este amigo/a, por quien Tú has muerto en la Cruz por amor, está enfermo espiritualmente hablando! "Lázaro, mi amigo, duerme, pero voy a despertarlo". El Señor acudirá cuando lo estime oportuno, como vemos en este episodio. "El Señor, al verla llorar... se conmovió en su interior..., se echó a llorar". ¡Tratemos al Señor en la Palabra y en el Pan! y "*si nos ve fríos, desganados, quizá con la rigidez de una vida interior que se extingue, su llanto será para nosotros vida: '*Yo te lo mando, amigo mío, levántate y anda*' (Cfr* Lc *5, 24), sal fuera de esa vida estrecha, que no es vida*" (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 93).

¡Vayamos a confesar, a resucitar a la vida de la Gracia; e invitemos a hacerlo a quienes queremos y tratamos a diario! Jesucristo conoce nuestra debilidad y, como el médico, curará nuestras heridas de muerte.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Morir al pecado es empezar a participar de la resurrección de Cristo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ez 37, 12-14: «Os infundiré mi espíritu y viviréis»

Sal 129.1-4.6-8: «Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa»

Rm 8, 8-11: «El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros»

Jn 11, 1-45: «Yo soy la resurrección y la vida»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

«El que cree en Él tiene la vida eterna» significa que Jesús es el único que da la vida y que quien la recibe, la tiene precisamente por creer.

Decir que «Él es la resurrección y la vida» es lo suficientemente importante como para respaldarlo con una victoria sobre la muerte. Pero no sólo reservada para cuando la muerte ha vencido ya al hombre (caso de Lázaro), sino para que no domine del todo al hombre.

La amistad entre Jesús, Lázaro y sus hermanas era de sobra conocida. Pero no hace el milagro por eso, sino porque creían en El. La fe, más que carta de recomendación para el milagro, es requisito indispensable.

III. SITUACIÓN HUMANA

Cuanto el hombre de hoy se afana por conseguir mayores cotas de libertad, de justicia y de bienestar se siente mejor consigo mismo y se convence de que sus posibilidades de futuro deben ser potenciadas al máximo. Las grandes conquistas en el campo científico y cultural le estimulan para seguir creyendo en el mañana. Si esto lo trasladamos al campo social, no cabe duda de que se han dado pasos importantísimos. Y siempre queda mucho por conquistar. Es una prueba de que el hombre mira hacia adelante.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La fe en Jesús y la fe en la resurrección: «Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en él y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre. En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos, anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden» (994).

– Los signos del Reino de Dios: 547. 548. 549. 550.

– Libertad, necesidad y perseverancia en la fe: 160. 161. 162.

La respuesta

– La conversión del corazón, principio de una vida nueva: "«Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5, 20). Pero para hacer su obra, la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón y conferirnos «la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor» (Rm 5, 20-21). Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su palabra y su espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado» (1848; cf 1888).

– La oración de Jesús: 2604.

El testimonio cristiano

– "La conversión exige el reconocimiento del pecado, y éste, siendo una verificación del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: «Recibid el Espíritu Santo». Así pues, en este convencer en lo «referente al pecado», descubrimos una «doble dádiva»: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito (Juan Pablo II, DeV 31)" (1848).

La fe de Marta y la de quienes la acompañaban a ella no puede ser sólo en Lázaro en cuanto resucitado, sino porque Jesús es la Resurrección. Ha roto las ataduras de Lázaro, pero a nosotros nos libra de las ataduras del pecado y de la muerte.

UNA CITA CON DIOS – Pablo Cardona

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

1º. «Jesús comenzó a llorar. Decían entonces los judíos: Mirad cómo le amaba».

Nos conmueve verle llorando por Lázaro.

Le quería tanto, que su muerte le deja destrozado.

Había comido muchas veces con él; había pasado tardes y noches conversando con él y sus hermanas.

Él te quería, lo mismo que ellas. Y ahora, «lleva cuatro días muerto. ¿No podías haber impedido que muriese?»

Jesús también a nosotros nos ama así.

«Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos».

Y Jesús ha dado su vida por nosotros, y la sigue dando, quedándose escondido en el Sagrario, por amor a nosotros.

No puede amarnos con un amor más grande.

¿Cómo se queda cuando, por nuestra culpa, nos alejamos de Él, cuando morimos a la vida de la gracia?

¿Cuál debe ser su dolor al ver que traicionamos tantas gracias, tanto esfuerzo, tanto amor como ha derrochado en nosotros?

Ya no queremos pecar más.

No sólo por las penas del infierno o por la fealdad misma del pecado, sino porque no se merece que nos comportemos así con Él.

Quiero serte fiel, quiero corresponder a la gracia que me das por tu amor infinito.

Quiero aprender a amarte de verdad, con fortaleza, con reciedumbre, con entrega: sin pensar en mí, sin buscarme a mí.

2º. «*Nunca te desesperes. Muerto y corrompido estaba Lázaro:* –hiede, porque hace cuatro días que está enterrado*, dice Marta a Jesús*.

Si oyes la inspiración de Dios y la sigues –¡Lázaro, sal afuera!–*, volverás a la Vida*» San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 719).

Jesús, si alguna vez te dejo, que no me desespere.

Que escuche tu voz: ¡sal afuera!; sal cuanto antes de ese estado de muerte, de inmovilidad.

Lázaro se estaba corrompiendo después de cuatro días muerto.

El alma también se corrompe cuando la dejo en pecado.

Por eso es importante no retrasar la Confesión.

Jesús, Tú respetas mi libertad, aunque yo no la utilice siempre bien.

Pero también me das tu gracia.

Esa es mi lucha cotidiana: lucha entre mis defectos y tu ayuda amorosa.

«La vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama «concupiscencia», y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios. Esta lucha es la de la «conversión» con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1426).

Jesús, dame la gracia de no pecar gravemente, o de reaccionar confesándome con rapidez si alguna vez cometo la desgracia de perderte.

Que aprenda a vencer esa lucha de la conversión, pues es parte de la santidad a la que me llamas.

Dr. Johannes VILAR (Colonia, Alemania) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá

Hoy, la Iglesia nos presenta un gran milagro: Jesús resucita a un difunto, muerto desde hacía varios días.

La resurrección de Lázaro es "tipo" de la de Cristo, que vamos a conmemorar próximamente. Jesús dice a Marta que Él es la «resurrección» y la vida (cf. Jn 11, 25). A todos nos pregunta: «¿Crees esto?» (Jn 11, 26). ¿Creemos que en el bautismo Dios nos ha regalado una nueva vida? Dice san Pablo que nosotros somos una nueva creatura (cf. 2Cor 5, 17). Esta resurrección es el fundamento de nuestra esperanza, que se basa no en una utopía futura, incierta y falsa, sino en un hecho: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado!» (Lc 24, 34).

Jesús manda: «Desatadlo y dejadle andar» (Jn 11, 34). La redención nos ha liberado de las cadenas del pecado, que todos padecíamos. Decía el Papa León Magno: «Los errores fueron vencidos, las potestades sojuzgadas y el mundo ganó un nuevo comienzo. Porque si padecemos con Él, también reinaremos con Él (cf. Rom 8, 17). Esta ganancia no sólo está preparada para los que en el nombre del Señor son triturados por los sin-dios. Pues todos los que sirven a Dios y viven en Él están crucificados en Cristo, y en Cristo conseguirán la corona».

Los cristianos estamos llamados, ya en esta tierra, a vivir esta nueva vida sobrenatural que nos hace capaces de dar crédito de nuestra suerte: ¡siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que nos pida razón de nuestra esperanza! (cf. 1Pe 3, 15). Es lógico que en estos días procuremos seguir de cerca a Jesús Maestro. Tradiciones como el Vía Crucis, la meditación de los Misterios del Rosario, los textos de los evangelios, todo… puede y debe sernos una ayuda.

Nuestra esperanza está también puesta en María, Madre de Jesucristo y nuestra Madre, que es a su vez un icono de la esperanza: al pie de la Cruz esperó contra toda esperanza y fue asociada a la obra de su Hijo.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

«Desde lo más profundo te invoco, Señor; ¡Señor, oye mi voz!» (Sal. 130). En este quinto Domingo de Cuaresma, la Iglesia nos invita a mantener la mirada sobre la realidad, tal vez más "escandalosa" de la experiencia humana. En el texto del Evangelio, que apenas escuchamos, sorprende ver como todos son solidarios a Marta y María, las hermanas del difunto Lázaro, en este momento de gran luto.

Se abre de frente a nosotros una escena de dolor inaudito. Al Señor Jesús llega la noticia de la enfermedad de aquel que Él ama, Lázaro; se trata de un mensaje de parte de las hermanas de Lázaro, las cuales, de frente a la gravedad de su condición, habían intentado la única cosa posible, dirigirse a Aquel del cual se decía: *«Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos»* (Mc. 7, 37). Es el grito de cada uno de nosotros, de quien quisiera que las personas amadas vivieran para siempre, y que no nos dejaran jamás.

El Señor Jesús, inexplicablemente, espera dos días, para ponerse en camino, con sus discípulos, hasta el momento de la muerte del amigo Lázaro, de la cual Él era divinamente consciente. Este particular nos dice que el Verbo de Dios se ha hecho hombre por amor de cada uno de nosotros y que sobre cada uno, en cada instante, pone Su mirada de amor, en la espera de aquel encuentro de Alegría inmensa que será en la Eternidad.

A la llegada de Jesús a Betania, enseguida, vemos una "novedad" aparentemente inexplicable: primero María, después la hermana Marta, y detrás de ella todos los

judíos que se habían unido a su luto, se dirigen hacia el Señor Jesús, seguros de que, si hubiera existido una respuesta a su dolor, tal respuesta se habría centrado en aquel Hombre. Ciertamente, no se trataba de personas irreligiosas. Habían profundamente adquirido la fe de Israel en la resurrección final, por lo tanto, aquel drama no era "últimamente" inexplicable; de hecho, Marta responde al Señor: *«Sé que resucitará en la resurrección del último día»*. Pero, sabían que en la relación con aquel Hombre extraordinario, nada de cuanto había en ellos de auténticamente humano se habría perdido, incluso aquel grito de dolor, el cual sólo la fe escatológica y el tiempo habrían podido dar algún alivio.

En este último "signo" cumplido por el Señor, antes del ingreso triunfal a Jerusalén, parece así unirse todo a esa "nueva realidad" inaugurada por el Emanuel, el Dios con nosotros: compartiendo nuestra misma existencia, nos ha amado con aquella pasión suprema que es el amor virginal, que no busca nunca de poseer el corazón del otro, sino que lo ama en la verdad, con delicada insistencia, hasta sacrificarse por él; en esta infinita delicadeza y atención por cada uno, capaz, también de conmoverse, los hombres que tenían con Él los lazos de la más profunda amistad, por demás se daban cuenta que no podía ser otra cosa que la presencia de Dios: *«Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?, Ella le respondió: Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo»* (Jn. 11, 25-27).

Cristo, por lo tanto, cumple el gran milagro de la resurrección de Lázaro. Anuncia de esta manera, a través de las obras del Padre, que Él mismo, el Dios-Hombre, es la Vida y la Resurrección, Señor también de la vida biológica, tanto que Su voz puede alcanzar también a quien, como Lázaro, de la muerte ha superado el umbral de cuatro días. De frente a este signo, se hacen más claras las palabras con las cuales había preanunciado Su muerte y Resurrección: *«Yo doy Mi vida, para después recobrarla de nuevo»* (Jn. 10, 18). Él realmente puede hacerlo, porque es Señor de la vida y, si la resurrección de Lázaro no impidió a este amigo, que el Señor amaba, abrazar una vez más" *nuestra hermana la muerte corporal"* –según la expresión de San Francisco– cuando Dios quiso llamarlo de esta vida, es más grande la Vida que el Señor ha ganado para Lázaro y para cada uno de nosotros, como lo veremos en pocos días, en el Misterio Pascual, que nos disponemos a celebrar.

La fe, entonces, nos dice que la extraordinaria experiencia de Cristo, que hacía que Marta y María pusieran en Él toda su confianza, incluso de frente a la muerte de Lázaro, no es sólo una historia reconfortante narrada en los Evangelios, sino que es accesible para cada uno de nosotros hoy, en la Iglesia, desde el día de nuestro Bautismo, es decir, desde que hemos sido incorporados a Él a través del Espíritu Santo que se nos ha dado: *«Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros»* (Rom 8:11). Santa María, Madre del Señor Resucitado, nos conceda la gracia de ver y experimentar todo a la luz de esta realidad extraordinaria. Amén.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE CUARESMA

Creer en la vida

«Yo soy la Resurrección y la Vida»

Eso dice Jesús.

Esa es la verdad que tú estás llamado a creer, sacerdote, para que la puedas enseñar, para que reúnas al Pueblo Santo de Dios en un solo rebaño y con un solo Pastor, porque si no creen que Cristo resucitó, vana es su fe.

Resurrección y vida, eso es lo que te ha dado tu Señor, cuando tú aceptas su llamado y dejas todo, muriendo al mundo para vivir en tu Señor resucitado, porque, para resucitar, primero hay que morir, sacerdote.

Tú estás llamado a vivir en el mundo sin ser del mundo, por eso debes renunciar a todo lo que te ata al mundo, sacerdote, para que una vez liberado, puedas servir a tu Señor completamente con Él configurado, sin más pertenencias que la cruz que tu Señor te ha dado, para que tú, como Él, vivas tu pasión y mueras a las pasiones del mundo y al pecado, para ser por Él, con Él y en Él resucitado, y tener vida.

Pero, para tener vida, primero hay que creer en la Vida.

Tu Señor es la Vida. Por eso todo el que crea en Él, aunque muera, vivirá.

Y tú, sacerdote, ¿crees en Él? ¿Haces todo lo que Él te dice? ¿Confías en su poder?

¿Eres consciente de que tu Señor es el Hijo único de Dios, que Él mismo ha enviado al mundo, para que el mundo crea y se salve?

¿Crees en su Palabra? ¿La cumples? ¿Haces sus obras?

¿Eres consciente de que tu Señor es la verdad, y de que la verdad te hace libre?

¿Crees que, en esa libertad, Él mismo entregó su vida para salvarte?

¿Crees en su misericordia y en su perdón?

¿Crees que Él te ama tanto, que ha querido hacerte parte de su gloria y de su redención?

Tú eres, sacerdote, un elegido de tu Señor, un hijo predilecto de Dios, que ha sido llamado, ha sido elegido, ha sido preparado, y ha sido configurado con la Verdad.

Pero morir al mundo, sacerdote, depende de ti, y creer que tu Señor resucitado es Jesús Sacramentado, también depende de ti, porque la gracia ya te la ha dado.

Pídele a tu Señor que confirme tu fe, sacerdote, para que la pongas en obras, confirmando en la fe a tus hermanos.

Toma conciencia, sacerdote, de que cada uno de tus actos ayuda o afecta también a tus hermanos, que viven en Cristo, por Él y en Él, en un mismo cuerpo y por un mismo espíritu, resucitados en medio del mundo, porque, aun cuando el cuerpo tienda

al pecado, el espíritu de Dios te mantiene vivo, sacerdote, en la esperanza de alcanzar, después de tu muerte, la vida eterna, como Él, en alma y en cuerpo glorioso, por Él, con Él y en Él.

Esa es su promesa, sacerdote, y esa es tu fe y la de todos los que por ti crean en su Palabra y la cumplan, para que, por sus obras, sea glorificado el Hijo de Dios, y así unidos en Él le den gloria a Dios, porque el Padre ya ha sido glorificado en el Hijo.

Y tú, sacerdote, ¿crees en la resurrección en el último día?

¿Crees que tu cuerpo volverá a tener vida aun después de haber estado muerto?

¿Crees que tu Señor, que ha venido al mundo a hacerse hombre, como tú, para morir por ti, ha resucitado y está vivo?

¿Crees en eso, sacerdote, cuando lo tienes entre tus manos, cuando lo elevas en el altar, cuando lo haces descansar en el cáliz y en la patena en el altar?

Si crees esto, sacerdote, entonces trátalo con cuidado, con veneración, con respeto, adorando su Sangre y su Cuerpo, una vez que ha sido consagrado y transubstanciado el vino y el pan en Él.

Adóralo cuando lo trituras con tus manos. Lo estás inmolando a Él.

Es tu Dios, vivo y resucitado, a quien haces tuyo cuando lo comes, cuando lo bebes; y tú te haces a Él.

Toma conciencia, sacerdote, de lo que ocurre en el altar.

Cree en el poder de tus manos, y en que tu Señor ahí está. Pero no está solo, tú estás con Él, configurado totalmente.

Sacerdote: tú eres Él. Eres tú en quien tu Señor se glorifica para glorificar a Dios, en un único y eterno sacrificio agradable a Dios.

Agradece, sacerdote, a tu Señor, y haz conciencia de lo que ocurre en cada misa, en cada comunión.

Entrégate totalmente para ser triturado, por tu propia voluntad, con tu Señor, para morir al mundo en su cruz y alcanzar la vida en su resurrección.

¡Vive, sacerdote, vive!, porque Cristo vive en ti, porque por Él con Él y en Él, eres un crucificado para el mundo y un resucitado para Cristo, para que vivas haciendo sus obras y aun mayores, porque Él está en el Padre, y está contigo todos los días de tu vida.

Cree, sacerdote, en ti, y en que el Padre te concederá, por Cristo que vive en ti, todo lo que le pidas, para que, por ti, el mundo crea y alcance en Cristo la resurrección y la vida.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 33)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

NUESTRAS REDES SOCIALES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

+52 81 1600 7552
lacompaniademaria01@gmail.com
www.lacompaniademaria.com

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

Fundación La Morada de la Misericordia, A.C.

+52 55 2300 5026
lamoradadelamisericordia@gmail.com
www.lamoradadelamisericordia.org

La Morada de la Misericordia

Espada de Dos Filos

+52 56 4172 4844
espada.de.dos.filos12@gmail.com
www.lacompaniademaria.com

Espada de Dos Filos

LA COMPAÑÍA DE MARÍA EN LA PAGINA WEB DE LA ARQUIDIÓCESIS DE TOLUCA